

7  
CCK  
AL DE BIBLIOT

UMAS PAIR

S LOBA  
DE

CHÉCUI

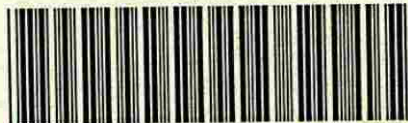
2

PQ2227

.L6

S6

v. 2



1020026305



UANL

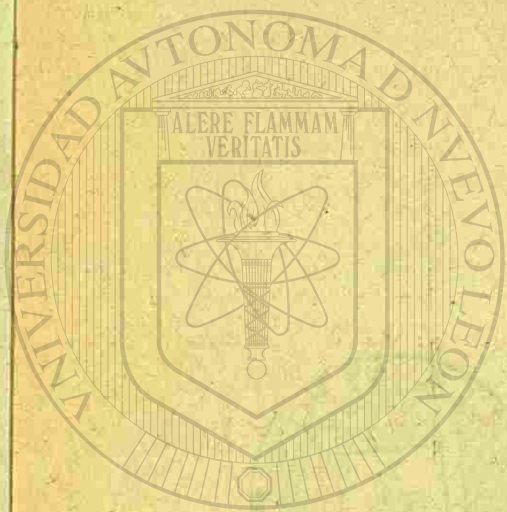


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
LAS LOBAS DE MACHECUL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. \_\_\_\_\_  
Núm. Autor <sup>N</sup> D88612  
Núm. Adq. 30036  
Procedencia - 8 -  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasificó \_\_\_\_\_  
Catalogo *cey*

LUÍS TASSO SERRA, EDITOR

LAS LOBAS  
DE MACHECUL

POR

ALEJANDRO DUMAS (PADRE)

TOMO II

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cto. 1625 MONTERREY, MEXICO

30036

BARCELONA

IMPRENTA DE LUÍS TASSO SERRA

ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23

MDCCLXXXVIII

1888

098764



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

843  
D.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PA 2227

. LG  
SG  
V2

ESTA TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE  
D. LUÍS TASSO SERRA.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## LAS LOBAS DE MACHECUL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LÉON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

PELIGROS DE UNA MALA COMPAÑÍA.

Serían las siete de la tarde cuando acompañado de Michel salió Petit-Pierre de la cabaña donde tan graves peligros había corrido, y en la que dejaba yerto y exánime al valiente mancebo, á quien tanto apreciaba á pesar de conocerle desde hacía poco tiempo; su esforzado corazón se abatió á la idea de que iba á correr sin Bonneville los peligros que durante cuatro ó cinco días habían compartido, y si bien la causa real sólo había perdido un soldado, Petit-Pierre creía que le faltaba un ejército y con alma angustiada pensaba en los crueles horrores de las guerras civiles.

Ese era el primer grano de la sangrienta semilla que iba á derramarse en la Vendée, y Petit-Pierre se estremecía á la idea de que tal vez no recogería más que duelos y pesares.

No hizo á la viuda la ofensa de recomendarle el cuerpo de su amigo, pues había comprendido que bajo su ruda corteza anidaban los sentimientos más elevados y religiosos, y cuando Michel llegó á la puerta llevando el caballo del diestro, reflexionó que eran preciosos los momentos,

por estarla aguardando sus amigos, y tendiendo la mano á la viuda, la dijo:

—¿Cómo podré agradeceros lo que por mí habéis hecho? —Nada he hecho por vos, contestó la viuda; he pagado una deuda y cumplido un juramento.—¿Es decir, preguntó Petit-Pierre con las lágrimas en los ojos, es decir que ni siquiera queréis aceptar mi gratitud?—Si os empeñáis en deberme algo, cuando roguéis por los que hayan muerto por vos, añadid algunas oraciones por los que hayan muerto por causa vuestra.—¿Creéis, preguntó Petit-Pierre sonriendo en medio de su llanto, que Dios se dignará oír mis súplicas?—Sí, porque os creo destinada á sufrir.—A lo menos aceptad esto, repuso Petit-Pierre quitándose del cuello una medalla pendiente de un cordoncito de seda negra; es plata, poca cosa; pero el Padre Santo la bendijo en mi presencia, diciéndome que Dios oiría los votos que ante ella se hiciesen, con tal que fueran justos y piadosos.—Gracias, contestó la viuda tomándola; rogaré al Señor que libre á nuestro país de la guerra civil y le conserve su grandeza y libertad.—Bien, la última parte de vuestro ruego estará conforme con los míos.

Dijo, y ayudado de Michel montó á caballo haciendo una postrera señal de despedida á la viuda, y ambos desaparecieron tras el vallado. Durante algunos momentos estuvo Petit-Pierre cabizbajo y sumido en melancólicas reflexiones; al cabo hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y sacudiendo el dolor que le oprimía, dijo á Michel que á su lado caminaba:

—Caballero, sé de vos dos cosas que os han captado toda mi confianza: ayer os debimos el aviso de la llegada de los soldados, y hoy venís de parte del marqués y sus hijas. También quisiera saber quién sois; en las actuales circunstancias tengo poquíssimos amigos, y deseo saber su nombre para no olvidarlo.—Soy el barón Michel de la Logerie.—¿De la Logerie? Paréceme que no es esta la primera vez que oigo este nombre.—En efecto, señora, mi pobre amigo Bonneville quiso un día acompañar á V. A. á casa de mi madre.—¿Qué estáis diciendo? dijo Petit-Pierre interrumpiéndole.—De qué alteza habláis?—Perdonad, *Madama*.—¡Otra vez! —Decía que mi pobre amigo Bonneville os acompañaba un día á casa de mi madre, y con el honor de encontraros tuve también la dicha de poderos acompañar al castillo de Sou-

day.—¿De manera que debo estaros agradecida por tres conceptos? No creáis que me asuste por eso; tal vez llegue día en que pueda pagaros tan señalados servicios.

Balbuó el mozo algunas palabras que no oyó su interlocutora, y como las de esta le habían causado al parecer honda impresión, conformándose desde entonces todo lo posible con la voluntad de Petit-Pierre tocante al incógnito, tratóle si cabía con más miramientos y atenciones.

—Paréceme, continuó Petit-Pierre después de reflexionar un momento, que según me dijo Bonneville vuestra familia no es realista.—En efecto, *Mad...* cab....—Llamadme Petit-Pierre, ó no me nombréis, y así saldréis del paso. ¿Con que el honor de teneros por caballero lo debo á una conversión?—Conversión fácil; á mi edad las opiniones no son todavía convicciones, sinó sentimientos.—¿Sois muy joven? dijo mirándole Petit-Pierre.—Aun no he cumplido veinte y un años.—Hermosa edad para amar y combatir, exclamó Petit-Pierre con un suspiro, al que contestó el barón con otro. Sonrióse aquel al oírlo y exclamó: Ese suspiro habla muy alto acerca de vuestra conversión política; apostaríá á que dos lindos ojos han contribuido á ello, y si los soldados de Luís Felipe os registrasen, probablemente os encontrarían una banda á la cual dan inestimable valor las manos que la bordaron, antes que los principios de que es emblema.—Os aseguro, dijo Michel tartamudeando, que no ha sido esta la causa de mi determinación.—¡Vamos! ¡vamos! no lo neguéis, señor Michel, que esto es pura caballería; ya descendamos de ellos, ya tratemos de imitarles, acordémonos de que los antiguos caballeros levantaban á su dama casi á la altura de Dios y al nivel de su rey, poniendo á los tres en la misma divisa; no os avergoncéis de vuestro amor: ese es el mejor título que tenéis á mis simpatías. ¡Vive el cielo! como diría mi abuelo Enrique IV, con un ejército de enamorados me atrevería á conquistar á Francia, al mundo entero. ¿Puede saberse el nombre de vuestra dama, señor barón?—¡Oh! prorrumpió Michel ruborizado.—¡Hola! discreto sois y os felicito, pues es cualidad tanto más preciosa, cuanto que de día en día va escaseando; pero ¡qué diantre! á un compañero de viaje bien se lo podéis confiar en secreto. Vamos á ver: ¿queréis que os ayude un poco? ¿cuánto apostamos á que nos dirigimos hacia la dama de vuestros pensamientos?—Cierto, contestó Michel.—¿Cuánto apcstamos

también á que es una hermosa amazona de Souday?—  
¿Quién os lo ha dicho?—Os felicito, amigo; por más que las  
llamen Lobas, las considero excelentes de corazón y capaces  
de hacer feliz á un esposo. ¿Sois rico, señor de la Logerie?—  
¡Ay! sí.—¡Mejor! y no ¡ay! pues podréis enriquecer á vuesa-  
tra esposa, lo cual me parece una verdadera felicidad; sin  
embargo, como en todos los amores suele haber algún obs-  
táculo, si Petit-Pierre puede seros de alguna utilidad, tendrá  
sumo gusto en pagaros los servicios que le prestéis. Pero si  
no me engaño, alguien viene.

Oíanse en efecto las pisadas de un hombre que iba acer-  
cándose á ellos, y Petit-Pierre añadió:

—Parece que es un hombre solo.—Sí; mas conviene es-  
tar sobre aviso. ¿Permitís que monte á vuestro lado?—¿Por-  
qué nó? ¿Estaríais ya cansado?—Nó; mas soy muy conocido  
en el país, y si me viesen llevar del diestro el caballo de un  
aldeano, como Amán el de Mardoqueo, esto daría mucho en  
qué pensar.—Hablasteis con mucho acierto; voy viendo que  
nos seréis de algún provecho.

Apeöse Petit-Pierre, montó Michel, y el primero saltó á  
la grupa. Apenas lo había verificado cuando vieron á corta  
distancia al individuo que iba hacia ellos y que de pronto  
se detuvo.

—¡Hola! dijo Petit-Pierre, parece que si nosotros teme-  
mos á los transeuntes, no nos temen ellos menos á nosotros.

—¿Quién va? dijo Michel de recio.—¡Calle! ¡Si es el señor  
barón! ¡Que me emplumen si esperaba encontraros por el  
camino á estas horas!—Razón teníais en decir que os cono-  
cen en el país, dijo riendo Petit-Pierre.—Sí, desgraciada-  
mente, contestó Michel indicando con el tono que les ama-  
gaba un peligro.—¿Quién es ese hombre? preguntó Petit-  
Pierre.—Mi colono Courtin, de quien sospechamos haber  
denunciado vuestra presencia en casa de la viuda Picaut.

Y en tono imperioso en el que se traslucía lo grave de la  
situación, añadió:

—Ocultáos detrás de mí. ¿Eres tú, Courtin? preguntó  
luego mientras Petit-Pierre se hacía un ovillo.—Sí, señor  
barón.—¿De dónde vienes?—De Machecul, á donde he ido  
para comprar un buey.—¿Dónde está pues el buey, que no  
le veo?—No he podido mercarlo con el diablo de la política;  
todo está paralizado, dijo Courtin examinando el caballo del  
barón tanto como la oscuridad permitía. Según veo, no vais

á la Logerie, pues le volvéis las espaldas.—No es extraño:  
voy á Souday.—Pues errasteis el camino, permitidme que  
os lo diga.—Ya lo sé; como temo hallar gente armada, doy  
un rodeo.—Si vais á Souday me atreveré á daros un aviso.  
—Habla; pues un aviso sincero siempre es bien recibido.—  
Vais á encontrar la jaula vacía.—¡Ca!—Como os lo digo:  
tenéis que dirigiros á otra parte, si queréis encontrar el  
pájaro que tanto os hace correr.—¿Quién te lo ha dicho,  
Courtin? preguntó Michel volviendo el caballo de modo que  
diese constantemente la cara á su interlocutor ocultando á  
Petit-Pierre.—Estos lo han visto: toda la banda ha desfilado  
á mis piés en el camino de la Grande-Lande.—¿Estaban por  
aquel lado los soldados? preguntó el barón.

Petit-Pierre creyó ociosa esa pregunta, y pellizó el brazo  
del joven.

—¿Los soldados? repitió Courtin. ¿También vos los teméis?  
Si es así, no vayáis por la llanura esta noche, pues no  
andaréis una legua sin ver bayonetas.—¿Qué haré, pues?  
—Veníos conmigo á la Logerie; daréis una grande alegría á  
vuestra madre que está muy pesarosa de vuestra conducta.  
—Maese Courtin, también yo voy á daros un consejo.—  
¿Cuál, señor barón?—Que calléis.—No callaré, contestó el  
colono fingiéndose muy conmovido; siento mucho que os ex-  
pongáis á tantos peligros por.....—Calla.—Por una de esas  
malditas Lobas, que ni siquiera querría el hijo de un al-  
deano como yo.—¡Miserable! exclamó el barón levantando  
el látigo.

A este ademán, provocado de intento por Courtin, el ca-  
ballo dió un paso adelante y el labriego vió dos jinetes.

—Perdonad, señor barón, dijo como apesadumbrado, pero  
hace dos noches que no duermo pensando en esto.

Estremeciöse Petit-Pierre al notar en la voz del alcalde  
la misma entonación falsa y melíflua que le había observado  
en casa de Mariana, donde ocurrieron poco después tan tris-  
tes acontecimientos. Así es que tocó á Michel como queriendo  
decirle:

—Cueste lo que cueste, desembaracémonos de ese hombre.

—Corriente, contestó el barón; andad con Dios y dejadnos  
pasar.

Haciendo Courtin como que reparaba entonces que su  
amo llevaba á alguien en la grupa, exclamó:

—¡Diantre! nó vais sólo. Ahora comprendo por qué os



han enojado mis palabras. Oíd, caballero, quien quiera que seáis, sed más razonable que vuestro amigo y convencedle de cuán errada va desafiando al gobierno é infringiendo las leyes por el gusto de complacer á esas Lobas.—Por última vez, replicó Michel con acento amenazador, te mando que nos dejes en paz. Obro como me place, y no has de ser tú quien califique mi conducta.

Sin embargo, mostrábase Courtin decidido á no apartarse hasta ver el rostro del misterioso personaje que acompañaba á su amo, y con el acento de la más completa buena fe, dijo:

—Vamos, mañana haced lo que queráis; mas esta noche id á descansar en vuestro cortijo con la persona que os acompaña: os juro, señor barón, que esta noche es peligroso andar por el campo.—No puede haber peligro alguno para mi compañero ni para mí, pues nada tenemos que ver con lo que pasa.... ¿Qué diablo estáis haciendo en la silla? continuó el barón viendo en el colono un movimiento extraño.—Nada, señor Michel, nada. ¿Con que no queréis acceder á mis ruegos ni oír mis consejos?—No, continuad vuestro camino y dejadnos en paz.—Entonces, dijo el colono, id con Dios; pero recordad que Courtin ha hecho cuanto ha estado en su mano para impedir que os sucediese una desgracia.

Hízose á un lado, y Michel espoleó el caballo en tanto que Petit-Pierre le decía:

—¡Al galope, al galope! he conocido á ese hombre, es el que causó la muerte del pobre Bonneville; corramos, su aparición es un mal agüero.

El barón aguijó de nuevo, mas á poco volcóse la silla y ambos jinetes cayeron. Petit-Pierre se levantó primero y preguntó á Michel:

—¿Os habéis lastimado?—No, contestó el barón poniéndose en pié á su vez; mas no sé cómo.....—¿Cómo hemos caído? No se trata de eso; el hecho es que caímos. Cinchad cuanto antes.—¡Voto al diablo! dijo de pronto el barón, las cinchas se han roto á igual distancia.—Decid que las han cortado, contestó Petit-Pierre; es una ocurrencia de ese maldito Courtin que nada bueno nos presagia. Mirad por ese lado.

Y á medio cuarto de legua avistó el barón en el valle tres ó cuatro hogueras que en la oscuridad resplandecían.

—Es un campamento, contestó Michel.—Si ese bribón

tiene alguna sospecha, lo cual es indudable, nos echará otra vez encima los soldados.—¿Le creéis capaz de semejante vileza sabiendo que estáis conmigo, con su amo?...—Con lo que me ha pasado, bien puedo suponerle capaz de todo.—Tenéis razón.—Empecemos pues por dejar el camino trillado.—En eso estaba pensando.—¿Cuánto tiempo se necesita para llegar á pié al paraje donde nos aguarda el marqués?—Una hora larga; no tenemos que perder un momento. ¿Y el caballo?—Dejémosle; volverá á la cuadra, y si nuestros amigos lo encuentran, conocerán que nos ha sucedido algo y nos buscarán. Pero ¡silencio!—¿Qué hay?—¿Oís algo?—Sí, oigo pasos de caballos hacia el campamento.—¿No os decía que aquel hombre cortó las cinchas con dañadísimas intenciones? Vámonos, barón.—Si dejamos el caballo aquí, nuestros perseguidores conocerán que no estamos lejos.—Me ocurre una idea.—¿Cuál?—De Italia. Las corridas de los Barbieri; imítadme.

Y exponiéndose á destrozarse los dedos púsose á romper con sus delicadas manos ramas de zarzas y acebo, y como Michel hizo otro tanto, luego tuvieron dos haces.

—¿Qué vais á hacer? preguntó Michel.—Rasgad las iniciales de vuestro pañuelo y dádmelo.

Obedeció el barón, y rasgando Petit-Pierre dos tiras del pañuelo, ató los haces, y prendió uno á la crin del caballo y otro á la cola. Al sentir el pobre animal las punzadas empezó á dar saltos y corcovos, y el barón cayó por fin en la cuenta.

Ahora, dijo Petit-Pierre, quitadle la brida para que no se desnuque y soldadlo.

Apenas se vió libre el caballo, relincho, sacudió furiosamente las crines y la cola, y echó á correr desbocado haciendo brotar de los guijarros millares de chispas.

—¡Magnífico! dijo Petit-Pierre; ahora recoged la silla y huyamos.

Saltaron á la otra parte del vallado, y agacháronse para escuchar. Oíase todavía el galope del caballo.

—¿Oís? dijo satisfecho el barón.—Sí, contestó Petit-Pierre, y no somos los únicos que escuchamos, señor de la Logerie: ¿no oís también el eco?

## II

DÓNDE MAESE JAIME CUMPLE EL JURAMENTO HECHO Á POCA-  
ALEGRÍA

El rumor que Michel y Petit-Pierre habían oído se trocaba en confuso estrépito que iba acercándose, y dos minutos después pasaron á diez pasos de ellos unos doce jinetes, que volaban al alcance del fugitivo caballo, cuyos fuertes relinchos indicaban la dirección de su arrebatada carrera.

—Buen paso llevan, dijo Petit-Pierre; pero dudo que lo alcancen.—Tanto más, respondió Michel cuanto que van á pasar precisamente por el mismo paraje donde nuestros amigos nos están aguardando, y el marqués es capaz de entorpecer su persecución.—Entonces tendremos batalla! exclamó Petit-Pierre; ayer en el agua, hoy en el fuego: prefiero lo último.

Y al decir esas palabras quiso arrastrar al barón hacia el punto donde le parecía que iba á trabarse la pelea.

—Nó, nó, exclamó Michel resistiéndose; no vayais, os lo suplico.—¿No os seduce la idea de combatir á los ojos de vuestra dama? Ella está allí, barón.—Lo creo, dijo melancólicamente el mancebo; mas como los soldados cruzan la llanura en todas direcciones y al primer tiro que se oyera acudirían de todas partes, fácilmente podríamos topar con una de sus partidas, y si por desdicha terminara tan mal la misión que se me ha confiado, os juro que no me atrevería á presentarme al marqués.—A su hija, queréis decir.—Sea, á su hija.—Pues para no indisponeros con vuestra hermosa amiga, os prometo obedeceros.—Gracias, gracias, contestó Michel estrechando la mano de Petit-Pierre.

Y viendo la imprudencia que cometía, retrocedió un paso y dijo:

—¡Ah! dispensad...—No hay de qué. ¿En dónde está el asilo que me ha proporcionado el marqués de Souday?—En mi casa; en un cortijo mío.—Supongo que no será el de

Courtin.—Nó; otro completamente aislado y oculto en la arboleda, á la otra parte de Legé, aldea donde ya sabéis que vivía Tinguy.—Sí; ¿pero conocéis el camino?—Perfectamente.—Os prevengo que en Francia desconfío mucho de ese adverbio: el pobre Bonneville también conocía perfectamente los caminos, y sin embargo se extravió.

Exhaló Petit-Pierre un suspiro.

—¡Pobre Bonneville! su extravió fué quizás la causa de su muerte.

Al evocar Petit-Pierre ese recuerdo, asaltáronle naturalmente las tristes ideas que le ocupaban cuando salió de la casa de Picaut; así es que se puso taciturno y siguió á su nuevo guía contestando con monosílabos á las pocas preguntas que le dirigía el barón, quien desempeñó sus nuevas funciones con mucho mayor acierto de lo que era de esperar: torció á la izquierda, y atravesando la llanura, llegó á un arroyo donde en su niñez pescaba con frecuencia cangrejos, el cual cruza el valle de la Benate en toda su extensión, sube al sur para descender al norte y desembocar en el Boulgne cerca de San Colombin. Corriendo entre dos prados ofrecía el arroyo seguro y cómodo camino, y Michel lo siguió á trechos llevando en hombros á Petit-Pierre como lo hacía el malogrado Bonneville; y saliendo luego del arroyo á un kilómetro de distancia, torció otra vez á la izquierda, subió á un collado y mostró á Petit-Pierre la selva de Touvain que en la oscuridad se columbraba al pié de la misma colina.

—¿Hemos llegado ya á vuestro cortijo?—Nó; nos falta atravesar la selva de Touvain; es cuestión de tres cuartos de hora.—¿Es segura la selva de Touvain?—Probablemente: los rojos saben muy bien que de noche no hay que esperar nada bueno de nuestros bosques.—¿No teméis extraviaros?—Nó, porque no nos internaremos en la espesura hasta que hayamos llegado al camino de Machecul á Legé, y siguiendo la linde del este debemos encontrarlo de preciso.—¿Y luego?—Luego bastará tomar este camino, y él mismo nos guiará.—Adelante, pues, dijo Petit-Pierre; os prometo que daré buenos informes de vos, y no será culpa mía si vuestro rendido corazón no alcanza la recompensa que ambiciona. Pero aquí hay un camino casi transitable. ¿Sería el que buscamos?—Es fácil averiguarlo, pues debe haber un poste á mano derecha... Ahí está; este es el camino. Ahora, Petit-

Pierre, me atrevo á prometeros una buena noche.—Bueno, dijo suspirando Petit-Pierre, pues os confieso que las terribles emociones de hoy me han dejado mal recobrada de las fatigas de anoche.

Dichas apenas esas palabras, saltó al camino un hombre, que agarrando por el cuello á Petit-Pierre le dijo con voz tonante:

—¡Alto! ¡ú os mato!

Lanzóse Michel al auxilio de su amigo asestando á la cabeza del agresor un recio golpe con el puño de plomo de su látigo; pero por poco paga caro su generoso auxilio, pues sin soltar el otro á Petit-Pierre, á quien sujetaba con la mano izquierda, sacó una pistola y la disparó contra el barón. Felizmente para éste, como á pesar de la debilidad de Petit-Pierre no estaba éste tan quieto como el agresor hubiera deseado, en cuanto vió el movimiento desvió tan á tiempo el brazo que apuntaba al corazón del baroncito, que la bala sólo le rozó el hombro. Volvió Michel á la carga y el agresor sacaba otra pistola del cinto, cuando salieron de las espaldas. Viéndole entonces su contrario en la imposibilidad de atacarle, dijo á sus auxiliares:

—Atad á ese perillán, y luego me desembarazaréis de éste.—¿Con qué derecho nos prendéis? preguntó Petit-Pierre.—Con éste, respondió el hombre señalando la carabina que llevaba á la bandolera. La razón vais á saberla dentro de pocos momentos. Atad bien al del látigo; en cuanto á éste, añadió mirando desdeñosamente á Petit-Pierre, no creo que nos cueste mucho hacerle seguir.—¿Adónde nos lleváis? preguntó Petit-Pierre.—¡Curiosillo sois, mancebo! —¿Adónde?...—¡Ea! en marcha y menos palabras, ¡voto á brios! Si tanto empeño tenéis en saberlo, luego lo veréis.

Y cogiendo el brazo de Petit-Pierre bajo el suyo inter-nóse en la espesura, á donde le siguieron los dos acólitos que empujaban á Michel, quien todavía forcejaba; y así anduvieron hasta que á los diez minutos llegaron á la calva donde se hallaba la gazapera de maese Jaime, quien, para cumplir lealmente la promesa hecha á Poca-Alegría, había cogido á los dos primeros caminantes que encontró, siendo desertores, según hemos visto en uno de los anteriores capítulos.

### III

DÓNDE SE VE QUE NO TODOS LOS JUDÍOS SON DE JERUSALÉN,  
NI DE TÚNEZ TODOS LOS TURCOS

—¡Hola, conejos! gritó Jaime al llegar al claro.

Obedientes á la voz de su jefe salieron los conejos de los matorrales donde se ocultaban á la primera señal de alarma, y en cuanto se lo permitió la oscuridad, examinaron cuidadosamente á los dos prisioneros.

Mas como esta inspección hecha á oscuras no podía satisfacerles, un hombre de la tropa bajó á la cueva, encendió dos teas, y volvió para alumbrar el rostro de Petit-Pierre y su compañero. Maese Jaime había vuelto á sentarse en el tronco y hablaba tranquilamente con Alain refiriéndole los pormenores de la presa que acababa de hacer, con la misma llaneza con que hubiera relatado un aldeano á su mujer los de una compra hecha en el mercado.

Desazonado Michel por la aventura y la herida que acababa de recibir, habíase tendido sobre la yerba, mientras Petit-Pierre, de pié á su lado, examinaba atento y no sin repugnancia el aspecto de los bandoleros á quienes maese Jaime llamaba conejos, lo cual le era tanto más fácil, cuanto que satisfecha ya la curiosidad de aquellos, habían vuelto á sus interrumpidas tareas, esto es, á sus cantares y juegos, á dormir ó limpiar las armas, sin que por eso los despiertos perdieran de vista á los dos prisioneros, á quienes para mayor seguridad habían colocado en medio del raso. Quitando entonces Petit-Pierre los ojos de los bandidos para ponerlos en su compañero, vió la sangre que le corría por el brazo y mano, y exclamó:

—¡Cielos! ¿estáis herido?—Creo que sí, señ...—Petit-Pierre, ¡vágame Dios! Petit-Pierre hasta nueva orden y ahora más que nunca. ¿Sufrís mucho?—Nó; me ha parecido

Pierre, me atrevo á prometeros una buena noche.—Bueno, dijo suspirando Petit-Pierre, pues os confieso que las terribles emociones de hoy me han dejado mal recobrada de las fatigas de anoche.

Dichas apenas esas palabras, saltó al camino un hombre, que agarrando por el cuello á Petit-Pierre le dijo con voz tonante:

—¡Alto! ¡ú os mato!

Lanzóse Michel al auxilio de su amigo asestando á la cabeza del agresor un recio golpe con el puño de plomo de su látigo; pero por poco paga caro su generoso auxilio, pues sin soltar el otro á Petit-Pierre, á quien sujetaba con la mano izquierda, sacó una pistola y la disparó contra el barón. Felizmente para éste, como á pesar de la debilidad de Petit-Pierre no estaba éste tan quieto como el agresor hubiera deseado, en cuanto vió el movimiento desvió tan á tiempo el brazo que apuntaba al corazón del baroncito, que la bala sólo le rozó el hombro. Volvía Michel á la carga y el agresor sacaba otra pistola del cinto, cuando salieron de los matorrales otros dos hombres que cogieron al barón por las espaldas. Viéndole entonces su contrario en la imposibilidad de atacarle, dijo á sus auxiliares:

—Atad á ese perillán, y luego me desembarazaréis de éste.—¿Con qué derecho nos prendéis? preguntó Petit-Pierre.—Con éste, respondió el hombre señalando la carabina que llevaba á la bandolera. La razón vais á saberla dentro de pocos momentos. Atad bien al del látigo; en cuanto á éste, añadió mirando desdeñosamente á Petit-Pierre, no creo que nos cueste mucho hacerle seguir.—¿Adónde nos lleváis? preguntó Petit-Pierre.—¡Curiosillo sois, mancebo! —¿Adónde?...—¡Ea! en marcha y menos palabras, ¡voto á bríos! Si tanto empeño tenéis en saberlo, luego lo veréis.

Y cogiendo el brazo de Petit-Pierre bajo el suyo inter-nóse en la espesura, á donde le siguieron los dos acólitos que empujaban á Michel, quien todavía forcejaba; y así anduvieron hasta que á los diez minutos llegaron á la calva donde se hallaba la gazapera de maese Jaime, quien, para cumplir lealmente la promesa hecha á Poca-Alegría, había cogido á los dos primeros caminantes que encontró, siendo desertores, según hemos visto en uno de los anteriores capítulos.

### III

DÓNDE SE VE QUE NO TODOS LOS JUDÍOS SON DE JERUSALÉN,  
NI DE TÚNEZ TODOS LOS TURCOS

—¡Hola, conejos! gritó Jaime al llegar al claro.

Obedientes á la voz de su jefe salieron los conejos de los matorrales donde se ocultaban á la primera señal de alarma, y en cuanto se lo permitió la oscuridad, examinaron cuidadosamente á los dos prisioneros.

Mas como esta inspección hecha á oscuras no podía satisfacerles, un hombre de la tropa bajó á la cueva, encendió dos teas, y volvió para alumbrar el rostro de Petit-Pierre y su compañero. Maese Jaime había vuelto á sentarse en el tronco y hablaba tranquilamente con Alain refiriéndole los pormenores de la presa que acababa de hacer, con la misma llaneza con que hubiera relatado un aldeano á su mujer los de una compra hecha en el mercado.

Desazonado Michel por la aventura y la herida que acababa de recibir, habíase tendido sobre la yerba, mientras Petit-Pierre, de pié á su lado, examinaba atento y no sin repugnancia el aspecto de los bandoleros á quienes maese Jaime llamaba conejos, lo cual le era tanto más fácil, cuanto que satisfecha ya la curiosidad de aquellos, habían vuelto á sus interrumpidas tareas, esto es, á sus cantares y juegos, á dormir ó limpiar las armas, sin que por eso los despiertos perdieran de vista á los dos prisioneros, á quienes para mayor seguridad habían colocado en medio del raso. Quitando entonces Petit-Pierre los ojos de los bandidos para ponerlos en su compañero, vió la sangre que le corría por el brazo y mano, y exclamó:

—¡Cielos! ¿estáis herido?—Creo que sí, señ...—Petit-Pierre, ¡vágame Dios! Petit-Pierre hasta nueva orden y ahora más que nunca. ¿Sufrís mucho?—Nó; me ha parecido

que me daban un porrazo en el hombro, y luego he quedado con el brazo entumecido.—¿No podéis moverlo?—¡Oh! ved como no tengo ningún hueso lisiado.

Y movió fácilmente el brazo.

—Hé aquí lo que os conquistará el corazón de vuestra amada; y si no basta vuestro noble comportamiento, os prometo interponer mi mediación, lisonjeándome de que mi influencia será eficaz.—¡Cuán bondadosa sois!—Bondadoso, y no bondadosa. No lo olvidéis, desdichado.—Sí, Petit-Pierre, y creed que después de tal promesa, aunque hubiese de tomar yo solo una batería de cien cañones, atacaría el reducto sin pestañear. ¡Ah! si os dignaseis hablar al marqués de Souday, sería el más feliz de los mortales.—No gesticuléis de ese modo si queréis que se restañe la sangre. ¡Ah! ¡con que el marqués es quien más os intimida! pues bien, yo hablaré cuatro palabritas al temible marqués, á fe de... Petit-Pierre. Mas ya que nos dejan en paz, hablemos de nuestros asuntos. ¿En dónde nos hallamos? ¿Qué gente es esta?—Chuanes, según creo.—¿Y los chuanes detienen á los viajeros inofensivos? Es imposible.—Sin embargo, no sería la primera vez...—¡Oh!—Y si nó, mucho me temo que hoy lo sea.—¿Qué harán con nosotros?—Pronto lo sabremos, pues veo que se mueven sin duda para hacernos el honor de ocuparse de nosotros.—¡Sería de ver, dijo Petit-Pierre, que el peligro me viniese de mis parciales! En todo caso, ¡chito!

No se equivocó el barón, pues habiendo maese Jaime conferenciado un rato con Poca-Alegría y algunos individuos de la partida, mandó conducir á los presos á su presencia. Petit-Pierre avanzó resuelto hacia el capitán de la cuadrilla; Michel no obedeció tan pronto, pues herido y maniatado, apenas podía incorporarse, y viéndole Poca-Alegría hizo una seña á Polilla, quien levantó al mancebo como si fuese un niño de tres años y púsole delante de maese Jaime en idéntica postura á la en que le había encontrado, empujando adelante con fuerza las extremidades inferiores de Michel, y dando una sacudida al centro de gravedad antes de dejar el cuerpo en el suelo.—¡Bestia! exclamó Michel, á quien el dolor hizo perder su acostumbrada timidez.—Poco cortés sois, dijo maese Jaime; repito que no sois cortés, señor barón de la Logerie, pues la acción de ese buen muchacho merecía otra recompensa; mas dejemos eso aparte y

vayamos al grano. No me equivoqué, añadió mirando de hito en hito al mozo, sois el señor Michel de la Logerie, ¿no es verdad?—Sí, contestó éste.—Está bien. ¿Qué teniais que hacer en la selva de Touvain á semejante hora?—Podría contestaros que ninguna cuenta tengo que daros de mis acciones, y que los caminos son libres.—No responderéis tal cosa, señor barón.—¿Por qué?—Porque, sin ánimo de ofenderos, responderíais una necedad, y tenéis mucho juicio para ello.—¿Cómo?—Es claro; pues si no tuvieseis que darme alguna cuenta, nada os preguntaría, y bien veis que los caminos no son libres, pues no habéis podido seguir el vuestro.—Corriente; no discutiré con vos. Iba á mi cortijo de la Bouleuvre que como sabéis se halla á un extremo de la selva de Touvain.—Enhorabuena, señor barón; habládmeme siempre así, y no reñiremos. ¿Cómo se explica que teniendo el señor barón de la Logerie tantos caballos y tan buenos carruajes vaya á pie como un gañán?—Teníamos un caballo; pero al caernos se nos ha escapado y no hemos podido alcanzarle.—Bien, bien. Ahora espero que el señor barón tendrá la amabilidad de darnos algunas noticias.—¿Yo?—Sí. ¿Qué pasa por allá?—¿En qué puede interesaros lo que pasa entre nosotros? preguntó Michel, pues no sabiendo todavía con quién trataba, ignoraba en qué sentido debía contestar.—Hablad, señor barón, replicó maese Jaime, y no os cuidéis de lo que puede serme útil ó indiferente. Veamos, tratad de recordarlo: ¿qué habéis encontrado en el camino?

Michel miró perplejo á Petit-Pierre, y notándolo maese Jaime, mandó á Polilla que se interpusiera entre los dos presos como la muralla del *Sueño de una noche de verano*.

—Hemos encontrado, prosiguió Michel, lo que hace tres días se encuentra á todas horas y en todos los caminos de los alrededores de Machecul: soldados.—¿Os han hablado?—Nó.—¿Cómo?—¿Os han dejado pasar sin decirnos palabra?—Como viajamos por nuestros asuntos particulares, no nos convenia inmismuirnos á pesar nuestro en los que no nos incumben.—¿Y quién es el muchacho que os acompaña?

Petit-Pierre se apresuró á contestar antes que Michel, diciendo:

—Soy el criado del señor barón.—¿De veras? replicó maese Jaime, pues permitid que os diga, amigo mío, que sois muy *mal criado*, y á pesar de ser un rústico, me re-

pugna que un criado conteste por su amo, sobre todo cuando no se le pregunta.

Y dirigiéndose á Michel, añadió:

—¿Es decir que ese muchacho es vuestro criado? ¡Guapo mozo, á fe mía!

Y el jefe de la pandilla miró con grande atención á Petit-Pierre, en tanto que un bandido le acercaba una tea al rostro para facilitar el examen.

—Acabemos de una vez, exclamó Michel. Si queréis mi bolsa, tomadla y soltadnos. — ¡Voto á bríos! respondió maese Jaime, si fuese hidalgo como vos, os pediría satisfacción de tamaña ofensa. ¿Nos tomáis acaso por salteadores? De veras me ofendéis, señor barón, y si no fuese por el temor de desagradaros, os revelaría mis títulos; pero vos sois extraño á la política. No así vuestro padre, á quien tuve el gusto de conocer algún tanto, y por cierto que medró. Confieso que os tenía por adicto servidor de S. M. el rey Luís Felipe. — Os habrais equivocado, respondió muy irreverente Petit-Pierre; el señor barón es por el contrario uno de los más ardientes partidarios de Enrique V. — ¿De veras, mozo?

Y volviéndose Jaime á Michel, dijo:

—Veamos, señor barón, ¿es cierto lo que acaba de decirme vuestro compañero, digo mal, vuestro criado? — Es la pura verdad. — Alégrome infinito. ¡Y yo que creía haberme las con blancos furibundos! ¡Cuánto me pesa de haberos tratado tan mal! ¡Cuántas satisfacciones os debo, cuántos perdones he de pedirós! ¡Perdón mil veces, señor barón, y vos también, fiel y apreciable criado! Dadme ambos la mano, ambos, que no soy vanidoso. — ¡Qué diantre! prorrumpió Michel cuyo mal humor crecía al ver la socarrona corteja de Jaime; manifestadnos vuestra pesadumbre volviéndonos al paraje donde nos habéis detenido. — De ninguna manera; no permitiré que nos dejéis de este modo; á más de que dos legitimistas como nosotros, señor barón, deben hablar juntos de la gran cuestión del levantamiento. ¿No sois de este parecer, señor barón? — Concedido; pero el interés de esta misma causa exige que yo y mi criado nos refugie-mos cuanto antes en la Boulevre. — Os juro, señor barón, que ningún asilo es más seguro que el que hallaréis entre nosotros. Además, no puedo permitir que os ausentéis sin daros antes una prueba de sincero aprecio. — ¡Malo! mur-

muró entre dientes Petit-Pierre. — Hablad, dijo Michel. — ¿Sois adicto á Enrique V.? — Sí. — ¿Mucho? — Mucho. — ¿Muy adicto? — Ya os lo he dicho. — Me lo habéis dicho y no dudo de ello, en prueba de lo cual voy á facilitaros un medio para probar esa adhesión de un modo brillante. — Seguid. — Estos valientes, dijo maese Jaime señalando á sus conejos, estos cuarenta perillanes que más parecen bandidos de Callot que honrados aldeanos, desean morir en defensa de nuestro jóven monarca y su heroica madre; y como desgraciadamente carecen de lo más preciso para lograr su objeto, pues no tienen armas para pelear, vestidos con que presentarse debidamente al combate, ni dinero para hacer más llevaderas las fatigas del campamento, no permitiréis, señor barón, que, para cumplir estos dignos servidores lo que consideráis como un deber, se expongan á todas las enfermedades, constipados y fluxiones pectorales que acarrea el rigor de las estaciones. — ¿Cómo queréis que les proporcione yo todo eso? — ¡Por Dios, señor barón! ¿Creéis por ventura que soy bastante torpe para fastidiar con tan prolijo cuidado á un hombre como vos? Nó por cierto: tengo aquí un buen servidor, señalando á Poca-Alegría, que os ahorrará esa molestia. Bastará que entreguéis el dinero necesario, y él cuidará de lo demás, mirando al propio tiempo por vuestros intereses. — Si no es más que eso, de mil amóres, exclamó Michel con el ímpetu y la irreflexión propios de la mocedad y de las opiniones nacientes. ¿Cuánto necesitáis? — ¡Bravo! jeso se llama hablar! ¿Os parece mucho pedir quinientos francos por cabeza? Ya comprenderéis que yo quisiera darles, no sólo un uniforme verde á semejanza del de los cazadores de Charrette, sinó también una mochila bien provista. Quinientos francos son poco más ó menos la mitad del precio que Luís Felipe paga por cada hombre que Francia le suministra, y creo poder afirmar sin encarecimiento, que cada individuo de mi partida vale por dos soldados de Luís Felipe. Ya véis que soy razonable. — Decidme con lisura cuánto exigís, y concluyamos. — Corriente. Mi partida consta de unos cuarenta hombres incluso algunos ausentes con licencia que deben volver á su puesto á la primera orden: total, veinte mil francos, una frustería para un hombre tan rico como vos, señor barón. — Está bien; dentro de cuarenta y ocho horas tendréis los veinte mil francos, dijo Michel haciendo un ademán de despedida; os doy mi palabra de ho-

nor.—¡Quiá! ¡si no es eso, señor barón! Nosotros queremos evitaros toda molestia; en estos alrededores tendréis un amigo, un notario conocido que os adelantará la suma; no tenéis más que escribir un billetito urgente y muy atento, y uno de mis hombres lo llevará á su destino.—Con mucho gusto, venga recado de escribir y desatadme las manos.—El tío Alain va á daros papel y pluma.

En efecto, Poca-Alegría sacaba ya el recado, cuando Petit-Pierre adelantó un paso diciendo con firmeza:

—Detenéos, señor Michel, y vos, tío Alain, guardad vuestros avios, que eso no se hará.—¡Hola, hola! ¿Y por qué, señor criado? preguntó Jaime.—Porque se parece mucho á las hazañas de los bandidos calabreses para ejecutarlo unos hombres que se titulan soldados de Enrique V; porque además es una violencia, y no quiero tolerarla.—¿Vos, amiguito?—Sí, yo.—Si os tuviese realmente por lo que decís ser, os tratara como á un lacayo insolente; pero como creo que tenéis algún derecho al respeto debido á las mujeres, no comprometeré mi reputación de galante tratándoos á la baqueta. Por ahora pues me limito á advertiros que en lo sucesivo no os metáis en lo que no os atañe.—Sabed, señor mío, replicó Petit-Pierre con altivez, que me importa mucho que no uséis el nombre de Enrique V para cometer semejantes fechorías.—¡Cáspita! mucho os interesáis por los negocios de S. M., amiguito mío; ¿tendríais la bondad de decirme con qué derecho?—Alejad á vuestros secuaces y os lo diré.—¡Bueno, bueno! exclamó maese Jaime.

Y volviéndose en seguida á sus satélites, les dijo:

—Apartaos un poco, conejos. No era necesario, prosiguió en cuanto estos hubieron obedecido su orden; yo no tengo secretos para ellos; mas vos lo habíais pedido, y yo no sé negaros cosa alguna, ya lo véis. Ya estamos solos, despachad.

Petit-Pierre dió un paso hacia maese Jaime y dijo:

—Os mando que soltéis á ese joven; quiero que nos déis una escolta para acompañarnos á donde nos dirigamos, y mandéis investigar á dónde se encuentran unos amigos que estamos esperando.—¡Mandáis y ordenáis! A fe mía, tortolilla, que habláis como el rey en su trono. Y si me niego, ¿qué diréis?—Que os haré fusilar antes de veinte y cuatro horas.—¡Oigan! Según eso, ¿tengo el honor de hablar con la señora regente del reino?—Con ella misma.

Al oír esas palabras maese Jaime prorrumpió en una grandísima carcajada, y los conejos se acercaron para participar de su alegría.

—¡Oid, oid, por vida mía, les dijo; no puedo más! ¡Es delicioso! Cuando tanto os admirasteis al ver entre nosotros al hijo de Michel dándose por el más ardiente partidario de Enrique V, estabais lejos de esperar la estupenda noticia que voy á comunicaros. ¿Sabéis quién es ese lindo aldeanillo que vosotros habréis tomado por lo que hayais querido, pero que á mi entender era la querida del señor barón? Pues sabed que somos unos insignes mentecatos: todos nos hemos equivocado, porque este misterioso mocito es nada menos que la madre de nuestro rey.

Tras esas palabras sonó en las filas de los desertores un murmullo de irónica incredulidad.

—Y yo os juro, exclamó Michel, que es verdad lo que acaban de decirnos.—¡Magnífico testimonio por vida mía! exclamó á su vez maese Jaime.—Os afirmo.... interrumpió Petit-Pierre.—Nada, replicó maese Jaime, lo que yo os afirmo, hermosa dama errante, es que si dentro el término de diez minutos no ha tomado vuestro caballero el partido que le he indicado como el único capaz de salvarle, irá á hacer compañía á las bellotas que cuelgan sobre vuestras cabezas. Con que elija y despache: ó la talega ó la cuerda; si no tengo la una la otra no ha de faltarle.—¡Es una infamia! exclamó fuera de sí Petit-Pierre.—¡Asíde! gritó el jefe de la banda.

Adelantáronse cuatro hombres para cumplir la orden.

—Veremos, dijo Petit-Pierre, quien será bastante osado para tocarme.

Y como Polilla, sin hacer caso del majestuoso ademán y firme acento de Petit-Pierre seguía adelantándose, retrocedió este al contacto de aquella sucia mano, y quitándose á la vez sombrero y peluca, exclamó:

—¡Cómo! ¿No habrá entre tantos bandidos un soldado que me conozca? ¿Es posible que Dios me abandone á merced de semejantes malhechores?—No tal, dijo una voz detrás de maese Jaime, no faltará quien venga á decirle que su proceder es indigno de un hombre cuya escarapela es blanca, porque no tiene mancha.

Volvióse Jaime con la prontitud del rayo y apuntó una pistola al recién venido, al paso que todos los bandoleros le

asestaban sus carabinas. Berta, pues era ella, entró por debajo de una bóveda de hierro en el círculo que rodeaba á los prisioneros.

—¡La Loba! ¡la Loba! exclamaron algunos que conocían á la señorita de Souday.—¿A qué venís? la dijo á speramente el capitán de la cuadrilla. ¿Ignoráis acaso que no reconozco ni acepto la autoridad que se atribuye vuestro padre sobre mi partida ni quiero pertenecer á su división?—¡Punto en boca, bellaco! respondió Berta.

Dirigióse luego á Petit-Pierre, é hincando la rodilla dijo:

—Perdón os pido, señora, por esos hombres que os han ofendido y amenazado, teniendo vos tanto derecho á su respeto.—Por mi vida, contestó alegremente Petit-Pierre, que llegáis como llovida del cielo, pues nuestra posición empezaba á ser algo embarazosa. Ahí tenéis á un pobre mozo que indudablemente os debe la vida. Si hubieseis demorado un poco vuestra venida, estábamos perdidos, pues se hablaba nada menos que de ahorcarnos.—Ni más ni menos, exclamó Michel, á quien Alain acababa de desatar al ver el sesgo que tomaba el asunto.—Y habría sido tanto más sensible, añadió Petit-Pierre sonriendo y señalando á Michel, cuanto que ese mancebo me parece muy digno de que se interese por él una buena realista como vos.

Sonrióse Berta bajando los ojos.

—Por lo tanto, prosiguió Petit-Pierre, vos os encargaréis de pagar la deuda de gratitud que con él tengo contraída, y por vuestra parte no tomaréis á mal que, para cumplir lo que le he prometido, me atreva á decir á vuestro padre dos palabras sobre el particular.

Berta se inclinó, y al hacer este movimiento para besar la mano de Petit-Pierre, ocultó su rubor.

En esto maese Jaime, corrido de su yerro, se acercó balbuciendo algunas palabras para disculparse; y á pesar de la gran repugnancia que aquel hombre le inspiraba, Petit-Pierre comprendió que sería impolítico manifestarse algo más que resentida.

—Vuestras intenciones son quizá muy buenas, le dijo; pero vuestro proceder es inicuo, y puede acreditarnos de salteadores por el estilo de los antiguos compañeros de Jehú. Espero que en lo sucesivo variaréis de conducta.

Volviéndose en seguida, y como si para ella no existiese aquella gente, dijo á Berta:

—Contadnos cómo habéis venido hasta nosotros.—Vuestro caballo ha husmeado los nuestros, contestó la doncella, y al pasar por nuestro lado le hemos cogido, alejándonos luego apresuradamente, pues oíamos que la caballería le iba á los alcances; viendo el raro y significativo jaez con que iba adornado, comprendimos que le habíais soltado para huir, y entonces nos hemos dispersado citándonos para la Boulevre, en donde hemos empezado á buscaros. Al atravesar el bosque he visto luces y oído voces, y dejando el caballo por temor de que me descubriera algún relincho, hémecacado sin que nadie me viese ni oyese. Ya sabéis lo demás.—Bueno, respondió Petit-Pierre; si ahora maese Jaime quiere darme un guía... á la Boulevre, querida Berta, que me hallo rendida de cansancio, os lo confieso.

Berta inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

Maese Jaime dispuso que diez de los suyos precediesen á la comitiva para despejar el camino, en tanto que él con otros diez acompañaba á Petit-Pierre montado en el caballo de Berta. Dos horas después y cuando Petit-Pierre, Berta, y Michel acababan de cenar, el marqués de Souday se alegró muchísimo de encontrar en salvo al que llamaba el amiguito, si bien por más viva y real que fuese su alegría, á fuer de caballero del antiguo régimen la templaba con demostraciones de profundísimo respeto.

Aquella velada tuvo Petit-Pierre con el marqués de Souday una larga plática que Berta y Michel observaban con vivísimo interés, el cual subió de punto cuando entró Juan Oullier en el cortijo, pues acercándose entonces el marqués á los jóvenes, cogió la mano de Berta y dijo al barón:

—Petit-Pierre acaba de asegurarme que aspiráis á la mano de mi hija Berta, y aunque tal vez hubiese formado otros planes respecto de ella, lo único que me es dado contestar á sus graciosas instancias, es que después de la campaña mi hija os dará la mano de esposa.

Michel quedó anonadado cual si hubiese caído un rayo á sus piés.

Mientras el marqués ponía la mano de Berta en la del barón, este volvió el rostro á Mary como para implorar su auxilio; mas ella le dijo al oído estas terribles palabras:

—No os amo.

Agobiado de dolor y mudo de asombro, cogió Michel quinalmente la mano que el marqués le ofrecía.



## IV

CÓMO SE VIAJABA EN EL DEPARTAMENTO DEL LOIRA INFERIOR  
Á MEDIADOS DE MAYO DE 1832

A eso de las cinco de la tarde del mismo día en que acontecieron los referidos hechos en casa de la viuda Picaut, en el castillo de Souday, en la selva de Touvain y en el cortijo de la Bouleuvre, abrióse la puerta de la casa número 17 de la calle del Chateau-Arnault, dando paso al comisario civil Pascal, á quien hemos visto en el castillo de Souday, y á otro personaje de unos cuarenta años, rostro despejado é inteligente, nariz corva, dientes blancos, labios gruesos y sensuales, como suelen tenerlos las personas de imaginación; y á juzgar por su traje negro, su corbata blanca y su cinta de la Legión de honor, pertenecía á la magistratura: en efecto, era uno de los abogados más distinguidos de París, que llegó el día anterior á Nantes alojándose en casa de su colega el comisario civil, llevando en el vocabulario realista el nombre de Marco, uno de los de Cicerón. A la puerta de la calle estrechó afectuosamente la mano del comisario y subió á un carruaje allí parado, mientras el cochero, cual si supiese la ignorancia del abogado, preguntaba al otro:

—¿A dónde he de llevar al señor?—¿Ves aquel aldeano que está al extremo de la calle montado en un caballo tordo?—Sí, señor.—Pues síguete.

No bien hubo hecho el comisario esta indicación, cuando el del caballo tordo, cual si hubiese oído sus palabras, siguió por la calle del Chateau, y echó por la derecha para tomar la orilla del río que estaba á la izquierda. Al mismo tiempo arreó el cochero á su caballo, y el desvencijado vehículo empezó á saltar por el empedrado de la capital del departamento del Loira Inferior, en pos siempre y como pudo de su misterioso guía. Al doblar el coche la esquina de la calle del Chateau, el viajero volvióse al jinete, quien

sin mirar atrás se encaminaba al puente Rousseau, el cual atraviesa el Loira y lleva al camino de San Filiberto de Grandlieu; traspuso el puente y tomó el camino indicado, en tanto que el aldeano ponía su cabalgadura al trote corto para que el carruaje no quedase rezagado. Sin embargo, el aldeano nunca volvía la cabeza, y seguía su camino afectando tal indiferencia, que parecía, no sólo ignorar lo que tras sí pasaba, sino también la misión que debía desempeñar; de modo que hubo momentos en que el viajero creyó ser juguete de alguna burla. En cuanto al cochero, como no estaba en autos, no podía tranquilizarle; y como al preguntar al comisario civil: ¿A dónde vamos? éste le había contestado: Seguid al aldeano del caballo tordo, obedecía sin hacer por eso mayor caso del guía que el guía de él.

Después de dos horas de camino y al caer la tarde llegaron á San Filiberto de Grandlieu. El del caballo tordo hizo alto ante la posada de *la Santa Cruz*, apeóse, y, entregando la brida á un mozo, entró en el mesón. A poco se encontró en la cocina con el viajero, y haciendo como si no le conociera, con el mayor disimulo le puso en la mano un papelito. Pasó el viajero al comedor á la sazón desierto, pidió luz y una botella de vino, y antes de beber abrió el billete que decía: «Voy á aguardaros en la carretera de Legé; seguidme sin juntaros conmigo ni hablarme; el cochero se quedará en la posada con el carruaje.»

El viajero quemó el billete, escanciándose un vaso de vino en el cual humedeció los labios, y después de citar al cochero para la noche siguiente, salió de la posada sin que lo notara el mesonero ó á lo menos lo demostrase. Al llegar al extremo de la población, vió á su hombre sumamente atareado en cortar un palo de escaramujo, y cortado que fué, el aldeano siguió su camino desgajando las ramas. Marco le siguió cerca de media legua, y habiendo cerrado ya la noche, entró el aldeano en una casa solitaria situada á la derecha del camino. Apretó el paso el viajero, de modo que ambos penetraron en ella casi al mismo tiempo. Al llegar al dintel vió á una mujer en la pieza que daba á la carretera, y delante de ella al aldeano, que sin duda le esperaba. En cuanto le vió entrar, dijo á la dueña de la casa:

—Hay que acompañar á este caballero.

Y salió de la casa sin darle tiempo para mostrar su gratitud de ningún modo.

Siguióle el viajero con los ojos, miró con extrañeza á la dueña de la casa, y después de indicarle esta con un ademán que tomase asiento, continuó ocupándose en sus quehaceres sin dirigirle una palabra. Así trascurrió media hora larga y empezaba ya á impacientarse el viajero cuando entró el dueño de la casa, que sin dar el menor indicio de sorpresa ni curiosidad, le saludó con cortesía y buscó con la vista á su mujer, la cual le repitió puntualmente las palabras del guía:

—Hay que acompañar á este caballero.

Dirigióle el recién venido una de aquellas miradas rápidas, investigadoras y cautelosas, peculiares á los vendeanos; y recobrando luego su aspecto habitual, sencillo y bondadoso, adelantóse sombrero en mano y dijole:

—¿El señor desea hacer un viaje por la comarca?—Sí, amigo; desearía ir un poco más allá.—¿El señor trae seguramente sus documentos?...—Por supuesto.—¿En regla?—En cuanto cabe.—¿Con su nombre de guerra ó con su verdadero nombre?—Con mi verdadero nombre.—Dispensad, caballero; pero me veo en la precisión de pedirlos.—¿Es indispensable?—Sí, pues sólo después de verlos podré decir si os es dado viajar por el país sin impedimento de ninguna clase.

Entrególe el viajero su pasaporte fechado en 28 de febrero, tomólo el aldeano, observó si las señas eran exactas, y en seguida se lo devolvió diciendo:

—Está bien; con estos papeles podéis ir á donde os acomode.—¿Os encargáis de hacerme acompañar?—Sí, señor.—Desearía que fuese lo más pronto posible.—Voy á mandar que ensillen los caballos.

A los diez minutos volvió el campesino, y dijo:

—Ya están preparados los caballos.—¿Y el guía?—Os está esperando.

Salió el viajero y encontró á la puerta á un mozo de labranza montado, que tenía un caballo del diestro. Marco comprendió que eran su guía y su caballo, y en efecto, apenas tuvo aquél el pié en el estribo, su nuevo conductor se puso en camino, tan callado como el primero.

Eran las nueve, y la noche oscura como boca de lobo.

## V

## CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Después de hora y media de camino durante la cual el caminante y su guía no despegaron los labios, llegaron á la puerta de uno de aquellos edificios que tanto abundan en el país, y que son cortijo y quinta en una pieza. Detúvose el guía, y señalando al viajero que hiciese otro tanto, apeóse y llamó á la puerta. A poco fué á abrirles un criado.

—Ese caballero, le dijo el guía, desea hablar al señor.—Es muy difícil, respondió el criado; el señor está acostado.—¿Ya? dijo el viajero.

Aproximóse más el criado y añadió:

—El señor ha pasado la noche última en una cita y la mayor parte del día á caballo.—No importa, dijo el guía; es preciso que ese caballero le vea; viene de parte del señor Pascal y ha de hablar con Petit-Pierre.—Ya es otra cosa, respondió el criado; voy á despertar al señor.—Preguntadle si puede proporcionarme un guía de confianza; no necesito más.—No hará tal.—¿Qué hará pues?—El mismo os acompañará.

Tras esto volvió á entrar en la casa, y saliendo de ella al cabo de cinco minutos, dijo:

—El señor me encarga preguntaros si queréis tomar algo ó preferís continuar la marcha sin deteneros.—Como ya he comido en Nantes, prefiero continuar mi camino.

Ausentóse de nuevo el criado, y un momento después salió de la casa un joven. Este ya no era criado sino el amo de ella.

—En otras circunstancias, dijo, insistiría en rogaros que me hicieseis el obsequio de honrar mi techo un momento. Sin duda sois el sugeto llegado de París á quien espera Petit-Pierre.—El mismo, caballero.—¿El señor Marco?—Sí.—Partamos pues sin dilación, que os esperan con impaciencia.

Siguióle el viajero con los ojos, miró con extrañeza á la dueña de la casa, y después de indicarle esta con un ademán que tomase asiento, continuó ocupándose en sus quehaceres sin dirigirle una palabra. Así trascurrió media hora larga y empezaba ya á impacientarse el viajero cuando entró el dueño de la casa, que sin dar el menor indicio de sorpresa ni curiosidad, le saludó con cortesía y buscó con la vista á su mujer, la cual le repitió puntualmente las palabras del guía:

—Hay que acompañar á este caballero.

Dirigióle el recién venido una de aquellas miradas rápidas, investigadoras y cautelosas, peculiares á los vendeanos; y recobrando luego su aspecto habitual, sencillo y bondadoso, adelantóse sombrero en mano y dijole:

—¿El señor desea hacer un viaje por la comarca?—Sí, amigo; desearía ir un poco más allá.—¿El señor trae seguramente sus documentos?...—Por supuesto.—¿En regla?—En cuanto cabe.—¿Con su nombre de guerra ó con su verdadero nombre?—Con mi verdadero nombre.—Dispensad, caballero; pero me veo en la precisión de pedirlos.—¿Es indispensable?—Sí, pues sólo después de verlos podré decir si os es dado viajar por el país sin impedimento de ninguna clase.

Entrególe el viajero su pasaporte fechado en 28 de febrero, tomólo el aldeano, observó si las señas eran exactas, y en seguida se lo devolvió diciendo:

—Está bien; con estos papeles podéis ir á donde os acomode.—¿Os encargáis de hacerme acompañar?—Sí, señor.—Desearía que fuese lo más pronto posible.—Voy á mandar que ensillen los caballos.

A los diez minutos volvió el campesino, y dijo:

—Ya están preparados los caballos.—¿Y el guía?—Os está esperando.

Salió el viajero y encontró á la puerta á un mozo de labranza montado, que tenía un caballo del diestro. Marco comprendió que eran su guía y su caballo, y en efecto, apenas tuvo aquél el pié en el estribo, su nuevo conductor se puso en camino, tan callado como el primero.

Eran las nueve, y la noche oscura como boca de lobo.

## V

## CONTINUACIÓN DEL ANTERIOR

Después de hora y media de camino durante la cual el caminante y su guía no despegaron los labios, llegaron á la puerta de uno de aquellos edificios que tanto abundan en el país, y que son cortijo y quinta en una pieza. Detúvose el guía, y señalando al viajero que hiciese otro tanto, apeóse y llamó á la puerta. A poco fué á abrirles un criado.

—Ese caballero, le dijo el guía, desea hablar al señor.—Es muy difícil, respondió el criado; el señor está acostado.—¿Ya? dijo el viajero.

Aproximóse más el criado y añadió:

—El señor ha pasado la noche última en una cita y la mayor parte del día á caballo.—No importa, dijo el guía; es preciso que ese caballero le vea; viene de parte del señor Pascal y ha de hablar con Petit-Pierre.—Ya es otra cosa, respondió el criado; voy á despertar al señor.—Preguntadle si puede proporcionarme un guía de confianza; no necesito más.—No hará tal.—¿Qué hará pues?—El mismo os acompañará.

Tras esto volvió á entrar en la casa, y saliendo de ella al cabo de cinco minutos, dijo:

—El señor me encarga preguntaros si queréis tomar algo ó preferís continuar la marcha sin deteneros.—Como ya he comido en Nantes, prefiero continuar mi camino.

Ausentóse de nuevo el criado, y un momento después salió de la casa un joven. Este ya no era criado sino el amo de ella.

—En otras circunstancias, dijo, insistiría en rogaros que me hicieseis el obsequio de honrar mi techo un momento. Sin duda sois el sugeto llegado de París á quien espera Petit-Pierre.—El mismo, caballero.—¿El señor Marco?—Sí.—Partamos pues sin dilación, que os esperan con impaciencia.

Volvióse en seguida al mozo de labranza, y díjole: —¿Está cansado tu caballo?—Desde esta mañana sólo ha andado legua y media.—Pues dámelo, que los míos están derrengados. Dentro de dos horas estaré de vuelta. Luis, haz los honores de la casa á ese camarada.

Dicho esto, montó á caballo con sorprendente ligereza, cual si aquel día sólo hubiese hecho como su cabalgadura legua y media de camino, y preguntó al viajero si estaba preparado; y habiéndole contestado éste con una seña afirmativa, emprendieron la marcha.

Cerca de un cuarto de hora anduvieron sin que ninguno de los dos despegara los labios, cuando sonó á corto trecho un grito extraño.

Estremecido Marco preguntó cuál era su significado.

—Nuestro batidor pregunta á su modo si está libre el camino, respondió el caudillo vendeano. Escuchad, poco se hará esperar la respuesta; y tocando el hombro del viajero, enseñóle con el ejemplo lo que debía hacer: paró el caballo. Efectivamente no tardó en oírse á lo lejos un segundo grito, tan parecido al primero que parecía su eco.

—Adelante, dijo el caudillo poniendo al paso su cabalgadura: nada hay que temer.—¿Con qué nos precede un batidor?—Sí, y nos sigue otro á doscientos pasos de distancia, la misma que nos separa del que va delante.

—¿Quién contesta al de vanguardia?—Los aldeanos cuyas chozas están á la orilla del camino. Prestad atención cuando pasemos por delante de una de ellas, y veréis abrirse una ventanilla y asomar cautelosamente una cabeza inmóvil como si fuera de piedra, que no desaparecerá hasta perderlos de vista. Si vieses pasar en nuestro lugar los soldados de algún destacamento vecino, ese hombre saldría al instante por una puerta trasera, y si hubiese por los alrededores alguna partida de realistas, estaría prevenida un cuarto de hora antes de la llegada del destacamento.

En esto el caudillo se interrumpió exclamando:

—¡Oíd!

Paráronse los dos jinetes y dijo el viajero:

—No he oído más que el grito del explorador. ¿Y vos?—Igualmente. Nadie ha contestado.—¿Qué significa eso?—Que hay tropa por estas cercanías.

A esas palabras puso su caballo al trote, el caminante hizo otro tanto, y al cabo de algunos segundos oyeron pa-

sos precipitados: era el hombre de retaguardia que se dirigía á ellos á todo correr.

Llegados á una encrucijada encontraron al guía parado y perplejo. Como en aquel paraje se bifurcaba el camino tomando dos opuestas direcciones y en ninguna de ellas se había contestado á su grito, vacilaba en la elección. Entrambos podían conducir á un mismo punto á la corta ó á la larga; pero el de la izquierda daba un considerable rodeo. Después de deliberar un momento el jefe vendeano y el guía, internóse este último en la espesura por la derecha, y cinco minutos después le siguieron el viajero y el caudillo, dejando en el mismo sitio á su cuarto compañero, que no tardó en imitarles á su vez. Continuaban manteniéndose á igual distancia de su vanguardia y retaguardia, y así anduvieron unos trescientos pasos. De repente los dos realistas encontraron otra vez al guía parado, quien les dijo en voz baja:

—Una patrulla.

Todos prestaron atento oído, y á lo lejos oyeron en efecto el ruido acompasado de una partida de tropa. Era una patrulla del general Dermoncourt.

Encontrábanse entonces en una de aquellas hondonadas que tanto abundaban en la Vendée y las cuales desaparecen sucesivamente merced á los caminos vecinales. Eran tan escarpados los declives, que hubiera sido imposible trepasen por ellos los caballos, y por lo tanto no quedaba más recurso que retroceder hasta un paraje descubierto para desviarse del camino. Sin embargo, existía el inconveniente de que así como los dos jinetes habían oído á los soldados, podían estos oír el paso de los caballos y ponerse en su persecución. De pronto el batidor hizo una seña al caudillo vendeano. Gracias á un pasajero rayo de luna había visto el reflejo de las bayonetas é indicaba con el dedo al viajero y al caudillo la dirección en que acababan de brillar. Púsose el primero sobre aviso, y reparó que tratando los soldados de evitar el agua llovediza que suele correr por las quiebras, en vez de seguir el encajonado sendero, treparon por el declive de la izquierda. Los viajeros estaban parados sin atreverse á respirar, protegidos por las tinieblas, y sin sospecharlo los soldados pasaron casi por su lado. Hubiera bastado el relincho de un caballo para descubrirles; pero cual si hubiesen comprendido la gravedad de la situación,

los caballos permanecieron tan callados como sus dueños. Cuando se hubo extinguido por completo el ruido de las pisadas, los viajeros siguieron andando. Al cabo de un cuarto de hora dejaron el camino y penetraron en un bosque.

Allí estuvieron más desahogados, pues si la patrulla se arriesgaba á entrar de noche en la espesura, lo cual no era probable, seguiría las sendas que la cruzan, y por consiguiente, tomando uno de los senderos conocidos de la gente del país, nada debían temer. A poco apeáronse los jinetes dando á guardar los caballos á uno de los batidores, mientras el otro desaparecía en la oscuridad, mayor en aquel paraje á causa de las primeras hojas de mayo. El jefe vendeano y el viajero siguieron el mismo camino, y apenas anduvieron doscientos pasos cuando oyeron el canto del buho.

El caudillo imitó el del mochuelo, y el primero fué repetido.

—Ya tenemos aquí á nuestro hombre, dijo el jefe.

Diez minutos después volvía el guía acompañado de Juan Oullier, único y por lo tanto primer picador del marqués de Souday, quien abandonando por el momento el ejercicio de la caza, tomaba parte activa en los acontecimientos que iban á tener lugar. En las dos presentaciones anteriores el viajero había oído siempre que el guía al hablar á una tercera persona decía:

—Este caballero tiene que hablar al señor.

Aquella vez el caudillo vendeano dijo á Juan Oullier variando la fórmula:

—Amigo mío, este caballero desea hablar á Petit-Pierre.

A lo cual contestó Oullier.

—Venga conmigo.

Tendió el viajero la mano al caudillo, quien se la estrechó cordialmente, y luego llevóla al bolsillo con intención manifiesta de gratificar á los dos guías, intento que adivinó el caudillo, quien le indicó con una seña que se abstuviese de ejecutarlo, pues el buen aldeano lo tomaría por una ofensa. Comprendiendo Marco esa noble susceptibilidad, pagó al labriego con otro apretón de mano, y en seguida Juan Oullier tomó el camino por donde había venido, pronunciando esta sola palabra:

—¡Seguidme!

El caminante empezaba ya á acostumbrarse á aquellas

formas breves y misteriosas, insólitas para él, que si no denotaban conspiración flagrante, á lo menos indicaban la insurrección próxima. Apenas había visto el rostro del jefe vendeano y de los dos guías, cubiertos como iban con anchos sombreros; y en la espesura de la selva casi tampoco veía la forma de Juan Oullier, quien poco á poco acertó el paso hasta encontrarse á su lado. Conociendo vagamente que su guía tenía que decirle alguna cosa, prestó atención, y en efecto oyó murmurar estas palabras:

—Nos sigue un espía. Si desaparezo, no os dé cuidado; esperadme en el sitio donde me perdáis de vista.

El viajero contestó con un movimiento de cabeza que significaba:

—Está bien; haced lo que os acomode.

Anduvieron otros cincuenta pasos, y Oullier se internó súbitamente en el bosque. Oyóse en la espesura un rumor parecido al del corzo que se levantara espantado, rumor que fué alejándose por grados cual si en efecto lo causara dicho animal. Oyóse asimismo el paso de Juan Oullier alejándose en la misma dirección. Apoyóse el viajero en una encina, y á los veinte minutos dijo una voz junto á él:

—¡Adelante!

Estremecióse, pues esa voz era la de Oullier, quien se había acercado sin hacer el menor ruido.

—¿Qué había? preguntó el viajero.—Un matorral vacío.

—¿No había nadie?—Un bribón que conoce la selva á palmos como yo.—¿No habéis podido cogerle?

Oullier hizo con la cabeza un ademán como si le costara confesar que se le había escapado un hombre.

—¿No sabéis quién era?—Lo sospecho; mas sea quien fuere es un pícaro.

Y hallándose á la linde del bosque, añadió:

—Ya hemos llegado.

En efecto, Marco vió delante el cortijillo de la Boulevvre.

Juan Oullier miró atento á entrambos lados del camino, y vió que estaba despejado en cuanto alcanzaba la vista. Siguiéron adelante y llegaron sin tropiezo á la puerta de un cortijo, la cual abrió Oullier diciendo:

—Seguid.

Marco atravesó el camino y desapareció bajo el soportal; cerróse tras ellos la puerta, y apareció una forma blanca en la escalera.

—¿Quién va? preguntó una voz robusta é imperiosa, aunque femenina.—Yo, señorita Berta, respondió Juan Oullier.—¿Quién os acompaña?—Un caballero de París que desea hablar á Petit-Pierre.

Bajó Berta á recibir al viajero, y díjole:

—Venid, caballero.

Condújole á una pieza pobremente amueblada en la que ardía una buena lumbre junto á la cual estaba una mesa puesta con la cena servida.

—Sentáos, caballero, dijo la joven con gentil donaire y con el varonil ademán que tanta originalidad la prestaba; aquí tenéis con qué satisfacer el apetito y la sed. Petit-Pierre duerme; pero ha mandado que le despertasen si venía alguien de París. Vos venís de allí, ¿no es eso?—Sí, señorita.—Dentro de diez minutos vuelvo.

Berta desapareció como una visión. El caminante permaneció algunos segundos asombrado, pues era muy observador, y no recordaba haber visto tanta gracia unida á tanta energía: hubiera podido tomársela por el joven Aquiles vestido de mujer antes de ver brillar la espada de Ulises. Aborto en estas ó semejantes ideas, no pensó el viajero en comer ni beber, y poco después entró la joven en la estancia diciendo:

—Petit-Pierre os espera, caballero.

Salió Marco en pos de Berta á quien daba de lleno en el rostro la luz de la vela que llevaba para alumbrar la escalera. El viajero contemplaba con admiración sus hermosos cabellos, sus negros y rasgados ojos, su tez mate animada por el soplo juvenil de la salud, y su paso firme y majestuoso como el de una diosa. Sonrióse y acordándose de Virgilio, murmuró:

*Incessu patuit dea.*

La joven llamó á la puerta de un aposento.

—¡Adelante! respondió una voz femenina.

Abrióse la puerta, y la joven hizo una cortesía al pasar el viajero: bien se conocía que no era la humildad su principal virtud. Entró éste, y la doncella cerró la puerta quedándose fuera.

## VI

### UN POQUITO DE HISTORIA NUNCA ESTÁ DE MÁS

Era el aposento donde entró el desconocido una pieza muy vasta y recién construída, y en cuyas paredes húmedas, ligeramente estucadas, se veía á trechos el enmaderamiento. Acostada en un tosco lecho de pino, vió á una mujer en quien conoció á la señora duquesa de Berry, y concentró en ella toda su atención.

Las sábanas de finísima batista eran lo único que indicaba la elevada categoría de la dama. Servía de cobertor un mantón de cuadros verdes y encarnados; calentaba el aposento una chimenea de yeso guarnecida de madera, y componía el ajuar una mesa llena de papeles con dos pistolas encima. Junto á este mueble había una silla con un traje completo de aldeano y una peluca negra, y otra silla al pié del lecho con los vestidos de la princesa, la cual llevaba una cofia de lana á usanza de las mujeres del país, y leía su correspondencia á la luz de dos bujías colocadas sobre un velador de palo rosa bastante deteriorado, evidente resto del antiguo ajuar de un castillo.

Al parecer la princesa esperaba con impaciencia la llegada del viajero, pues en cuanto le vió entrar tendióle ambas manos, que éste tomó besándoselas respetuosamente y humedeciéndolas con una lágrima.

—¡Lloráis, caballero! ¿Me traéis malas noticias?—Esta lágrima brota del corazón, señora; es la expresión del profundo dolor que experimento al veros sola y aislada en un cortijo de la Vendée, á vos, á quien he visto.....

Las lágrimas le ahogaron la voz, y la duquesa terminó la frase diciendo:

—En las Tullerías, en las gradas del trono, ¿no es verdad? Seguramente, amigo mío, estaba allí peor guardada y no tan bien servida como aquí, pues aquí me sirve y custodia la lealtad que sabe sacrificarse, en tanto que allí me

servía el interés que sólo obra por cálculo; pero vamos al grano, que ya me inquieto de veros eludir la cuestión principal. ¡Pronto! dadme noticias de París. ¿Son buenas?—Creed, señora, que entusiasta como soy, siento en el alma haberme visto obligado á ser el mensajero de la prudencia.—¿Es decir que mientras mis fieles vendeanos se hacen matar por mi causa, mis amigos de París son prudentes? Ya lo véis, con razon he dicho que estaba aquí mejor guardada y servida que en las Tullerías.—Mejor guardada, tal vez; mejor servida, nó. Hay momentos en que la prudencia es madre del acierto.—Yo también tengo noticias de París, caballero, replicó contrariada la princesa, y sé que allí es inminente una revolución.—Señora, contestó el abogado con firme y sonora voz, hemos pasado año y medio en continuas asonadas, y ninguna de ellas ha tomado el carácter de revolución.—Luis Felipe es impopular.—Concedido; mas eso no prueba que Enrique V sea popular.—¡Enrique V! Mi hijo no se llama Enrique V, caballero, sinó Enrique IV segundo!—Permitid que os diga, señora, que todavía es muy niño para que sepamos su verdadero nombre; y cuanto más adicto es un hombre á su jefe, tanto más debe decirle la verdad.—¿La verdad? Yo la pido, la exijo entera y sin embozo.—Pues oíd, si queréis saberla. Desgraciadamente la memoria del pueblo se ciñe á un limitado horizonte; para el pueblo hay dos grandes recuerdos de cuarenta y tres años de fecha el uno, y de diez y siete el otro: el primero es la toma de la Bastilla, esto es, la victoria del pueblo sobre la monarquía, victoria que dió á la nación la bandera tricolor; el segundo es la doble restauración de 1814 y 1815, victoria de la monarquía sobre el pueblo, la cual impuso al país la bandera blanca. En los grandes movimientos todo es símbolo, señora; la bandera tricolor es el lábaro de la libertad, y en sus pliegues se lee: *Con esta enseña vencerás*. La bandera blanca es la seña del despotismo, y en ambas caras lleva escrito: *Con esta enseña fuiste vencido*.—¡Caballero!—Habéis exigido la verdad, señora, y os la digo.—Sí; mas cuando hayais concluido, contestaré.—Corriente. Y me alegraré de que vuestra respuesta llegue á convencerme.—Seguid.—Vos, señora, salisteis de París el 28 de julio, y no visteis la saña con que el pueblo despedazaba la bandera blanca y pisoteaba las flores de lis.—¡La bandera de Denain y de Taillebourg! ¡Las flores de lis de San Luis y

de Luis XIV!—Desgraciadamente, señora, el pueblo no se acuerda sinó de Waterloo, y sólo conoce á Luis XVI, nombres que significan una derrota y una ejecución. ¿Sabéis, señora, la gran dificultad que preveo para vuestro hijo, último descendiente de San Luis y de Luis XIV? Precisamente es la bandera de Taillebourg y Denain. Si S. M. Enrique V, ó Enrique IV segundo como tan acertadamente le llamáis, entra en París con la bandera blanca, no pasará del arrabal de San Antonio, y antes de llegar á la Bastilla será muerto.—¿Y si entra con la bandera tricolor?—Peor que peor, señora: antes de llegar á las Tullerías estará deshonorado.

Sobresaltóse la duquesa, y tras una corta pausa dijo:

—Tal vez sea cierto; pero amarga es la verdad.—Os la prometí pura, y cumplo la palabra.

Después de otro rato de silencio, replicó la princesa:

—No son esas las noticias que recibí de Francia y determinaron mi regreso.—No digo lo contrario, señora; mas no olvidemos que si á veces llega la verdad á oídos de los príncipes reinantes, nunca llegan á saberla los príncipes destronados.—Permitid que os diga, caballero, que á fuer de abogado sois algo paradójico.—En efecto, señora, la paradoja es achaque de la elocuencia; mas con V. A. R. no se ha de ser elocuente, sinó verídico.—Dispensad. ¿No habéis dicho que los príncipes destronados nunca llegan á saber la verdad? U os habéis equivocado, ó me estáis engañando.

El abogado se mordió los labios: la duquesa hería por los mismos filos.

—¿Dije nunca, señora?—Nunca, dijisteis.—Pues suponamos una excepción y que yo lo sea.—Dadlo por supuesto, y decidme, si os place, porqué no saben nunca la verdad los príncipes destronados.—Porque al paso que los monarcas reinantes suelen estar rodeados de ambiciosos satisfechos, los príncipes destronados lo están de ambiciosos por satisfacer. Verdad es, señora, que hay en derredor vuestro algunos corazones generosos que se sacrifican con completa abnegación; pero también hay no pocas personas para quienes vuestro regreso es un medio de alcanzar fama, riqueza y honores; también hay muchos descontentos que perdieron su posición y quieren recobrarla y vengarse de los que se la quitaron. Toda esa gente ve mal los hechos y no aprecia debidamente la situación; convierte sus aspiraciones en

esperanzas, y sus esperanzas en certezas; sueña sin cesar con una revolución que si llega á estallar, de seguro no será á la hora que se figura; esa gente se engaña y os engaña; empieza por mentirse á sí misma y acaba por mentiros á vos, atrayéndoos al peligro que quiere correr. De ahí el error fatal que os ha imbuído y que debéis reconocer, señora, ante la verdad incontestable que acabo de manifestaros tal vez con aspereza, pero de un modo franco y leal. —En resumen, contestó la duquesa impaciente al ver que aquellas palabras confirmaban las que había oído en el castillo de Souday; ¿qué traéis bajo los pliegues de vuestra toga, maese Cicerón? ¿La paz ó la guerra?—Como se supone que seguimos las prácticas constitucionales, contestaré á V. A. R. que en calidad de regente os toca elegir entre las dos. —¡Yal y mis cámaras se reservan el derecho de negarme subsidios si no resuelvo lo que quieren, ¿no es eso? Conozco todas las ficciones de vuestro sistema constitucional, cuyo principal inconveniente consiste en complacer á los que hablan más, nó á los que raciocinan mejor. En fin, vos estaréis encargado de trasmitirme la opinión de mis fieles y leales consejeros acerca de la oportunidad del levantamiento. ¿Cual es? ¿Y qué opináis vos? Mucho hemos hablado de la verdad; algunas veces es un espectro terrible. No importa; aunque mujer, no temo evocarlo. —No dudo de vuestra fortaleza de ánimo, señora; si nó hubiese sabido que en vuestras venas circula la ilustre y poderosa sangre de veinte reyes, nó habría consentido en encargarme de tan dolorosa comisión. —Vamos, ya pareció aquello: menos diplomacia, maese Marco. Hablad alto y firme cual debe hacerse con quien soy aquí, con un soldado.

Quitóse la corbata el viajero, y tratando de descoserla, la princesa exclamó impaciente:

—Dádmela, dádmela; yo acabaré mas pronto.

Era una carta escrita en cifras, y la duquesa, después de mirarla, dijo devolviéndola á Marco:

—Leédmela; me costaría deletrearla, y á vos os será fácil, pues debéis saber su contenido.

Tomóla el abogado y púsose á leer sin tropiezo lo que sigue:

«Las personas á quienes se ha honrado con tan distinguida confianza nó pueden menos de deplorar los funestos consejos que han promovido la crisis actual, pues aunque

nó dudan del buen celo y laudables intenciones de los que la han causado, deben por otro lado convenir en que esos nó conocen el actual orden de cosas, ni la disposición de los ánimos.

» Creer en la posibilidad de una revolución en París es absurdo: difícil sería encontrar mil doscientos hombres que por algunos escudos quisieran salir á la calle y luchar con la guardia nacional y con una guarnición adicta al gobierno.

» Tan equivocada es la idea que se tiene de la Vendée, como la que se tuvo del Mediodía, pues aquel país clásico de la abnegación y de la generosidad ha sido devastado por un ejército numeroso ayudado de los habitantes de las ciudades, casi todos anti-legitimistas, y si se hiciese una leva de aldeanos, se ocasionaría el saqueo de las aldeas, fortaleciendo al gobierno con un fácil triunfo.

» Créese que si la madre de Enrique V se encontrase en Francia, debería apresurarse á salir de ella, ordenando á los jefes de la rebelión que depusiesen las armas y volviesen á sus hogares. De este modo, en vez de haber venido á organizar la guerra civil, habría venido á pedir la paz, lo cual le proporcionaría la doble gloria de ejecutar una acción heroica é impedir la efusión de sangre francesa.

» Los amigos circunspectos de la monarquía legítima, á quienes nunca se ha consultado acerca de semejantes proyectos, teniendo solamente noticia de los hechos ya consumados, declinan toda responsabilidad sobre sus autores y consejeros: ni pueden merecer la honra ni contribuir al vituperio en la suerte próspera ó adversa.»

La duquesa oyó esta lectura con extremada agitación. Su rostro, ordinariamente pálido, estaba encendido y pasábase una y otra vez la temblorosa mano por los cabellos echando atrás la cofia. Ni una exclamación profirió durante la lectura; mas echábase de ver que aquella calma era precursora de la tormenta, y para conjurarla, Marco dijo en seguida entregándole la misiva:

—No he sido yo, señora, quien ha escrito esta carta. —Nó, contestó la duquesa sin poderse contener; pero el que la ha traído era muy capaz de escribirla.

Comprendiendo el abogado que nada ganaría en inclinar la cabeza ante aquel genio vivo é impresionable, irguió cuanto pudo la frente y dijo:

—Sí; y declara á V. A. que si bien nó aprueba ciertas



expresiones de ese escrito, está enteramente conforme con su espíritu, y participa del sentimiento que lo ha inspirado. —¿Qué sentimiento? Llamadlo egoísmo, prudencia, una prudencia muy semejante á la... —A la cobardía, ¿no es eso? ¡Cobarde llamáis al que lo abandona todo para arrostrar los azares de una situación que él no ha aconsejado! ¡Egoísta llamáis al que ha venido á deciros: ¿Queréis saber la verdad, señora? ¡oidla! Pues si queréis arrostrar una muerte tan inútil como segura, me veréis á vuestro lado, señora.

La duquesa permaneció un rato callada, y luego añadió con más suavidad:

—Aprecio vuestra adhesión, caballero; pero conocéis mal la Vendée, no juzgándola sino por lo que os han dicho los contrarios de la revuelta. —Corriente. Aun suponiendo por un momento que la Vendée se levanta como un solo hombre, os rodea con sus batallones, y no escatima sangre ni sacrificios, la Vendée no es la nación. —No contento con decirme que el pueblo de París odia las flores de lis y desprecia la bandera blanca, ¿queréis decirme también que Francia entera obraría de igual modo? —¡Ay señora! Francia es lógica; quien delira somos nosotros al soñar con una alianza entre el derecho divino y la soberanía popular, palabras que se repelen mutuamente. —Entonces opináis que debo renunciar á todas mis esperanzas, abandonar á mis amigos comprometidos, y dentro de tres días, cuando corran á las armas, dejar que me busquen en sus filas para que un extraño les diga: María Carolina, por quien ibais á combatir hasta derramar la última gota de sangre, ha desesperado de su suerte y ha retrocedido ante el destino; María Carolina ha tenido miedo. ¡Oh! jamás, jamás, caballero! —Vuestros amigos no podrán haceros semejante reproche, porque no se reunirán. —¿Ignoráis que el día 24 es el señalado para el levantamiento? —Vuestros amigos habrán recibido contraorden. —¿Cuándo? —Hoy. —¡Hoy! exclamó la duquesa incorporándose y frunciendo las cejas. ¿Y de dónde ha procedido? —De Nantes. —¿Quién se la ha dado? —Aquel á quien vos misma les mandasteis obedecer. —¿El mariscal? —El mariscal ha seguido las instrucciones del comité de París. —Pues y yo ¿no soy ya nada? —Al contrario, contestó el mensajero hincando la rodilla y juntando las manos, vos lo sois todo, y por eso miramos por vos con tanta solicitud; por eso no queremos que se gaste vuestro nombre

en un movimiento infructuoso; por eso no queremos despopularizaros con una derrota. —¡Dios mío! exclamó la duquesa tapándose los ojos, no ya con las manos, sino con los puños. ¡Qué vergüenza! ¡qué ignominia!

Cual si Marco no la hubiese oído, ó más bien cual si la resolución que debía darle á conocer fuese invariable, siguió diciendo:

—Están tomadas todas las precauciones para que V. A. pueda salir de Francia sin peligro alguno; por la bahía de Bourgneuf cruza un buque al cual puede V. A. llegar en tres horas. —¡Oh noble suelo de la Vendée! exclamó la duquesa; ¿quién hubiera dicho que me arrojarías de tu seno al implorar tu ayuda en nombre de tu Dios y de tu rey? Yo creía que sólo París era infiel é ingrato, y nunca hubiera imaginado que tú, á quien venía á reclamar un trono, me negarías un sepulcro. ¡No! ¡jamás lo hubiera creído de tí! —Partiréis, señora, ¿no es cierto? dijo el mensajero sin abandonar su postura suplicante. —Sí, partiré, dijo la duquesa, saldré de Francia para no volver, pues no quiero regresar con los extranjeros. Ya sabéis que sólo esperan una ocasión favorable para coaligarse contra Felipe, y en cuanto se presente, me pedirán á mi hijo, nó porque se interesen más por él que en 1792 por Luís XVI y en 1813 por Luís XVIII sino por tener un partido en París; mas no le tendrán, os lo juro; antes le llevaré á los montes de Calabria. Si mi hijo ha de comprar el trono de Francia con la cesión de una provincia, de una ciudad, de una fortaleza, de una casa ó de una choza, os doy mi palabra de regente y madre de que nunca subirá al solio. He concluido. Id con Dios, caballero, y repetid mis palabras á los que os han enviado.

Levantóse Marco y se inclinó ante la duquesa, esperando que le tendiese la mano; pero ella conservó su ademán amenazador sin desarrugar el ceño, y juzgando aquél que no convenía aguardar más, persuadido con razón de que mientras estuviere él allí no cedería ningún músculo de aquella generosa naturaleza, saludó á la princesa diciendo:

—Dios guíe á V. A.

No se equivocaba el mensajero, pues no bien se hubo cerrado tras él la puerta, cuando *Madama* cayó en el lecho quebrantada por tan largo esfuerzo, y prorrumpiendo en sollozos murmuró:

—¡Oh Bonneville! ¡Pobre Bonneville!

## VII

EN DONDE PETIT-PIERRE HACE DE TRIPAS CORAZÓN

El abogado partió en seguida para Nantes, y poco después descendió Petit-Pierre vestido de aldeano á la sala baja de la granja, á pesar de que la noche no había aún llegado á las dos terceras partes de su carrera. Era dicha sala un vasto aposento de paredes parduscas desprovistas en varios parajes del yeso que las había revocado, y cuyas vigas ennegreció el humo. Había en ella un grandísimo armario de roble pulido, cuya cerradura relucía en la oscuridad, y dos camas paralelas cubiertas de un sencillo cortinaje de sarga verdusca, completando el mueblaje dos toscas artesas y un reloj de pared encerrado en una caja de madera esculpida, que con su lento y monótono tic-tac recordaba la vida en el silencio de la noche. Anchurosa era la chimenea, y guarnecía su campana una tira de tela parecida á la de las cortinas, con la diferencia de que la tira había pasado del verde subido al prieto; veíanse en ella los adornos de costumbre, á saber: una figurita de cera, imagen del Niño Jesús dentro de un globo de cristal, dos jarros de porcelana con flores artificiales cubiertos de una gasa para preservarlos de las moscas, una escopeta de dos tiros y un ramo pascual.

Separaba la sala del establo un tabique de madera, en el cual se habían practicado algunas aberturas, por donde sacaban la cabeza las vacas para comer el pienso, que allí les colocaba el colono.

Cuando Petit-Pierre abrió la puerta de la habitación, sin duda después de despedir al dueño del cortijo, al marqués y á sus hijas, había un hombre sentado al hogar, quien se levantó al verla, apartándose respetuosamente para ofrecerle su sitio; mas Petit-Pierre le indicó con un ademán que volviese á ocuparlo. No dándose aquel por entendido, apartó la silla colocándola á un lado de la chimenea. Petit-Pierre tomó entonces un escabel y sentóse al otro extremo enfrente

de Juan Oullier, pues éste era el individuo en cuestión; luego apoyó la cabeza en la palma de la mano y el codo en la rodilla, y abismado en profundas reflexiones agitaba el pié con un movimiento convulsivo que se comunicaba á todo el cuerpo, denotando que Petit-Pierre sufría una viva contradicción. Como también combatían el ánimo de Juan Oullier mil encontrados pensamientos, permanecía taciturno y abstraído. Al entrar Petit-Pierre en la estancia, el aldeano se había apresurado á quitarse la pipa de la boca, y hacíala rodar maquinalmente entre los dedos, sin interrumpir de otro modo sus meditaciones que exhalando algunos suspiros muy parecidos á amenazas, ó bajándose para reunir los tizones del hogar y avivar la lumbre. Petit-Pierre fué el primero que rompió el silencio, preguntándole:

—¿No fumabais cuando he entrado, buen hombre?—Sí, respondió lacónicamente el aldeano con acento respetuoso. —¿Por qué no lo hacéis ahora?—Temo incomodaros.—De ningún modo; si esto no es vivac, poco le falta; y como por desgracia es el último, quisiera que estuvierais á vuestras anchas.

Por más enigmáticas que le pareciesen tales palabras, Oullier no se atrevió á interrogar á Petit-Pierre, y con aquel maravilloso tino que distingue al labriego vendeano, sin dejar traslucir que supiese con quién hablaba, se abstuvo de usar del permiso que acababan de darle. A pesar también de las ideas que le agitaban, Petit-Pierre notó la desazón de Juan Oullier, y dijo:—¿Qué os pasa que tan abatido os veo? Creí encontraros muy contento, y me he equivocado. —¿Por qué he de estarlo?—Porque un bueno y leal servidor como vos no puede menos de compartir la alegría de sus amos, y reparo que de veinte y cuatro horas á esta parte nuestra joven amazona está muy gozosa.—¡Quiera Dios que ese gozo no sea efímero! dijo el vendeano alzando los ojos al cielo y sonriéndose con aire de duda.—¡Cómo! A lo que veo no sois muy partidario de los enlaces de amor: pues á mí me gustan muchísimo, y son los únicos en que he querido inmiscuirme.—Yo no tengo ninguna prevención contra este matrimonio, sinó contra el marido.—¿Por qué?

Juan Oullier no contestó.

—Hablad, añadió Petit-Pierre.

El vendeano meneó la cabeza.

—Os lo ruego, buen Oullier: me interesa mucho por eso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

30036

niñas á quienes tanto queréis, y no ignoráis que sin ser Papa tengo potestad para atar y desatar.—Ya sé que podéis mucho.—Sed franco: ¿por qué no os agrada este matrimonio?—Porque la que tome el nombre de baronesa de la Logerie, tomará un nombre mancillado, y para eso no había necesidad de dejar uno de los apellidos más ilustres del país.—¡Ay mi buen amigo! replicó Petit-Pierre con triste sonrisa; están ya muy lejos aquellos tiempos en que los hijos eran solidarios de las virtudes y las faltas de sus padres.—No lo sabía, contestó Oullier.—Y al parecer, continuó Petit-Pierre, para nuestros contemporáneos es una grande obligación la de responder de sí mismos, pues muchos sucumben antes de lograrlo. ¡Cuántos dejan de cumplirla! ¡Cuántos faltan en nuestras filas que por el nombre que llevan deberían encontrarse en ellas! Seamos pues agradecidos á los que á pesar del ejemplo dado por sus padres, de la situación de sus familias y de los incentivos de la ambición, han abrazado nuestra causa para continuar las caballerescas tradiciones de la abnegación y la fidelidad en el infortunio.

Levantó Juan Oullier la cabeza, y con un ademán de odio que no trató de disimular, replicó:

—Ignoráis por ventura.....—Nada ignoro, dijo Petit-Pierre inerrumpiéndole, sé vuestros motivos de queja respecto al difunto barón; mas tampoco desconozco los deberes de gratitud que me ligan á su hijo recién herido por mi causa. Además, si su padre ha cometido algún crimen, y eso Dios lo sabe mejor que nosotros, lo expió con una muerte violenta.—Sí, contestó Juan Oullier bajando la cabeza á pesar suyo; es verdad.—¿Os atreveríais á investigar los designios de la Providencia? ¿Os aríais suponer que no halló misericordia al presentarse bañado en sangre ante el Juez Supremo? Y cuando Dios acaso está satisfecho ¿os mostraríais más rígido é implacable que Dios?

Juan Oullier no despegó los labios. Cada palabra de Petit-Pierre le conmovía el corazón evocando sus sentimientos religiosos y sacudiendo sus rencorosas convicciones respecto del barón, sin que llegara á desarraigarlas por completo.

—El señor de Michel, continuó Petit-Pierre, es un guapo mozo, dócil, sencillo, y pronto á sacrificarse por sus amigos; es rico, calidad que nunca está de más tratándose de matrimonio, y estoy segura de que el carácter enérgico y los hábitos algo independientes de vuestra joven señora, son muy

á propósito para hacerla feliz con un hombre como él. Si ambos son dichosos, ¿qué más podemos desear? Creedme, Juan Oullier, añadió Petit-Pierre suspirando: si tuviésemos que acordarnos de lo pasado, nos sería imposible tener cariño á nada en el mundo.—Señor Petit-Pierre, contestó Oullier meneando la cabeza, vos habláis á las mil maravillas y como excelente cristiano; pero hay cosas que no podemos desterrar de la memoria por más esfuerzos que hagamos para alcanzarlo, y desgraciadamente mis relaciones con el padre del señor barón fueron una de ellas.—No trato de saber vuestros secretos, respondió con gravedad Petit-Pierre. Ya os he dicho que el barón ha derramado su sangre por mí, ha sido mi guía y me ha proporcionado un asilo, y no sólo le aprecio, sino que debo estarle agradecida. Además, sentiría infinito que entrase la división en nuestro campo, y por lo tanto, mi buen Oullier, os ruego en nombre de la adhesión que manifestáis á mi persona, nó que olvidéis lo pasado, ya que como decís no es posible lograrlo, sino que reprimáis vuestro rencor hasta aseguraros de que el hijo de quien tanto odiasteis labra la felicidad de la niña que habéis educado.—Creed que daré mil gracias al Altísimo, venga de donde viniere la ventura; pero mucho dudo que entre en el castillo de Souday con el señor barón.—¿Por qué?—Porque cada día dudo más del amor del señor Michel á la señorita Berta.

Petit-Pierre se encogió de hombros con impaciencia y replicó:

—Amigo Oullier, yo dudo de vuestra perspicacia en amor.—Puede que tengáis razón, contestó el vendeano; mas si tanto desea el baroncito una unión que es la mayor honra que puede esperar, ¿por qué ha salido con tanta precipitación del cortijo echando por esos cerros como un loco durante toda la noche?—Si su ausencia ha durado toda la noche, será sin duda porque la felicidad le embargaba los sentidos y no le dejaba un momento de reposo; además, casi afirmaría sin temor de equivocarme, que si ha salido tan á deshora ha sido por las atenciones del servicio antes que por mero capricho.—¡Quiera Dios que así sea! No soy de los hombres que sólo piensan en sí mismos, pues el egoísmo no cabe en mi corazón; y aunque estoy resuelto á salir del castillo el día que en él entre el barón, no dejaré de rogar al Altísimo que bendiga á la que tan ciegamente le ama: siem-

pre vigilaré todos sus actos y trataré de que no se realicen mis presentimientos.—Gracias, Oullier; siendo así, ya puedo confiar en que no pondréis mal gesto á Michel en lo sucesivo. ¿Me lo prometéis?—Os prometo guardar mi rencor y mi desconfianza en lo más recóndito del corazón, y no mostrarlos sinó en el caso que vuestro protegido los justifique con su proceder; pero no me pidáis un sacrificio superior á mis fuerzas: yo no puedo quererle ni apreciarle.—¡Raza indomable! dijo Petit-Pierre á media voz; verdad es que eso te engrandece y vigoriza.—Sí, replicó Juan Oullier á esa especie de aparte; sí, nosotros apenas tenemos más que un amor y un odio. ¿Seriais vos quien se quejara, Sr. Petit-Pierre?

Y miró de hito en hito al joven como si le desafiara con respeto.

—Nó, contestó este; y libreme Dios de hacerlo, pues la adhesión de los vendeanos es cuanto le queda á Enrique V de una monarquía de cuatro siglos, bien que esto no basta, según parece.—¿Quién lo dice? exclamó Juan Oullier levantándose con gesto amenazador.—Luego lo sabréis; hemos hablado de vuestros asuntos, Oullier, y no me duele, pues esta conversación ha dado tregua á muy tristes pensamientos; hora es ya de dedicarme á mis negocios. ¿Han dado las cuatro?—Las cuatro y media.—Despertad á los amigos; á ellos la política no les roba el descanso, á mí sí: mi política es el amor maternal. Id, amigo mío.

Juan Oullier salió, y Petit-Pierre cabizbajo dió algunas vueltas por la pieza. Presa de grande impaciencia y desesperación, retorciase las manos y golpeaba con el pié el suelo, y al sentarse otra vez á la chimenea con el pecho oprimido, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas. En seguida se arrodilló rogando al Señor, único dispensador de tronos, que le guiara y le diese fuerzas para dar cima á su propósito, ó resignación para sobrellevar su infortunio.

## VIII

## A LO HECHO PECHO.

A poco rato entraron en la estancia Gaspar y Juan Renaud, quienes, al ver la actitud y el recogimiento de Petit-Pierre, se detuvieron en el dintel, en tanto que el marqués de Souday que les acompañaba interrumpía con respeto la diana que en recuerdo de su mocedad talareaba. Oyóles Petit-Pierre á pesar de sus precauciones, y les dijo:

—Acercáos, caballeros, y dispensad que haya turbado vuestro sueño. Tengo que comunicaros importantes resoluciones.—Al contrario, señora, nosotros somos quienes debemos pedir mil perdones á V. A. R. por no habernos anticipado á sus órdenes, estando prontos á satisfacer sus deseos á la primera ocasión, contestó Juan Renaud.—Basta de cumplidos, amigo mío, contestó Petit-Pierre: mal sienta la lisonja, atributo de la monarquía victoriosa, cuando va á hundirse por segunda vez.—¿Qué queréis decir con eso?—Quiero decir, contestó Petit-Pierre apoyándose en la chimenea, que os he llamado para devolveros vuestra palabra y despedirme de vosotros, amigos míos.—¿Devolvernos nuestra palabra? ¿despediros de nosotros? contestaron atónitos los caudillos. ¿Es posible que V. A. R. piense en abandonarnos? Y mirábanse unos á otros exclamando sorprendidos: ¡Vamos, no puede ser, no será!—Es preciso.—¿Por qué?—Porque me han aconsejado, ó mejor, me han pedido con instancia que lo haga.—¿Quién?—Personas de cuyo celo, inteligencia y adhesión no me es dable dudar.—¿Con qué pretexto, con qué razón?—A lo que parece, la causa realista está enteramente perdida hasta en la Vendée; la bandera blanca no es más que un girón despreciado por la Francia; ni siquiera se podrían encontrar mil doscientos hombres que por algún dinero quisieran alborotar en nuestro nombre las calles de París; es falso que tengamos simpatías en el ejército; inexacto que las tengamos entre los

empleados del gobierno; y absurdo creer que el Bocage esté dispuesto á levantarse por segunda vez para defender los derechos de Enrique V.—Pero sepamos, dijo el noble vendeano que había cambiado el ilustre apellido que llevó en la primera guerra por el de Gaspar; ¿quién es ese que emite tan doctoralmente su parecer acerca de la Vendée y se atreve á aquilatar nuestro denuedo y abnegación hasta señalar sus límites y decir: de aquí no pasará?—Varios *comités* realistas que no es del caso nombrar y cuya opinión debemos tener en cuenta.—¿Los *comités* realistas? exclamó el marqués de Souday; ¡brava gente por vida mía! Si algo valiese mi opinión, propondría que se hiciese con sus mensajes y advertencias lo que el difunto marqués de Charrette con los de los *comités* de su tiempo.—¿Y qué hacía con ellos, amigo Souday? preguntó Petit-Pierre.—El respeto que debo á V. A. R., respondió el marqués con admirable sangre fría, me impide explicar el uso á que los destinaba.

Sonrióse Petit-Pierre al oír esas palabras, y contestóle:—Desengaños, querido marqués, Charrette era señor en su campo, y María Carolina nunca podrá ser más que una regente muy constitucional. Además, el alzamiento no puede dar resultados si no hay completa inteligencia entre cuantos están interesados en su éxito, y pregunto yo: ¿existe esta inteligencia cuando la víspera del combate se nos anuncia que faltarán á él las tres cuartas partes de los combatientes?—¡Mejor que mejor! exclamó el marqués; cuantos menos seamos, mayor será la gloria.—Señora, añadió gravemente Gaspar, todavía no pensabais venir á Francia cuando ya os dijimos:

«Las personas que derribaron á Carlos X están alejadas del gobierno actual y no tienen ninguna influencia.

El ejército, subordinado por esencia, lo manda un hombre que ha dicho que en política se debe tener más de una bandera.

Venid, venid sin dilación, vuestro regreso será como el de la isla de Elba: los pueblos se agruparán en torno vuestro para saludar á los vástagos de nuestros reyes que el país ansía aclamar.»

Accediendo á estas instancias vinisteis, señora, y al veros entre nosotros, todos nos hemos alzado animados de noble ardimiento, y si ahora retrocediésemos ó evitáramos de cualquier modo la lucha, esa retirada sería un golpe fatal

para nuestro partido y una deshonra para todos nosotros, pues desacreditaría vuestro talento político descubriendo nuestra impotencia personal.—Sí, contestó Petit-Pierre precisado á defender mal de su grado la amarga verdad que oyó en su conferencia con el doctor Marco; sí, es cierto cuanto acabáis de decir; es cierto que se me ha prometido todo esto; mas no es culpa vuestra, ni mía tampoco, si algunos insensatos han soñado imposibles y han creído realizable lo que efectivamente no lo era. La historia dirá que cuando me han acusado de ser mala madre, he contestado: Estoy pronta al sacrificio: héme aquí. Dirá también que vosotros habéis sido fieles á vuestro soberano á pesar de las adversidades, y que vuestra adhesión ha sido más decidida y heroica en los días de lucha y mala suerte; pero á mí el honor me manda no poner á prueba esa adhesión. Seamos razonables, amigos míos; los guarismos son lo más positivo. ¿Con cuántos hombres podemos contar en este momento?—Con dos mil prontos á levantarse á la primera señal.—Muchos son; pero no bastan: el rey Luis; Felipe tiene además de la guardia nacional cuatrocientos ochenta mil hombres disponibles.—Bueno, contestó el marqués; ¿y las defecciones? ¿y los oficiales que pedirán su retiro antes que combatirnos?—Corriente, dijo Petit-Pierre á Gaspar; voy á poner mi destino y el de mi hijo en vuestras manos: asegúradme con vuestra palabra de caballero que tenemos dos probabilidades contra diez de conseguir el triunfo, y me obligo á permanecer entre vosotros para compartir vuestros peligros.

Al oír Gaspar este llamamiento tan directo, no ya á sus sentimientos, sino á sus convicciones, bajó la cabeza y no se atrevió á contestar.

—Ya lo veis, añadió Petit-Pierre; la razón y el corazón no os dictan lo mismo; sería un crimen abusar de una hidalguía y un entusiasmo que el buen sentido no puede menos de condenar. Dejémoslos pues de discutir sobre este punto, pues según parece no ha sido tan descabellada la resolución; y roguemos al Altísimo que me permita reunirme con vosotros en mejores circunstancias.

Sin duda estaban tan convencidos como ella de esta verdad los principales caudillos de la revuelta, pues á pesar de sus belicosos alardes no replicaron una palabra y volvieron el rostro para ocultar las lágrimas que de sus ojos bro-

taban. El marqués de Souday se paseaba con una impaciencia que no se tomaba la pena de disimular.

—Sí, continuó Petit-Pierre después de una pausa y con amargura; sí, los unos dicen como Pilatos: Yo me lavo las manos; los otros se anticipan á declinar sobre mí la responsabilidad de la sangre inútilmente derramada; y mi corazón ha desmayado á pesar de su entereza ante el peligro, ante la muerte.—La sangre derramada en defensa de la fe nunca será infecunda, contestó una voz desde un rincón del hogar. Así lo ha dicho el Señor, y por humilde que sea el que os habla, no vacila en repetir las palabras de Dios. El creyente que muere defendiendo su fe es un mártir, y la sangre de los mártires es un rocío fecundo que fertiliza la tierra y anticipa la cosecha.—¿Quién ha dicho eso? pregunto Petit-Pierre.—Yo, contestó sencillamente Juan Oullier levantándose de su escabel y entrando sin ceremonias en el círculo de los jefes.—¿Tú? exclamó Petit-Pierre gozoso de tan inesperado auxilio cuando todos le abandonaban. ¿Según veo no piensas como los señores de París? Habla sin rebozo: estamos en unos tiempos en que el mismo Juan Lanas no estaría de más en una asamblea de testas coronadas.—Tan ajeno estoy de pensar que deberíais salir de Francia, que á ser caballero como esos señores, me habría colocado ya á la puerta para atajaros el paso, y os habría dicho resueltamente: salga lo que saliere, no os moveréis de aquí.—¿Por qué razón? Habla, habla.—Es muy sencillo: porque vos sois nuestra bandera, y mientras en un ejército quede un soldado para llevarla, tiene derecho y obligación de hacerlo hasta que la muerte se la dé por mortaja.—¿Qué más? sigue, que dices bien.—Porque vos sois la primera de vuestra estirpe que habéis venido á combatir entre los campeones de ella, y no sería digno ni loable que os retiraseis sin desenvainar la espada.—Sigue, sigue, Juan amigo, dijo Petit-Pierre restregándose las manos.—Porque semejante retirada antes del combate tendría todos los visos de fuga, y nosotros no podemos permitir que huyáis.—Es que, replicó Juan Renaud alarmado por la atención con que Petit-Pierre escuchaba al aldeano; es que las considerables defecciones mencionadas quitarán al movimiento su importancia.—Nó, nó; ese hombre tiene razón, exclamó Gaspar, que sólo había cedido á pesar suyo á los argumentos de Petit-Pierre. ¿Quién se acordaría de Carlos Eduardo sin Prestón-Moor y

Culloden? Os confieso ingenuamente, señora, que tengo grandes deseos de hacer lo que nos aconseja ese aldeano.—Y tenéis tanta más razón, señor conde, contestó Juan Oullier con una entereza que probaba cuán á la altura estaba de aquella discusión á pesar de su rusticidad; tenéis tanta más razón, cuanto que S. A. R. no logrará saliendo de Francia el objeto que se propone y al cual sacrifica la monarquía confiada á su tutela.—¿Por qué? pregunto Petit-Pierre.—Porque en cuanto os hayais retirado empezarán las persecuciones, y serán tanto más activas, cuanto mayor haya sido nuestra debilidad. Vosotros, caballeros, podéis evitar la tormenta, pues sois ricos, nada os importa la emigración, y tendréis buques que os esperan á la embocadura del Loira ó del Charenta; vuestra patria está casi en todas partes, mientras nosotros pobres aldeanos somos como la cabra adherida al suelo que nos alimenta, y preferimos la muerte al destierro.—¿Y qué deducís de todo esto, buen Oullier?—¿Qué deduzco? A lo hecho pecho, señor Petit-Pierre. Hemos tomado las armas, y debemos batirnos sin gastar el tiempo en contar cuántos somos.—Pues ¡luchemos! exclamó Petit-Pierre exaltado: la voz del pueblo es la voz de Dios: yo tengo confianza en la de Oullier.—¡Guerra pues! repitió el marqués.—¡Guerra! añadió Juan Renaud.—¿Qué día fijamos para el alzamiento? preguntó Petit-Pierre.—¿No se había resuelto verificarlo el día 24? preguntó Gaspar.—Sí; pero aquellos señores han enviado contraorden...—¿Quiénes?—¿De dónde?—De París.—¿Sin consultaros? exclamó el marqués de Souday; ¿sabéis que por menos que eso se fusila á un hombre?—Yo les perdono, dijo Petit-Pierre extendiendo la mano; además, es preciso considerar que los que lo han hecho no son militares.—Este aplazamiento es una gran desgracia, dijo Gaspar á media voz, y si yo lo hubiese sabido, quizás no me habría adherido tan fácilmente al parecer de ese buen aldeano.—Gaspar, recordad sus palabras: á lo hecho pecho. ¡Buen ánimo, pues! Señor marqués de Souday, hacedme el obsequio de darme recado de escribir.

Apresuróse el marqués á buscar lo que Petit-Pierre le pedía, y mientras estaba revolviendo mesas y cajones para encontrarlo, dijo á Juan Oullier estrechándole la mano:

—¿Sabes que tienes un pico de oro y has hablado como un oráculo? Nunca me ha regocijado tanto el sonido de tu cuerno como el botasillas que acabas de

En seguida entregó el papel y pluma á Petit-Pierre, y mojóndola éste en un frasco de tinta, escribió con letra clara lo siguiente:

«Apreciado mariscal: me quedo con vosotros, y espero que tendréis la bondad de venir á verme.

»Me quedo porque he comprometido con mi presencia á muchos de mis fieles servidores, y sería una infamia abandonarlos. Confío que Dios nos dará la victoria á pesar de la malhadada contraorden.

»Adiós, señor mariscal; no dimitáis, ya que no lo hace

»PETIT-PIERRE.»

—Ahora, prosiguió doblando la carta, ¿qué día fijamos para el alzamiento?—El jueves 31 de mayo, dijo el marqués de Souday creyendo que el término más corto era el mejor. —Dispensad, señor marqués, respondió Gaspar; creo que vale más señalar la noche del domingo 3 de junio. Los días festivos después del oficio se reúnen todos los feligreses bajo los pórticos de la iglesia, y allí los jefes del levantamiento podrán darles órdenes sin infundir sospechas.—Veo que estáis enterado de las costumbres del país y sabéis sacar partido de ellas, dijo Petit-Pierre. Dejémoslo pues para la noche del 3 al 4 de junio.

Y en seguida escribió la siguiente orden del día:

«Con la resolución de no salir de las provincias del Oeste, cuya lealtad está bien probada, espero que tomaréis todas las medidas conducentes al levantamiento, fijado para la noche del 3 al 4 de junio. Apelo á los hombres de corazón: Dios nos ayudará á salvar la patria; no desmayaré ante ningún peligro ni fatiga, y me presentaré en la primera formación.»

—Echada está ya la suerte, dijo Petit-Pierre: ¡á vencer ó morir!

—Ahora, exclamó el marqués, el 4 sin falta hago tocar á rebato aunque vengan veinte contraórdenes.—Bueno, contestó Petit-Pierre; por de pronto urge que esta orden llegue con seguridad y sin pérdida de tiempo á los jefes de división, para atenuar el mal efecto de las instrucciones de Nantes.— ¡Ah! ¡quiera Dios, respondió Gaspar, que esta malhadada contraorden haya llegado á tiempo para paralizar el primer ímpetu y dejar toda su fuerza al segundo! Mucho temo que algunos infelices hayan sido víctimas de su arrojo.—Por eso

debemos tratar de no perder un minuto y no dar tregua á las piernas mientras los brazos permanecen ociosos, respondió Petit-Pierre. Vos, Gaspar, encargaos de avisar á los afiliados del alto y el bajo Poitou; el señor marqués de Souday cuidará de advertir á los del país de Retz y de Maugis; y vos, Renaud, á los bretones. ¿Quién se encarga de llevar mi parte al mariscal? No me atrevo á dar esta comisión á ninguno de vosotros, señores, pues en Nantes os conocen. —Yo, dijo Berta desde la alcoba donde estaba descansando con su hermana y que al oír las voces se había levantado. ¿Acaso no me toca hacerlo en calidad de ayudante de campo? —Cierto, contestó Petit-Pierre; mas vuestro traje, que tanto me gusta, podría muy bien no ser del agrado de los señores nanteses.—Por lo tanto, dijo Mary, en lugar de ir á Nantes mi hermana, iré yo con vuestro permiso. Pondréme el vestido de la hija del colono, y así vos no os separaréis de vuestro ayudante de campo.

Trató Berta de oponerse á este arreglo; pero Petit-Pierre la dijo al oído:

—Quedáos, querida Berta, hablaremos del señor barón Michel y formaremos proyectos á que por cierto él no se opondrá.

Ruborizóse la doncella y bajó la cabeza, dejando que su hermana tomase el pliego dirigido al mariscal.

## IX

DE CÓMO Y PORQUÉ FUÉ EL BARÓN MICHEL A NANTES

Si bien hemos participado al lector el viaje del barón á Nantes, no hemos explicado las causas que le movieron á emprenderlo ni expuesto las circunstancias que lo acompañaron.

Por primera vez había obrado el barón con doblez y astucia: anonadado por las palabras de Petit-Pierre, y viendo que la inesperada declaración de Mary defraudaba las espe-

ranzas que tanto le halagaban hasta en medio de la zozobra que sufrió mientras estuvo en poder de maese Jaime, comprendía que el amor de Berta le separaba de Mary más de lo que pudiera haberlo hecho la aversión de esta; sentía haberla animado con su silencio y torpe timidez, y enojado consigo, considerábase incapaz de aclarar el enredo que le atormentaba; y como carecía de entereza para una explicación franca y categórica, parecíale que nunca tendría valor para decir á la hermosa á quien pocas horas antes debió tal vez la vida: Señorita, no sois vos el objeto de mi amor.

Por consiguiente, aunque aquella misma noche no le hubiesen faltado ocasiones de manifestar sus sentimientos á Berta, quien quiso curarle una herida que á tenerla ella no la hubiera hecho pestañear á pesar de su sexo, Michel no se atrevió á salir de una situación que á cada momento se hacía más embarazosa. Deseaba hablar con Mary, y como esta se apartaba de él cuanto podía, hubo de renunciar á valerse de su mediación, según intentaba, al paso que aun le parecía oír aquellas fatales palabras: No os amo.

Aprovechó pues un momento en que nadie reparaba en él para recogerse, y acostóse en el lecho de paja que Berta con sus blancas manos le había arreglado, mas no dejándole dormir el desasosiego de su ánimo, levantóse y con una toalla mojada se refrescó la frente. Entonces quiso aprovechar su insomnio, y á los tres cuartos de hora se le ocurrió la idea de que si bien algunas cosas no son para dichas de viva voz, pueden escribirse; y Michel creyó que este proceder correspondería á la determinación de su carácter, considerando al propio tiempo innecesario asistir á la lectura de la carta que revelaría á Berta el secreto del corazón del joven. Los tímidos temen ruborizarse y ruborizar á los demás.

Decidióse por lo tanto á ausentarse por algún tiempo de la Boulevre, hasta que su posición estuviera bien despejada y pudiese por lo mismo volver sin temor al lado de su amada, creyendo el barón que, habiéndole el marqués de Souday otorgado tan fácilmente la mano de Berta, no había ninguna razón para temer que le negase la de Mary.

Animado por este juicioso razonamiento, arrojó con ingratitud la toalla á la cual debía quizás la claridad de entendimiento que le permitió concebir su idea, y bajó al patio de la granja. Había llegado al rastrillo de madera que le servía de puerta, y empezaba á descorrer el cerrojo, cuando

de pronto vió agitarse un montón de paja que debajo de un cobertizo próximo había, y asomar una cabeza que conoció ser la de Juan Oullier, quien le dijo con aspereza:

—¡Demontre! Mucho madrugamos, señor Michel.

En efecto, daban las dos en el campanario de la aldea inmediata.

—¿Tenéis que llevar algún mensaje? añadió en seguida.

—No, respondió el barón notando que la mirada sagaz del vendeano estaba fija en él, como tratando de escudriñar hasta los pliegues más recónditos de su corazón. Tengo jaqueca y quiero probar si el aire de la noche la mitigará.— Os advierto que vais á encontrar centinelas, y si no sabéis el santo pueden daros qué sentir.—¿A mí? ¡tendría que ver! —¿Por qué nó? lo mismo que á otro cualquiera: ya podéis comprender que á diez pasos de distancia no será fácil conocerlos.—¿Sabéis vos el santo y seña?—Por supuesto.—Decídmelo.

Juan Oullier meneó la cabeza y contestó:

—Eso contádselo al señor marqués. Subid á su cuarto, decidle que os conviene salir, y él os contestará lo que haga al caso.

Guardóse muy bien el barón de apelar á este recurso, y mientras Juan Oullier volvía á echarse sobre la paja, fué á sentarse en un tronco que había cerca de la puerta y entregóse á sus meditaciones sin hacer el menor movimiento, pues parecíale que entre la paja había un claro por donde se veía brillar un objeto que sin duda era el ojo de Juan Oullier, y el mancebo sabía muy bien cuán poco se engañaba el ojo de aquel nuevo cancerbero. Afortunadamente Michel estaba feliz aquella noche en encontrar expedientes, y solo faltaba ya hallar un pretexto razonable para salir de la Boulevre. Sin embargo, cuando salió el sol dorando los tejados del cortijo y coloreando con opalados reflejos sus ventanas, hallóle ocupado todavía en buscar el pretexto apetecido.

La naturaleza empezaba á despertar; mil rumores confusos, mil distintas manifestaciones denotaban la venida del nuevo día: los bueyes mugían pidiendo su pienso de guisan-tes y avena; las ovejas balaban sacando la cabeza por las rendijas de la puerta del aprisco, deseosas de salir al campo; las gallinas saltaban de la percha en que pasaron la noche y cloqueaban desperezándose sobre el estiércol; las palomas salían del palomar y volaban á los tejados con amoroso arru-



llo, y los patos se alineaban ante la puerta del patio parpadeando para expresar sin duda su admiración al verla tan herméticamente cerrada cuando tan impacientes estaban para ir á chapotear en el cenagoso charco del camino. Al oírse estos sonidos, cuyo conjunto forma el concierto matinal de toda granja bien organizada, abrióse una ventana colocada perpendicularmente sobre la cabeza de Michel, y asomó el rostro de Petit-Pierre, quien ya por lo abstraído que estaba en sus reflexiones, ya dominado por el grandioso cuadro que á sus ojos se ofrecía, no vió al mancebo que aun buscaba un pretexto sin poder encontrarlo.

En efecto, deslumbrados debían quedar los ojos de la princesa, poco habituada de seguro á semejantes espectáculos, al ver la pompa y majestad con que el rey del día asomaba al oriente entre nubes de púrpura, arrojando mares de llamas, haciendo irradiar como piedras preciosas las húmedas hojas de la selva que se movían á impulsos de la brisa, y levantando con pausa el flotante y vaporoso velo que cubría el valle, que semejante á una púdica virgen mostraba uno tras otro todos sus hechizos y gracias. Permaneció así grandísimo rato suspenso, contemplando fascinado aquel espléndido espectáculo, y apoyado el codo en el alféizar de la ventana y la cabeza en la palma de la mano, dijo melancólicamente:

—¡Ay de mí! los habitantes de esta pobre morada son mucho más felices que yo.

Esas palabras fueron la varita mágica que hizo brotar en la mente del mancebo el pretexto que tan inútilmente había buscado por espacio de más de dos horas, y al oír que cerraban la ventana, dirigióse resuelto al cobertizo bajo el cual se encontraba Juan Oullier, y díjole:

—Amigo mío, Petit-Pierre acaba de asomarse á la ventana.—Lo he visto, contestó el vendeano.—También ha hablado; ¿habéis oído lo que decía?—Como no rezaba conmigo, no he tratado de escucharlo: no soy entrometido.—Ya; mas yo sin serlo ni quererme enterar de lo que estaba diciendo lo oí á pesar mío.—¿Qué dijo?—Que encuentra incómoda y desagradable esta vivienda; y creo que tiene razón, pues carece de muchas cosas que sus hábitos aristocráticos han convertido para ella en necesidades. ¿No podríais vos (por supuesto, dándoos el dinero necesario), encargaros de procurarnos estos objetos?—¿Dónde los encontraré?—En el

pueblo ó en el caserío más inmediato; en Legé ó en Machecul.—Es imposible, contestó Oullier meneando la cabeza.—¿Por qué?—Porque en los sitios que acabáis de indicar están muy alarmados, se interpretan hasta los gestos de ciertas personas, y si fuésemos allí á comprar objetos de lujo, nos expondríamos á excitar sospechas.—¿Y si fuéseteis á Nantes?—Da lo mismo, contestó Oullier con sequedad; la lección que me dieron en Montaigu me enseñó á ser prudente, y estoy resuelto á no abandonar mi puesto;...mas ¿por qué no vais vos á Nantes, ya que tanta necesidad tenéis de tomar el aire para aliviaros la cabeza? añadió irónicamente el vendeano.

Cuando vió Michel que su astucia tenía un éxito tan completo, se puso muy encendido, creciendo sus temores á proporción que se acercaba al resultado de aquella estratagema, y contestóle con acento inseguro:

—Puede que tengáis razón; pero yo tampoco las tengo todas conmigo, pues francamente,...—Un valiente como vos no debe arredrarse por nada, dijo Oullier tirando la manta y dirigiéndose á la puerta á fin de abrirla antes que el mancebo tuviese tiempo para retroceder. Es que...—Acabemos, replicó amostazado Juan Oullier.—Vos os encargaréis pues de disculparme con el señor marqués y con...—¿La señorita Berta, no es eso? contestó Oullier, en tono zumbón; perded cuidado.—Mañana estaré de vuelta, añadió el mancebo traspasando el umbral.—No os apuréis por eso; si no es mañana será otro día. Y así diciendo cerró la puerta.

Al oírlo sintió Michel que se le oprimía el corazón, y, olvidando por un momento su azarosa posición, parecióle que aquella carcomida puerta era un muro de bronce que en lo sucesivo debía siempre encontrar entre él y el hermoso semblante de Mary. Sentóse al borde del camino y echó á llorar como un niño. Ocurriósele por un momento la idea de ir á llamar á la puerta del cortijo, aun á riesgo de sufrir los sarcasmos de Juan Oullier, cuya mala voluntad le era patente; pero detúvole un sentimiento de vergüenza muy fácil de comprender, y echó á andar á la ventura sin saber á dónde encaminaba sus pasos. Al llegar al camino de Legé oyó un carruaje, volvió la cabeza, y vió que era la diligencia de Sables d'Olonne á Nantes, y conociendo que la pérdida de sangre que había experimentado al recibir la herida no le había dejado fuerzas bastantes para proseguir el ca-

mino á pié, subió á la diligencia, y con ella llegó al término de su viaje. Entonces vió por vez primera cuán triste era su situación, pues acostumbrado desde su infancia á seguir ciegamente la voluntad agena, y habiendo trocado esta servidumbre moral por una nueva servidumbre dejando á su madre por la mujer á quien amaba, al verse abandonado á sí mismo y enteramente dueño de su albedrío, no sólo no supo apreciar los encantos que esta libertad tenía, sinó que le apesadumbró sobremanera un aislamiento para él tan nuevo.

No hay soledad más cruel é insufrible para los corazones lacerados que la de las grandes poblaciones, en las cuales crece aquella tanto más, cuanto mayor es su bullicio, pues el bullicio y algazara de la gente que cruza las calles indiferente al pesar del que sufre en silencio, forman con su dolor un contraste que lo hace más agudo aún que el completo aislamiento. Así le sucedió á Michel. Cuando se encontraba todavía en la carretera de Nantes creyó que en esta ciudad encontraría en la distracción un lenitivo á sus pesares; mas al llegar notó que se había equivocado. La imagen de Mary le seguía por do quier; en cada grupo, en cada pareja que encontraba al pasó le parecía reconocer el rostro de su amada, y cada desengaño le causaba un dolor inexplicable. Viendo pues que su angustia y la agitación de su ánimo en vez de disminuir aumentaba por momentos, determinó volver á la posada donde se había apeado del coche, encerróse en un cuarto, y como al salir del cortijo, se puso á llorar amargamente. Pensó por un momento regresar á la Boulevard, arrojarle á los piés de Petit-Pierre y rogarle que le sirviese de intercesor con las dos hermanas, pesaro so ya de no haberlo efectuado antes por temor de herir la susceptibilidad de Berta; pero al formar este propósito recordó el objeto ó pretexto de su viaje, que era el de comprar algunos objetos de lujo que debían motivar su partida, y luego escribir la carta fatal que había sido el único y verdadero fin de su viaje á Nantes. Encima de la mesa había recado de escribir, cobró valor, y mojando el papel con tantas lágrimas como palabras estampaba en él, escribió lo siguiente:

«Señorita: debiera ser el hombre más feliz, y sin embargo creo que es preferible la muerte al dolor que me parte el corazón.

«¿Qué pensaréis, qué diréis cuando sepáis lo que no puedo

ocultaros por más tiempo sin mostrarme enteramente indigno de la bondad con que me tratáis? Y con todo necesito acordarme de vuestra benevolencia, necesito la certeza de la magnanimidad que enaltece vuestra alma, necesito ante todo pensar que nos separa el sér que más amáis en el mundo, para atreverme á dar este paso.

»Sí, señorita, amo á Mary con todo corazón, ámola tanto que sin ella no quiero ni puedo vivir, y tanto que al hacerlos una declaración que otra persona de sentimientos menos elevados que los vuestros tomara tal vez por sangrienta injuria, tiendo á vos mis suplicantes manos para deciros: Dadme la esperanza de que podré adquirir el derecho de amaros como un hermano.»

Cerrada la carta, pensó Michel que sería algo difícil hacerla llegar á su destino, pues no pudiendo mandarla por ningún sugeto de Nantes, porque á ser fiel el mensajero corría grave riesgo su pellejo, y de no serlo, no estaba muy seguro el que lo mandase, pensó que podría encontrar en las cercanías de Machecul algún discreto aldeano á quien confiar el mensaje, cuya respuesta iría á esperar en el bosque en tanto que el labriego cumplía su encargo. Tomada esta resolución, salió á comprar algunos objetos que guardó en la maleta, y aplazó para el día siguiente la adquisición de un caballo que le faltaba para la próxima campaña. En efecto, á las nueve de la mañana del siguiente día salía Michel de Nantes para el país de Retz, montado en un excelente caballo normando y con la maleta en la grupa.

## X

DONDE LA OVEJA CAE EN LA TRAMPA CREYENDO ENTRAR EN

EL REDIL.

Era día de mercado, y tan numeroso el concurso de campesinos en las calles y muelles de Nantes, que al llegar Michel al puente Rousseau, lo encontró literalmente obstruido

mino á pié, subió á la diligencia, y con ella llegó al término de su viaje. Entonces vió por vez primera cuán triste era su situación, pues acostumbrado desde su infancia á seguir ciegamente la voluntad agena, y habiendo trocado esta servidumbre moral por una nueva servidumbre dejando á su madre por la mujer á quien amaba, al verse abandonado á sí mismo y enteramente dueño de su albedrío, no sólo no supo apreciar los encantos que esta libertad tenía, sinó que le apesadumbró sobremanera un aislamiento para él tan nuevo.

No hay soledad más cruel é insufrible para los corazones lacerados que la de las grandes poblaciones, en las cuales crece aquella tanto más, cuanto mayor es su bullicio, pues el bullicio y algazara de la gente que cruza las calles indiferente al pesar del que sufre en silencio, forman con su dolor un contraste que lo hace más agudo aún que el completo aislamiento. Así le sucedió á Michel. Cuando se encontraba todavía en la carretera de Nantes creyó que en esta ciudad encontraría en la distracción un lenitivo á sus pesares; mas al llegar notó que se había equivocado. La imagen de Mary le seguía por do quier; en cada grupo, en cada pareja que encontraba al pasó le parecía reconocer el rostro de su amada, y cada desengaño le causaba un dolor inexplicable. Viendo pues que su angustia y la agitación de su ánimo en vez de disminuir aumentaba por momentos, determinó volver á la posada donde se había apeado del coche, encerróse en un cuarto, y como al salir del cortijo, se puso á llorar amargamente. Pensó por un momento regresar á la Boulevard, arrojarle á los piés de Petit-Pierre y rogarle que le sirviese de intercesor con las dos hermanas, pesaro so ya de no haberlo efectuado antes por temor de herir la susceptibilidad de Berta; pero al formar este propósito recordó el objeto ó pretexto de su viaje, que era el de comprar algunos objetos de lujo que debían motivar su partida, y luego escribir la carta fatal que había sido el único y verdadero fin de su viaje á Nantes. Encima de la mesa había recado de escribir, cobró valor, y mojando el papel con tantas lágrimas como palabras estampaba en él, escribió lo siguiente:

«Señorita: debiera ser el hombre más feliz, y sin embargo creo que es preferible la muerte al dolor que me parte el corazón.

«¿Qué pensaréis, qué diréis cuando sepáis lo que no puedo

ocultaros por más tiempo sin mostrarme enteramente indigno de la bondad con que me tratáis? Y con todo necesito acordarme de vuestra benevolencia, necesito la certeza de la magnanimidad que enaltece vuestra alma, necesito ante todo pensar que nos separa el sér que más amáis en el mundo, para atreverme á dar este paso.

»Sí, señorita, amo á Mary con todo corazón, ámola tanto que sin ella no quiero ni puedo vivir, y tanto que al hacerlos una declaración que otra persona de sentimientos menos elevados que los vuestros tomara tal vez por sangrienta injuria, tiendo á vos mis suplicantes manos para deciros: Dadme la esperanza de que podré adquirir el derecho de amaros como un hermano.»

Cerrada la carta, pensó Michel que sería algo difícil hacerla llegar á su destino, pues no pudiendo mandarla por ningún sugeto de Nantes, porque á ser fiel el mensajero corría grave riesgo su pellejo, y de no serlo, no estaba muy seguro el que lo mandase, pensó que podría encontrar en las cercanías de Machecul algún discreto aldeano á quien confiar el mensaje, cuya respuesta iría á esperar en el bosque en tanto que el labriego cumplía su encargo. Tomada esta resolución, salió á comprar algunos objetos que guardó en la maleta, y aplazó para el día siguiente la adquisición de un caballo que le faltaba para la próxima campaña. En efecto, á las nueve de la mañana del siguiente día salía Michel de Nantes para el país de Retz, montado en un excelente caballo normando y con la maleta en la grupa.

## X

DONDE LA OVEJA CAE EN LA TRAMPA CREYENDO ENTRAR EN

EL REDIL.

Era día de mercado, y tan numeroso el concurso de campesinos en las calles y muelles de Nantes, que al llegar Michel al puente Rousseau, lo encontró literalmente obstruido

por una compacta hilera de carros cargados de granos y hortaliza, de caballerías, de aldeanos con costales y cestos llenos de artículos para el abasto de la ciudad. El impacientísimo barón penetró sin vacilar en aquella baranda, y entonces vió que por el lado opuesto pasaba en dirección contraria una moza cuyo aspecto le hizo estremecer, pues aunque vestía como las demás aldeanas zagalejo con listas encarnadas y azules, capotillo de indiana y cofia con adornos comunes, parecíase tanto á Mary, que Michel no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Quiso retroceder, y levantóse entre el gentío una tempestad de gritos y denuestos que le obligó á dejar que su caballo siguiera el emprendido camino, quejándose de los obstáculos que lo entorpecían. Cuando hubo pasado el puente se apeó y buscó con la vista á quien podría dar á guardar el caballo, para ir á cerciorarse de que sus ojos no le habían engañado é indagar el motivo del viaje de Mary á Nantes.

En esto pidióle limosna una voz gangosa como la de los mendigos de todos los países, y pareciéndole á Michel que no le era desconocida, volvióse y vió en el último guarda-ruedas del puente dos fisonomías muy características para no habersele grabado hondamente en la memoria, las de Poca-Alegría y Polilla, asociados á lo menos por entonces para explotar la compasión de los transeuntes, cohonestando así un fin no extraño á los intereses políticos y mercantiles de maese Jaime. Fué el barón á ellos y dijo:

—¿Me conocéis?

Poca-Alegría guiñó el ojo y contestó:

—Buen caballero, apiadáos de un pobre carretero á quien las ruedas de su carro rompieron las piernas en la cuesta de Baugé.—Tomad, buen hombre, dijo Michel poniendo una moneda de oro en la manaza de Polilla, y añadiendo en voz baja:

—He venido por orden de Petit-Pierre; guardadme el caballo por algunos minutos: voy á un negocio muy urgente.

Contestó el lisiado con una señal afirmativa, y entregándole el barón la brida, echó á correr hacia la ciudad. Desgraciadamente era tan difícil el paso para un pedestre como para un jinete, y por más que Michel dió al traste con su timidez codeando, empujando y exponiéndose á ser aplastado por algún carro, tuvo que resignarse á adelantar penosamente y con suma lentitud entre la muchedumbre, de

modo que la aldeanilla debía llevarle considerable ventaja.

Ocurriósele entonces que del mismo modo que las demás habría ido al mercado, y allá se dirigió mirando por el camino con gran curiosidad á todas las campesinas, lo cual le acarreó algunas zumbas y estuvo á punto de ocasionarle dos ó tres reyertas. No viendo á la que buscaba, recorrió toda la plaza del mercado y calles adyacentes, sin encontrar ningún semblante parecido al de Mary.

Desalentado ya, decidido á retroceder y montar otra vez á caballo, al doblar la esquina de la calle del Castillo vió á veinte pasos de distancia la saya encarnada y azul que tanto le llamó la atención en el puente Rousseau. A pesar de la vulgaridad del traje, el paso de la aldeana descubría la elegante y aristocrática Mary; bajo su tosco vestido se adivinaba el esbelto y delicado talle de la señorita de Souday; admirábase bajo los pliegues de su capucha su nevado y gracioso cuello, y desprendíanse de ella los flotantes rizos de su sedosa y dorada cabellera. No cabía ya ninguna duda: la aldeana era Mary; y estaba Michel tan convencido de ello, que no se atrevió á adelantársela para verla más de cerca, limitándose á atravesar la calle, con lo cual acabó de convencerse de que no se había equivocado.

Sin que Michel acertara á comprender por qué razón había ido la joven á Nantes con semejante disfraz, hizo un esfuerzo de voluntad y se decidió á hablarla; mas cuando se dirigía á ella frente á la casa número 17 de la misma calle del Castillo, Mary abrió la puerta de esta casa y desapareció. El mancebo corrió hacia ella, pero la puerta había vuelto á cerrarse. Sin saber cómo explicarse lo que acababa de pasar, quedó un momento parado en la acera, no sabiendo si lamentar su desgracia ó atribuir á un sueño cuanto había visto. En esta situación se encontraba el ánimo del baroncito, cuando de repente sintió que alguien le tocaba el brazo, y, al volver estremecido la cabeza, vió al notario Lorient que le decía sorprendido:

—¿Vos aquí, señor barón?—¡Lo extrañáis, señor Lorient!

—Bajad la voz y no permanezcáis más tiempo en este sitio como si quisierais echar raíces en él: es un buen consejo que os ruego no desoigáis.—¿Qué avispa os ha picado, señor Lorient? No ignoraba que sois prudente, mas no creía que lo fueseis hasta tal punto.—Nunca sobra la prudencia, amigo mío. Vamos andando, y podremos hablar sin ser notados.

El notario se engujó con el pañuelo el sudor de la frente y prosiguió:

—¿Sabéis que me estoy comprometiendo de un modo atroz?—Que me emplumen si comprendo una palabra de lo que decís.—¿No lo comprendéis? ¿Con que no sabéis que os han inscrito en la lista de los sospechosos y que han dado orden de prenderos?—¡Buena! que me prendan, replicó Michel impaciente y tratando de llevar al notario frente á la casa donde había entrado Mary.—¡Cáspita! ¿con qué frescura lo decís! podrá ser muy filosófico; pero vuestra madre está tan sobresaltada con esta noticia, que si la casualidad no os hubiese puesto en mi camino, después de mi regreso á Legé os habría buscado en todas partes.—¡Mi madre! exclamó el mancebo hondamente conmovido. ¿Qué le ha pasado?—Nada; gracias á Dios está tan buena como puede estarlo una persona continuamente atormentada por la zozobra y los pesares, pues no debo ocultaros que tal es su situación.—¡Dios mío! ¿Qué estáis diciendo?—Lo que oís, señor barón; vos ya sabéis cuánto os amaba, cuántos cuidados pasaba por vos, cuánto os vigilaba antes que llegaseis á la edad de emanciparos de ella; y juzgad con esto cuál habrá sido su dolor al veros cercado de peligros tan terribles como los que estamos corriendo cada día. Ya podéis figuraros que sabiendo yo vuestras intenciones debía manifestárselas.—¡Cómo! ¿le habéis dicho?—Que os creía formalmente enamorado de la señorita Berta de Souday: ni más ni menos.—¡También él! dijo entre dientes Michel.—Y también le he dicho, prosiguió el notario, que probablemente pensabais casaros con ella.—¿Y qué ha contestado mi madre?—Lo que contestan todas las madres cuando se les habla de un matrimonio que reprueban. Pero seamos francos, amigo mío: como notario de las dos familias, bien puedo pedirlos que me habléis sin rebozo: ¿habéis pensado maduramente en lo que vais á hacer?—¿Y vos, preguntó Michel, participáis de las prevenciones de mi madre, ó sabéis alguna cosa que perjudique la buena reputación de la señorita de Souday?—Ni soñarlo, amigo mío, contestó Lorient en tanto que Michel dirigía inquietas miradas á la ventana de la casa donde había entrado Mary. Al contrario, tengo á las señoritas de Souday por las señoritas más puras y virtuosas del país, á pesar de las hablillas del vulgo y del necio apodo que les ha dado.—Pues ¿por qué desaprobadis también mi intento?—Tened en-

tendido que yo no emito ningún parecer, limitándome á aconsejaros que seáis precavido, pues más os costará conseguir lo que algunos calificarían quizás (perdonad la expresión) de tontería, que para olvidar una pasión muy justificada por cierto.—Querido Lorient, contestó el mancebo, que viéndose lejos de su madre estaba decidido á quemar las naves; el señor marqués de Souday ha tenido á bien otorgarme la mano de su hija, y por lo tanto es ociosa toda discusión acerca del particular.—Si las cosas han llegado á este punto, replicó el notario, nada hay que decir; sin embargo, debo advertiros que es muy grave contraer matrimonio á despecho de los padres. No seré yo quien os aconseje que desistáis de vuestro propósito, sinó que veáis á vuestra madre y la deís á entender lo injusto de sus prevenciones.—¡Sí! exclamó el mancebo comprendiendo cuán acertadas eran las observaciones del notario.—Vamos, añadió éste, ¿queréis que me encargue de hacerlo?—Sí, si, contestó vivamente Michel para deshacerse de su interlocutor, pues creía oír ruido en la casa y no quería que Mary le viese hablando con el notario.—Está bien, dijo éste; mas tened entendido que en ninguna parte estaréis tan seguro como en la Logerie, pues sólo el crédito de vuestra madre puede evitar las funestas consecuencias de vuestra conducta. ¡Cáscaras! Confesad que de algún tiempo á esta parte estáis haciendo unas calaveradas de que nadie os hubiera creído capaz.—¡Buena, bueno! contestó impaciente el joven.—Enhorabuena, huélgome de que así lo comprendáis. Me voy: tengo que marchar á las once.—¿Os váis á Legé?—Sí, con una señora á quien acompañarán luego á mi posada y que ocupará un asiento en mi tilburi; á no mediar esta circunstancia, me habría apresurado á ofrecéroslo.—Sin embargo, eso no os impedirá dar un rodeo de media legua para hacerme un favor.—Con mucho gusto, amigo mío.—Pues id á la Bouleuvre, y hacedme el favor de entregar esta carta á la señorita Berta.—¡Vive el cielo, señor barón, que olvidáis con mucha facilidad las circunstancias en que nos encontramos! ¿Sabéis que vuestra ligereza me espanta?—Ya veo que estáis azorado, y que saltáis de la acera al arroyo y del arroyo á la acera cuando se acercan ciertas personas que cualquiera diría que teméis os contagien al paso. Ea, hablad, señor notario. ¿Qué os sucede?—Que de muy buena gana cambiaría mi despacho por el más pobre de Francia, y que de algún tiempo acá ex-

perimento conmociones que acabarán por quebrantar mi salud, y quizás por costarme la vida. ¿Qué os decía yo, señor Michel? prosiguió el notario bajando la voz. En este momento acaban de meterme en el bolsillo cuatro libras de pólvora, y tengo tanto miedo que la camisa no me llega al cuerpo; cada cigarro que veo pasar por mi lado me horripila.

Adiós, señor Michel, y creedme, volved á la Logerie.

Con la alegría de que la carta llegaría á su destino, casi no reparó el barón el temor con que se alejaba el notario, y en seguida fijó la vista con mayor atención que antes en la casa, observando muy particularmente una ventana cuya cortinilla le pareció oscilaba, en tanto que detrás de los cristales le estaban acechando. Imaginóse que la joven le miraba por su obstinación en permanecer frente á la casa, y tomando la dirección del muelle, ocultóse tras una esquina desde la cual podía observar cuanto pasaba en la calle del Castillo. Al cabo de poco volvió á abrirse la puerta, y apareció la aldeana acompañada de un mozo que vestía humilde y holgada blusa y afectaba rústicas maneras.

A pesar de lo aprisa que pasaron por delante del baroncito, notó que el mozo, cuya distinguida fisonomía contrastaba tanto con la sencillez de su traje, bromeaba con mucha franqueza con Mary, la cual se negaba riendo á entregarle el cesto que al brazo traía y que sin duda él se ofrecía llevar. A este espectáculo el barón sintió su pecho traspasado por el aguijón de los celos, y convencido ya de que cuanto Mary le había dicho en voz baja, y de que aquellos disfraces tan extraños denotaban una intriga más amorosa que política, no quiso ya ver más, y ciego de furor se encaminó presuroso al puente Rousseau, esto es, en dirección opuesta. Al llegar al puente ya no encontró obstruido el camino por la muchedumbre, ni tampoco vió á su extremo á Poca-Alegría, á Polilla ni al caballo. Estaba tan agitado Michel que ni siquiera pensó en buscarlos, y como por lo que le dijo el notario sabía cuán peligroso para él hubiera sido dar parte del hecho á la autoridad, pues podía motivar su arresto, determinó continuar á pie el camino, y dirigióse á San Filiberto de Grandlieu.

En sus adentros maldecía á Mary llorando amargamente la traición de que era víctima, y estaba ya resuelto á seguir el consejo de Lorient de regresar á la Logerie y arrojarse á los brazos de su madre, más por lo que acababa de sucederle

que á instigación del notario. Había ya llegado á la altura de Saint-Colombin, abismado en sus reflexiones, cuando oyó tras sí el paso de los dos gendarmes que poco antes le habían seguido.

—¿Queréis hacerme el favor de enseñarme vuestro pase? dijo el cabo examinándole de piés á cabeza.—¿Cómo? preguntó admirado el mancebo; no lo traigo.—¿Por qué?—Porque no creí necesario llevarlo para ir de mi quinta á Nantes.—¿Cuál es vuestra quinta?—La de la Logerie.—¿Cómo os llamáis?—El barón Michel.—¿El barón Michel de la Logerie?—El mismo.—Si sois el barón Michel de la Logerie, dáos preso.

Sin más ceremonia y antes de que el joven pensase siquiera en emprender la fuga, lo cual le habría sido muy fácil atendida la indole del terreno, el cabo le asió del cuello de la levita, en tanto que el otro gendarme, practicando el principio de la igualdad ante la ley, le ponía las esposas sin despegar los labios.

Hecho eso en pocos segundos merced al pánico del prisionero y á la destreza del gendarme, los dos agentes de la autoridad llevaron al barón á Saint-Colombin, y encerráronle en una especie de bodega ó cárcel provisional, contigua al cuerpo de guardia de la tropa allí acantonada.

## XI

UN MA DE NUEVO LEÓN  
 DONDE POLILLA DEMUESTRA QUE Á ENCONTRARSE EN LUGAR  
 DE HÉRCULES HUBIERA EJECUTADO VEINTE Y CUATRO TRABAJOS EN VEZ DE DOCE.

Las cuatro de la tarde serían cuando fué encerrado el barón en la cárcel improvisada del cuartel de Saint-Colombin. Poco acostumbrado al principio á la densa oscuridad que allí reinaba, fuele preciso pasar un buen rato sondeando las

tinieblas, para que sus ojos pudiesen observar los inconvenientes de su calabozo, el cual era una especie de bodega de unos doce piés cuadrados, reuniendo todas las condiciones de seguridad que á la sazón exigía su destino. Esta bodega estaba situada debajo del nivel del terreno. Por paredes tenía los mismos cimientos del edificio, siendo por lo tanto más gruesas y macizas de lo regular; por piso la desnuda tierra, convertida en lodazal por la humedad. Antes la luz entraba por un ancho respiradero que en atención á las circunstancias se había tapado por dentro con fuertes maderas y por fuera con una grandísima rueda de molino, por cuyo agujero penetraba un débil rayo de luz que, amortiguado por los maderos, alumbraba muy escasamente el calabozo. Veíase en medio de este los carcomidos restos de una prensa de cidra con una pila redonda de piedra, esmaltada de plateados arabescos por los caprichosos paseos de las babosas y los caracoles. Cualquiera otro que Michel habriase desesperado al notar que no quedaba ninguna esperanza de evasión al encarcelado en aquella mazmorra: él sólo la había inspeccionado por mera curiosidad, y habiale abatido tanto la primera herida que recibió en el corazón, que su ánimo se encontraba en aquella situación en que el hombre es insensible á cuanto pasa en derredor suyo. En cuanto vió que le era forzoso renunciar á la halagüena esperanza que por tanto tiempo había acariciado, en cuanto comprendió que le era imposible obtener el amor de Mary, poco le importaba morar en un palacio ó en un calabozo, pues su desdicha era igual en entrambos. Sentóse en la pila y púsose á reflexionar sobre quién podía ser el joven de la blusa que acompañaba á Mary, dando solamente treguas á los arrebatos de sus celos para recordar en su melancólico abatimiento los primeros días de sus relaciones con las dos hermanas; pero así las reflexiones como los recuerdos torturaron su corazón, pues como dice el poeta florentino, el gran cantor de los tormentos infernales: El peor de los males es la memoria de los tiempos felices en el infotunio.

Dejemos al barón entregado á sus pesares, para explicar lo que estaba pasando en otro paraje del cuerpo de guardia de Saint-Colombin.

Este punto, materialmente hablando, hacia algunos días que estaba ocupado por un destacamento de tropa, y consistía en un vasto edificio, cuya fachada daba al patio, y su tra-

sera al camino de Saint-Colombin á Saint-Philibert de Grandlieu, á un kilómetro de aquella aldea y á unos doscientos pasos del camino de Nantes á Sables d'Olonne. Construido sobre ruínas y con los restos de un antiguo castillo feudal, alzábase este edificio en un collado que dominaba los alrededores, y atendida su ventajosa posición, al volver de Machecul el general había dejado allí veinte hombres, destinando aquel sitio para centro de operaciones, en donde en caso necesario las columnas se refugiaban, al propio tiempo que para depósito provisional de prisioneros hasta tanto que se les pudiese enviar á Nantes debidamente escoltados.

Los cuerpos del edificio consistían en una espaciosa sala y en una troj: situada aquella encima del calabozo de Michel, y por consiguiente á cinco ó seis piés del suelo, servía de cuerpo de guardia, y subíase á ella por una escalera construída con los restos de la torre y paralela á la pared; la troj servía de cuartel, donde los soldados dormían sobre la paja. Guardado militarmente el puesto, habían colocado un centinela en la puerta del patio, que daba al camino, y un vigía en una torre coronada de hiedra, lo único que había quedado en pié del vetusto castillo feudal.

Sobre las seis de la tarde serían cuando los soldados estaban sentados en algunos rodillos arrimados á la pared de la casa, disfrutando el grato calor que despide el sol al ponerse y el espléndido panorama del lago de Grandlieu que á lo lejos se divisaba, en cuya rizada superficie reflejábese el astro del día, pareciendo una gran plancha de hierro candente. A sus piés se veía el camino de Nantes, atravesando la llanura cual cinta tendida sobre verde alfombra. Confesemos empero que nuestros héroes de pantalón encarnado observaban más atentos lo que en aquel camino pasaba que el magnífico espectáculo de la naturaleza.

Los labriegos dejaban los campos, los rebaños volvían al aprisco, y el camino era bastante transitado para animar más el panorama: cada carro de heno, cada grupo que regresaba del mercado de Nantes, y en especial cada aldeana de corta saya, inspiraban á los ociosos guerreros reflexiones y chistes sin cuento.

—¡Hola! dijo uno de pronto. ¿Qué es aquello?—Algún músico ambulante.—¡Ca! exclamó otro. ¿Te figuras que aun nos hallamos en Breñaña? Aquí no hay más que cople-

ros.—¿Qué lleva pues á cuestras sinó un instrumento?—Sí, un organillo, añadió otro.—¡Vaya un organillo! replicó el primero; más tiene trazas de alforja. ¡Si es un mendigo! ¿No ves el uniforme?—¿Háse visto jamás alforja con ojos y narices? replicó otro; mira, Pablo.—Pablo tiene los brazos largos y la vista corta; no todo se puede tener.—El caso es, dijo el cabo, que yo solo veo á un hombre que lleva otro á cuestras.—Tiene razón el cabo, gritaron en coro los soldados.—Siempre la tengo, respondió el de los galones; primero porque soy vuestro cabo, y luego porque soy vuestro superior; y si alguien duda de ello, no tardará en convencerse por sus propios ojos, pues aquí se encaminan.

El que promovía esta discusión, y en quien habrá conocido el lector á Polilla, así como en el organillo ó alforja á Poca-Alegría, empezaba á subir el collado de Saint-Colombin.

—¡Habrás picaros! dijo un soldado. ¡Pensar que si ese tunante nos encontrase solos á la vuelta de un sendero nos endilgaría un balazo, y ahora... ¿No es verdad, cabo?—Puede ser, contestó éste.—Como ve que somos muchos, el maldito hipócrita viene á pedirnos limosna.—Que me emplumen si le doy un céntimo, dijo el primer soldado.—Aguarda, añadió otro cogiendo un guijarro; voy á tirarle esto al sombrero.—Te lo prohibo, dijo el cabo.—¿Por qué?—Porque no lleva.

Los soldados soltaron la carcajada á ese chiste, reputándolo unánimes por muy agudo.

—Veamos, dijo un soldado, cualquiera que sea su oficio, debemos aprovecharnos de su habilidad; no abundan tanto las diversiones en esta casucha que desdeñemos el espectáculo que se nos ofrezca.—¿Un espectáculo?—O un concierto; todos los aventureros de este país tienen algo de trovadores; le haremos cantar cuanto sepa, y de este modo pasaremos alegremente la noche.

Apenas acababa de pronunciar esas palabras, cuando el mendigo llegóse á ellos y les tendió la mano con suplicante ademán.

—¿Qué tal? ¿No había dicho yo que era un hombre lo que llevaba?—Y te equivocaste, replicó el cabo.—¿Cómo?—No era uno, sinó medio hombre.

Riéronse los soldados á ese segundo chiste.

—Ese sí que no gastará mucho en pantalones.—Menos

en botas, añadió el cabo.—¡Voto á tall y qué feos son, dijo Pablo, parece un mono montado en un oso.

Polilla permanecía impasible en tanto que los soldados soltaban pulla sobre pulla, y alargaba la mano con semblante cada vez más lastimoso, mientras Poca-Alegría, en calidad de orador de la asociación, repetía con voz gangosa:

—¡Una limosna, hermanos, por amor de Dios! ¡una limosna á ese pobre carretero, á quien su carro rompió las piernas en la cuesta de Ancenis!—Cuidado que han de ser muy bolos, dijo un soldado, para pedir limosna á los que como nosotros están bailando el pelado. Sabed, amiguitos, que todos nuestros bolsillos juntos no contienen la mitad de lo que lleváis en los vuestros.

Al oír Alain esas palabras modificó su fórmula y dijo:

—Hermanos, un mendrugo de pan por amor de Dios; si no tenéis dinero, puede que tengáis pan.—Si por cierto, dijo el cabo: tenemos y tendrás pan, sopa, y una tajada de vaca si la hay todavía; y tú ¿qué nos darás en cambio?—Rogaré á Dios por vosotros.—Que me place; nunca sobra una buena oración, mas no basta; vamos á ver, perillán, ¿no llevas alguna andrómína en la cartuchera?—No os comprendo.—Quiero decir que á pesar de vuestras feas trazas sabréis cantar algunas lindas coplillas; con que adelante la música en pago de la cena.—Más vale otra cosa, cabo; decidles que el de las piernas de carne haga una voltereta sin soltar al de las de palo.—Ya caigo, dijo Alain.—Me alegro, contestó el cabo.—Queréis que os divirtamos.—Eso es, diviértenos cuanto puedas, pues tu país es muy fastidioso.—Pues os aseguro, dijo Alain, que vais á ver cosas nuevas para vosotros.

A pesar de la vulgaridad de esta promesa, exordio ordinario de los saltimbanquis, no dejó de picar la curiosidad de los soldados, que sin decir más rodearon á los dos mendigos con interés casi respetuoso.

Hizo Poca-Alegría un movimiento indicando á Polilla que le dejara en el suelo, y con pasiva obediencia le sentó el gigante en unos restos de almena cubiertos de ortigas, á la derecha del rodillo que servía de poyo á los soldados.

—Pues no está mal enseñado, dijo el cabo, y casi casi tengo ganas de echarle la mano y venderlo al mayor que no puede hallar un pavo á su gusto.



En esto Alain puso en la mano de Polilla un guijarro; apretólo éste entre sus dedos, y abriéndolos después, enseñó la piedra desmenuzada.

—¡Cáspita! es un Hércules; eso reza contigo, Pablo, dijo el cabo. —¿Sí? pues vamos á verlo, contestó éste corriendo al patio.

Sin parar mientes en la palabra ni en la acción de Pablo, continuó Polilla flemáticamente sus ejercicios, y asiendo á dos soldados por el cinturón, levantólos despacio con los brazos extendidos, y después de tenerlos algunos momentos en esta postura, los dejó en pié como si tal cosa, en medio de los aplausos de los soldados.

—¡Pablo! ¡Pablo! ¿Dónde estás? Este sí que te da quince y falta.

Y cual si siguiera un programa de antemano trazado, Polilla añadió á los dos primeros soldados otros dos sentados á horcajadas en los hombros de aquellos, levantando á los cuatro con sorprendente facilidad. Acabábalos de poner en el suelo, cuando llegó Pablo con dos fusiles.

—¡Bravo, bravo, Pablo! gritaron todos; y alentado éste por las aclamaciones de sus camaradas, dijo:—Esas son tortas y pan pintado. Veamos, Fierabrás, si eres capaz de hacer lo que voy á enseñarte.

Y metiendo un dedo en el cañón de cada fusil, los levantó con los brazos extendidos á la altura de los hombros. —¿Y qué? dijo Alain, en tanto que Polilla miraba al soldado con una contracción de labios que podía muy bien tomarse por desdeñosa sonrisa; id á buscar dos más.

Trajéronlos, y á dedo por cañón, levantó Polilla con una sola mano los cuatro fusiles á la altura de los ojos, sin que sus músculos indicasen el menor esfuerzo, con lo cual demostró que Pablo distaba mucho de competir con él; y sacando luego una herradura, doblóla como una correa. A cada uno de estos ejercicios miraba Polilla á Poca-Alegria con ojos que pedían una sonrisa, y éste le indicaba con la cabeza su satisfacción.

—Vamos, le dijo Alain, hasta ahora sólo has ganado la sopa; á ver cómo te compones para ganar un asilo para esta noche. ¿No es verdad, hermanos, que si mi camarada hace algo más sorprendente nos daréis un poco de paja y un rincón de establo para descansar esta noche?—Lo siento mucho, compañero, pero no puede ser, dijo el sargento que

llegaba en aquel instante atraído por las voces y algazara de los soldados; es absolutamente imposible, pues la consigna es muy severa.

Esa contestación pareció contrariar á Poca-Alegria, cuya cara de guarda se puso seria.

—¡Qué diantre! añadió uno, abriremos una suscripción para juntar dos reales, y con ellos podréis tener en cualquier posada un lecho mucho más blando que la pluma de centeno.—Y por cierto, replicó otro, que si ese bucéfalo que te sirve de cabalgadura tiene tantas fuerzas en las piernas como en los brazos, no te debes apurar por kilómetro más ó menos.—¡Ea, ea! gritaron impacientes los soldados: vamos á ver la grande habilidad, el nuevo prodigio.

Consideró Poca-Alegria que sería de muy mal amigo dejar que Polilla perdiera la oportunidad de aquel entusiasmo, y accediendo á los ruegos de los espectadores con una condescendencia que probaba cuánta confianza tenía en las fuerzas de su compañero, les dijo:

—¿Tenéis por ahí algún sillar, tronco, ó cosa por el estilo que pese cincuenta ó sesenta arrobas?—A no ser que queráis la piedra en que estáis sentado... dijo uno.

Alain se encogió de hombros y contestó:

—Si tuviese asidero, Polilla os la levantaría con una sola mano.—O la rueda de molino que tapa el tragaluz del calabozo, dijo otro.—¿Por qué nó la casa entera? dijo el cabo; recuerdo todavía que erais seis hombres para moverla y eso con palancas, y al ver cuán poco adelantabais pateaba de ira, porque mi grado no me permitía ayudaros, y desahogábame llamándoos haraganes.—Bien se está la rueda en el tragaluz, añadió el sargento; la consigna prohíbe quitarla, pues hay un preso en el calabozo.

Poca-Alegria guiñó el ojo á Polilla, en tanto que este sin hacer caso de las palabras del sargento se dirigía á la muela. ®

—¿Habéis oído? dijo el sargento asiéndole del brazo; no hay que tocar la rueda.—¿Por qué? preguntó Alain, si la quita la volverá á poner en su lugar.—Además, observó un soldado, no hay temor de que se escape el preso; es un señorito que parece una mujer disfrazada; al principio creí que era la duquesa de Berri.

El cabo, que al parecer ardía en deseos de presenciar la hazaña de Polilla, añadió:

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

—Perded cuidado, sargento; está muy ocupado en llorar para que piense en fugarse; cuando hemos ido Pablo y yo, es decir, yo y Pablo, á llevarle la comida, lloraba como una Magdalena.—Adelante pues, dijo por último el sargento que quizás no les iba en zaga en curiosidad; que lo pruebe; se lo permito bajo mi responsabilidad.

Al oír Polilla esas palabras, asió la muela por su base, y apoyando en ella las espaldas, por más que hizo no pudo moverla. Aproximóse entonces Polilla, é hizo notar á los soldados que su grandísimo peso la había clavado en el suelo como cosa de cuatro ó cinco pulgadas, lo cual paralizaba los esfuerzos del coloso, impidiéndole llevar á cabo la prometida proeza; y cogiendo un canto, apartó la tierra hasta dejar del todo la muela descubierta. Volvió de nuevo Polilla á la interrumpida tarea, y en seguida la levantó más de un palmo del suelo, sosteniéndola por algunos segundos.

Atónitos y suspensos los soldados rodearon á Polilla dándole las más explícitas muestras de cuanto les había admirado, á las cuales parecía el coloso completamente insensible; y aclamaronle frenéticamente, cuya admiración comunicándose al cabo subía al sargento por el orden natural de grados. Tratábase de llevar en triunfo á Polilla hasta la cantina, donde debía dársele el premio de su fuerza, mientras juraban con todos los votos conocidos y desconocidos del dios Marte, que no sólo se había hecho acreedor al pan, sopa y vaca prometidos, sinó que ni la mesa de un general ó la del rey de los franceses estaría de más para sustentar á semejante atleta.

Como hemos dicho, no se mostraba Polilla ufano con su triunfo, y con la vista fija en Alain parecía que le preguntaba:

—¿Estáis satisfecho, mi amo?

Poca-Alegria, por el contrario, estaba radiante de gozo, sin duda á causa de la impresión que había hecho en los espectadores aquella fuerza que era más suya que de aquel á quien la naturaleza la había concedido. Quizás su contento dimanaba también del éxito de una acción que acababa de hacer con suma destreza en tanto que los demás estaban mirando á su camarada, acción que consistió en poner debajo de la muela el guijarro que en la mano tenía, de manera que la mole que cerraba la tronera de la prisión des-

cansaba en equilibrio sobre aquel, bastando la fuerza de un niño para derribarla.

En tanto los soldados acompañaron á los mendigos á la cantina, en donde Polilla excitó de nuevo su admiración con otra proeza: tras una grandísima olla de sopa, le sirvieron cuatro raciones de vaca y dos panes de munición, uno de los cuales se lo comió con las dos primeras raciones, y como si cambiando de sistema esperase encontrar más sabrosos los manjares, partió el otro, quitóle la miga, que fué tragándose como por vía de pasatiempo, puso la carne en el hueco que aquella había dejado, é hincó el diente en el pan con una energía que le valió una salva de aplausos. Al cabo de cinco minutos el pan había desaparecido con tanta presteza y facilidad como si lo hubiese pulverizado la muela que antes levantaba, y sólo quedaban algunas migajas que Polilla recogía cuidadosamente con todas las trazas de estar dispuesto á empezar de nuevo. Al notar lo, diéronle otro pan, y aunque seco, tuvo el mismo destino que los anteriores.

Los soldados no cabían en sí de gozo. De muy buena gana habrían sacrificado todos sus víveres á trueque de llevar aquel experimento hasta el último punto; mas el sargento creyó del caso poner coto á su científica curiosidad. Por su parte Alain volvió á ponerse tan mal humorado como poco antes, tanto que llamó la atención de los soldados, y el cabo le dijo:—¿Qué es eso, buena pieza? Comes y bebes á expensas de tu camarada, lo cual no es justo, y parécenos que debieras cantarnos alguna cosita, siquiera para pagar tu escote.—Lo mismo digo yo, añadió el sargento.—¡Que cante, que cante! gritaron los soldados.—¡Oh! algunas canciones sé, contestó Poca-Alegria.—Pues mejor que mejor.—Tal vez no os gustarán.—Con tal que no sea alguna de esas malditas canciones del país, que el diablo se lleve, lo demás poco importa; en Saint-Colombin somos indulgentes.—Entiendo. Os fastidiáis, ¿no es eso?—Muchísimo, contestó el sargento.—No pedimos que cantes como Nourrit, dijo un parisiense.—Lo esencial es que sea chusco, añadió otro soldado.—Me habéis dado pan y vino, dijo Alain, y nada puedo negaros; pero os repito que quizás no os gusten mis canciones.

En efecto, no bien acabó Poca-Alegria la primera estrofa, cuando á la sorpresa que excitaran sus primeras palabras





y por más esfuerzos que hicieron caballo y carretero, el carro no pudo adelantar un paso, cual si estuviese clavado en el punto más pendiente de la cuesta.

—Es una atrocidad, dijo el cabo, agobiar de tal modo á ese pobre animal. ¿No véis que lleva doble carga de la que puede arrastrar?—¡Lástima, dijo un soldado, que el sargento haya despedido á aquel gigante! Lo habríamos enganchado junto al caballo, y de seguro habría sacado de apuros á ese pobre hombre.—Yo lo creo, dijo otro; el caso está en saber si se habría dejado enganchar.

Si el que acababa de pronunciar esas palabras hubiese visto lo que sucedía en la trasera del carro, habría notado que efectivamente tenía razón, y hubiérase explicado la dificultad que el caballo experimentaba en arrastrarlo, pues la ocasionaba el mendigo, quien tirando de la barra que sostenía la carga por detrás, y oculto en las tinieblas, oponía su fuerza á la del caballo con éxito superior al que obtuvo aquella tarde en sus asombrosos ejercicios.

—¿Queréis que os ayudemos? preguntó el cabo.—Dejad que pruebe otra vez, respondió el carretero ladeando el carro para disminuir la rapidez del declive.

Y asiendo de la brida arreó reciamente de palabra y obra al caballo, mientras los soldados unían á las suyas sus excitaciones; después de un supremo esfuerzo que hizo brotar de los guijarros millares de chispas, cayó el animal, y como si las ruedas hubiesen tropezado con algún obstáculo que las desequilibrase, inclinóse el carro á la izquierda y volcó junto al edificio.

Acudieron los soldados á desenganchar el caballo, y gracias á su precipitación no repararon en Polilla, quien contento ya con haberse deslizado bajo el carro para hacerle perder el equilibrio con sus hercúleas espaldas, marchábase tranquilo desapareciendo detrás de un vallado.

—¿Quieres que te ayudemos á levantar el carro? preguntó el cabo al carretero. Habrás de ir á buscar un caballo de refuerzo.—No ¡por vida mía! contestó el carretero; mañana será otro día: pues Dios no quiere que pase adelante, hágase su voluntad.

Echó el carretero los arcos sobre el caballo, y montando en él se alejó después de dar las buenas noches á los soldados. A doscientos pasos del cuerpo de guardia se le acercó Polilla, y al verle le dijo:

—¿Qué tal? ¿lo hice bien?—Sí, contestó el mendigo; tal como lo había dispuesto Poca-Alegría.—¡Buena suerte! Voy á volver el caballo al paraje de donde lo he sacado; cuando el amo del carro lo busque, quedará parado al verlo allá arriba.—Dile que se ha hecho por el bien de nuestra causa, y verás como no replica.

Alejóse el aldeano y Polilla siguió rondando por aquellos alrededores hasta que oyó dar las once en Saint-Colombin. Subió entonces al puesto con los zuecos en la mano, y acercándose calladito á la lumbrera del calabozo, sacó con mucho cuidado el heno del carro y exparcíolo por el suelo para formar un lecho sobre el cual derribó lentamente la mucla; en seguida inclinóse, rompió la tablazón que cerraba el respiradero por dentro, tiró de Alain que Michel impelía por detrás, y luego sacó al barón tendiéndole las manos; hecho lo cual, Polilla se los cargó en hombros y alejóse descalzo del puesto sin que, á pesar de su corpulencia y de la doble carga que llevaba, hiciera más ruido que un gato andando sobre una alfombra. A unos quinientos pasos se detuvo obedeciendo una indicación de Poca-Alegría. Bajó Michel, y sacando un puñado de monedas, algunas de oro, púsolo en la ancha mano de Polilla; éste iba á metérselo en la faltriguera, cuando Alain le contuvo diciéndole:

—Vuélvelo al señor: nosotros no comemos á dos carrillos.—¿Cómo? preguntó Michel.—No debéis estarnos tan agradecido como quizás creéis.—No os comprendo, dijo el barón.—Ahora que estamos fuera de la maldita bodega, puedo confesaros que falté á la verdad cuando os dije que me había hecho prender sólo con el objeto de libertaros; ya comprendéis que necesitaba vuestro auxilio. Ya que gracias á vuestra buena voluntad y á la fuerza hercúlea de mi amigo Polilla hemos logrado evadirnos tan fácilmente, os confieso que no habéis hecho más que mudar de prisión.—¿Qué queréis decir?—Que há poco os encontrabais en una húmeda y estrecha cárcel, y si bien os véis ahora en el campo, no por esto dejáis de estar preso.—¿Y de quién soy prisionero?—¡Toma! de mí.—¿De vos? exclamó riendo el barón.—Por ahora sí; y por más que os asombre, sois mi prisionero hasta que os haya puesto en manos de quien os reclama.—¿Qué manos son esas?—Pronto lo sabréis; yo no puedo hacer más que cumplir mi encargo: sólo os diré que peor suerte os podía haber cabido.—Acabemos....—A eso voy. Hanse

invocado algunos beneficios que se me hicieron, y dando una buena propina á nuestro amigo Polilla, me han dicho: Libertad al barón Michel de la Logerie y traedlo; os he libertado y os llevo.—Oid, replicó el mancebo sin comprender nada de cuanto le decía el posadero de Montaigu; aquí tenéis mi bolsillo, y en cambio acompañadme hasta el camino de la Logerie, á donde deseo volver esta misma noche.

Michel creía que sus dos libertadores habían encontrado mezquina la gratificación, atendida la importancia del servicio que le habían prestado.

—Señor, contestó Poca-Alegría con toda la dignidad de que era capaz, mi camarada no puede aceptar esa recompensa, porque le han pagado para hacer todo lo contrario de lo que pedís; y en cuanto á mí, si no me conocéis todavía, voy á hacer que me conozcáis: soy un honrado negociante que por algunas diferencias de opinión con el gobierno he tenido que abandonar mi domicilio; pero por pobres que sean mis apariencias, sabed que no vendo los favores.—¿A dónde diablos vais á llevarme? preguntó Michel admirado de semejante réplica.—Hacednos el obsequio de seguirnos, y os prometo que antes de una hora lo sabréis.—¿Seguiremos cuando me decís que soy vuestro prisionero? ¡Tendría que ver!

Sin contestar hizo Poca-Alegría una seña á Polilla, y antes que el mancebo acabara la frase este extendió el brazo y le asió por el cuello. El barón quiso gritar; prefiriendo estar en poder de los soldados primero que de Polilla; mas éste le puso la otra mano en la boca á guisa de mordaza, y así corrieron unos setecientos pasos á campo travieso, de modo que medio suspendido Michel en el aire pendía de la mano del coloso rozando el suelo con la punta de los piés.

—Basta, Polilla, dijo Alain sentado en los hombros del mendigo; el barón habrá desistido de su idea de volver á la Logerie, y por otra parte nos han recomendado mucho la mercancía para que la llevemos averiada. Vamos á ver, dijo luego al fatigado barón mientras Polilla hacía alto por un momento; ¿seréis ahora más razonable?—Es menester que me resigne, ya que sois más fuertes que yo y no tengo armas para defenderme de vuestros malos tratamientos.—¡Malos tratamientos! ¿queréis callar? Si persistís en afirmarlo, os preguntaré si no es cierto que así en el calabozo de los azules como por el camino no habéis cesado de decirme

que queríais volver á la Logerie, y si no es cierto también que esa obstinación es la que nos ha obligado á usar de violencia.—A lo menos decidme quién os ha enviado para libertarme.—Me está absolutamente vedado, contestó Alain; mas sin contravenir á las órdenes que he recibido, puedo deciros que es una persona muy amiga vuestra.

Helósele á Michel el corazón, pensando que Berta había recibido la carta, que la ofendida Loba le esperaba, y por más penosa que le fuese una explicación, la delicadeza le obligaba á no rehuirla.

—Ya sé quién me aguarda, dijo.—¿Sí?—Es la señorita de Souday.

Alain no contestó y miró á su compañero con un aire que parecía decir: lo ha adivinado. El barón notó y comprendió la mirada y dijo:

—Adelante.—¿No trataréis ya de escaparos?—No.—¿Palabra de honor?—Palabra de honor.—Siendo así, os daremos un medio para que no os destrocéis los piés con los abrojos, ni os atasquéis en algún lodazal de esos que nos cargan las botas con media arroba de peso.

No tardó el mancebo en comprender esas palabras, pues habiendo Polilla atravesado el camino á cuya orilla se encontraban, apenas dieron cien pasos por el bosque, cuando oyó el barón un relincho.

—¡Mi caballo! exclamó sorprendido.—¿Creíais acaso que os lo habíamos robado? preguntó Alain.—Pues ¿por qué no os encontré en el paraje en que os lo dejé?—Por una razón muy sencilla: habíamos visto vagar en torno nuestro algunos pajarracos que nos miraban con mucho interés, y como no nos gusta la gente curiosa y pasaban horas tras horas sin que parecieseis, nos hemos decidido á volver vuestra cabalgadura á la Boulevre, á donde creíamos que regresaríais si no os prendían, y por el camino hemos visto que estabais en libertad todavía....—¿Todavía?—Sí, pero luego os han cogido.—¿Estabais cerca cuando me han prendido los gendarmes?—¿Sabéis, caballero, contestó Alain, que tenéis que ser muy inexperto cuando de tal modo hacéis calendarios en mitad del camino en vez de observar lo que pasa á vuestro al rededor? Más de diez minutos había que debíais haber oído el trote de sus caballos, pues nosotros lo oíamos muy distintamente, y podíais emboscaros como nosotros.

Pensando Michel en lo que tan absorto le tenía en el mo-

mento que Poca-Alegría le recordaba, exhaló un gran suspiro, y montó á caballo en tanto que Alain trataba de indicarle á Polilla el modo de tener el estribo. En seguida volvieron al camino, y apoyando el mendigo la mano en el cuello del caballo, siguióle así hasta que al cabo de media legua tomaron por un atajo que á despecho de la oscuridad conoció Michel por el aspecto de la arboleda. Pronto llegaron á una encrucijada á cuya vista se estremeció el mancebo, acordándose de que la había atravesado la noche que por primera vez acompañaba á Berta. Dirigíanse los viajeros á la choza de Tinguay, donde á pesar de lo avanzado de la hora se veía brillar una luz, cuando de pronto salió de un huerto, que con el sendero lindaba, un grito, al cual contestó Alain inmediatamente.

—«Sois vos, Poca-Alegría?» preguntó una voz femenil, al propio tiempo que una forma blanca asomaba la cabeza por el vallado.—«Sí, y ¿vos quién sois?»—Rosina, la hija de Tinguay. «No me conocéis?»—¡Rosina! murmuró Michel, cuya presencia le confirmó en la idea de que era Berta quien le esperaba.

Deslizóse Alain con su habilidad de mono á los piés de Polilla, encaminóse al seto saltando como un sapo, y en tanto que su compañero vigilaba al barón, dijo acercándose á Rosina:

—¡Cáspita! la noche es oscura como boca de lobo, y lo blanco parece pardo. ¿No es en tu casa la cita? continuó bajando la voz.—«Sí; he venido porque hay gente en ella y no podéis ir con el señor barón.»—¿Cómo! ¿Es decir que esos condenados azules están en todas partes?»—No son soldados, sino Juan Oullier y algunos mozos de Montaigu.—«¿Qué hacen?»—Están hablando; entrad y echaréis un trago, que os fortalecerá el estómago.—«¿Que me place! ¿Qué haremos de ese señorito?»—Dejadlo por mi cuenta; ¿caso no lo habíamos convenido así?»—Cierto; pero en tu casa habríamos encontrado alguna bodega ó granero para encerrarle fácilmente, pues es manso como un cordero; mientras que á cielo descubierta nos arriesgamos mucho á perderlo, pues sabe escurrirse como una anguila.—«Nada temáis, dijo Rosina con la sonrisa rara y triste que acostumbraba desde la muerte de su padre y de su hermano. ¿Creéis por ventura que se hará de rogar mucho más para seguir á una linda muchacha que á dos vejestorios como vosotros?»—«Y si el prisionero se lleva

al guarda?»—Perded cuidado, tengo los piés y los ojos muy buenos, y muy firme el corazón; además, el barón es mi hermano de leche, y hace ya mucho tiempo que nos conocemos. En fin, ¿qué encargo os han dado?»—El de libertarle si podíamos, y llevarle de buen ó mal grado á la casa de tu padre, donde debíamos encontrarte.—«¿Sí? pues héme aquí; la casa la tenéis delante, y el pájaro salió de la jaula: con que nada más os toca hacer.»—¡Pardiez! claro está.—«Pues ¡buenas noches!»—«Dí, Rosina, ¿no podríamos, para mayor seguridad, atarle un hilo á la pata?»—Gracias, Alain: podéis guardarlo para vuestra lengua.

A pesar de haber permanecido á alguna distancia de los dos interlocutores, Michel oyó el nombre de Rosina, lo cual le confirmó todavía más en sus sospechas. Además, la conducta de Alain, la violencia con que se había conducido por medio de Polilla, la discreción del posadero acerca del origen y causa de su abnegación respecto de un hombre á quien apenas conocía, concordaban perfectamente con la irritación que á su vez debía haber causado á la irascible Berta la carta que para ella entregó al notario.

—«No sois vos como ese tonto de Alain que se empeñaba en no conocerme, ¿no es verdad, señor Michel?» dijo Rosina.

—«Nó por cierto. Ahora dime.»—«¿Qué?»—«¿Dónde está la señorita Berta?»—«No lo sé, respondió Rosina con una sencillez que Michel apreció al instante en su justo valor.»—«¿No lo sabes?»—«Nó señor.»—«¿No la has visto?»—«Nó; sólo sé que tenía que ir al castillo con el señor marqués; yo estaba en Nantes.»—«¿En Nantes! exclamó el mancebo. ¿Has estado hoy en Nantes?»—«Cierto que sí.»—«¿A qué hora?»—«Daban las nueve cuando atravesábamos el puente Rousseau.»—«¿Ibas sola?»—«Nó, he acompañado á la señorita Mary; eso ha retardado el viaje, porque han tenido que irme á buscar al castillo.»—«¿Y en dónde está ahora la señorita Mary?»—«En el islote de la Jonchère, á donde voy á acompañaros. ¿Sabéis que me hacen gracia vuestras preguntas?»—«¿Vas á llevarme á su lado!» exclamó Michel loco de júbilo. Vamos, vamos pronto, querida Rosina.—«¡Digo! y ese tonto de Alain que decía que sería difícil de llevaros. ¡Habrás visto animal!»—Rosina, por Dios, no perdamos tiempo.—«Pues no pido yo otra cosa; para ir más aprisa tendríais que llevarme á la grupa.»—«Con mil amores, exclamó Michel, que á la sola idea de ver á Mary había desechado toda sospecha celosa, rebotando de júbilo al

pensar que su amada se había ocupado tanto en salvarle.— Dadme la mano, dijo Rosina apoyando el pié en el del mancebo.

Y sentada en la grupa, continuó:

—Tomad á la derecha.

Obedeció el joven sin pensar ya en Polilla ni en Poca-Alegria, pues en aquel instante todo el mundo para él se encerraba en Mary. A corto trecho, deseando el barón hablar de Mary, preguntó á su compañera:

—¿Cómo ha sabido la señorita que me habían prendido los gendarmes?—Es preciso tomarlo de más lejos.—Tómalo de tanto como quieras, pero contesta, pues ardo en deseos de saberlo. ¡Cuán hermosa es la libertad, sobre todo cuando me proporciona ver á Mary!—Debo deciros, señor barón, que hoy al amanecer ha venido la señorita Mary del castillo de Souday, y rogándome que la prestase mi vestido nuevo, me ha dicho: Rosina, vente conmigo.—Sigue.—Entonces hemos tomado el camino de Nantes como dos verdaderas aldeanas, llevando dos cestos de huevos. Allí llegadas, mientras yo los estaba vendiendo, la señorita ha ido á hacer sus diligencias.—¿Cuáles eran? preguntó el barón recordando al joven disfrazado de aldeano á quien había visto por la mañana con Mary.—¡Cáspita! lo ignoro, contestó Rosina; y sin reparar en el suspiro que exhaló el mancebo, añadió: como la señorita estaba muy cansada, pedimos al señor Lorient nos llevase en su carruaje; por el camino nos hemos detenido para dar pienso al caballo, y mientras el notario estaba hablando con el posadero sobre el precio de los granos, nosotras hemos ido al huerto, porque todos los aldeanos se hacían ojos mirando á la señorita, que por cierto era demasiado hermosa para aldeana. Entonces empezó á leer una carta que la ha hecho llorar á mares.—¿Una carta?—Sí, una que el señor Lorient la entregó por el camino.—¡Mi carta! exclamó el barón; ¡ha leído mi carta á su hermana! ¡Oh!...

Y detuvo al caballo no sabiendo si alegrarse ó apesadumbrarse de este acontecimiento; mas Rosina, que no comprendía la causa de aquel alto, exclamó:

—¿Qué estáis haciendo?—Nada, nada, contestó el barón aflojando la rienda.

El caballo tomó el trote y Rosina prosiguió su relato:

—Llorando estaba con aquella carta á la vista, cuando de pronto oímos que nos llamaban del otro lado de la cerca, y

al aproximarnos vimos que eran Polilla y Alain. Nos contaron el lance que os había sucedido, y preguntaron á la señorita qué habían de hacer de vuestro caballo. ¡Ah! ¡si la hubieseis visto, señor barón! demudóse mucho más que al leer la carta, y tanto le dijo á Poca-Alegria, que el pobre hombre, que debe algunos favores al señor marqués, se decidió á tratar de libertaros. Excelente amiga tenéis, señor Michel.

Tan embelesado escuchaba el mancebo, que hubiera dado una moneda de oro por cada sílaba del relato de Rosina; y pareciéndole que el caballo iba muy despacio, rompió una rama de nogal para hacerle andar tan aprisa como los latidos de su corazón.

—¿Por qué no me has aguardado en casa de tu padre? preguntó el barón.—Así pensábamos hacerlo y nos apeamos allí con intento de ir á pié á Souday: la señorita había encargado á Alain que os llevase al castillo y no os dejase volver á la Boulevre antes de verme; mas no lo ha querido así la desgracia, pues nuestra casa, tan solitaria desde la muerte de mi padre, ha estado llena de gente toda la noche como una posada. Al cerrar la noche, la señorita Mary, que estaba escondida en la guardilla, me ha rogado que la acompañase á un sitio donde pudiese hablaros sin testigos si Alain conseguía libertaros, y... Pero hénos ya á la altura del molino de San Filiberto, y pronto veremos el lago de Grandlieu.

Esas palabras le costaron al caballo del barón un fuerte varazo, pues al oír que estaban ya cerca de Mary, comprendió Michel que se acercaba el desenlace de aquella extraña situación. Sabiendo Mary que por amor á ella había rechazado el mancebo la unión que le habían propuesto, no se ofendía de ello, pues el interés que le profesaba la inducía á prestarle un gran servicio aun á costa de su reputación; en cuanto á Michel, por tímido y apocado que fuese, sus esperanzas rayaban tan alto como las pruebas de afecto que le parecía recibir de Mary; juzgaba imposible que la joven que arrostraba las hablillas del vulgo, el enojo de su padre y los reproches de su hermana para salvar á un hombre cuyo amor y esperanzas conocía, se negara á los deseos de este amor y á la realización de estas esperanzas; y columbraba el horizonte de su porvenir nebuloso todavía aunque con rosados celajes, cuando el caballo empezó á bajar la colina que linda al sudeste con el lago de Grandlieu, cuya superficie relucía en la oscuridad como un espejo de acero.



—¿Hemos llegado? preguntó á Rosina.—Sí, contestó ésta echando pié á tierra; apeaos y seguidme.

Hizolo el barón é internóse con la moza entre los juncales, donde ató el caballo al tronco de un sauce; anduvieron como unos cien pasos hasta llegar á una especie de caleta á cuya orilla había una barquilla amarrada, y al entrar en ella quiso el barón asir los remos; mas conociendo Rosina que no era muy ducho en aquel ejercicio, púsose á bogar diciéndole:

—Yo lo haré mejor que vos; muchas veces llevé así á mi padre cuando iba á tender las redes en el lago.

Al decir la joven esas palabras, levantó sus hermosos ojos al cielo como buscando al anciano, y desprendiéronse de ellos dos gruesas lágrimas.

—Díme, preguntó Michel con el egoísmo propio del amor, ¿sabrás encontrar la isla de la Jonchère con esta oscuridad?

—Mirad, contestó Rosina sin volver la vista, ¿no véis algo en el agua?—Sí por cierto: veo una cosa parecida á una estrella.—Esa estrella la tiene en la mano la señorita Mary, que nos habrá esperado y viene á recibirnos.

El barón hubiera querido echarse á nadar para llegar más pronto á la isla, pues la barquilla adelantaba con lentitud á pesar de la habilidad de Rosina, y pareciale que jamás llegaría á salvar la distancia que aun le separaba de la luz. Sin embargo, cuando estuvo bastante cerca del islote para distinguir el único sauce que en él había, no vió á Mary á la orilla. La luz era una fogata de ramas de rosal que ella había encendido sin duda y que ardía lentamente á la margen del lago.

—¡Rosina! exclamó Michel fuera de sí levantándose con tal ímpetu que estuvo á pique de hacer zozobrar el bote; yo no veo á Mary.—Estará en la choza del acecho, contestó la doncella saltando en tierra; tomad una de esas ramas encendidas y hallaréis la choza en la parte más ancha de la otra orilla.

Hizo Michel lo que Rosina le indicaba y dirigióse presuroso hacia la choza.

El islote tendría unos trescientos metros cuadrados, y estaba cubierto de juncos en sus declives, inundados en invierno por las lluvias que hacían subir las aguas del lago. En el sitio más elevado había construído el viejo Tinguy una chozuela donde en las largas noches de invierno acechaba los patos.

Cualesquiera que fuesen sus esperanzas, al acercarse Michel á la choza sintió que el corazón le latía con tal violencia, que parecía querer saltársele del pecho, y no tuvo valor para poner la mano en el pestillo de la puerta. Mirando entonces por un cristal que en la misma había, vió á Mary sentada en un haccillo de juncos y con la cabeza sobre el pecho, y á la luz de una lámpara, que sobre un escabel ardía, parecióle divisar dos lágrimas en sus párpados. Creyendo que las vertía por causa suya, depuso su timidez, empujó la puerta, y echóse á los piés de la joven exclamando:

—¡Mary, Mary! los amol...

### XIII

EN DONDE LOS SUCESOS NO PASAN COMO IMAGINA EL LECTOR

Aunque resuelta Mary á conservar su imperio sobre sí misma, fué tan súbita la entrada de Michel, tan suplicante y amorosa su invocación y vibraba su voz con tal acento, que el seno de la niña palpitaba conmovido, sus manos temblaban, y las lágrimas que el mancebo creyó entrever en sus ojos se desataban y caían cual líquidas perlas sobre las manos del barón que estrechaban las suyas. Afortunadamente estaba Michel muy agitado para observar la emoción de Mary, y reponiéndose esta antes de que él la hablase, desvióse suavemente y miró en torno mientras el mancebo clavaba en ella la vista inquieta é interrogadora.

—¿Por qué habéis venido solo? preguntó Mary. ¿Dónde está Rosina?—Y vos, dijo el mozo con dolorido acento, ¿por qué no os entregáis de todo corazón al júbilo de volvernos á ver?—Amigo mío, contestó la joven recalcando estas palabras, creo que ahora tenéis menos derecho que nunca á dudar del interés que por vos me tomaba.—Nó, exclamó el

barón tratando de asirla otra vez las manos; nó, pues os debo la libertad y probablemente la vida.—Sin embargo, dijo Mary haciendo un esfuerzo para sonreírse, estamos solos, y por más Loba que sea, querido señor Michel, sé que no debo faltar á las leyes del decoro; con que hacedme el obsequio de llamar á Rosina.

Exhaló Michel un hondo suspiro y permaneció de hinojos derramando copiosas lágrimas, mientras Mary volvía el rostro para no verlas, y al ir ésta á levantarse, él la detuvo. Era el pobre mozo muy poco conocedor del corazón humano para notar que otras veces no había Mary manifestado ningún recelo de tener con él una entrevista tan solitaria como aquella, y para deducir de esa desconfianza de sí misma una consecuencia favorable á sus amorosas esperanzas; muy al contrario, sus deliciosos sueños se desvanecían como el humo, y hallando de pronto á la doncella tan fría é indiferente como pocos días antes, exclamó con acento de dolorosa reconvencción:

—¡Ah! ¿por qué me habéis salvado? los soldados quizás me habrían pasado por las armas, y á lo menos hubiera muerto con la ilusión que ahora acabo de perder. ¿Qué me importa la vida, si no me amáis?—¡Michel! callad por Dios.—Lo he dicho y lo repito.—Vamos, reportaos y no seáis niño, replicó Mary afectando un tono maternal. ¿No véis que me hacéis sufrir?—No lo creo.—¿Dudáis de mi sincera amistad?—¿Creéis que me basta ese sentimiento?—Amigo mío, dijo Mary haciendo un poderoso esfuerzo: lo que vos me pedís, Berta os lo ofrece; estad seguro de que os ama como vos queréis y merecéis serlo.

La voz de Mary temblaba al decir estas palabras, y moviendo el barón la cabeza contestó con un suspiro:

—¡Si no es ella! ¡si no es ella!—¿Por qué, prosiguió Mary fingiendo no haber reparado en aquella exclamación; por qué le habéis escrito una carta que la hubiera desesperado?—¿Ha llegado pues á vuestras manos?—Sí, y ha sido una gran felicidad, á pesar del dolor que me ha causado.—¿La habéis leído toda?—Sí, contestó la joven bajando los ojos ante la mirada suplicante del barón; la he leído, y por lo mismo he querido hablaros antes que viceis á Berta.—¿No habéis comprendido, Mary, exclamó el barón juntando las manos, que á Berta sólo puedo amarla como á una hermana?—Nó, contestó Mary; lo que he comprendido es que sería para mí

una horrible desgracia el causar la de mi hermana, la de mi pobre hermana á quien tanto amo.—¿Qué queréis pues de mí?—Lo que quiero, lo que os suplico, es que sacrifiquéis un sentimiento que aun no ha tenido tiempo para echar hondas raíces en vuestro corazón; que renunciéis á una predilección injustificada y á una pasión que á los tres nos sería fatal.—Pedidme la vida, Mary; puedo matarme ó hacerme matar, nada más fácil; pero no me pidáis que deje de amaros, porque es imposible.—Sin embargo, es preciso, Michel, dijo Mary con acento cariñoso; nunca alentaré el amor de que habláis en vuestra carta: lo he jurado.—¿A quién?—A Dios, y á mí.—¡Ah! exclamó Michel prorrumpiendo en sollozos. ¡Y soñé que me amaba!

Pareció á Mary que cuanto más crecía la exaltación del mancebo, tanto más fría y reservada debía mostrarse, y contestó:

—No creáis que os hable solamente en nombre de la razón, sinó también como buena y sincera amiga, rogándoos que olvidéis á la que no puede ser vuestra y consagréis vuestro corazón y vuestro cariño á la mujer con quien estáis por decirlo así desposado.—¡Oh! ya sabéis que esos desposorios son efecto de una equivocación de Petit-Pierre, pues no ignoráis cuáles son mis sentimientos desde aquella noche en que los soldados entraron en el castillo, y por cierto que entonces no los rechazasteis: vuestras manos apretaban las mías, yo estaba arrodillado ante vos como ahora, vuestra cabeza se inclinaba hacia mí, y vuestros hermosos cabellos me acariciaban la frente. Hice mal en no revelar á Petit-Pierre el nombre de mi amada, mas no podía suponer que se me creyese enamorado de otra que de vos, siendo mi maldita timidez la causa de que me vea separado para siempre de la mujer á quien amo, y para siempre unido á la que no puedo amar.—La falta que tan ligera os parece la encuentro irreparable, pues no puedo ser feliz á costa de la dicha de mi hermana.—¡Dios mío! ¡Cuán desgraciado soy!—Comprendo vuestro dolor; pero es preciso tener entereza de ánimo en la adversidad. Valor, amigo mío, que ese amor irá desapareciendo poco á poco de vuestro corazón, y si conviene me alejaré de vos.—¡Separaros de mí! ¡jamás! El día que os vayais me iré también.—Pues me quedaré, y cuando seais feliz, cuando estéis casado con Berta...—¡Nunca!—Sí, amigo mío, Berta os conviene más que yo, os ama

mucho más de lo que podéis figuraros, y creed que ese sacrificio os será muy bien recompensado.

Fingía Mary una calma que estaba muy lejos de tener, pues su agitación y palidez revelaban el estado real de su ánimo, y habiéndola Michel escuchado con febril impaciencia, exclamó:

—No habléis así. ¿Creéis acaso que el curso de las afecciones es como el río que un ingeniero encauza entre las orillas de un canal, ó como la parra cuyas ramas se extienden en la dirección que les da el hortelano? Nó, mil veces nó; os amo á vos sola, Mary; no puedo olvidaros, y aunque me lo propusiera no lo lograría. ¡Ah! desgraciado de mí si os casarais con otro! exclamó Michel alzando las manos al cielo con desesperación. — ¡Michel! exclamó exaltada Mary, haced lo que os pido, y os juro por lo más sagrado no pertenecer más que á Dios; nunca me casaré: vuestro será mi cariño, nó un cariño pasajero que puede el tiempo disipar ó un hecho destruir, sinó el cariño engendrado por la gratitud, porque os deberé la felicidad de mi hermana, y os bendeciré toda mi vida. — El afecto que profesáis á vuestra hermana os extravia, respondió Michel; vos sólo pensáis en ella sin imaginar que el unir mi existencia á la de una mujer que no amo equivale á imponerme un eterno suplicio: no puedo resignarme á tamaña desdicha. — Sí, amigo mío, os resignaréis, pues por amarga que sea la fatalidad, llevaréis á cabo una acción noble y generosa, y Dios recompensará semejante sacrificio. Esta recompensa será la felicidad de dos pobres huérfanas. — Os repito que no me habléis así; ignorando la fuerza del amor, queréis que renuncie á vuestra mano sin pensar que sois mi corazón, mi alma, mi vida, y exigiendo que me arranque el corazón, que reniegue de mí mismo y destruya con mis propias manos mi felicidad y mi existencia. Para mí sois el faro que me guía por el proceloso mar de la vida, y si me faltáis, me faltará todo: me veré sumergido en un abismo sin fondo. — Sin embargo, exclamó Mary con desesperado acento, ¿y si Berta os ama y yo nó? — ¡Ah! si no me amáis, si tenéis valor para decírmelo fijando vuestros ojos en los míos y trabando vuestras manos con las mías, todo habrá concluido. — ¿Qué haréis? — Una cosa muy sencilla: tan cierto como esas estrellas que brillan en el firmamento ven la pureza del amor que os profeso, tan cierto como Dios que las huella sabe lo eterno de este amor,

ni vos ni vuestra hermana volveréis á verme. — ¡Qué decís, desgraciado? — Que atravesaré este lago, para lo cual necesitaré diez minutos, y montando en el caballo que tengo en los juncas, me dirigiré al destacamento más cercano, en lo que invertiré otros diez minutos, y bastará que diga: soy el barón Michel de la Logerie, para que dentro de tres días me fusilen.

Mary lanzó un grito.

—Lo haré, Mary; tan cierto como las estrellas os miran y como Dios que á sus piés las tiene oye el juramento que hago.

E iba el joven á salir de la choza, cuando Mary que le cerró el paso asiéndole del brazo, cayó sin fuerzas á sus rodillas exclamando:

— ¡Michel! si me amáis como decís, atended á mis súplicas, y en nombre de este amor no matéis á mi hermana; ceded á mis ruegos y á mis lágrimas, otorgadle la vida y la felicidad, y Dios os lo tendrá en cuenta, pues mi corazón le pedirá todos los días que haga feliz á quien me ayudó á salvar á la que amo más que á mí misma. Olvidadme, Michel, os lo pido por lo que más amáis en el mundo. — ¡Dios mío! ¡cuán desgraciado soy! exclamó Michel mesándose los cabellos. — Sabéis, cruel, que me estáis pidiendo la vida? — ¡Sabéis que no podré sobrevivir á semejante desdicha? — Valor, amigo mío, valor, dijo la joven desfalleciendo á su vez. — Lo tendré para todo, menos para renunciar á vos; esta idea me arredra y desespera. — ¡Michel, amigo mío! haced lo que os pido, murmuró Mary con voz desfallecida. — ¡Pues bien!...

Iba á decir que sí, mas se contuvo, y prosiguió:

— ¡Ah! si á lo menos sufrirais como yo...

A esa exclamación de supremo egoísmo, aunque de supremo amor, fuera de sí Mary le estrechó entre sus crispados brazos y con voz cortada por los sollozos le dijo:

— ¿Te consolaría saber que mi corazón está tan desgraciado como el tuyo? — ¡Sí, sí! — ¿Crées que el infierno sería un paraíso si yo estuviese á tu lado? — Estoy pronto á aceptar una eternidad de tormentos con esta condición. — ¡Pues bien! exclamó la joven delirante, satisfecho estás, hombre cruel: yo también sufro como tú, también siento tus angustias, también muero desesperada al pensar en el sacrificio que el deber nos impone. — ¿Qué dices, Mary? ¿me amas? — ¡Ingrato! ¡ingrato! ¡Ve mis lágrimas, mis tormentos, y

me pregunta si le amo!—¡Mary! ¡Mary! exclamó Michel exánime, ¿después de haber estado á punto de matarme de dolor, quieres hacerme morir de alegría?—¡Sí, te amo! ¡te amo! hora es ya de que salgan de mi pecho estas dos palabras que hace tanto tiempo me ahogan. Te amo tanto, que á la idea del sacrificio que hemos de hacer, moriría contenta en el momento de confesártelo.

Y mientras hablaba, como atraída á pesar suyo por una fuerza magnética acercaba Mary su rostro al de Michel, quien la contemplaba extático.... Pero levantándose vivamente, rechazó al barón, y, sin transición alguna, prorumpió en llanto.

En esto entró Rosina.

#### XIV

EN DONDE GREYENDO EL BARÓN APOYARSE EN UNA CAÑA  
ENCUENTRA UNA ENCINA.

Sola, sin apoyo alguno y por lo mismo á la discreción de su amante, comprendió Mary que el Señor venía en su auxilio, y acudiendo presurosa al encuentro de Rosina, preguntóla:

—¿Qué hay, muchacha?

Y llevóse la mano á los ojos para enjugar las lágrimas y á la frente para ocultar el rubor.

—Señorita, contestó Rosina, me pareció oír el rumor de unos remos.—¿Hacia dónde?—Hacia San Filiberto.—Creía que sólo había la lancha de tu padre.—Hay además la del molinero de Grandlieu, y aunque está medio desfondada, de ella se habrán servido para llegar hasta aquí.—Bueno, dijo Mary, voy contigo.

Y sin hacer caso de Michel que le tendía las suplicantes

manos, salió Mary de la choza para afirmarse en su primera determinación, y tras ella Rosina.

Quedóse solo y anonadado Michel, comprendiendo que con alejarse Mary perdía su felicidad, pues no le quedaba esperanza alguna de retenerla, y que nunca más semejante embriaguez daría lugar á la manifestación que acababa de oír.

En efecto, cuando Mary volvió, después de haber escuchado en todas direcciones, sin oír más que el murmullo del agua lamiendo mansamente la orilla, encontró al manco sentado encima de los juncos con la cabeza apoyada en las manos. Creyóle calmado cuando en realidad estaba abatido; llegóse al barón, quien al oír sus pisadas alzó la cabeza, y viéndola tan reservada como exaltada había estado antes, tendióla la mano diciendo tristemente:

—¡Mary, Mary!—¿Qué hay, amigo mío?—En nombre del cielo, repetidme esas tiernas y embriagadoras palabras; repetidme que me amáis.—Os lo repetiré cuantas veces queráis, si el conocimiento de que mi ternura sigue con solitud vuestros sufrimientos y esfuerzos puede prestaros valor y fortaleza.—¡Cómo! exclamó Michel desesperado. ¿Aun pensáis en esa cruel separación? ¿Queréis que después de estar convencido de mi amor con la certeza de que me amáis, me entregue á otra?—Deseo que los dos llevemos á cabo lo que considero como un deber, amigo mío, á cuyo efecto os he abierto mi corazón, para que me imitéis á sufrir, conformándoos con la voluntad del Altísimo. Estamos separados por un conjunto fatal de circunstancias, las cuales nos imposibilitan unirnos.—¿Por qué? Yo no he contraído compromiso alguno, y nunca he dicho á Berta que la amase.—Pero ella me dijo que os amaba, la noche en que os encontrasteis en la cabaña de Tinguy.—Las tiernas palabras que aquella noche le dirigí, á vos iban encaminadas.—Amigo mío, Berta podía engañarse muy fácilmente, y por lo tanto no es extraño que cuando regresé al castillo me dijese en alta voz: le amo. Amaros no es más que un tormento; ser vuestra sería un crimen.—¡Dios mío! ¡Dios mío!—El nos dará fuerzas para sobrellevar las consecuencias de nuestra mútua cortedad. No os la echo en cara, pues no estoy resentida de vuestra pusilanimidad cuando era tiempo de reparar el error; mas no me causéis el remordimiento de haber contribuido á labrar la desgracia de mi hermana.—

me pregunta si le amo!—¡Mary! ¡Mary! exclamó Michel exánime, ¿después de haber estado á punto de matarme de dolor, quieres hacerme morir de alegría?—¡Sí, te amo! ¡te amo! hora es ya de que salgan de mi pecho estas dos palabras que hace tanto tiempo me ahogan. Te amo tanto, que á la idea del sacrificio que hemos de hacer, moriría contenta en el momento de confesártelo.

Y mientras hablaba, como atraída á pesar suyo por una fuerza magnética acercaba Mary su rostro al de Michel, quien la contemplaba extático.... Pero levantándose vivamente, rechazó al barón, y, sin transición alguna, prorumpió en llanto.

En esto entró Rosina.

#### XIV

EN DONDE GREYENDO EL BARÓN APOYARSE EN UNA CAÑA  
ENCUENTRA UNA ENCINA.

Sola, sin apoyo alguno y por lo mismo á la discreción de su amante, comprendió Mary que el Señor venía en su auxilio, y acudiendo presurosa al encuentro de Rosina, preguntóla:

—¿Qué hay, muchacha?

Y llevóse la mano á los ojos para enjugar las lágrimas y á la frente para ocultar el rubor.

—Señorita, contestó Rosina, me pareció oír el rumor de unos remos.—¿Hacia dónde?—Hacia San Filiberto.—Creía que sólo había la lancha de tu padre.—Hay además la del molinero de Grandlieu, y aunque está medio desfondada, de ella se habrán servido para llegar hasta aquí.—Bueno, dijo Mary, voy contigo.

Y sin hacer caso de Michel que le tendía las suplicantes

manos, salió Mary de la choza para afirmarse en su primera determinación, y tras ella Rosina.

Quedóse solo y anonadado Michel, comprendiendo que con alejarse Mary perdía su felicidad, pues no le quedaba esperanza alguna de retenerla, y que nunca más semejante embriaguez daría lugar á la manifestación que acababa de oír.

En efecto, cuando Mary volvió, después de haber escuchado en todas direcciones, sin oír más que el murmullo del agua lamiendo mansamente la orilla, encontró al manco sentado encima de los juncos con la cabeza apoyada en las manos. Creyóle calmado cuando en realidad estaba abatido; llegóse al barón, quien al oír sus pisadas alzó la cabeza, y viéndola tan reservada como exaltada había estado antes, tendióla la mano diciendo tristemente:

—¡Mary, Mary!—¿Qué hay, amigo mío?—En nombre del cielo, repetidme esas tiernas y embriagadoras palabras; repetidme que me amáis.—Os lo repetiré cuantas veces queráis, si el conocimiento de que mi ternura sigue con solitud vuestros sufrimientos y esfuerzos puede prestaros valor y fortaleza.—¡Cómo! exclamó Michel desesperado. ¿Aun pensáis en esa cruel separación? ¿Queréis que después de estar convencido de mi amor con la certeza de que me amáis, me entregue á otra?—Deseo que los dos llevemos á cabo lo que considero como un deber, amigo mío, á cuyo efecto os he abierto mi corazón, para que me imitéis á sufrir, conformándoos con la voluntad del Altísimo. Estamos separados por un conjunto fatal de circunstancias, las cuales nos imposibilitan unirnos.—¿Por qué? Yo no he contraído compromiso alguno, y nunca he dicho á Berta que la amase.—Pero ella me dijo que os amaba, la noche en que os encontrasteis en la cabaña de Tinguy.—Las tiernas palabras que aquella noche le dirigí, á vos iban encaminadas.—Amigo mío, Berta podía engañarse muy fácilmente, y por lo tanto no es extraño que cuando regresé al castillo me dijese en alta voz: le amo. Amaros no es más que un tormento; ser vuestra sería un crimen.—¡Dios mío! ¡Dios mío!—El nos dará fuerzas para sobrellevar las consecuencias de nuestra mútua cortedad. No os la echo en cara, pues no estoy resentida de vuestra pusilanimidad cuando era tiempo de reparar el error; mas no me causéis el remordimiento de haber contribuido á labrar la desgracia de mi hermana.—

Sin embargo, ese proyecto es insensato, pues lo que tanto queréis evitar sucederá inevitablemente: Berta notará algún día que no le amo, y entonces...—Oíd, amigo mío, dijo la joven dejando caer la mano sobre el hombro del barón, si bien tengo pocos años, ya tengo idea formada respecto de lo que llamáis amor, pues aunque mi educación haya sido distinta de la vuestra, tiene sus defectos y cualidades, y la mayor de estas es ser realista. Heme acostumbrdo á oír conversaciones en las cuales se evocaba el tiempo pasado en toda su desnudez, y por lo que he sabido de la vida de mi padre he llegado á comprender lo efímero de las pasiones como la vuestra. No dudo por lo tanto que Berta llegará á reemplazarme en vuestro corazón antes que advierta esa indiferencia: es la única esperanza que me queda; no me la quitéis.—Me pedís una cosa imposible, Mary.—Pues bien, no cumpláis la palabra que tenéis empeñada con mi hermana, desechad las súplicas que á vuestros piés os he dirigido, y será una mancha más para dos desgraciadas criaturas harto vilipendiadas, y con sobrada injusticia por el mundo: juntas sufriremos, y exacerbadas por nuestro mútuo dolor quizás llegue un día que os maldigamos.—Mary, en nombre del cielo, no pronunciéis esas palabras.—Michel, el tiempo vuela, y va á despuntar el día; tenemos que separarnos, y mi resolución es irrevocable. Ambos hemos tenido un hermoso sueño que nos es preciso olvidar; ya os he dicho cómo podéis haceros digno, nó de mi amor, pues ya le tenéis, sinó de mi gratitud eterna. Os juro, añadió con acento todavía más suplicante, que si me otorgáis lo que os ruego y hacéis feliz á mi hermana, toda mi vida rogaré al Señor que os haga dichoso; mas si me rechazáis, si vuestro corazón no puede alcanzar hasta donde raya mi abnegación, renunciad á verme, pues repito y á la faz de Dios os juro que jamás seré vuestra.—Mary, no juréis; dejadme al menos una esperanza: los obstáculos que nos separan pueden vencerse.—Daros esperanza sería una falta; y pues la certidumbre de que comparto vuestro pesar no puede infundiros la resignación y la fortaleza con que lo padezco, añadiré que siento muchísimo lo que esta noche ha mediado y que no debemos dejarnos alucinar por nuestras ilusiones. Ahora, Michel, despedámonos para siempre.—¡No volver á veros, Mary! prefiero la muerte. ¿Qué queréis de mí? Ordenad...

La emoción hizo enmudecer á Michel.

—Nada ordeno; os he pedido de rodillas que ya que me habéis destrozado el corazón no hagáis otra víctima, y os lo vuelvo á suplicar.

E hincó en efecto una rodilla en el suelo.

—Alzad, Mary, haré cuanto queráis, mas no os alejéis de mí: cuando sufra demasiado vuestras miradas me infundirán valor.—Gracias, amigo mío: si pido y acepto ese sacrificio es porque lo creo necesario para nuestra felicidad y la de Berta.—¿Y vos?—No penséis en mí. Dios ha dado á la abnegación inefables consuelos: me bastará vuestra dicha.

Tapóse Mary el rostro con las manos como si temiese que la desmintiera.

—¡Dios mío! exclamó Michel desesperado, no me queda ninguna esperanza.

En esto entró Rosina en la choza, diciendo:

—Señorita, ved que ya amanece.—¿Qué tienes, Rosina? preguntó Mary; estás demudada.—Es que así como antes me pareció oír ruido de remos en el lago, hame parecido ahora que me seguían.—Lo habrás soñado: ¿quién puede haberte seguido en este islote?—Eso digo yo, pues por más que he escudriñado, á nadie he visto.

Los sollozos de Michel hicieron volver el rostro de Mary, quien le dijo:

—Nos iremos solas; dentro de una hora Rosina vendrá á buscaros con el bote. No olvidéis vuestra promesa: cuento con ella.—Contad con mi amor. La prueba que acabáis de exigirme es terrible, y cruelísimo el sacrificio que me imponéis. No permita Dios que sucumba.—Pensad que Berta os ama; pensad que está pendiente de vuestras miradas, y que prefiero la muerte á que se entere del estado de vuestro corazón.—¡Dios mío! ¡Dios mío!—¡Ea! ¡valor! Adiós, amigo mío.

Y aprovechando la oportunidad de abrir Rosina la puerta para mirar, inclinóse y estampó en la frente del mozo un beso muy diferente del que media hora antes le había dado: el uno era la ardiente llamarada que va del corazón del amante al de la amada, y el otro el casto adiós de la hermana al hermano. Comprendió Michel la diferencia, y oprimido su corazón, saltáronsele las lágrimas. Acompañó á las doncellas hasta la orilla, y cuando entraron en la barca,

sentóse en una piedra y estúvolas contemplando hasta que la niebla de la mañana las envolvió completamente.

Escuchando estaba el rumor de los remos como un fúnebre tañido que le anunciaba lo efímero de sus lisonjeras ilusiones, las cuales se desvanecían como fantasmas, cuando sintió que le tocaban ligeramente el hombro. Era Juan Oullier, cuyo semblante más triste que de costumbre no conservaba la expresión de odio que siempre había notado el mancebo: tenía húmedos los ojos y gruesas gotas de agua en la barba. ¿Era el rocío de la noche ó las lágrimas del veterano de Charrette? Oullier tendió la mano á Michel, lo cual nunca había hecho, y éste se la tomó vacilando y mirándole con extrañeza.

—Lo he oído todo, dijo el vendeano.

Bajó Michel la cabeza exhalando un suspiro.

—Sois dos excelentes corazones, prosiguió Juan; tenéis razón, os habéis impuesto una tarea terrible. ¡Dios os recompense esa abnegación! En cuanto á vos, si alguna vez sentís que vuestro ánimo decae, acordáos de mí, y os haré ver que si Juan Oullier sabe odiar á sus enemigos, también sabe amarles. —Gracias, respondió Michel. —¡Ea! no lloréis, que las lágrimas no sientan bien al hombre; y si fuere necesario, trataré de hacer entrar en razón á esa testaruda Berta, aunque os declaro de antemano que no es empresa muy fácil. —Hay una cosa que lo será, si ella no cede, por poco que me ayudéis. —¿Y es? —Hacerme matar.

Dijolo el barón con tanta naturalidad, que no dejaba la menor duda de su propósito.

—¡Diablo! murmuró Juan Oullier, parece que lo hará como lo dice. Corriente, dijo al barón, en ese caso veremos.

A pesar de lo triste de la promesa, Michel se animó al oírla.

—Vámonos, añadió Oullier, no podéis quedaros aquí; tengo un bote en bastante mal estado por cierto; mas con algunas precauciones podrá llevarnos á la opuesta orilla. —Rosina vendrá á buscarme dentro de una hora. —Será inútil; eso la enseñará á contar los asuntos de los demás en las carreteras, como lo ha hecho con vos esta noche.

Dichas esas palabras que descubrían los motivos de Juan Oullier para seguirles, entraron ambos en el bote, y poco después alejaronse por el lado de San Filiberto, apartándose del camino que Rosina y Mary seguían.

## XV

## LOS ÚLTIMOS CAMPEONES DE LA MONARQUÍA

No se equivocaba Gaspar al decir á Petit-Pierre en el cortijo de la Boulevre que el aplazamiento de la insurrección hasta el 4 de junio sería un golpe fatal para su éxito, pues á pesar de la actividad con que los jefes del partido legitimista, tales como el marqués de Souday, sus hijas, Gaspar y otros caudillos presentes en la reunión, recorrieron las aldeas que formaban parte de sus divisiones para comunicar la contraorden, llegó esta demasiado tarde para que pudiese alcanzar á todos los puntos comprendidos en la sublevación.

Habíanse reunido los realistas entre Niort, Fontenay y Luzón, y Biat y Robert habían desembocado de las selvas de Deux-Sevres al frente de sus organizadas partidas, las cuales debían formar el núcleo de la sublevación, cuando advertidos los jefes de los destacamentos más cercanos, juntaron sus respectivas fuerzas y se encaminaron á la alquería de Armailloux, donde estaba el grueso de los labriegos, á quienes desbarataron completamente, cayendo en poder de las tropas muchos nobles y oficiales dimisionarios que habían acudido al fragor del combate, en tanto que otros experimentaban igual suerte cerca de Champ-Saint-Pere. Mientras esto pasaba, otra partida realista embestia al destacamento de Port-la-Claie, y aunque rechazada, mostró tal denuedo y bizarría, que claramente demostraron que no todos eran desertores, pues si no lograron su objeto, fué sólo por su inferioridad numérica.

Esos ataques á diferentes puntos y á una misma hora, una lista encontrada á uno de los prisioneros de Champ-Saint-Pere de mozos para formar un cuerpo escogido, los

arrestos de personas de opiniones exaltadísimas, alarmaron á las autoridades, las cuales tomaron en vista de la gravedad de las circunstancias prudentes precauciones.

Si la contraorden no hubiese llegado á tiempo á algunos puntos de la Vendée y Deux-Sevres, Bretaña, Maine y Bodge, habríase enarbolado á la luz del día el estandarte de la guerra.

En la primera de esas provincias se batió la división de Vitré, alcanzando un triunfo en Bretonnières-en-Bréal, triunfo que al día siguiente en la Gaudinière se trocó en desastre. Gaullier en el Maine recibió también demasiado tarde la contraorden, y empenó en Chanay un sangriento combate que duró seis horas. En varios puntos cada día escaramuceaban las columnas y los aldeanos que no habían querido regresar á sus hogares.

Debemos confesar que la contraorden del 22 de mayo, los movimientos intempestivos y aislados que acarrió, la falta de confianza y unidad de miras que fué su resultado inmediato, favorecieron más al gobierno de julio que el celo de todos sus agentes. Entibiados estaban los bríos de las divisiones que en algunas provincias se hallaban sobre las armas desde el primer llamamiento; las poblaciones sublevadas habían tenido tiempo para contarse y reflexionar, y la reflexión suele ser tan favorable al cálculo como funesta al sentimiento.

Habiendo excitado las sospechas del gobierno, los caudillos fueron presos al regresar á sus hogares, y viéndose los aldeanos sin el apoyo de las divisiones con que contaban, gritaron *traición* y volviéronse irritados á sus casas; de modo que abortada en embrión la insurrección legitimista, la causa de Enrique V perdía dos provincias antes de tremolar su bandera, y la Vendée iba á verse reducida á sus propias fuerzas; llegando á tal punto el esfuerzo de aquellos hijos de gigantes, que como vamos á ver todavía les alentaba la esperanza.

Ocho días habían trascurrido desde que acaecieron los sucesos en el anterior capítulo relatados, y había sido tal la agitación política, que varios de nuestros personajes se vieron envueltos en ella, á pesar de las distintas pasiones que les dominaban.

Inquieta Berta por la ausencia de Michel, tranquilizóse al verle otra vez á su lado, manifestando tan á las claras su

contento, que el barón no pudo menos de mostrarse alegre para cumplir la promesa hecha á Mary; y ocupada ésta cerca de Petit-Pierre con los numerosos detalles de la correspondencia que á su cargo corría, apenas la quedaba tiempo para notar el abatimiento de Michel y el embarazo con que éste se prestaba á la familiaridad que los hábitos varoniles de Berta autorizaban con respecto al que consideraba como su novio.

Mary evitaba encontrarse á solas con el mancebo, y cuando las obligaciones domésticas no la permitían esquivar su presencia, nunca desaprovechaba la ocasión de realzar á la vista de Michel los encantos de su hermana; cuando sus ojos topaban con los del barón, miraba con una expresión suplicante que le recordaba tierna y cruelmente á la par la palabra por él empeñada; y si por casualidad autorizaba el mozo con su silencio las finezas de que le colmaba Berta, fingíase Mary tan gozosa, que á Michel se le destrozaba el corazón.

Con todo, por más que hiciera no podía la infeliz disimular los estragos que aquella lucha interna la causaba, y su desfigurado rostro habría llamado la atención de cuantos la rodeaban á no hallarse embebidos Berta en su felicidad y Petit-Pierre y el marqués en las tareas políticas; pues sus grandísimas ojeras, sus macilentas mejillas y las leves arrugas de su hermosa frente, antes tan tersa, desmentían la sonrisa que casi siempre afectaban sus labios.

Difícil hubiera sido engañar á Juan Oullier, quien por desgracia estaba ausente, pues el mismo día que regresó á la Bouleuvre, fué enviado al este por el marqués de Souday; y como no era muy experto en los fenómenos del corazón, marchóse tranquilizado sin sospechar que el mal fuese tan grave.

Había llegado el 3 de junio y advertíase gran movimiento en el Moulin-Jacques, comuna de Saint-Colombin: notábase desde la mañana que las mujeres y los mendigos iban y venían de continuo, y al anochecer el verjel que precedía el cortijo parecía un verdadero campamento, pues á cada paso acudían hombres vestidos con blusas ó chupas de caza y armados con escopetas, sables y pistolas, daban el santo á los numerosos centinelas apostados al efecto, y formando pabellones con las armas á lo largo del vallado, se sentaban ó tendían debajo de los manzanos.



Aunque no tan numerosa como en las afueras, no estaba menos animada la concurrencia en el Moulin-Jacques, donde los jefes recibían sus últimas instrucciones y acordaban las medidas que para el día siguiente debían adoptarse, en tanto que algunos nobles referían los sucesos del día, los cuales consistían en la reunión de insurrectos en el erial de Urgeins, y en algunas escaramuzas con la tropa.

El marqués de Souday iba de grupo en grupo exaltado y locuaz como en los mejores tiempos de su mocedad, y pareciéndole que nunca asomaría el sol del día siguiente, aprovechaba el tiempo dando algunas nociones de estrategia á los mozos que le escuchaban.

Sentado Michel junto al hogar, era el único á quien no interesaban aquellos preparativos, por cuanto habiéndole felicitado varios vecinos y amigos del marqués por su próximo enlace con la señorita de Souday, comprendía que no podía dar un paso sin enredarse cada vez más en la espesa red que le aprisionaba; y como á pesar de la promesa hecha á Mary le era imposible borrar de su alma la imagen de su amada, aumentaba más y más su tristeza contrastando con la animación de cuantos le rodeaban.

Por fin, no pudiendo aguantar tanto ruido y movimiento, escabullóse, entró en el huerto del molinero, y siguiendo el curso del agua, fué á sentarse en el pretil de un arroyuelo á buen trecho de la casa. Allí estaba desde hacía una hora, cuando se le acercó un hombre que le dijo:

—¿Sois vos, señor Michel?—¡Juan Oullier! el cielo os envía. ¿Hace mucho tiempo que habéis regresado?—Media hora escasa.—¿Habéis visto á Mary?—Sí, la he visto.

Alzó Juan Oullier los ojos al cielo, y exhalando un suspiro dió á entender que sabía las causas del grave estado de Mary. Comprendióle Michel y cubrióse el rostro con las manos diciendo con voz apagada:

—¡Pobre Mary!

Escuchóle Oullier con cierta compasión y luego le preguntó:

—¿Habéis tomado alguna determinación?—Nó; confío que mañana una bala me dispensará de ese trabajo.—No lo creáis: las balas son muy caprichosas y nunca van á donde las buscan.—Somos muy desgraciados, Juan.—Mucho os desazona eso que llamáis amor y que para mí es locura. ¡Ah! ¡quién hubiera dicho que cuando esas muchachas sólo

pensaban en correr por el bosque con su padre y conmigo, se enamorarian del primer mozo que encontrasen!—Todo ha sido obra de la fatalidad.—No acuséis á la fatalidad, sino á mí... Veamos: si os falta valor para hablar claramente á esa loca de Berta, tendréislo á lo menos para portaros con cordura.—Haré cuanto sea posible para unirme con Mary!—¿Quién os dice tal cosa? ¡Pobre niña! es más sensata que nosotros: comprende que no puede casarse con vos, y no se equivocaba cuando así os lo decía la otra noche; pero extraviada por su cariño á Berta, se condena al suplicio de que desea librar á su hermana, y eso ni vos ni yo debemos permitirlo.—¿Qué haremos?—Una cosa muy fácil: no pudiendo casaros con vuestra amada, renunciad á la que no amáis, y de ese modo me parece que Mary acabará por consolarse, pues por más que diga, los celos también avasallan los corazones más puros.—¿Renunciar á la esperanza de ser suyo y al placer de verla? ¡Nunca! para acercarme á Mary atravesaría el fuego del infierno.—Esas son razones de pié de banco, señor Michel; cuando los que salieron del paraíso se consolaron, bien podéis á vuestra edad olvidaros de vuestra amada. Además, lo que acaso os separaría de Mary no fuera el fuego del infierno sino el cadáver de su hermana, pues vos no conocéis todavía el indomable carácter de Berta y lo de que es capaz. Yo, pobre campesino, no comprendo vuestros grandes sentimientos; pero á mi entender los más resueltos deben cejar ante semejantes obstáculos.—¿Qué he de hacer, pues? Aconsejádme, amigo.—Creo que todo el mal dimana de vuestra flaqueza de carácter: ya que no supisteis dominar la situación en que os puso la casualidad, debéis abandonarla.—¡Abandonarla! ¿No dijo Mary el otro día que si yo renunciaba á su hermana no volvería á verla jamás?—¿Qué importa, si os ama?—Y lo que sufriré?—Lo mismo sufriréis de lejos que de cerca.—Aquí á lo menos la veo.—¿Creéis que el corazón conoce distancias? Nó, ni siquiera las que nos separan de los que para siempre se fueron. Mirad, hace ya treinta años que murió mi pobre mujer y hay días que la veo como os estoy viendo ahora: llevaréis en el corazón la imagen de Mary, y hasta os parecerá oírla daros las gracias por lo que hayais hecho.—Preferiría que hablarais de mi muerte.—Vamos, señor Michel, haced un esfuerzo; y si es preciso, á pesar de la ojeriza que con justos motivos abrigo contra

vos, me arrojaré á vuestros piés diciendo: os lo suplico, devolved en cuanto quepa el sosiego á esas dos infelices criaturas.—En fin, ¿qué queréis que haga?—Partid, ya os lo he dicho, y os lo repito.—Ved que mañana será día de combate, y ausentarme hoy sería una deserción deshonorosa.—No quiero yo deshonraros; si partís no desertaréis.—Explicáos.—Por ausencia de un capitán debo mandar una compañía de la división de Clisson, y os vendréis conmigo.—¡Ojalá me hiriera la primera bala!—Pelearéis á mi lado, y si alguien duda de vos, yo le responderé. ¿Lo queréis?—Sí, contestó Michel con voz casi imperceptible.—Corriente; dentro de tres horas nos pondremos en camino.—¡Sin despedirme de ella!—Es preciso; en estas circunstancias tal vez no tendría valor para dejaros marchar. ¡Animo pues, señor Michel!—Lo tendré, Juan.—¿Puedo contar con vos?—Os doy mi palabra.—Dentro de tres horas os aguardaré en la encrucijada de la Belle-Passe.—No faltaré.

Despidióse Oullier con ademán casi amistoso, y, atravesando el puente, fué á reunirse en el verjel con los demás vendeanos.

## XVI

EN DONDE JUAN OULLIER MIENTE CON BUENOS FINES.

Permaneció un rato el mancebo como anonadado, oyendo zumbiar en sus oídos las palabras de Juan Oullier cual si por su propia muerte doblaran: parecía estar soñando, y para recordar su desgracia repetía:

—¡Partir! ¡partir!

La idea de la muerte que hasta entonces había entrevisto como un socorro del cielo, pasóle pronto de la mente al corazón, helándole de espanto: vióse separado de Mary por la insuperable valla que encierra para siempre al hombre en

su última morada, y fué tan agudo su dolor, que le pareció un presentimiento. Acusó á Oullier de duro é injusto, rebelándose á la idea de que el rígido vendeano le arrebatara el supremo consuelo de despedirse de su amada, y exasperado por esta exigencia, quiso verla á todo trance.

El barón estaba muy enterado de la distribución del molino: Petit-Pierre ocupaba el cuarto del molinero, el cual era naturalmente la principal estancia de la casa; y las dos hermanas dormían en el aposento contiguo, cuya ventanilla daba sobre la rueda exterior del molino, entonces parado.

Ya cerrada la noche, acercóse Michel á la casa, y viendo luz en la ventanilla, puso una tabla sobre una pala de la rueda, trepó por ella, apoyóse en el punto más alto, y levantando con precaución la cabeza pudo mirar por los cristales. Mary estaba sola en su cuarto, sentada en un escabel, y, con el codo apoyado en el lecho y la cabeza en la mano, exhalaba de vez en cuando un hondo suspiro, moviendo los labios como para murmurar una plegaria.

Al golpecito que el mozo dió en el cristal, alzó ella la cabeza, y corrió á la ventana exhalando una exclamación de asombro.

—¡Chito! la dijo Michel.—¡Vos aquí! exclamó Mary.—Yo, sí.—¡Cielos! ¿qué queréis?—Hace ocho días que no os he visto, Mary, y vengo á despedirme de vos antes de ir á donde me llama el destino.—¡A despediros! ¿Por qué?—Vengo á despedirme de vos, Mary, repitió el barón con firmeza.—¡Oh! supongo que ya no queréis morir ¿no es cierto? Y no moriréis, prosiguió la doncella viendo que Michel no respondía; he orado tanto, que Dios me habrá oído; mas ahora que me habéis visto y hablado, idos, idos al momento.—¡Tan pronto! ¿Os repugna mi presencia?—No lo digo por eso. Berta está en el aposento inmediato, puede haberos oído venir, puede oiros hablar, y ¿qué sería de mí, cuando la he jurado que no os amo?—Sí, sí, jurádselo; pero á mí me jurasteis lo contrario, y seguro de vuestro amor consentí en ocultar el mío.—Michel, os ruego que os vayáis.—No, Mary, no me iré hasta que me hayais repetido lo que me dijisteis en la Jonchère.—Ved que este amor es casi un crimen, exclamó Mary desesperada. Michel, amigo mío, me avergüenzo y lloro al pensar cuán débil fuí en aquellos momentos.—Yo os prometo, Mary, obrar de modo que otra vez no tengáis semejante pesar, ni derraméis más lágrimas.

por este motivo.—¿Queréis morir? No me lo digáis ¡por Dios! no me lo digáis, que en mis tormentos abrigo la esperanza de que os labrarán mejor suerte que la mía!... ¿No habéis oído? Vienen; partid, partid.—Un beso, Mary.—No.—Será el último.—Nunca, amigo mío.—Mary, lo daréis á un cadáver.

Exhaló la joven una exclamación, y, acercando los labios á la frente del mancebo, cerró al momento la ventana; abrióse en seguida la puerta y apareció Berta, quien al ver á su hermana demudada y vacilante, corrió á la ventana arrebatada por el instinto de los celos, abrióla con violencia, y notando que se escurría una sombra por la pared, preguntó, con los labios trémulos de ira:

—¿Era Michel?—Hermana mía, dijo Mary cayendo de rodillas, te juro...—No juréis, no mintáis, que he conocido su voz.

Berta rechazó á Mary con tal fiereza que ésta cayó de espaldas; y pasando luego por encima de ella furiosa como una leona á quien han robado los cachorros, salió y bajó precipitadamente al patio, á cuya puerta estaba el barón de la Logerie sentado junto á Juan Oullier.

—¿Desde cuándo os halláis aquí? preguntó á Michel con aspereza.

A un gesto del joven el vendeano respondió:

—Hace cosa de tres cuartos de hora que el señor barón me dispensa el honor de conversar conmigo.—Es muy extraño, repuso Berta mirando de hito en hito á Oullier.—¿Por qué?

Dirigióse aquélla al barón y dijo:

—Porque há poco me parece haberos oído hablar en la ventana con Mary, y luego bajar por la rueda del molino.—¡Cáspita! pocas trazas tiene el señor barón de arriesgarse á esos ejercicios gimnásticos.—Pues ¿quién habrá sido? dijo Berta impaciente.—Algún borracho que habrá querido lucir su habilidad.—Sí, pero mi hermana estaba pálida, agitada, temblorosa...—De miedo, señorita; la cosa no era para menos: ¿creéis que todos son tan valientes como vos?

Permaneció Berta un momento pensativa, pues constábase que Juan Oullier no simpatizaba mucho con el barón y ni siquiera podía figurarse que se hubiese convertido en cómplice suyo; pensó en seguida en su hermana, y recordando que la había dejado casi sin sentido, añadió:

—Tienes razón, Juan: la pobre se habrá asustado, y yo con mi brutalidad he acabado de trastornarla. Este amor me vuelve loca.

Y volvió presurosa al molino.

—No creáis que vaya á regañaros, dijo el vendeano á Michel que bajaba los ojos; ya véis que camináis sobre un volcán. Medrados estábamos si yo no me hubiese encontrado aquí para mentir ¡Dios me perdone! cual si en mi vida no hubiera hecho otra cosa.—Tenéis razón, Juan, y en prueba de ello estoy pronto á seguiros: demasiado veo que no puedo permanecer aquí más tiempo.—Bueno. Los nanteses marcharán dentro de poco, y el marqués debe reunirseles con su división; partid con ellos y rezagáos un poco para esperarme, que yo iré á buscaros en el consabido paraje.

Fué Michel á ensillar el caballo y Juan Oullier á pedir al marqués las últimas instrucciones. Los vendeanos estaban ya formados en el verjel, y las armas relucían en la oscuridad, reinando en las filas una impaciencia templada por el respeto.

Al poco rato salió de la casa y avanzó hacia ellos Petit-Pierre seguido de los principales caudillos, y apenas le hubieron conocido cuando prorrumpieron todos en entusiastas aclamaciones, desnudando las espadas y saludando á la heroína por quien iban á derramar su sangre.

—Amigos míos, dijo Petit-Pierre, prometí que me veríais en la primera formación, y cumplo mi palabra. Cualquiera que sea vuestra suerte, feliz ó adversa, veréisme siempre á vuestro lado; y aunque no pueda agruparos en torno de mi penacho cual lo haría mi hijo, sabré morir con vosotros. ¡Id, hijos de gigantes, id á donde os llaman el honor y el deber!

Frenéticos gritos de *¡Viva Enrique VI! ¡Viva Maria Carolina!* acogieron esa alocución, y habiendo Petit-Pierre dicho algunas palabras á los jefes que conocía, el escaso ejército de la monarquía más antigua de Europa marchó á Vieille-ville.

Entretanto asistía Berta con tierna solicitud á su hermana: habíala acostado en la cama y la humedecía la cara con el pañuelo empapado en agua fría, cuando abrió Mary los vagarosos ojos sin ver en derredor suyo, balbuciendo el nombre de Michel: claro indicio de que antes se había despertado de corazón que de entendimiento. Estremeciése

Berta á pesar suyo aguijoneada de celos, espirando en sus labios las palabras en el momento de ir á suplicar á Mary que la perdonara su arrebató.

En esto llegaron á sus oídos los vítores con que acogían los vendeanos la arenga de Petit-Pierre, asomóse á la ventana, vió desaparecer entre los árboles la columna, y, al pensar que con ella se iba Michel, sentóse triste, pensativa y desasosegada á la cabecera de Mary.



## XVII

### DE CÓMO SE FUGAN JUNTOS EL PRESO Y EL CARCELERO

Al rayar el alba del día 4 de junio oíase tocar á rebato en los distritos de Clisson, Montaigu y Machecul: el toque de rebato es la generala de los vendeanos, y en tiempo de la primera guerra, cuando retumbaba en el campo su áspero y siniestro clamor, corría el pueblo en persecución del enemigo.

Grandes cosas debió de hacer este pueblo para que los demás se olvidaran de que su enemigo era Francia; felizmente empero, y esto prueba lo mucho que habíamos progresado en cuarenta años, en 1832 aquel toque parecía haber perdido su mágico poder, y si bien algún aldeano acudía á su impío llamamiento dejando el arado para tomar el fusil escondido en el vecino seto, en cambio los más proseguían tranquilamente el comenzado surco, escuchando la señal del alzamiento con el aire grave y meditabundo que tanto cuadra á la rústica fisonomía del labriego vendeano.

Sin embargo, á las diez de la mañana una numerosa partida, fuertemente atrincherada en la aldea de Maisdon, sostuvo el ataque de la tropa hasta que hubo de ceder á la fuerza numérica de sus adversarios, retirándose con mucho

orden, cosa extraña en los vendeanos aun después de una insignificante derrota. Esto consistía en que ya no peleaban por un gran principio, sinó por pura abnegación, y en que aquellos hombres de generoso ánimo que se creían encadenados por la tradición á sus padres, sacrificaban honra, hacienda y vida, fieles al antiguo adagio: Nobleza obliga. Si, pues, la retirada se efectuó con tan buen orden, es porque los que la verificaron no eran ya simples aldeanos indisciplinados, sinó esforzados y nobles campeones que lidiaban muy enorgullecidos de sus padres y algo de sí mismos.

En Chateau-Thébaud fueron atacados por otro destacamento que el general había enviado en persecución suya, y perdieron algunos hombres al pasar el Maine; pero á la opuesta margen lograron incorporarse con los nanteses que, habiendo salido del molino llenos de entusiasmo, se habían reunido con las divisiones de Legé y del marqués de Souday: refuerzo que elevaba á unos ochocientos hombres las fuerzas de la columna, acaudillada por Gaspar.

A la siguiente mañana dirigióse á Vieilleville con objeto de desarmar á la guardia nacional, y habiendo sabido antes de llegar que guarnecían el punto fuerzas superiores á las suyas, y que en poco tiempo podían ser auxiliadas por las que el general tenía de reserva en Aigrefeuille, resolvió atacar la aldea del Chene con ánimo de ocuparla y sostenerse en ella. Desparramáronse pues los aldeanos en los campos que la circuyen, y ocultos en las crecidas mieses molestaban á los azules con un vivo fuego graneado, siguiendo la táctica de sus padres, en tanto que los nanteses y los nobles formados en columna se disponían á tomar el pueblo atacándolo por la calle principal que lo atraviesa. Separábales de la aldea un arroyo cuyo puente habían destruído la víspera, no dejando más que algunos maderos.

Atrincherada la tropa en las últimas casas del pueblo, desde las ventanas parapetadas con colchones rompieron sobre los blancos tan nutrido fuego que hubieron de retroceder dos veces; mas animados por el ejemplo de sus caudillos, echáronse al agua, y atacando á la bayoneta á los azules, hicieronles retroceder de casa en casa hasta el extremo de la población, do toparon con un batallón del 44 de línea que el general acababa de enviar al auxilio de la reducida guarnición del Chene.

El estruendo del combate llegaba al molino donde aun se

Berta á pesar suyo aguijoneada de celos, espirando en sus labios las palabras en el momento de ir á suplicar á Mary que la perdonara su arrebató.

En esto llegaron á sus oídos los vítores con que acogían los vendeanos la arenga de Petit-Pierre, asomóse á la ventana, vió desaparecer entre los árboles la columna, y, al pensar que con ella se iba Michel, sentóse triste, pensativa y desasosegada á la cabecera de Mary.



## XVII

### DE CÓMO SE FUGAN JUNTOS EL PRESO Y EL CARCELERO

Al rayar el alba del día 4 de junio oíase tocar á rebato en los distritos de Clisson, Montaigu y Machecul: el toque de rebato es la generala de los vendeanos, y en tiempo de la primera guerra, cuando retumbaba en el campo su áspero y siniestro clamor, corría el pueblo en persecución del enemigo.

Grandes cosas debió de hacer este pueblo para que los demás se olvidaran de que su enemigo era Francia; felizmente empero, y esto prueba lo mucho que habíamos progresado en cuarenta años, en 1832 aquel toque parecía haber perdido su mágico poder, y si bien algún aldeano acudía á su impío llamamiento dejando el arado para tomar el fusil escondido en el vecino seto, en cambio los más proseguían tranquilamente el comenzado surco, escuchando la señal del alzamiento con el aire grave y meditabundo que tanto cuadra á la rústica fisonomía del labriego vendeano.

Sin embargo, á las diez de la mañana una numerosa partida, fuertemente atrincherada en la aldea de Maisdon, sostuvo el ataque de la tropa hasta que hubo de ceder á la fuerza numérica de sus adversarios, retirándose con mucho

orden, cosa extraña en los vendeanos aun después de una insignificante derrota. Esto consistía en que ya no peleaban por un gran principio, sinó por pura abnegación, y en que aquellos hombres de generoso ánimo que se creían encadenados por la tradición á sus padres, sacrificaban honra, hacienda y vida, fieles al antiguo adagio: Nobleza obliga. Si, pues, la retirada se efectuó con tan buen orden, es porque los que la verificaron no eran ya simples aldeanos indisciplinados, sinó esforzados y nobles campeones que lidiaban muy enorgullecidos de sus padres y algo de sí mismos.

En Chateau-Thébaud fueron atacados por otro destacamento que el general había enviado en persecución suya, y perdieron algunos hombres al pasar el Maine; pero á la opuesta margen lograron incorporarse con los nanteses que, habiendo salido del molino llenos de entusiasmo, se habían reunido con las divisiones de Legé y del marqués de Souday: refuerzo que elevaba á unos ochocientos hombres las fuerzas de la columna, acaudillada por Gaspar.

A la siguiente mañana dirigióse á Vieilleville con objeto de desarmar á la guardia nacional, y habiendo sabido antes de llegar que guarnecían el punto fuerzas superiores á las suyas, y que en poco tiempo podían ser auxiliadas por las que el general tenía de reserva en Aigrefeuille, resolvió atacar la aldea del Chene con ánimo de ocuparla y sostenerse en ella. Desparramáronse pues los aldeanos en los campos que la circuyen, y ocultos en las crecidas mieses molestaban á los azules con un vivo fuego graneado, siguiendo la táctica de sus padres, en tanto que los nanteses y los nobles formados en columna se disponían á tomar el pueblo atacándolo por la calle principal que lo atraviesa. Separábales de la aldea un arroyo cuyo puente habían destruído la víspera, no dejando más que algunos maderos.

Atrincherada la tropa en las últimas casas del pueblo, desde las ventanas parapetadas con colchones rompieron sobre los blancos tan nutrido fuego que hubieron de retroceder dos veces; mas animados por el ejemplo de sus caudillos, echáronse al agua, y atacando á la bayoneta á los azules, hicieronles retroceder de casa en casa hasta el extremo de la población, do toparon con un batallón del 44 de línea que el general acababa de enviar al auxilio de la reducida guarnición del Chene.

El estruendo del combate llegaba al molino donde aun se

encontraba Petit-Pierre paseándose demudado por su aposento, encendidos los ojos y agitado el corazón: de cuando en cuando se detenía en el dintel para escuchar el sordo estampido que cual lejano trueno en alas de la brisa llegaba, y entonces pasábase la mano por la sudorosa frente, daba grandes muestras de impaciencia, y sentábase con airado ademán delante del marqués de Souday, quien no menos inquieto é impaciente se deshacía en hondos y dolorosos suspiros.

Bueno será explicar los motivos de hallarse el marqués de Souday en esa situación espectante, á pesar de sus vivísimos deseos de emprender hazañas como las de la gran guerra.

El mismo día en que tuvo lugar el encuentro de Maisdon, fiel Petit-Pierre á la promesa que á sus amigos había hecho, disponíase á la lucha; pero arredrados los jefes realistas al considerar la gravísima responsabilidad que sobre ellos pesaría, no permitieron que Petit-Pierre arriesgara la vida en un choque insignificante, ni saliera al campo con sus defensores hasta que estuviese reunido un verdadero ejército; y viendo desatendidas sus respetuosas insinuaciones, acordaron que uno de ellos le tuviera, por decirlo así, prisionero para impedirle la salida, aunque fuese preciso emplear la violencia.

Por más que el marqués intrigó en favor de sus colegas, con gran pesar suyo fué elegido por unanimidad, y tuvo que quedarse en el molino junto al fuego del hogar, en vez de encontrarse entre el de los combatientes.

Al llegar á la casa los primeros rumores de la pelea, hizo Petit-Pierre reiterados é infructuosos esfuerzos para que el marqués le dejara salir, y al ver que él tampoco podía ocultar el despecho que le dominaba, díjole:

—Señor de Souday, á lo que parece no os agrada mucho mi compañía.—¡Cómo! exclamó el marqués, fingiendo inútilmente una gran indignación.—Lo dicho: poco os satisface según veo la honorífica misión que os han confiado.—Muy al contrario, os aseguro que me enorgullece altamente; pero....—Ya véis que hay un *pero*.—¿Acaso no le hay en todas las cosas de este mundo?—¿En qué consiste el vuestro?—En que siento mucho no poder á un tiempo mostrar-me digno de la confianza que en mí tienen mis camaradas, y derramar mi sangre por vos, como lo están haciendo.

Exhaló Petit-Pierre un suspiro, respondiendo:

—Con tanta mayor razón cuanto que de seguro sentirán vuestra ausencia, pues por lo bravo y experto les habríais sido de gran provecho.—No digo lo contrario, respondió hinchado el marqués.—¿Queréis que os diga francamente lo que pienso?—Sí.—Creo que recelan un tanto de nosotros.—Es imposible.—Dejadme acabar. ¿Sabréis qué habrán dicho? De fijo no me equivoco: Una mujer es un estorbo para la marcha, y sobre sernos sumamente embarazosa en una retirada, tendríamos que protegerla con fuerzas que pudiéramos emplear más útilmente. No se les alcanza que pueda yo dominar la flaqueza de mi cuerpo, ni que mi valor corresponda á la tarea que me he impuesto, y lo que de mí han creído, muy bien pueden haberlo creído de vos.—¡De mí tendría que ver... exclamó enojado el marqués al oír tal suposición. ¿Acaso no he probado quién soy?—Nadie lo ignora; mas tal vez han juzgado que por vuestra edad, lo mismo que yo por mi sexo, no tendríais tan vigoroso el cuerpo como esforzado el ánimo.—¡Voto á bríos! exclamó el marqués perdiendo los estribos; hasta há pocos días he andado durante quince años seis ú ocho horas diarias á caballo, y algunas veces diez ó doce; y á pesar de mis canas todavía no conozeo el cansancio, y soy capaz de... Mirad.

Y asiendo el escabel en que estaba sentado, dió con él tan recio golpe á la campana de la chimenea, que lo hizo astillas dejando en ella una honda señal; y levantando en seguida el pedazo que en la mano tenía, exclamó con irónico acento:

—¿Creéis que haya muchos de esos petimetres capaces de hacer otro tanto?—No por cierto, marqués amigo, y no sé por qué os han tratado como á un inválido.—¡Yo inválido! exclamó el marqués exasperado y olvidando en presencia de quien estaba; esta misma noche voy á manifestarles que renunció el honor de guardar un puesto más digno de un carcelero que de un noble como yo.—Y haréis muy bien.—Há ya dos horas que me lo estoy diciendo, prosiguió el señor de Souday paseando agitado.—¿De veras?—Y mañana mismo verán de lo que es capaz un inválido.—¡Ah! ¿quién sabe lo que mañana será de nosotros?—¿Qué queréis decir?—Que el movimiento no crece como esperábamos, y tal vez los tiros que estamos oyendo son los últimos que saludan nuestra bandera.—¡Voto á los ajenos de Dios! exclamó el marqués bufando de ira.

En esto sonó en el verjel un grito que les distrajo de su plática, y corriendo á la puerta vieron que Berta, á quien había enviado el marqués á explorar los alrededores, volvía con un joven aldeano herido en el hombro de un balazo y que apenas podía sostenerse.

Mary y Rosina habían acudido al oír el grito de Berta: corrió á él Petit-Pierre, hizole sentar, y el herido se desmayó en seguida.

—Retiráos, señora, dijo el marqués; yo y mis hijas curaremos á ese infeliz.—¿Por qué queréis que me retire? preguntó Petit-Pierre.—Porque no todos pueden ver semejantes heridas sin que les flaqueé el ánimo.—Así suponéis que nuestros amigos tenían razón al formar de mí tan desventajoso concepto.—¿Cómo?—Naturalmente, pues también dudáis de mi valor.

Y viendo que Berta y Mary se disponían á curar al herido, díjoles:

—No le toquéis, que yo le vendaré la herida, yo solo, ¿ois?

Asió Petit-Pierre las tijeras para cortar en toda su longitud la manga de la chupa del vendeano, pegada ya al brazo por la sangre cuajada, descubrió la herida, lavóla, y, aplicando las hilas, la vendó; y al ver el marqués que el mozo abría los ojos, no pudo resistir al deseo de preguntarle:

—¿Qué noticias traéis?—Al principio vencían los nuestros; pero acaban de ser rechazados.

Durante la operación no había Petit-Pierre perdido el color, y al oír esas palabras se puso tan blanco como la venda con que cubría la herida.

—Marqués, dijo asiéndole del brazo, vos que visteis á los azules en la gran guerra, decidme: ¿qué se hace cuando la patria está en peligro?—Todos corren á las armas.—¿Hasta las mujeres?—Hasta las mujeres, hasta los ancianos, hasta los niños.—Marqués, hoy acaso caerá para siempre la bandera blanca: ¿condenareisme á hacer estériles votos por su triunfo?—¿Y si os hiriere una bala?—¿Por ventura quedaría comprometida la causa de mi hijo por ponerse mi vestido ensangrentado en la punta de una pica á la cabeza de nuestras huestes?—Nó, dijo el marqués electrizado; maldijera mi suelo natal si á semejante espectáculo no se alzarán hasta las piedras.—¿Qué aguardáis, pues? Venid al combate.—Sin embargo, replicó el marqués menos resuelto y cual

si la idea de que le habían considerado como á un inválido hubiese quebrantado la firmeza con que cumplía su consigna; sin embargo, he prometido no dejaros salir del molino.—Yo os relevo de la promesa, y como sé á dónde llega vuestro denuedo, os mando que me sigáis. Venid, marqués: si llegamos á tiempo decidiremos la victoria en favor de nuestra bandera, y si ya es tarde, á lo menos moriremos con nuestros amigos.

Dijo, y atravesando presuroso el patio, salió del verjel seguido de Berta y de su padre, quien para cubrir el expediente no cesaba de suplicarle que desistiera de su propósito, aunque en el fondo de su corazón se alegraba sobremanera del sesgo que tomaban las cosas.

Mary y Rosina se quedaron para asistir á los heridos.

## XVIII

## EL CAMPO DE BATALLA

Estaba el molino situado á una legua escasa de la aldea del Chene, y Petit-Pierre anduvo la mitad del camino á todo correr, costándole al marqués gran trabajo detenerle cuando se acercaban al lugar de la pelea, para encomendarle que tuviera la prudencia de no entregarse á un arrojito temerario. Serviales de guía el fuego de las guerrillas, y á campo travieso llegaron Petit-Pierre y sus compañeros á la retaguardia de la hueste vendeana, que había perdido todo el terreno ganado por la mañana.

Al ver á Petit-Pierre que suelta la cabellera subía jadeante la colina donde estaba el grueso de los vendeanos, prorrumpieron estos en entusiastas gritos; y Gaspar, que rodeado de sus oficiales hacía fuego como un soldado raso,

dijo irritado al marqués que por la rapidez de la carrera venía sin sombrero y con los cabellos al aire:

—¿Así cumple el señor marqués de Souday su palabra? —Caballero, respondió con aspereza el marqués, á un pobre inválido como yo no se le han de pedir cosas imposibles.

Comprendiendo Petit-Pierre que su partido no era bastante fuerte para permitir que entre los jefes reinara la discordia, intervino diciendo á Gaspar:

—Amigo mío, Souday debe obedecerme como vos, y aunque raras veces reclamo este derecho, hoy reivindico mi título de generalísimo y os pregunto: ¿cómo están nuestros asuntos, teniente?—Triste es decirlo, respondió Gaspar: los azules son muchos, y á cada momento vienen mis exploradores á participarme que les llegan nuevos refuerzos.—¡Mejor! exclamó Petit-Pierre; cuantos más sean, tantos más habrá para decir á Francia cómo hemos muerto.—Desechad tal idea, señora....—Aquí no soy señora, sino soldado; con que no os cuidéis de mí, y mandad que avancen las guerrillas y redoble el fuego.—Está bien; pero ante todo ¡atrás! —¿A quién lo decís?—¡Atrás vos, en nombre del cielo!— ¡Adelante! queréis decir.

Y arrancándole la espada de las manos, puso el sombrero en la punta, y avanzó hacia la aldea gritando:

—¡Sígame quien me ame!

En vano quiso Gaspar detenerla, pues Petit-Pierre se escapó ágilmente continuando su carrera hacia las casas, desde donde hacía la tropa un nutridísimo fuego, sobre todo al notar el movimiento de los vendeanos.

Viendo estos el peligro que corría Petit-Pierre arrojáronse en masa para escudarle con sus cuerpos, é hicieronlo con tal ímpetu que en un abrir y cerrar de ojos penetraron en la aldea, donde se trabó una encarnizada refriega: sin otra idea que la de salvar á Petit-Pierre, alcanzóle Gaspar y consiguió rodearle con los suyos; y en tanto que para proteger la preciosa vida cuya custodia creía haberle encomendado el Altísimo, desatendía su propia seguridad, apuntábase un soldado desde una esquina inmediata: contados estaban los días del jefe de los chuanes, si el marqués no hubiese advertido el peligro que amagaba á su compañero, y si corriéndose á lo largo de la pared no hubiese levantado el arma en el acto de disparar; la bala dió en una chimenea, y furioso el soldado asestó al señor de Souday un bayone-

tazo, que este esquivó hurtando el cuerpo con presteza. Iba el marqués á responder con un pistoletazo, cuando una bala fué á romperle el arma en la mano.

—¡Mejor! dijo desnudando el sable y dando tan recia cuchillada al soldado que este cayó á sus piés; prefiero el arma blanca. ¡General Gaspar! gritó en seguida blandiendo el acero, ¿qué decís del inválido?

Berta había seguido á Petit-Pierre, á su padre y á los vendeanos, y sin curarse apenas de los soldados, buscaba á Michel en el arremolinado tropel de hombres y caballos que junto á ella hervía.

Sorprendidos los soldados por la impetuosidad del ataque habían ido perdiendo terreno, la guardia nacional de Vieilleville que estaba batiéndose había tocado retirada, y el suelo estaba sembrado de cadáveres: de donde resultó que como los azules no contestaban ya al fuego de los chuanes situados en guerrillas en las huertas y viñedos inmediatos al pueblo, maese Jaime los reunió, y conduciéndolos por una callejuela contigua á las huertas, acometió á los soldados, que sostuvieron con denuedo este nuevo ataque. Notóse luego un movimiento de vacilación en los vendeanos, y los azules lo aprovecharon para tomar á la bayoneta la callejuela por donde habían venido las fuerzas de maese Jaime, resultando que este, Poca-Alegría, Polilla y algún otro se vieron separados del grueso de la partida. Reunió Jaime los pocos chuanes que con él estaban, y arrojándose á la pared de una casa á medio edificar, preparóse á la defensa resuelto á vender cara su vida. Poca-Alegría con una escopeta de dos cañones no cesaba de disparar á los soldados, matando uno á cada tiro; y Polilla blandía con maravillosa destreza una hoz que le servía de lanza y sable.

Acababa el mendigo de derribar de un revés á un gendarme, cuando los soldados prorrumpieron en gritos de triunfo, y los blancos vieron una mujer vestida de amazona que los azules llevaban presa con grandes muestras de regocijo. Era Berta, que, buscando de continuo á Michel, se había adelantado incautamente hasta que cayó en poder de los enemigos; y engañados estos por su vestido, creían haber cogido á la duquesa de Berry: error en que también incurrió Jaime.

Ansioso entonces de reparar la falta que pocos días antes había cometido en la selva de Touvain, hizo Jaime una



á los suyos, y precedidos de Polilla que abría paso con su arma terrible, llegaron hasta la prisionera y la rescataron. Los soldados arremetieron con denuedo á Jaime, quien había vuelto á ocupar su posición junto á la casa, y el pequeño grupo se convirtió en centro al cual convergían la punta de veinticinco bayonetas y los radios de fuego que á cada instante partían de la circunferencia del círculo.

Habían caído ya muertos dos vendeanos, y herido Jaime de un balazo en la muñeca sólo se defendía con el sable en la mano izquierda. Como Poca-Alegría había agotado las municiones, la hoz de Polilla era casi la única defensa con que contaban los cuatro vendeanos, defensa hasta entonces eficaz, pues había hecho tantas víctimas que los soldados no osaban acercarse al temible mendigo; sin embargo, queriendo este esgrimir la hoz contra un jinete, hízolo con tan poca suerte, que el arma dió en una piedra y voló en pedazos: cayó el coloso de rodillas por la violencia del golpe, y rompiéndose la correa que á Poca-Alegría sujetaba, dió éste consigo en el suelo, lo cual excitó la alegría de los enemigos, que la manifestaron con estrepitoso vocerío. Iba nacional á asestar un bayonetazo al lisiado, cuando Berta le disparó tan á tiempo la pistola, que aquel hombre cayó exánime sobre Poca-Alegría.

Levantóse Polilla con presteza, derribó á un soldado con el mango de la hoz, hundióle á otro las costillas, apartó de un puntapié el cadáver del nacional, y tomando en brazos á su amigo, reunióse con Berta y Jaime bajo el andamio de la casa.

Mientras Poca-Alegría estuvo tendido en el suelo miró en torno con la ansiedad del que está en peligro de muerte y busca un medio de salvación, y vió unos montones de piedras que los albañiles tenían preparadas sobre el andamio.

—Arrimáos á la puerta, dijo á Berta cuando merced á Polilla se halló á su lado; quizás voy á pagaros el servicio que acabáis de prestarme; y tú, Polilla, deja que se acerquen.

A pesar de sus cortos alcances comprendió el mendigo la idea de su compañero, pues soltó una sonora carcajada. Viendo la tropa desarmados á aquellos tres hombres, y queriendo á toda costa apoderarse de la amazona á quien todavía tomaban por *Madama*, acercábanse diciéndoles que se entregaran; pero llegados debajo del andamio, Polilla que

había dejado á su compañero junto á Berta, arrojóse á un madero en que aquel estribaba, y asiéndolo con ambas manos, lo arrancó del suelo: al instante bambolearon las tablas, y las piedras que las cargaban cayeron cual espeso granizo derribando á diez soldados. En esto llegaron los nanteses capitaneados por Gaspar y el marqués de Souday, y haciendo un animosísimo esfuerzo rechazaron á los azules, que fueron á formarse en batalla en el campo, donde su superioridad numérica y de armamento debía darles la victoria.

Decididos estaban los vendeanos á atacarles en todas sus posiciones, cuando maese Jaime, rodeado ya de los suyos, dijo algunas palabras al oído de Gaspar, y éste á pesar de los ruegos y órdenes de Petit-Pierre mandó retroceder y tomar de nuevo la posición que una hora antes ocupaba al otro lado de la aldea. Mesábase Petit-Pierre los cabellos de ira, y pedía con insistencia explicaciones á Gaspar, quien no se las dió hasta que mandó hacer alto.

—Estamos rodeados de cinco ó seis mil hombres, dijo, y nosotros apenas somos seiscientos; limpio queda el honor de la bandera, y es cuanto hacer podemos.—¿Estáis seguro de ello? preguntó Petit-Pierre.—Mirad, dijo Gaspar conduciendo al aldeanillo á lo alto de una loma.

Desde allí vió Petit-Pierre unas masas oscuras entre las cuales relucían las bayonetas á la luz del sol que á su ocaso descendía, y oyó el eco de las trompetas y tambores que de todos los puntos de la redonda llegaban.

—Ya lo véis, prosiguió Gaspar: antes de una hora estaremos cercados y sólo nos quedará el recurso de morir matando, si estos valientes son tan poco aficionados como yo á los calabozos de Luís Felipe.

Durante algunos momentos permaneció Petit-Pierre en triste y silenciosa actitud, y convencido luego de la verdad de lo que el caudillo vendeano le había dicho, viendo defraudadas en un punto sus esperanzas todas, sintió que se le caían las alas del corazón: volvió á ser lo que realmente era, una mujer; y el que con heroica intrepidez acababa de arrostrar el hierro y el fuego, sentóse en una piedra y echó á llorar, sin que ni siquiera tratase de ocultar las lágrimas que le bañaban el rostro.

## XIX

## DESPUÉS DEL COMBATE

Acercóse Gaspar á sus compañeros, agradeciéndoles su abnegación y bizarría, y citándolos para mejores tiempos, aconsejóles que se dispersaran para escapar más fácilmente; en seguida volvió á Petit-Pierre, quien se hallaba en el mismo sitio en compañía del marqués de Souday, Berta y algunos vendeanos que no querían dejarle hasta que le vieran en salvo.

—¿Han marchado ya? preguntó Petit-Pierre á Gaspar. — Sí: ¿qué más podían hacer?— ¡Pobre gente! prosiguió aquél; ¡cuántas desdichas la esperan! ¿Por qué me ha negado Dios el consuelo de abrazarles á todos? Pero hubiérame faltado el valor, y han hecho bien en dejarme así: la vida no es para dos agonías, y en las jornadas de Cherburgo perdí la esperanza de volver á verles.—Lo que ahora importa es poneros en seguridad.—No penséis en mí, replicó Petit-Pierre; sólo siento que no me haya alcanzado alguna bala, pues aunque mi muerte no os hubiera valido la victoria, á lo menos la lucha habría sido gloriosa; mientras que ahora...— Esperemos más felices días: habéis probado á los franceses que en vuestro pecho late un corazón animoso, y el valor es la principal virtud que á sus reyes exigen. Ya se acordarán, creedlo.—¡Dios lo quiera! dijo Petit-Pierre levantándose.

Y apoyada en el brazo de Gaspar bajó la loma con dirección á la llanura, mientras las tropas, por no conocer el país, se veían obligadas á seguir los caminos trillados.

La pequeña comitiva anduvo á campo travieso guiada por Gaspar y maese Jaime, quien la llevó por veredas casi intransitables hasta las cercanías del molino, sin dar con ninguna escarapela tricolor. De camino acercóse Berta á su padre y preguntóle si en el combate había visto á Michel;

pero mal humorado el marqués por el desenlace de una insurrección con tanto trabajo promovida y tan pronto terminada, respondióla en durísimos términos que de dos días á aquella parte nada se sabía del barón Michel de la Logerie, quien probablemente por miedo había renunciado á los laureles que en el campo de batalla le esperaban, y al enlace que en recompensa le valdrían. Aunque consternada por semejantes palabras, á ninguna dió Berta crédito; estremeciéndose empero al pensar que tal vez el barón había sido muerto ó gravemente herido, y determinada á practicar indagaciones hasta averiguar la suerte de su amado, preguntó á todos los vendeanos, quienes dijeron que no le habían visto, y algunos hubo que, llevados del inveterado odio que á su padre profesaban, se expresaron con igual aspereza que el marqués respecto al hijo.

Loca de dolor, sin una prueba tangible é irrefragable nunca hubiera Berta confesado que amaba á un hombre indigno de ella, y en los impetuosos arranques de su ardiente pasión calificaba de calumniosas las acusaciones que dirigían á Michel, cuando más le condenaban las apariencias: poco antes, se la destrozaba el corazón y perdía el juicio á la idea de que el barón hubiese perecido en la lucha, y trocada entonces esa gloriosa muerte en una esperanza, en un consuelo para su aflicción, afanábase por adquirir esa cruel certeza, resolviéndose á volver al Chene y buscar el cadáver del mancebo en el campo de batalla como buscó Edith el de Harold, para vindicar su memoria de las odiosas suposiciones del marqués y luego vengarle de sus matadores.

Imaginando estaba el modo de hallar un pretexto para quedarse atrás y regresar al Chene, cuando pasaron por su lado Poca-Alegría y Polilla que cerraban la retaguardia, y respiró con la esperanza de que le darían noticias.

—¿Sabéis algo del señor de la Logerie, amigos míos? les preguntó.—Sí tal, señorita, respondió Alain.—¡Gracias á Dios! ¿No es cierto que haya abandonado la división como suponen?—La ha abandonado.—¿Cuándo?—La víspera del combate de Maisdon.—¡Dios mío! exclamó Berta acongojada; ¿estáis seguro de lo que decís?—Yo mismo le ví juntarse con Juan Oullier en la cruz Philippe, y hasta anduvimos con ellos un trecho del camino de Clisson.—¿Con Juan Oullier? Tranquila estoy, porque Oullier no huía, y si con él está el barón, no ha cometido ninguna acción deshonrosa.

De pronto la asaltó una idea terrible: ¿por qué Oullier se tomaba por Michel un interés tan súbito? ¿por qué éste seguía á Oullier con preferencia á su padre? y llena de mortal zozobra preguntó á Poca-Alegria:

—¿Decís que á entrambos les visteis camino de Clisson? —Con mis propios ojos. —¿Sabéis qué ha pasado allí? —Clisson está muy lejos para que tengamos pormenores; pero un mozo de Saint-Lumine nos ha dicho que desde las diez de la mañana se oía un vivo tiroteo por la parte de la Sévre.

Nada respondió la doncella, cuyas ideas eran ya muy diferentes, pues sospechaba que Michel había sido conducido á la muerte por el odio que Oullier le profesaba, pareciéndola ver al pobre mozo herido y abandonado en algún erial que con moribunda voz la pedía socorro.

—¿Sabéis quién puede conducirme á donde está Juan Oullier? preguntó á Poca-Alegria. —¿Hoy? —Al momento. —Los caminos están cuajados de rojos. —Nos quedan las verdades. —La noche se acerca. —Mejor: así estaremos más seguros; procuradme un guía, ó voy sola. —Yo lo seré, que estoy muy agradecido á vuestra familia, señorita; sin contar que hoy mismo, cuando un nacional iba á ensartarme con su bayoneta, me habéis prestado un servicio que no he olvidado. —Pues bien, aguardadme entre aquellas mieses, y dentro de un cuarto de hora estoy con vosotros.

Tendiéronse Alain y Polilla entre las espigas, y alejándose Berta á buen paso alcanzó á Petit-Pierre y á los vendeanos cuando iban á entrar en el molino: subió á su aposento, púsose un vestido de aldeana, y sin comunicar su proyecto á Mary, á quien al bajar encontró cuidando á los heridos, díjola que tal vez no regresaría hasta el día siguiente, volviendo en seguida á tomar el andado camino.

A pesar de la reserva de Berta con Mary, ésta adivinó por el semblante de su hermana la ansiedad que la oprimía, y como no ignoraba la desaparición de Michel, adivinó los motivos de la súbita partida de Berta, sin atreverse á preguntárselos después de lo que la víspera había pasado. Herido su corazón por otra aguda espada, cuando la llamaron para marchar con Petit-Pierre en busca de otro asilo, prosternóse y rogó al Señor que no fuera inútil su sacrificio, y se dignara velar por la vida y la honra del novio de su hermana.

## XX

## LO QUE DEL CASTILLO DE LA PÉNISSIERE QUEDABA

En tanto que los vendeanos combatían en el Chene con gloria aunque sin resultado, cuarenta y dos de los suyos sostenían en el patio de la Péniissiere una lucha para siempre memorable. Este puñado de realistas pertenecía á la división de Clisson, y habiendo partido de este punto con intento de desarmar la milicia nacional de la aldea de Cujan, asaltóles por el camino una horrorosa tempestad, que les obligó á guarecerse en el castillo de la Péniissiere, acudiendo un batallón del 29 de línea á atacar la partida.

Es la Péniissiere un antiguo edificio compuesto de bajos, un piso y el granero, con quince aberturas irregulares y un oratorio contiguo; los vendeanos aspilleraron una pared que cercaba la casa, desde la cual hasta el próximo valle se extiende una pradera cruzada de setos vivos, convertida en lago por abundantes lluvias.

Reconocida la posición, el jefe de la tropa ordenó el ataque, y abandonando el muro exterior después de una corta resistencia, replegáronse los vendeanos en la habitación atrancando las puertas y distribuyéndose entre los bajos y el primer piso con un corneta arriba y otro abajo, que no cesaron de hacer oír sus ecos durante el combate: entonces comenzaron á hacer desde las ventanas un fuego tan nutrido como certero, circunstancia que encubría su escasez numérica al enemigo. Sosteníanlo los mejores tiradores, y sus camaradas iban cargando con diez ó doce balas sus pesadas espingardas, disparando cinco ó seis á la vez, que causaban el estrago de una batería de cañones cargados con metralla.

Dos veces llegaron los soldados á veinte pasos del castillo y otras tantas fueron rechazados. Mandó el jefe atacar

De pronto la asaltó una idea terrible: ¿por qué Oullier se tomaba por Michel un interés tan súbito? ¿por qué éste seguía á Oullier con preferencia á su padre? y llena de mortal zozobra preguntó á Poca-Alegria:

—¿Decís que á entrambos les visteis camino de Clisson? —Con mis propios ojos. —¿Sabéis qué ha pasado allí? —Clisson está muy lejos para que tengamos pormenores; pero un mozo de Saint-Lumine nos ha dicho que desde las diez de la mañana se oía un vivo tiroteo por la parte de la Sévre.

Nada respondió la doncella, cuyas ideas eran ya muy diferentes, pues sospechaba que Michel había sido conducido á la muerte por el odio que Oullier le profesaba, pareciéndola ver al pobre mozo herido y abandonado en algún erial que con moribunda voz la pedía socorro.

—¿Sabéis quién puede conducirme á donde está Juan Oullier? preguntó á Poca-Alegria. —¿Hoy? —Al momento. —Los caminos están cuajados de rojos. —Nos quedan las verdades. —La noche se acerca. —Mejor: así estaremos más seguros; procuradme un guía, ó voy sola. —Yo lo seré, que estoy muy agradecido á vuestra familia, señorita; sin contar que hoy mismo, cuando un nacional iba á ensartarme con su bayoneta, me habéis prestado un servicio que no he olvidado. —Pues bien, aguardadme entre aquellas mieses, y dentro de un cuarto de hora estoy con vosotros.

Tendiéronse Alain y Polilla entre las espigas, y alejándose Berta á buen paso alcanzó á Petit-Pierre y á los vendeanos cuando iban á entrar en el molino: subió á su aposento, púsose un vestido de aldeana, y sin comunicar su proyecto á Mary, á quien al bajar encontró cuidando á los heridos, díjola que tal vez no regresaría hasta el día siguiente, volviendo en seguida á tomar el andado camino.

A pesar de la reserva de Berta con Mary, ésta adivinó por el semblante de su hermana la ansiedad que la oprimía, y como no ignoraba la desaparición de Michel, adivinó los motivos de la súbita partida de Berta, sin atreverse á preguntárselos después de lo que la víspera había pasado. Herido su corazón por otra aguda espada, cuando la llamaron para marchar con Petit-Pierre en busca de otro asilo, prosternóse y rogó al Señor que no fuera inútil su sacrificio, y se dignara velar por la vida y la honra del novio de su hermana.

## XX

## LO QUE DEL CASTILLO DE LA PÉNISSIERE QUEDABA

En tanto que los vendeanos combatían en el Chene con gloria aunque sin resultado, cuarenta y dos de los suyos sostenían en el patio de la Péniissiere una lucha para siempre memorable. Este puñado de realistas pertenecía á la división de Clisson, y habiendo partido de este punto con intento de desarmar la milicia nacional de la aldea de Cujan, asaltóles por el camino una horrorosa tempestad, que les obligó á guarecerse en el castillo de la Péniissiere, acudiendo un batallón del 29 de línea á atacar la partida.

Es la Péniissiere un antiguo edificio compuesto de bajos, un piso y el granero, con quince aberturas irregulares y un oratorio contiguo; los vendeanos aspilleraron una pared que cercaba la casa, desde la cual hasta el próximo valle se extiende una pradera cruzada de setos vivos, convertida en lago por abundantes lluvias.

Reconocida la posición, el jefe de la tropa ordenó el ataque, y abandonando el muro exterior después de una corta resistencia, replegarónse los vendeanos en la habitación atrancando las puertas y distribuyéndose entre los bajos y el primer piso con un corneta arriba y otro abajo, que no cesaron de hacer oír sus ecos durante el combate: entonces comenzaron á hacer desde las ventanas un fuego tan nutrido como certero, circunstancia que encubría su escasez numérica al enemigo. Sosteníanlo los mejores tiradores, y sus camaradas iban cargando con diez ó doce balas sus pesadas espingardas, disparando cinco ó seis á la vez, que causaban el estrago de una batería de cañones cargados con metralla.

Dos veces llegaron los soldados á veinte pasos del castillo y otras tantas fueron rechazados. Mandó el jefe atacar

nuevamente, y, en tanto que se preparaba á ejecutar este movimiento, adelantáronse cuatro hombres con un albañil hacia una pared sin defensa, pues no tenía ninguna abertura que diese al jardín: arrimáronle una escala, y subiendo al tejado arrojaron al granero materias inflamadas, de modo que á poco se levantó del tejado una densa humareda á la cual siguieron luego las llamas.

Los soldados prorrumpieron en gritos de alborozo y atacaron de nuevo la casa, que parecía haber arbolado un estandarte de fuego. Aunque los sitiados advirtieron el incendio, no tenían tiempo para apagarlo, y como el fuego tiende siempre á elevarse, confiaban que se extinguiría cuando hubiese consumido el tejado, y respondieron al vocerío de los soldados con un terrible fuego en tanto que las dos cornetas no cesaban de animar la pelea con alegres y bélicos sonidos.

Los blancos oían que sus enemigos decían: Nô con hombres sinó con demonios estamos luchando; y este elogio aumentaba sus bríos.

Sin embargo, habiéndoles llegado á los sitiadores un refuerzo de cincuenta hombres, el jefe ordenó el asalto, y los soldados se arrojaron con ímpetu á la casa: esta vez llegaron hasta las puertas, y los gastadores comenzaron á derribarlas. Los jefes de los vendeanos mandaron que subiesen al primer piso los de abajo, y mientras la mitad de los sitiados continuaba haciendo fuego, los otros arrancaban los ladrillos del pavimento: por manera que al penetrar los soldados en la casa fueron recibidos por una descarga á quema ropa, viéndose obligados á retroceder por cuarta vez.

El jefe dispuso que se hiciese con el piso bajo lo que se había hecho con el granero: arrojáronse haces de leña y teas encendidas dentro, y á los diez minutos los vendeanos tenían fuego sobre sus cabezas y bajo sus plantas. Sin embargo, continuaban batiéndose: á cada segundo los fognazos cruzaban el humo que por las ventanas salía, si bien aquello antes era la venganza de la desesperación que la lucha de la defensa. Bajo sus piés crujían las vigas y empezaban ya á brotar del suelo las llamas, amenazando desplomarse de un momento á otro sobre sus cabezas el tejado, no pudiendo resistir el humo que les ahogaba: su muerte parecía inevitable.

Los jefes tomaron un partido desesperado, y resolvieron

una salida; mas como para verificarla con alguna probabilidad de éxito era preciso protegerla con un fuego que ocupase á los soldados, preguntaron quiénes querían sacrificarse por sus camaradas, y ocho se ofrecieron á ello. Dividióse pues la partida en dos pelotones: treinta y tres hombres y un corneta debían dirigirse á un extremo del huerto, cerrado solamente por un valladar, y los otros ocho, entre quienes se quedaba el segundo corneta, debían proteger la tentativa. Por consiguiente, mientras los últimos hacían un fuego bastante vivo corriendo de ventana en ventana, los otros se abrían paso por la pared opuesta á la que los soldados atacaban, y salían en buen orden con el corneta á la cabeza, corriendo al valladar. Vióles la tropa, disparó sobre ellos tratando de cercarles; pero los vendeanos la recibieron á tiros derribando cuanto les cerraba el paso, dejando cinco muertos junto al cercado y dispersándose por el campo. El corneta había recibido tres balazos y no había cesado de tocar un momento.

Los ocho que se habían quedado en la casa seguían resistiéndose, y cada vez que los soldados intentaban acercarse, salía de aquel gran brasero una descarga que aclaraba sus filas. Así se defendieron por espacio de media hora mezclándose el toque de la trompeta con el estruendo de las detonaciones, el sordo rumor de las llamas y el chisporroteo del incendio, como un reto sublime que aquellos hombres enviaban á la muerte.

Oyóse por último un espantoso crujido: elevóse por los aires una nube de chispas y pavesas, calló la trompeta, y cesó el tiroteo. El piso se había hundido, y la escasa guarición quedaba sin duda sepultada bajo sus escombros, pues á menos de obrarse un milagro, los sitiados debían haber perecido en aquel ardiente horno.

Así lo creyeron los soldados, quienes después de contemplar un breve rato aquellas candentes ruinas sin oír ningún grito ni gemido que indicara la presencia de un vendeano vivo, alejáronse de aquella hoguera que devoraba á la vez amigos y enemigos; de forma que luego no quedó en el teatro de tan animado y ruidoso combate sinó el abrasado y humeante cortijo, que iba apagándose silencioso, y en torno algunos cadáveres iluminados por los últimos resplandores del incendio.

De ese modo quedaron las cosas hasta la una de la no-

che, á cuya hora llegó á las cercanías del cortijo un hombre de alta estatura deslizándose á lo largo de los vallados y arrastrándose á través de los senderos. No viendo nada que le afirmase en sus recelos, dió la vuelta á la casa, examinó todos los cadáveres que encontró, y en seguida desapareció en la oscuridad. A poco volvió con otro hombre á cuestras y acompañado de una mujer vestida de aldeana. El lector habrá ya conocido á Berta, Poca-Alegria y Polilla. La doncella estaba pálida; su firmeza y resolución se habían trocado en una especie de desvarío, y á veces se adelantaba á sus guías á pesar de las exhortaciones de Alain.

Cuando llegaron los tres á la pradera que habían ocupado los soldados y divisaron las quince aberturas que destacándose rojizas de la ennegrecida fachada semejaban respiraderos del infierno, la joven sintió que las fuerzas la abandonaban, y cayendo de rodillas quiso pronunciar un nombre que el dolor trocó en sollozo. Levantóse como una leona, echando á correr á las abrasadas ruinas, y tropezó en un cadáver: llena entonces de mortal congoja, alzó por los cabellos la cabeza del muerto, miróle el lívido rostro, y viendo más cadáveres, dió á correr desalada de uno á otro.

—¡Ay señorita! dijo Poca-Alegria siguiéndola, no está aquí el que buscáis: Polilla ha examinado ya los cadáveres, y aunque sólo haya visto una ó dos veces al señor de la Logerie, mi pobre compañero con ser idiota le habría conocido si hubiese estado entre los muertos.—Sí, sí, tenéis razón, dijo Berta señalando la Pénissiere, y si en alguna parte está...

Y antes de que los dos hombres pensaran siquiera en detenerla, saltó á una ventana del piso bajo; y de pié en aquella vacilante piedra dominaba el abismo de fuego que aun mugía sordamente á sus piés y al cual quería al parecer arrojarle.

A una señal de Alain el mendigo tomó en brazos á la doncella y la dejó en el suelo, sin que ella hiciese la menor resistencia, pues acababa de cruzar por su mente una idea que parecía haber paralizado su voluntad.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó cual si exhalara el postrer suspiro de sus expirantes fuerzas; no me has permitido estar á su lado para defenderle ó morir con él, y ahora me niegas hasta el consuelo de sepultar su cadáver.—Vamos, señorita, dijo el bodeguero, conformémonos con la voluntad

de Dios.—¡Oh! nunca! nunca! exclamó Berta con el frenesí de la desesperación.—¡Ah! replicó el lisiado, yo también tengo un gran pesar, pues si el señor de la Logerie está aquí, también está el pobre Juan Oullier.

Gimió Berta al recordar que en el egoísmo de su dolor no había pensado en el buen vendeano.

—Verdad es, prosiguió Alain, que ha muerto con las armas en la mano, como deseaba; pero eso no me consuela.—¿No queda ninguna esperanza? preguntó Berta. ¿No pueden haberse salvado de uno ú otro modo? ¡Oh! busquemos, busquemos.

Poca-Alegria movió la cabeza diciendo:

—Difícil me parece después de lo que nos ha contado uno de los treinta y tres que han salido: cinco de ellos han sido muertos.—Es que Oullier y Michel estaban entre los ocho que se quedaron, dijo Berta.—Por eso tengo tan poca esperanza. Mirad, añadió Alain mostrando las paredes y el piso bajo donde ardian los techos del primero y del desván con los escombros del tejado; mirad, sólo quedan restos del tejado y paredes que amenazan ruína. Valor, señorita, porque hay cien probabilidades contra una de que vuestro novio y el infeliz Oullier yacen sepultados bajo estos escombros.—Nó, nó, exclamó Berta levantándose; nó, no puede, no debe haber muerto. Si ha sido menester un milagro para salvarle, Dios lo ha hecho. Quiero escudriñar estas ruinas, sondear estas paredes; quiero verle muerto ó vivo, lo quiero coís, Poca-Alegria?

Y asiendo con sus nevadas manos una viga que asomaba por una ventana su extremo carbonizado, hizo Berta sobre-humanos esfuerzos para sacarla, cual si con aquella viga hubiese podido levantar la grandísima masa de materiales y ver lo que ocultaban.

—No digáis tal, señorita, ¡por Dios! exclamó Alain impaciente; esa empresa es superior á vuestras fuerzas, á las mías, á las de Polilla mismo, y tampoco nos la dejarían llevar á cabo, pues en siendo de día vendrán los soldados, y no conviene que nos encuentren aquí. ¡Vámonos, señorita, vámonos en nombre del cielo!—Idos si queréis, respondió la doncella con un acento que no admitía réplica; yo me quedo.—¡Os quedáis! exclamó Poca-Alegria asombrado.—Me quedo: si los soldados vuelven, sin duda será para visitar las ruinas; arrojaréme á los piés de su jefe, y con mis

lágrimas y ruegos lograré que sus hombres me ayuden; y le hallaré ¡oh! le hallaré.—Desechad esa idea, señorita: los soldados verán que sois hija del marqués de Souday, y si no os fusilan os prenderán. Venid pues, que luego amanecerá; venid, y si es preciso, añadió Alain asustado por la exaltación de la joven, os prometo que mañana por la noche volveré á acompañaros á este lugar.—Nó, lo repito, no me iré, respondió Berta; él me llama, me necesita: me lo da el corazón.

Viendo luego que á una señal de Poca-Alegría Polilla iba á sujetarla, subió de nuevo á la ventana añadiendo:

—Si dáis un paso más me arrojo al fuego.

Conociendo el figonero que nada obtendría de Berta por la fuerza, iba á recurrir á los ruegos, cuando á una indicación de Polilla se cosió los labios, pues sabía por experiencia la prodigiosa agudeza de los sentidos del pobre idiota.

—¿Vuelven los soldados? preguntó Poca-Alegría.—No es eso, dijo Polilla.

Y desatando á Alain, á quien como de costumbre llevaba en hombros, echóse de bruces y pegó el oído al suelo.

Berta sin bajar de la ventana volvióse al mendigo: sin saber porqué, al movimiento y palabras de Polilla se quedó anhelando de ansiedad.

—¿Oyes alguna cosa extraordinaria? preguntó Poca-Alegría.—Sí, respondió Polilla.

Hizo en seguida seña á Poca-Alegría y á Berta de que escucharan como él: tendióse Alain con el oído al suelo, y saltando la joven de la ventana imitó la acción del bodeguero; mas apenas aplicó el oído, cuando exclamó levantándose con presteza:

—¡Viven! ¡viven! ¡Oh gracias, Dios mío!—No confiemos tan pronto, dijo Alain; efectivamente, oigo un ruido sordo que al parecer sale del centro de las ruínas; mas como eran ocho, no podemos decir que ese ruido lo hagan precisamente los dos que buscamos.—Me lo dice el corazón, el corazón que no me ha permitido alejarme de aquí como queráis. Ellos son, no lo dudéis: se habrán refugiado en algún sótano, y la caída de estos escombros les impide la salida.—Es posible, murmuró Poca-Alegría.—¡Oh! es cierto, dijo la joven.—Y cómo les auxiliaremos? cómo llegaremos al sitio donde se hallan?—Si están en un subterráneo, ese subterráneo tendrá una abertura; y si en un sótano, ese sótano tendrá un

tragaluz. Busquémosles, y si es preciso cavaremos la tierra hasta encontrarlos.

Y Berta echó á correr en torno de la casa apartando furiosa y frenética las vigas, piedras y tejas que, habiendo caído fuera á lo largo de la pared, ocultaban su base. De pronto dió un grito, y Polilla y Alain acudieron presurosos, andando éste como una rana con la ayuda de sus muñones y manos.

—Escucha, dijo Berta con aire de triunfo.

En efecto, desde el punto donde se había parado se oía distintamente un rumor que salía de las profundidades de la casa, rumor sordo, continuo y parecido al de una herramienta que golpeará á compás los cimientos de la granja.

—Ahí, dijo Berta señalando unos escombros arrimados á la pared; hay que buscar ahí.

Puso Polilla manos á la obra apartando un trozo de tejado y los morrillos allí amontonados por la caída de toda la parte superior de una ventana del primer piso; y después de prodigiosos esfuerzos descubrió una abertura por donde llegaba hasta ellos el ruido del trabajo de los infelices sepultados. Al verla Berta quiso penetrar por ella; pero Polilla la detuvo, y cogiendo una lata desprendida del techo la encendió en las ruínas, sujetó luego por la cintura á Poca-Alegría con la correa que solía servir para afirmarle en sus hombros, y lo descolgó por la tronera. Polilla y Berta tenían la respiración, y oyeron que Alain hablaba con los trabajadores. A una señal del lisiado, el mendigo le subió con la prontitud de una máquina bien untada.

—¡Vivos, vivos! ¿no es cierto? preguntó Berta angustiada.

—Sí, señorita, respondió Poca-Alegría; mas ¡por favor! no entréis en el subterráneo, que no están en el sótano á donde he bajado, sino en una especie de nicho contiguo, cuya abertura se halla obstruida, y para llegar á ellos es absolutamente preciso atravesar la pared: mucho me temo que al hacerlo se venga abajo una parte de la bóveda que amenaza desplomarse. Dejádme dirigir á Polilla.

Arrodillóse Berta y púsose á orar.

Poca-Alegría se proveyó de astillas y dijo á su compañero que le bajase al sótano y le siguiera.

A los diez minutos, que á Berta parecieron siglos, oyó esta un gran ruido de piedras que se derrumbaban: escapóse del pecho un grito de angustia, y abalanzándose al

respiradero vió á Polilla que subía llevando á cuestras un cuerpo inerte, cuya pálida cabeza colgaba sobre el pecho del mendigo.

La joven conoció á Michel y exclamó acojonada:

—¡Muerto, gran Dios, muerto!—Nó, nó, gritó del fondo de la cueva una voz que Berta conoció ser la de Juan Oullier; no ha muerto, nó.

A esas palabras corrió la doncella á Polilla, tomó en brazos á Michel, dejóle en el suelo, y tranquilizada por haber sentido latirle el corazón, esforzóse para hacerle volver en sí refrescándole la frente con el agua de un charco inmediato.

## XXI

EL ERIAL DE BOUAIMÉ

En tanto que Berta trataba de hacer recobrar el sentido á Michel, cuyo desmayo nacía en gran parte de la asfixia, salía Oullier de la cueva empujado por Poca-Alegría, á quien Polilla sacaba del mismo modo que le había bajado.

Ya reunidos todos, preguntó Alain á Oullier:

—¿Estabais solos allá dentro?—Sí.—¿Y los otros?—Habíanse refugiado en la bóveda de la escalera, y el desplome del techo les sorprendió sin darles tiempo para llegar hasta nosotros.—¿Han muerto?—No lo creo; poco después de marcharse los soldados hemos oído rumor de piedras y voces; hemos gritado, y no nos habrán oído.—¡Gran suerte que hayamos venido!—Y mucha: á no ser vosotros no hubiéramos logrado horadar la pared, sobre todo en el estado en que se hallaba el barón. ¡Oh! ¡Ibrillante campaña, á fé mía! añadió Oullier mirando á Berta, quien con la cabeza de Michel en su regazo le había hecho volver en sí y le expresaba el gozo que al verle sentía.—Y todavía no ha termi-

nado, dijo Alain sin comprender el sentido de las palabras del vendeano con los ojos fijos al levante, donde una ancha faja purpúrea anunciaba la próxima salida del sol.—¿Qué quieréis decir? preguntó Oullier.—Quiero decir que no nos hubieran venido mal dos horas más de noche, pues con un herido, un inválido y una mujer no es fácil andar sin tropiezos; eso sin contar que los vencedores de ayer explorarán hoy los caminos.—Sí; pero desde que no tengo sobre la cabeza aquella bóveda de fuego, respiro con más libertad y desahogo.—Aun no estás salvado del todo, Juan amigo.—Pues bien: seamos precavidos.

Y Oullier sacó de las cartucheras de los muertos las municiones que contenían, cargó el fusil con tanta serenidad como lo hacía antes de salir á caza, y acercándose á Michel que estaba con los ojos cerrados, preguntóle:

—¿Podéis andar?

Michel no respondió: al abrir los ojos había visto á Berta y los cerró comprendiendo cuán difícil iba á ser su posición.

—¿Podéis andar? repitió Berta á Michel de modo que éste no pudiera dudar de que á él iba dirigida la pregunta.—Creo que sí, contestó el barón.

En efecto, sólo tenía en el brazo una herida sin fractura de hueso. Berta la había examinado, y con la corbata blanca de seda que llevaba le puso el brazo en cabestrillo.

—Si no podéis andar, dijo Oullier, os llevaré.

A esa nueva prueba del cambio efectuado en los sentimientos del viejo vendeano con respecto al barón, acercósele Berta diciendo:

—¿Me explicaréis porqué os llevasteis á mi novio (y recalco estas dos palabras), haciéndole abandonar su puesto y exponerle á pesar de los peligros que ha corrido á graves é ignominiosas acusaciones?—Sí la reputación del señor de la Logerie ha sido lastimada por culpa mía, dijo Oullier con blandura, yo la pondré en su verdadero punto.—¡Vos! exclamó la doncella más y más admirada.—Sí, y diré el tesón y valentía que ese mozo ha desplegado á pesar de sus femeniles apariencias.—¿Eso diréis, Oullier?—Y si no basta mi testimonio, apelaré al de uno de los que á su lado han combatido, pues ahora tengo empeño en que su nombre sea respetable y honrado.—¡Y eres tú quien habla de esa manera! (Oullier se inclinó.) ¡Tú que preferías mi muerte á verme llevar ese nombre!—Ahi veréis lo que son las co-



sas, señorita: ahora deseo con toda el alma que el señor Michel sea yerno de mi amo.

Pronunció Oullier esas palabras mirando á Berta con tanta expresión y con tan triste y tierno acento, que la joven sintió oprimírsele el corazón, y á pesar suyo pensó en Mary; é iba á interrogarle cuando en alas de la brisa llegó á sus oídos el sonido de una corneta procedente de la parte de Clisson.

—Razón tenía Poca-Alegría, dijo el vendeano. La explicación que me pedís, Berta, os la daré luego que me lo permitan las circunstancias. Ahora urge ponernos en salvo. ¡Ea! en marcha, prosiguió después de escuchar otro momento; el tiempo es precioso.

Y viendo que Poca-Alegría estaba ya montado en hombros de Polilla, dió el brazo á Michel y echó á andar.

—¿A dónde vamos? preguntó Alain.—A la granja solitaria de San Hilario, pues el señor barón no podría hacer las ocho leguas que distamos de Machecul, según la dificultad con que camina á pesar del apoyo que le presto.

—Vamos pues á la granja de San Hilario, dijo Alain avivando el paso de Polilla.

Hallábanse ya los fugitivos á un tiro de fusil de aquella granja, cuando el mendigo enseñó con aire triunfante á su compañero una especie de maza que de camino había escamondado con su navaja: era un tronco de manzano silvestre que Polilla había visto en el huerto de la Pénissiere y con el cual creyó reemplazar la terrible hoz que en el encuentro del Chene se le había hecho pedazos.

Exhaló Alain un grito de rabia, manifiesto indicio de que no compartía la satisfacción con que su compañero empuñaba el nudoso tronco.

—¡Mal rayo te parta, bestia! exclamó.—¿Qué sucede? preguntó Oullier dejando á Michel junto á Berta y apretando el paso para alcanzar á Polilla.—Sucede, dijo Poca-Alegría, que este majadero habrá hecho que los azules den con nuestras huellas. ¡Lléveme el diablo por no haberlo advertido antes! Desde la Pénissiere acá ha llenado el camino de ramas, hojas y despojos, y si los soldados llegan á ver que ha salido alguien de los escombros van á seguirnos fácilmente la pista. ¡Bestia! ¡mil veces bestia! añadió Poca-Alegría por vía de peroración.

Y uniendo la acción á la palabra dió un sendo puñetazo

sobre la cabeza de Polilla, quien hizo tanto caso como si le hubiesen pasado la mano por los cabellos para acariciarle.

—¡Diantrel exclamó Oullier, ¿qué haremos?—No ir á la granja de san Hilario, donde nos cogieran como en una ratonera.—Es que Michel no puede ir más lejos, dijo Berta; mirad cuán pálido está.—Tomemos á la derecha, dijo Oullier, vayamos al erial de Bouaimé y nos esconderemos entre las peñas: para ir más aprisa llevaré al señor Michel á cuestas. Andemos uno tras otro, y los piés de Polilla borrarán las huellas de los demás.

El erial de Bouaimé está situado á cosa de una legua de la aldehuela de San Hilario, y para llegar á él era preciso atravesar el Maine: es de mucha extensión, tocando por el norte en Remouillé y Montbert, muy escabroso y lleno de peñas de granito, removidas algunas al parecer por fuerzas humanas; y en medio de los matorrales ó de las flores amarillas de las retamas y aliagas, alzábanse piedras druidicas coronadas de musgo.

Oullier condujo á sus compañeros á uno de los más notables de esos monumentos, compuesto de cuatro grandes trozos de granito con una piedra llana encima, á cuya sombra holgadamente podían cobijarse diez ó doce personas. Llegados á este sitio Michel se desmayó, y hubiera caído de espaldas á no sostenerle Berta: arrancó esta algunos puñados de yerba y extendióla bajo el monumento, y prescindiendo de la gravedad de la situación, apenas se tendió el mozo sobre aquel lecho, quedó profundamente dormido. Puesto Polilla de atalaya sobre la roca, cual rústica estatua sobre tosco pedestal, recordaba con sus colosales formas los gigantes que dos mil años atrás levantaron aquel altar; y mientras Poca-Alegría descansaba al lado de Michel, á quien Berta quería velar á pesar de lo rendida que estaba, Juan Oullier se alejó, así para explorar el terreno como para traer algunas provisiones, de que estaban los fugitivos muy necesitados.

Dos horas habría que Polilla estaba oteando, y á pesar de la atención con que escuchaba sólo oía el monótono zumbido de las avispas y abejas que chupaban las flores de los sérpöles y aliagas, comenzando los vapores que el sol levantaba de la húmeda tierra á tomar matizadas tintas, lo cual unido con el ardor de los rayos que á plomo caían sobre los gran-

des mechones de pelo bermejo, único gorro del mendigo, entorpeciale la cabeza, de manera que estaba para dejarla caer de sueño, cuando el estampido de un arma de fuego le sacó súbitamente de su sopor. Miró Polilla hacia San Hilario, y distinguió la blanca nubecilla que produce un fogonazo y un hombre que á todo correr venía huyendo. Saltó del pedestal en tanto que Berta despertaba á Poca-Alegria, y levantóle á una altura de diez piés pronunciando estas dos palabras que no necesitaban comentarios:

—¡Juan Oullier!

Alain vió que éste en vez de acercarse á ellos había tomado á la derecha y seguía la cumbre de la colina opuesta á la del monumento druídico, dirigiéndose hacia Montbert, observando también que en vez de hurtar el cuerpo el viejo vendeano escogía los puntos más empinados para que pudieran verle los que exploraban aquellos lugares. Juan Oullier era muy experto para obrar de ligero, pues había calculado que de aquel modo sólo él llamaría la atención del enemigo, apartándole de la pista que probablemente seguía; y habiendo el tabernero barruntado lo mismo, creyó que lo mejor era no moverse de aquel sitio y estar en expectativa.

Como entonces era menester más inteligencia que sentidos, Alain no fió ya en Polilla, y haciéndose subir á la piedra, tendióse boca abajo con la cara vuelta á la colina que Oullier seguía. A poco rato vió aparecer en el punto por donde este último se había presentado uno, dos, tres, hasta veinte soldados, que se escalonaron en el erial para cortar la retirada al fugitivo si éste intentase retroceder: táctica equívoca que excitó más y más la atención de Poca-Alegria, pues indújole á suponer que aquellos no eran los únicos soldados que perseguían al vendeano.

La colina, cuya cuesta superior seguían, terminaba en una punta peñascosa que dominaba el pantano, á cosa de medio cuarto de legua del paraje donde Oullier se encontraba; y pensando Alain que el vendeano iba á pararse allí, concentró en ella toda la atención.

—¡Malo! exclamó de pronto Polilla.—¿Qué hay? preguntó Poca-Alegria.—Azul, respondió el mendigo señalando con el dedo un punto del pantano.

Siguió Alain la dirección indicada por el dedo de Polilla,

y vió el reflejo de un fusil entre los juncos, luego la forma de un soldado, seguido de otros veinte, los cuales se ocultaron entre los juncos como cazadores en acecho. La caza era Juan Oullier, quien al bajar la cuesta debía de caer en la emboscada que le tendían.

Como no había que perder un momento para avisarle, Poca-Alegria descargó el fusil poniendo la boca del cañón al ras de la maleza, cuidando de ocultarse detrás de las peñas. Oullier oyó la señal, conoció el estampido del fusil de Alain, y comprendiendo al punto las razones que obligaban á su amigo á descubrir su refugio, bajó volando más que corriendo la colina, sin duda con ánimo de ejecutar sin dilación algún designio.

A pesar de que Alain había querido ocultar el humo á los soldados, estos conocieron de dónde partió el tiro, y así los de los matorrales como los del pantano se habían reunido y deliberaban ó esperaban órdenes. Miró el tabernero en torno, alzó un dedo mojado en saliva, y viendo que el viento soplabá de la parte donde estaban los soldados, palpó la yerba para cerciorarse de si el sol y el viento la habían secado.

—¿Qué hacéis? preguntó Berta que atenta á las diversas fases de aquel prólogo comprendía la inminencia del peligro y ayudaba á Michel á levantarse: este se hallaba al parecer más triste que enfermo.—Voy á hacer una candelada, señorita, respondió el lisiado, y podréis darla por bien empleada si esta noche os encontráis en seguridad. Pocas veces habréis visto otro igual.

Y dió á Polilla varios pedazos de yesca encendida que éste fué metiendo en otros tantos montones de yerba seca, y cuando á su poderoso soplo se hubieron inflamado, los colocó á trechos hasta una distancia de treinta varas.

Llegó en esto Juan Oullier gritando:

—¡Arriba! arriba! no llevo diez minutos de ventaja.—Esto nos da veinte, respondió Poca-Alegria mostrándole las aliagas que chisporroteaban en tanto que se elevaban aquí y allá densas columnas de humo.—Este fuego no tomará bastante incremento, y tal vez no sea asaz vivo para atajarles, dijo Oullier.

Y observando en seguida el estado de la atmósfera, añadió:

—Además, el viento impelerá las llamas en la dirección

que vamos á seguir.—Sí, pero con las llamas impelerá el humo, Oullier, dijo el bodegonero con aire triunfante, y en eso confío: el humo les ocultará cuántos somos y á donde vamos.—¡Oh Alain, Alain! murmuró Juan, si tuvieses piernas, gran cazador serías.

Y sin decir más, cargóse á Michel á cuestras no obstante su resistencia, pues el barón aseguraba que tenía bastantes fuerzas para andar, y no quería aumentar la fatiga del vendeano. En seguida siguió á Polilla, que ya caminaba con su guía en hombros.

—Da la mano á la señorita, dijo Poca-Alegría á Oullier; cierre los ojos y contenga el aliento, pues dentro de diez minutos ya no veremos, y sólo respiraremos lo preciso para no ahogarnos.

Y en efecto, apenas traspasaron diez minutos, cuando las diez columnas de humo se reunieron en una gran sábana de fuego de trescientas varas de ancho, que tras ellos comenzaba á rugir sordamente.

—¿Ves bastante para guiarnos? preguntó Juan á Alain. Ante todo importa que no nos extraviemos, y en seguida que no nos separemos.—No tenemos otro guía que el humo, el cual nos conducirá á donde queramos ir; sin embargo, no perdáis de vista á Polilla.

Y como Juan Oullier era hombre que conocía el valor del tiempo y de la palabra, concretóse á decir:

—¡Adelante, pues!

Anduvieron un cuarto de hora sin que salieran de las nubes de humo que en torno de ellos amontonaba el incendio, propagándose con prodigiosa rapidez á impulsos del viento. De vez en cuando Oullier preguntaba á Berta medio sofocada por el humo:

—¿Respiráis?

Y ella respondía con un sí apenas articulado.

En cuanto al barón, no se curaba de él, pues llevábase á cuestras.

De repente Polilla, que delante de todos y guiado por Alain no miraba á donde iba, retrocedió un paso: había metido el pié en un charco muy hondo que el humo le había ocultado, hundiéndose hasta el muslo.

Poca-Alegría exhaló una exclamación de júbilo.

—Hémos aquí, dijo; el humo nos ha guiado mejor que lo hubiera hecho el perro de caza mejor enseñado.—¡Ah! dijo

Oullier.—Comprendes ¿no es cierto, chico? preguntó Alain ufano.—Sí; mas ¿cómo llegaremos al islote?—¿Cómo? ¿y Trigaud?—Ya, pero no hallándonos los soldados, ¿no es probable que descubran el ardid?—Sin duda, si no nos hallan; mas nos hallarán.—Acaba.—No saben cuántos somos: ponemos en seguridad á la señorita y al herido: después, como si hubiésemos equivocado el camino y el estanque nos lo cortara, salimos tú, Polilla y yo, y probamos con algunos tiros que somos los mismos á quienes há poco han visto; en seguida, sin estorbo ni impedimento llegamos á los bosques de Ginstou, de donde nos será fácil volver á buscarles.—¿Y víveres?... ¡Pobres niños!—Nadie se muere por estar veinté y cuatro horas sin comer, dijo el bodegonero.— Bueno.

Y con tristeza llena de desprecio á su debilitada inteligencia, Oullier añadió:

—Menester es que la noche de ayer me trastornara la cabeza para que no haya pensado en todo eso.—No os pongáis inútilmente, dijo Berta casi gozosa de la entrevista que á solas tendría con su amado, merced á las circunstancias.—Quedad tranquila, respondió el vendeano.

Polilla tomó en brazos á Michel sin dejar en el suelo al lisiado, lo cual le hubiera hecho perder tiempo, y entrando en el agua anduvo hasta que le llegó á la cintura; en seguida, como el agua subía, levantó al mancebo sobre su cabeza para dejarle en manos de Alain si el agua continuaba subiendo; mas esta se detuvo al pecho del gigante, quien atravesó el estanque y llegó á un islote de unos doce piés cuadrados, que en las aguas muertas parecía un gran nido de ánades, y estaba cubierto de un espeso juncal.

Dejó á Michel entre los juncos, y volvióse á buscar á Berta para trasportarla de igual modo junto al baroncito.

—Agacháos en medio del islote, gritó Oullier desde la otra orilla; enderezad los juncos que al pasar dobléis, y os prometo que nadie irá á buscaros ahí.—Bien, respondió Berta; ahora pensad en vosotros, amigos.

## XXII

EN DONDE LA CASA POCA-ALEGRÍA Y COMPAÑÍA HONRA SU  
RAZÓN SOCIAL

Ya era hora que los tres vendeanos se alejasen de las orillas del estanque, pues las llamas se acercaban á él con prodigiosa rapidez, y cual vistosas aves de dorado y purpúreo plumaje volaban rasando la florida cima de las aliagas, cual si antes de consumirlas hasta la raíz sólo hubiesen querido chamuscar sus tallos.

El rumor del fuego, semejante al sordo rugido del océano, aumentaba por grados en torno de los tres fugitivos, en tanto que el humo iba haciéndose á cada momento más espeso y sofocante; pero las nervudas piernas de Juan Oullier y Polilla corrían más que el incendio y tardaron poco en dejarlo muy atrás.

Tomaron entonces á la izquierda, y llegaron á un punto del valle donde estaban casi libres de las espesas nubes que tanto les habían servido para ocultar su número y la dirección que seguían, así como la acertada estratagema merced á la cual Berta y Michel se hallaban en seguridad.

—Agachémonos, Polilla, dijo Oullier; conviene que los soldados no nos vean hasta que sepamos qué hacen y adónde se dirigen.

Agachóse el mendigo obedeciendo esa insinuación, y bien pudo felicitarse de ello, pues apenas acababa de ocultarse cuando por encima de su cabeza silbó una bala que de seguro habría recibido en medio del pecho á no adoptar esta precaución.

—¡Cáscaras! dijo Poca-Alegría: el consejo ha sido tan breve como bueno.—Han adivinado nuestro ardid, dijo Juan Oullier, y nos cercan, á lo menos por este lado.

Veíase en efecto una larga fila de soldados á cien pasos

uno de otro, que empezando en las druidicas piedras ocupaba una extensión de media legua esperando que reaparecieran los vendeanos, como acechan los ojeadores la aparición de la caza.

—¿Tomamos las de villadiego? preguntó Poca-Alegría.

—Sí; mas deja que les cause alguna baja.

Y sin dejar su posición horizontal, hizo fuego sobre el soldado que había disparado y estaba cargando, el cual recibió la bala en medio del pecho, cayendo de bruces, en tanto que Oullier apuntaba de nuevo con tanta calma como si cazara perdices: salió el tiro y cayó otro soldado.

—¡Y van dos! exclamó Poca-Alegría. ¡Bravo, bravo!— Adelante, adelante, dijo su compañero levantándose con la agilidad de una pantera; apartémonos un poco, porque van á llover balas.

No se había equivocado el vendeano, pues á poco espacio se oyeron siete ú ocho estampidos sucesivos, y un proyectil fué á dar en la clava que Polilla llevaba en la mano. Felizmente los soldados que de distintos puntos acudían al ver caer á sus camaradas, llegaban sin aliento, y disparaban con pulso inseguro; mas por eso no dejaban de cerrar el paso, y no era probable que Oullier y sus compañeros pudiesen atravesar aquella línea sin trabar con ellos una lucha á brazo partido. En efecto, cuando aquel se disponía á saltar un barranquillo, vió que al opuesto lado se alzaba un soldado que le esperaba con la bayoneta calada. La celeridad de su carrera no había permitido á Oullier cargar de nuevo el fusil; mas al ver que su adversario se limitaba á amenazarle con la bayoneta, calculó que probablemente se encontraba en el mismo caso, y como se trataba por el momento de jugar el todo por el todo, tiró de la navaja, púsose la en la boca, y siguió avanzando á todo correr. Al llegar á dos pasos del barranco, detúvose de pronto y apuntó al soldado cuyo pecho apenas distaba seis piés del fusil. Entonces sucedió lo que Oullier había previsto: creyendo su enemigo que el arma estaba cargada, tiróse al suelo, é instantáneamente saltó Juan la quebrada como si en nada hubiese disminuído su vigor la evolución que acababa de hacer, pasando por encima del soldado rápido como una exhalación. Polilla por su parte había atravesado felizmente la línea, salvo una leve lesión que en el hombro le causó una bala. Los dos fugitivos huyeron diagonalmente,

el uno por la derecha y el otro por la izquierda, de modo que debían juntarse al extremo del ángulo. Al cabo de cinco minutos se encontraban ya al alcance de la voz.

—¿Cómo va eso? preguntó Oullier.—Perfectamente, contestó Poca-Alegría; dentro de veinte minutos, si alguna bala de esos tunantes no nos lo impide, habremos salido del erial, y una vez hayamos pasado el primer valladar, trabajo les mando para cogernos. Mala idea hemos tenido de venir aquí.—Sin embargo, los muchachos están mucho más seguros que en la selva más espesa. ¿Estás herido?—No; ¿y tú, Polilla? me parece haber sentido un estremecimiento en tu cuerpo.

Enseñó el coloso la mella que el balazo había hecho en su maza, mostrándose más pesaroso del detrimento que esta había sufrido que del experimentado por su músculo deltóides.

—¡Magnífico! exclamó Poca-Alegría, ahí están los campos.

En efecto, á unos mil pasos de los fugitivos y al extremo de una cuestecilla asomaban las mieses sus doradas espigas, ondulando suavemente á merced del viento.

—Páreceme, dijo Poca-Alegría conociendo que Polilla empezaba á cansarse, que deberíamos detenernos un poco para respirar.—Enhorabuena, dijo Oullier; entretanto volveré á cargar el fusil: ve lo que pasa.

Hizolo su compañero, y mientras Oullier atacaba la segunda bala, exclamó:

—¡Rayos y truenos!—¿Qué sucede? preguntó Juan.—En marcha, ¡voto á mil bombas! en marcha, nada veo; pero acabo de oír un ruido que no es de muy buen agüero.—¡Hola! dijo Oullier, ¿con que va á hacernos el honor de cargarnos la caballería? ¡Alerta! ¡Alerta, holgazán! añadió luego dirigiéndose á Polilla.

Así para aliviar sus pulmones como para responder á este llamamiento, lanzó el mendigo una especie de mugido que hubiera envidiado el toro más fuerte del departamento, y de un brinco saltó un peñasco que le obstruía el paso, deteniéndole un quejido de Oullier.

—¿Qué tienes? preguntó el bodegonero al ver que acababa de hacer alto apoyándose en el fusil y con la pierna al aire.—Nada, dijo Oullier, no os inquietéis por mí.

Quiso andar otra vez, y exhalando un doloroso grito vióse obligado á sentarse.

—¡Diantrel dijo Poca-Alegría, no podemos irnos sin tí. ¿Qué tienes?—Nada, repito.—¿Estás herido?—¡Cáspita! exclamó Oullier; buena falta nos hace el cirujano de Montbert.—¿Qué dices?—Que he metido el pié en un agujero y me lo he descoyuntado de manera que no puedo dar un paso.—Polilla te llevará sobre un hombro, y á mí sobre otro.—No puede ser; de este modo nunca llegaríamos á las cercas.—Si te dejamos te matarán.—Podría ser, dijo el vendeano, pero antes caerán algunos; si quieres convencerte de ello, mira: ¿ves aquel que baja del cerro?

En efecto, en la cima de un collado que se alzaba á un tiro de piedra de los fugitivos aparecía un sargento de cazadores que sin duda por ir mejor montado se había adelantado á los demás. Apuntóle Oullier, disparó, y abriendo los brazos el sargento, cayó de espaldas. El vendeano volvió en seguida á cargar el fusil y Alain le preguntó:

—¿De veras no puedes andar?—No creo que pueda dar más de quince pasos, y aun cojeando.—Si es así, Polilla.—Nada de locuras.—No, donde tú mueras moriremos nosotros; pero como poco há dijiste, antes morderán el polvo algunos.—No, Poca-Alegría; conviene que vivas para velar por los que hemos dejado en el islote.... ¿Qué diantre estás haciendo, Polilla? preguntó al observar que éste había bajado á una zanja y levantaba una grandísima peña.—Déjale, dijo Alain, ya sabe lo que se hace.—Aquí, aquí, gritó el mendigo señalando una pequeña excavación que las aguas habían abierto bajo la piedra.—Toma, es verdad, hoy está más ladino que un mono. Anda, métete ahí, Oullier, aprisa, no hay que perder un momento.

Llegóse Juan á la zanja, metióse en ella, y Polilla volvió en seguida á colocar la piedra en su primitivo estado, de manera que pudiese penetrar en el interior la luz y el aire, para que el que allí acababa de ocultarse no se encontrara sepultado en vida. Casi inmediatamente aparecieron en la cumbre algunos jinetes, y al notar que el sargento había muerto cargaron con furor á los fugitivos.

Sin embargo, quedaba todavía una esperanza, pues á cincuenta pasos de Polilla y su compañero estaba un vallado á la otra parte del cual se hallarían ya en salvo, con tanta mayor razón, cuanto que al parecer la infantería había ya cesado de perseguirles. De pronto oyó Poca-Alegría los cascos de un caballo que les perseguía muy de cerca, y sintió

en las espaldas su ardiente hálito. Era un teniente que llevaba alguna ventaja á sus camaradas y que alzándose sobre los estribos, dió tal cuchillada al lisiado, que sin duda le habría hendido la cabeza, si aquel no hubiese tenido la precaución de recoger las riendas y no hubiese ladeado el caballo á la izquierda, en tanto que Polilla saltaba instintivamente hacia la derecha, lo cual hizo errar el golpe.

—¡De frente! gritó Poca-Alegría á Polilla.

Obedeció éste como al impulso de un resorte; pasó el caballo rozándole con el pecho, y disparando Poca-Alegría el fusil, mató al jinete.

—Uno, dijo Polilla en quien la inminencia del peligro acababa de desarrollar una desusada locuacidad.

Duró este episodio un minuto, durante el cual los otros jinetes habían ido acercándose á los vendeanos, quienes percibieron entre el ruido de los cascos el de los muelles de las carabinas y pistolas que para ellos se amartillaban. Bastaronle á Poca-Alegría dos segundos para sacar partido de los recursos que podía ofrecerle el sitio en que se encontraba.

Habían llegado á un extremo del páramo de Bouaimé y á pocos pasos de una encrucijada de la cual partían diferentes caminos. Esta tenía, como todas las encrucijadas vendeanas y bretonas, una cruz de piedra medio rota, cuya base podía proporcionar un abrigo que muy pronto sería insuficiente. Aunque á la derecha estaban los primeros vallados de los campos, no había que pensar en ellos, pues tres ó cuatro soldados les cerraban el paso por aquella parte. A la izquierda corría el Maine, formando en aquel punto un recodo; mas el río tampoco podía ofrecer un refugio, pues en la opuesta orilla se levantaban gigantescos peñascos cortados á pico, y antes de encontrar un vado para salir del agua, los dos vendeanos habrían sido acribillados á balazos. Hechas rápidamente estas reflexiones, Poca-Alegría optó por la cruz, y mandó á Polilla que se dirigiera á ella.

Quando la rodeaba éste para resguardarse de los tiros, una bala fué á dar en el improvisado parapeto hiriendo de rebote la mejilla de Poca-Alegría, quien sin embargo contestó con otro tiro. Desgraciadamente la sangre que manaba de la herida cayó en las manos de su compañero, y lanzando este un rugido como si sólo fuese sensible al mal de su amigo, apartóse de la cruz, y arremetió á los soldados cual jabalí que acomete á los cazadores. Viéronse al momento

cercados, alzáronse diez sables sobre sus cabezas, diez pistolas les apuntaron, y un gendarme alargó la mano para asir á Poca-Alegría. Blandió entonces Polilla la clava y rompió con ella la pierna del gendarme, quien profirió un grito terrible cayendo de caballo, en tanto que este se escapaba á galope tendido por la llanura. Estallaron diez detonaciones; el mendigo recibió un balazo en el pecho, y el brazo izquierdo de Alain cayó inerte roto en dos partes. A pesar de todo, el mendigo parecía insensible é hizo con su maza un molinete que rompió dos ó tres sables apartando á los demás.

—¡A la cruz, á la cruz! gritó Poca-Alegría; allí debemos morir.—Sí, contestó Polilla con voz sorda oyendo que su amigo hablaba de la muerte; y levantando la clava descargó tan fuerte golpe en la cabeza de un cazador, que le derribó del caballo.

Ejecutando en seguida la orden que acababa de recibir, dirigióse retrocediendo hacia la cruz.

—¡Voto al diablo! exclamó un cabo: perdemos mucho tiempo, mucha gente y mucha pólvora para acabar con un par de mendigos.

Hizo dar al caballo un salto prodigioso el cual chocó con el pecho de Polilla, quien con la violencia del golpe cayó de rodillas, y aprovechando el jinete esta coyuntura, hendió de una cuchillada el cráneo de Poca-Alegría.—Déjame al pié de la cruz, y huye si puedes, dijo éste con voz desfallecida: todo acabó para mí.

Y en seguida empezó á rezar la oración: Dios mío, recíbid mi alma.....

Pero el gigante no le escuchaba; ebrio de sangre y loco de furor, lanzaba roncós é inarticulados gritos como el león acosado de cerca; sus ojos, de ordinario fijos y empañados, centelleaban; sus crispados labios descubrían una dentadura apretada y amenazadora, capaz de destrozar un tigre. El empuje del caballo había arrastrado algo lejos al jinete que había herido á su compañero, y no pudiendo Polilla alcanzarle, hizo voltear la clava, midió con la vista la distancia, y arrojósela con tanta violencia como lo hubiera hecho una catapulta. El jinete encabritó el caballo para evitar el golpe; pero el animal le recibió en la cabeza y cayó hacia atrás, rodando por el suelo caballo y caballero.

Lanzó el mendigo un grito de júbilo más terrible que si

hubiese sido de dolor al ver que la pierna del jinete había quedado cogida bajo su montura; arremetióle, paró la cuchillada que le tendió su enemigo, asíole de una pierna, y haciéndole voltear en el aire como pudiera hacerlo un niño con su honda, aplastóle la cabeza contra la cruz. La bizantina piedra vaciló en su base y se inclinó teñida en sangre.

Toda la partida prorrumpió en un grito de horror y de venganza; sin embargo, como aquella muestra de la prodigiosa fuerza de Polilla les había quitado las ganas de acercársele, los soldados cargaron las armas.

En tanto exhalaba Poca-Alegría el último suspiro diciendo en alta voz:

—¡Amén!

Viendo entonces Polilla que su querido amo había muerto, cual si nada le importasen los preparativos que estaban haciendo los cazadores, sentóse al pié de la cruz, desató el cuerpo de su amigo, tomóle en brazos, y contemplando su rostro lívido, con la manga le enjugaba la sangre, vertiendo abundantes lágrimas, quizás las primeras que en su vida había derramado.

Una gran detonación, dos nuevas heridas, el ruido sordo de tres ó cuatro balazos que penetraron en el cadáver que Polilla tenía estrechamente abrazado le arrancaron de su dolor é inmovilidad. Irguióse cuan alto era, y creyendo los cazadores al ver este movimiento que les iba á embestir, recogieron las bridas de sus caballos y un repentino estremecimiento recorrió sus filas. Mas el mendigo ni les miró siquiera, pues su única idea era no separarse de los inanimados restos de su amigo, para lo cual se dirigió hacia el Maine, considerándole sin duda un lugar muy á propósito para su intento.

Derecho y con paso firme andaba el mendigo á pesar de sus cinco ó seis heridas, de las cuales manaba copiosa sangre regando el espacio que recorría; llegó á la orilla del río sin que á ningún soldado le ocurriese la idea de impedirselo, detúvose en un sitio donde el ribazo dominaba una agua negra y tranquila, indicios de su mucha profundidad, abrazó estrechamente el cadáver de su compañero, y reuniendo todas sus fuerzas, arrojóse al río sin decir palabra.

Oyóse un grandísimo estrépito, hirvió espumeante el agua, y en seguida volvió á recobrar su calma anterior for-

mando en torno del paraje por donde había desaparecido el pordiosero una multitud de anchos círculos que iban á estrellarse en las riberas.

Acudieron los soldados creyendo que el vendeano se había arrojado al Maine con intento de ganar la opuesta orilla, y esperaban con las armas preparadas que sacase la cabeza para respirar; pero aquel no pareció más: su alma había ido á reunirse á la del único sér á quien había amado en la tierra, y sus cuerpos descansaban blandamente en el fondo del Maine, sobre un lecho de verdes y movedizas algas, sitio al cual llaman los aldeanos el abismo, porque no conocen su fondo.

## XXIII

### LOS SOCORROS VIENEN DE DONDE MENOS SE ESPERAN

Durante la semana que acababa de trascurrir Courtin había permanecido quieto y tranquilo detrás de las paredes del cortijo de la Logerie.

A fuer de diplomático sentía poquísimas simpatías por la guerra, y calculando muy razonablemente que el tiempo de los sablazos y de los tiros pasaría muy pronto, su mayor, por no decir su único conato, era conservar su cuerpo ágil y robusto para obrar en pró de su causa y de sí mismo, según los débiles recursos que á la naturaleza debía.

Por otra parte, no dejaban de alarmarle las consecuencias que podía tener el papel que representó en el arresto de Juan Oullier y en la muerte de Bonneville, y creía con razón que cuando tantas armas salían al campo en defensa y apoyo de tantos odios y opiniones diversas, no era prudente salirles al encuentro.

Tanto le preocupaban estas ideas, que hasta su amo el barón Michel, á pesar de su carácter apacible é inofensivo,

le intimidaba desde la noche aquella en que le cortó la cincha del caballo, y al día siguiente en que hizo esta hazaña metiéndose en cama, pareciéndole que el mejor medio de evitar la muerte era pasar por casi difunto, haciendo cundir la voz por los alrededores de que le había atacado una calentura maligna como la que había llevado al sepulcro al pobre Tinguy.

Sucedió entonces que la señora de la Logerie, inquieta y pesarosa de la larga y extraña ausencia de su hijo, llamó dos veces al colono, y como la enfermedad de éste paralizaba sus buenos deseos, la altiva baronesa, impulsada por la inquietud, fué en persona á visitar al labriego. Díjole haber oído que acababan de prender á Michel; que partía para Nantes con objeto de emplear todo su valimiento para liberarle, y toda su autoridad para llevárselo consigo, pues de todos modos no contaba ya volver á la Logerie por parecerle sitio muy peligroso en tan críticas circunstancias, y había ido á casa de Courtin para encomendarle la vigilancia durante su ausencia.

Prometió el colono acceder á sus deseos con acento tan triste y bondadoso, que la baronesa salió del cortijo animada de excelentes sentimientos hacia él, y compadeciéndole de todo corazón.

Tuvieron lugar más tarde los combates del Chene y de la Pénissiere, y al oír el colono los tiros desde su habitación, aumentó singularmente su sobresalto y llegaron al colmo los recelos que le atormentaban; bien que al saber el resultado de aquellos encuentros, se levantó de la cama curada del todo su dolencia.

En tanto fué así, que desoyendo al día siguiente los prudentes consejos de su criada, partió para Montaigu, cabeza de su distrito, á fin de ponerse á las órdenes del subprefecto y preguntarle cuál debía ser en lo sucesivo su conducta.

El buitre había oído la carnicería y reclamaba su parte de presa.

Al llegar á Montaigu supo Courtin que había hecho el viaje en balde, pues la autoridad militar acababa de tomar el mando del departamento; y en consecuencia, manifestóle el subprefecto que debía dirigirse á Aigrefeuille, para recibir instrucciones del general que allí se encontraba.

Traíale á éste muy preocupado el movimiento de una columna, y como á fuer de valiente y honrado militar miraba

con suma repugnancia á los entes bajos y miserables como Courtin, escuchó muy distraído las denuncias que éste creyó oportuno hacer á guisa de informes, y tratóle con tal frialdad que el alcalde de la Logerie quedó mohino y confuso.

Sin embargo, aceptó el general la proposición que Courtin le hizo de colocar un destacamento en el castillo, pareciéndole éste un buen punto para dominar aquella comarca desde Machecul á Saint-Colombin.

El cielo debía al colono una compensación de la poca simpatía que el general le había mostrado, y como se ve, su justicia no se la hizo esperar.

Al trasponer Courtin los umbrales de la casa trasformada por las circunstancias en cuartel general, salióle al encuentro un personaje para él desconocido, y que sin embargo le trató con exquisita cortesía y afectuosa obsequiosidad.

Era el tal un hombre que frisaba con los treinta años, y vestía un traje completamente negro, cuyo corte se asemejaba bastante al de los que usan los clérigos de las ciudades. Su frente era estrecha, su nariz encorvada como el pico de las aves de rapiña, labios delgados y muy salientes á causa de la conformación especial de las mandíbulas, barba puntiaguda, pelo negro y pegado á las sienes, y ojillos grises que sin cesar pestañeaban.

Bastóle al desconocido decir á Courtin cuatro palabras en voz baja para que éste depusiera al parecer todo recelo; por manera que sin hacerse de rogar aceptó una comida que le ofreció el incógnito en el mesón de San Pedro, donde pasaron dos horas en tan amistoso coloquio, que desarrollando la simpatía en sus corazones, acabaron por tratarse como antiguos camaradas; y al salir, después de darse grandes y cordiales apretones de manos, el alcalde de la Logerie se puso en camino renovando á su compañero la promesa de que no pasaría mucho tiempo sin recibir noticias suyas.

A eso de las nueve de la noche andaba Courtin con la cabeza de su cabalgadura mirando á la Logerie y vuelta la grupa á Aigrefeuille, y henchido de regocijo aguijaba de continuo al jaco con un desembarazo y travesura en él poco comunes.

Era indudable que por la mente del alcalde cruzaban ideas de color de rosa. Desde luego halagábale la idea de que el día siguiente al despertar tendría á un tiro de fusil del cortijo cincuenta soldados que no podían venir en ocasión más



oportuna, pues semejante vecindad le quitaba toda inquietud, no sólo acerca de las consecuencias que podían tener sus actos pasados, sino además por las de sus acciones futuras, pensando que atendido su cargo de alcalde tal vez dispondría de aquella fuerza para satisfacer sus odios particulares, lo cual lisonjeara sus rencores al par que su amor propio.

Sin embargo, por seductora que fuese la perspectiva de esa guardia pretoriana, que podía ser suya valiéndose de su maña y destreza habituales, esta idea no era bastante por sí sola para comunicar un gozo tan expansivo á un hombre tan positivo como Courtin.

De seguro que el desconocido había hecho brillar á sus ojos algo más que el resplandor de una gloria pasajera, y en efecto, Courtin veía al través de las nieblas del porvenir rutilantes cascadas de oro y plata hacia las cuales tendía maquinalmente las manos, en tanto que le contraía los labios la sonrisa de la codicia.

Así andaba el colono entregado á tan deleitosas ilusiones, con el cerebro entorpecido por los vapores del vino con que el desconocido le había regalado el paladar con insólita esplendidez; y tanto se dejó llevar por los ensueños que embargaban su mente, que se apoderó de él un sopor invencible, empezando su cuerpo á columpiarse siguiendo los movimientos que le comunicaba la caprichosa andadura del jaco. De pronto tropezando éste en una piedra, cayó Courtin hacia delante, y quedó con el cuerpo doblado y sobre el pomo de la silla.

No obstante lo incómodo de la postura, no hizo el colono ningún esfuerzo para salir de ella. Cabalmente en aquel momento embargaba su imaginación un sueño tan delicioso que por nada del mundo hubiera querido despertarse.

Parecía que su amo el barón extendía la mano sobre la hacienda de la Logerie, diciendo:

—¡Todo esto es tuyo!

Y este presente era mucho mayor de lo que á primera vista parecía, pues Courtin contemplaba deslumbrado un inagotable y prodigioso manantial de riquezas.

Los manzanos del verjel estaban cargados de frutos de oro y plata, y todos los varales del país no bastaban para apuntalar las ramas que se doblaban amenazando romperse bajo su peso.

Los rosales silvestres y los escaramujos, en lugar de sus bayas encarnadas y negras, ostentaban piedras preciosas de todos colores que brillaban á los rayos del sol como carbunclos, y abundaban tanto, que á pesar de estar bien convencido de que eran riquísimas, Courtin veía sin enojo á un pilluelo que se llenaba de ellas los bolsillos.

Entraba luego en el establo y veía una larguísima fila de vacas que se dilataba hasta perderse de vista, de manera que mientras la más próxima á la puerta le parecía del tamaño de un elefante, la última apenas podía distinguirse.

Junto á las vacas había una porción de muchachas que las ordeñaban, asemejándose exactamente las dos primeras á las dos Lobas, á las dos hijas del marqués de Souday.

Bajo sus dedos y de la ubre de las dos primeras vacas manaba un líquido alternativamente blanco y amarillo, y siempre brillante como metal fundido.

Al caer este líquido en las vasijas que las muchachas tenían en la mano, producía el rumor, para él sobre toda ponderación deleitoso, de una cascada de monedas de oro y plata, y al bajarse para mirar lo que en el fondo había, vió que de ellas rebosaba el dinero.

Tendía las manos codicioso para apoderarse de aquellas riquezas, cuando súbitamente le arrancaron de su extático arrobamiento una fuerte sacudida y un angustioso quejido.

Abrió los ojos el colono, miró en derredor, y vió en la oscuridad á una aldeana con el semblante y el vestido descompuestos, desmelenado el cabello, que le tendía las suplicantes manos.

Miróla Courtin de hito en hito, levantó el palo con aire amenazador, y con voz robusta y avinagrado gesto la dijo:

—¿Qué queréis?—Que me prestéis ayuda, buen hombre, contestó la aldeana, os lo pido por el amor de Dios.

Viendo Courtin que era una débil mujer quien imploraba su auxilio, recobró al momento su tranquilidad de espíritu, y ya sereno la dijo:

—¿Sabéis, buena mujer, que es un delito detener á la gente en mitad del camino para pedirles limosna?—Quién os habla de limosna? replicó la desconocida con un acento cuya altivez dejó sorprendido al alcalde. Sólo os ruego que me ayudéis á socorrer á un infeliz que está muriéndose de hambre y de fatiga, y me prestéis el caballo para llevarle á algún cortijo de estas cercanías.—¿Y quién es el hombre á

quien se trata de auxiliar?—Paréceme adivinar por vuestro traje que sois campesino, y del país; por lo tanto no vacilaré en deciroslo, pues estoy segura de que, aunque no fueseis de los nuestros, seriais incapaz de hacernos traición: es un oficial realista.

Excitada la curiosidad del colono por el timbre de la voz de la desconocida, hacía vanos esfuerzos para sondear las tinieblas, y viendo la ineficacia de sus tentativas, resolvió salir de dudas á toda costa, preguntándola:

—¿Quién sois?—¿Qué os importa? respondió la aldeana. —Me importa mucho saber á quién presto mi cabalgadura. —Está de Dios que he de tener esta noche muy negra fortuna, dijo la desconocida; vuestra pregunta me prueba que he hecho mal en dirigirme á vos como á un enemigo leal, y que por consiguiente me será preciso valerme de otros recursos. Entregadme el caballo al momento. —Lo decís en un tono...—Os doy dos minutos para reflexionar. —¿Y si pasado este tiempo me niego á complaceros?—Os haría saltar la tapa de los sesos, contestó la aldeana apuntándole una pistola para probarle que era tan capaz de hacerlo como de decirlo. —Está bien, respondió Courtin; en esta acción os conozco como si os hubiese visto: sois la señorita de Souday.

Y sin añadir palabra echó pié á tierra.

—Corriente, dijo Berta, pues ella era en efecto; decidme cómo os llamáis y mañana se os devolverá el caballo. —He adivinado que la persona á quien queréis socorrer es el dueño del cortijo que tengo arrendado. —¿Cómo se llama? —El señor Michel de la Logerie. —¡Ah! ¿sois su colono? Mejor que mejor, nos daréis un asilo en vuestra casa. —Sí, pero.... Habéis de saber que yo soy alcalde, y.... dijo balbuciendo Courtin.

Dábale muy mala espina la idea de encontrarse frente al baroncito, y alarmábale sobre todo la de que cuando éste y Berta se hallasen en su casa Juan Oullier no dejaría de ir á ella.

—¿Teméis comprometeros por vuestro amo? dijo Berta con menosprecio. —No lo creáis; muy al contrario, estoy dispuesto á derramar por él toda mi sangre; mas dentro de poco tendremos en el castillo de la Logerie una buena compañía de soldados. —Mejor: nadie sospechará que un veneciano haya ido á refugiarse cerca de sus enemigos. —Paréceme, sin embargo, y lo digo en bien del señor barón, que

Juan Oullier podría encontraros un albergue más seguro que mi casa, donde los soldados estarán entrando y saliendo como en la suya. —¡Ay! mucho me temo que la lealtad de Juan Oullier á estas horas sea del todo inútil á sus amigos. —¿Qué estáis diciendo?—Esta madrugada hemos oído muchos tiros hacia el erial, y á pesar de que según sus instrucciones no nos hemos movido de nuestro sitio, en vano le hemos esperado. De seguro ha muerto ó ha caído prisionero, pues Juan Oullier es incapaz de abandonar á sus amigos.

A ser de día, difícil le hubiera sido á Courtin disimular el júbilo que le causaba esta noticia, la cual desvanecía los temores que más cruelmente le atormentaban; pero si no era dueño de su fisonomía, éralo por lo menos de sus palabras, y al oír las que Berta conmovida acababa de pronunciar, respondió con una interjección tan lastimera que bastó para reconciliarle algún tanto con la doncella, la cual dijo:

—Apretemos el paso. —Como queráis.... ¡Diantre! Aquí todo huele á chamusquina! —Como que han pegado fuego á las zarzas. —Extraño que el señor barón haya salido ileso del incendio, pues este corría hacia donde él se encuentra. —Juan Oullier nos había llevado á los juncales del estanque de *la Frémuse*. —Hé ahí porqué al asiros del brazo cuando tropezasteis os hallé empapada en agua. —En efecto, al ver que Oullier no volvía, atravesé el estanque para ir á pedir auxilio, y no hallando á nadie, volví al islote, echéme á Michel á cuestras y trasladéle á la orilla, creyendo poder llevarle así hasta la primera casa; mas no tuve fuerzas, y dejéle sobre la yerba para venir sola al camino. Hace veinte y cuatro horas que no hemos comido. —¡Caramba! Sois una joya, hermosa niña, dijo Courtin, quien ignorando la cara que le pondría su amo deseaba congraciarse con la señorita de Souday. Os digo que son muy raros estos ejemplos, y que vos sois digna de hacer feliz al señor barón. —¿Acaso mi vida no le pertenece? preguntó Berta. —Sí, dijo enfáticamente Courtin; pero estoy pronto á juraros ante Dios que nadie entiende como vos el deber de sacrificar la existencia por.... Pero calmáos, y no andéis tan aprisa. —Sí, pues sufre y estoy segura de que me llama si ha vuelto de su desmayo. —¡Estaba desmayado! exclamó Courtin viendo en esta circunstancia una probabilidad de evitar una explicación inmediata. —Sí, ¡pobre mozo! está herido. —¡Herido! ¡Dios mío! —Con su complexión débil y en extremo

delicada ha estado veinte y cuatro horas sin recibir más que auxilios casi inútiles.—¡Cielos!—Todo el día ha estado expuesto á los ardorosos rayos del sol entre los juncales; y como esta noche, á pesar de todas mis precauciones, se ha mojado sobremanera, está aterido de frío.....—¡Virgen santa!—¡Ah! si le sucediese alguna desgracia, consagraria toda mi existencia á expiar la falta de haberle expuesto á tantos peligros sabiendo cuán poco podía resistirlos, exclamó Berta.

Y al decir estas palabras, toda su pasión política se desvanecía ante los tormentos que experimentaba al contemplar la dolorosa situación del baroncito.

Tocante á Courtin, la noticia de que su amo se hallaba en un estado que debía privarle del uso de la palabra, parecía haber doblado la longitud de sus piernas. Berta no necesitaba estimularle, pues iba siempre á su lado y tirando de la brida con todas sus fuerzas para obligar al jaco á seguirles mal de su grado con desusada ligereza.

Alegrábase también al colono la nueva de la desaparición de Juan Oullier, y ocupábase durante el camino en forjar pretextos á fin de cohonestar su conducta á los ojos del barón, para llegar fácilmente á un arreglo.

Poco tardaron Berta y Courtin en llegar al sitio donde estaba Michel, y encontráronle apoyado de espaldas en una piedra, con la cabeza sobre el pecho, y si no del todo desmayado, aletargado por lo menos por aquella postración general que entorpece los sentidos, que no observan sinó de un modo confuso cuanto pasa á su alrededor. Por lo tanto no reparó en Courtin, y cuando éste ayudado de Berta le montó á caballo, el mancebo maquinalmente estrechó del mismo modo la mano del alcalde que la de la doncella.

Montado ya el barón, Berta y el colono se colocaron á entrambos lados, y anduvieron sosteniéndole durante el camino, pues sin esta precaución de seguro se habría venido al suelo.

Así llegaron á la Logerie, donde Courtin llamó en seguida á su criada asegurando á Berta que podía fiar de ella como de todas las aldeanas del *Bocage*; quitó de su cama el único colchón que había en la casa, y colocó el mancebo en un camaranchón situado debajo de su aposento, acompañando sus acciones con tales protestas y señales de celo y abnegación, que Berta acabó por arrepentirse del juicio que de él había formado al detenerle en el camino.

Vendada la herida de Michel y tendido éste en el improvisado lecho, Berta fué á tenderse en la cama de la criada para dar á su cuerpo el corto descanso que imperiosamente reclamaba.

En cuanto se vió solo Courtin, restregóse alegre las manos, pensando en lo provechosa que era aquella noche.

Hasta entonces había empleado en vano la violencia para el logro de sus fines, y lisonjeábase de que en lo sucesivo debían reportarle grandes beneficios la suavidad y la astucia, pues no sólo acababa de penetrar en el campo enemigo, sinó que lo había traído á su casa, y ninguna duda le quedaba de que gracias á esta singular y dichosa combinación no tardaría en poseer todos los secretos de los blancos, y sobre todo los que atañían á Petit-Pierre.

Acordóse de las recomendaciones que el desconocido le había hecho en Aigrefeuille, siendo la principal la de avisarle directamente si conseguía descubrir el paradero de la heroína de la Vendée, sin comunicarlo á los generales, que sobre ser personas poco aficionadas á los arduos diplomáticos, eran ineptos para las grandes maquinaciones políticas.

Pareciéndole que por conducto de Berta y Michel lograría su objeto, comenzó á creer que no todos los sueños eran puras ilusiones, y que merced á los dos jóvenes con facilidad podía subir al pináculo de las riquezas que apetecía.

## XXIV

EN NANTES

Desde la tarde en que Berta salió del Moulin-Jacques manifestando á su hermana su determinación de buscar á Michel, Mary no sabía lo que de ella había sido, y fluctuaba en un mar de conjeturas.

Michel podía haber hecho alguna revelación; Berta desesperada podía haber ejecutado algún acto funesto; el pobre

delicada ha estado veinte y cuatro horas sin recibir más que auxilios casi inútiles.—¡Cielos!—Todo el día ha estado expuesto á los ardorosos rayos del sol entre los juncales; y como esta noche, á pesar de todas mis precauciones, se ha mojado sobremanera, está aterido de frío.....—¡Virgen santa!—¡Ah! si le sucediese alguna desgracia, consagraría toda mi existencia á expiar la falta de haberle expuesto á tantos peligros sabiendo cuán poco podía resistirlos, exclamó Berta.

Y al decir estas palabras, toda su pasión política se desvanecía ante los tormentos que experimentaba al contemplar la dolorosa situación del baroncito.

Tocante á Courtin, la noticia de que su amo se hallaba en un estado que debía privarle del uso de la palabra, parecía haber doblado la longitud de sus piernas. Berta no necesitaba estimularle, pues iba siempre á su lado y tirando de la brida con todas sus fuerzas para obligar al jaco á seguirles mal de su grado con desusada ligereza.

Alegrábase también al colono la nueva de la desaparición de Juan Oullier, y ocupábase durante el camino en forjar pretextos á fin de cohonestar su conducta á los ojos del barón, para llegar fácilmente á un arreglo.

Poco tardaron Berta y Courtin en llegar al sitio donde estaba Michel, y encontráronle apoyado de espaldas en una piedra, con la cabeza sobre el pecho, y si no del todo desmayado, aletargado por lo menos por aquella postración general que entorpece los sentidos, que no observan sinó de un modo confuso cuanto pasa á su alrededor. Por lo tanto no reparó en Courtin, y cuando éste ayudado de Berta le montó á caballo, el mancebo maquinalmente estrechó del mismo modo la mano del alcalde que la de la doncella.

Montado ya el barón, Berta y el colono se colocaron á entrambos lados, y anduvieron sosteniéndole durante el camino, pues sin esta precaución de seguro se habría venido al suelo.

Así llegaron á la Logerie, donde Courtin llamó en seguida á su criada asegurando á Berta que podía fiar de ella como de todas las aldeanas del *Bocage*; quitó de su cama el único colchón que había en la casa, y colocó el mancebo en un camaranchón situado debajo de su aposento, acompañando sus acciones con tales protestas y señales de celo y abnegación, que Berta acabó por arrepentirse del juicio que de él había formado al detenerle en el camino.

Vendada la herida de Michel y tendido éste en el improvisado lecho, Berta fué á tenderse en la cama de la criada para dar á su cuerpo el corto descanso que imperiosamente reclamaba.

En cuanto se vió solo Courtin, restregóse alegre las manos, pensando en lo provechosa que era aquella noche.

Hasta entonces había empleado en vano la violencia para el logro de sus fines, y lisonjeábase de que en lo sucesivo debían reportarle grandes beneficios la suavidad y la astucia, pues no sólo acababa de penetrar en el campo enemigo, sinó que lo había traído á su casa, y ninguna duda le quedaba de que gracias á esta singular y dichosa combinación no tardaría en poseer todos los secretos de los blancos, y sobre todo los que atañían á Petit-Pierre.

Acordóse de las recomendaciones que el desconocido le había hecho en Aigrefeuille, siendo la principal la de avisarle directamente si conseguía descubrir el paradero de la heroína de la Vendée, sin comunicarlo á los generales, que sobre ser personas poco aficionadas á los arduos diplomáticos, eran ineptos para las grandes maquinaciones políticas.

Pareciéndole que por conducto de Berta y Michel lograría su objeto, comenzó á creer que no todos los sueños eran puras ilusiones, y que merced á los dos jóvenes con facilidad podía subir al pináculo de las riquezas que apetecía.

## XXIV

EN NANTES

Desde la tarde en que Berta salió del Moulin-Jacques manifestando á su hermana su determinación de buscar á Michel, Mary no sabía lo que de ella había sido, y fluctuaba en un mar de conjeturas.

Michel podía haber hecho alguna revelación; Berta desesperada podía haber ejecutado algún acto funesto; el pobre

mozo podía haber sido herido ó muerto; Berta, en alguna de sus arriesgadas correrías, podía recibir algún balazo.

Bien se le alcanzaba á la doncella que con una vida tan errante en seguimiento de Petit-Pierre, quien cada noche abandonaba el asilo que en la anterior había tenido, no podía Berta encontrarles fácilmente; mas también reflexionaba que á no privárselo algún grave percance, Berta no podía menos de averiguar su paradero tomando lenguas de los aldeanos, que estaban en más ó menos íntimas relaciones con los realistas.

Al hacer esta consideración, sentía la infeliz que su corazón hartó postrado ya por los golpes que acababa de sufrir, se rendía agobiado á esta nueva pesadumbre; y viéndose sola, privada de expansión y de ver al mancebo que la fortalecía con su sola presencia en el ardor de la lucha, dejóse dominar por su negra melancolía, y empezó á sucumbir lentamente al pesar que la devoraba. Pasaba las noches de claro en claro, y de día, en vez de tomar el descanso que tanto la convenía, pasábalo esperando la llegada de Berta ó de algún mensajero suyo; pero ni Berta ni el mensajero llegaban, y la pobre Mary veía trascurrir las horas abismada en su tristeza é insensible á cuanto la rodeaba.

Mary amaba entrañablemente á su hermana, y el cruelísimo sacrificio á que por ella se resignaba lo prueba de sobra; sin embargo, ruborizábase cada vez que trataba de sondear su corazón, pues entonces conocía que no era la muerte de su hermana la que más la inquietaba; sino que á pesar del vivo y sincero cariño que la profesaba, otro sentimiento mucho más fuerte é imperioso turbaba su razón y dominaba su espíritu causándola horribles tormentos.

En vano había hecho heroicos esfuerzos para desterrar de su corazón la imagen de Michel, creyendo al verse separada del mancebo que podía pensar muy bien en él sin quebrantar la generosa resolución que de sacrificarse había formado; aquella imagen querida volvió á posesionarse otra vez de su alma, y de tal manera, que ni un solo momento la abandonaba.

Entregábase Mary con cierta voluptuosidad á las melancólicas reflexiones que este recuerdo la sugería, encontrando en ellas dulce consuelo, y gozábbase tanto en su dolor y aislamiento al pensar que sufría por el objeto amado, que casi no se acordaba de la larga ausencia de su hermana.

Después de entregarse á la desesperación, después de agotar las más siniestras suposiciones sobre la suerte que podía haber cabido á aquellos dos seres idolatrados, después de experimentar las angustiosas alternativas de la incertidumbre en que la dejaban las fugaces horas, después de contar con mortal ansiedad todos los minutos; empezó Mary á sentir un pesar agudo no exento de remordimientos.

Hacia memoria de los menores incidentes á que habían dado lugar sus relaciones con el barón y las de éste con su hermana, y preguntábase si no había sido un crimen destrozar el corazón de Michel al destrozar también el suyo; si tenía derecho á disponer de su amor, y si no era responsable de la desgracia que ocasionaría quizás, haciendo que el pobre joven compartiese con ella y mal de su grado el sacrificio que se había impuesto.

Volaba en seguida su imaginación al islote de la Jonchére, veía otra vez sus orillas cubiertas de juncos, oía aquella voz armoniosa y dulcísima que allí le dijo un día: *!Te amo!* cerraba los ojos y parecía todavía que el aliento del mancebo jugueteaba con sus cabellos, y sus labios ardientes tocaban los suyos al darla el único é inefable beso que de él había recibido.

Consideraba entonces muy superior á sus fuerzas el sacrificio que su virtud y su amor fraternal la habían aconsejado; arrepentíase de haberse impuesto una tarea sobrehumana, y el amor volvía á avasallar de tal manera su corazón, que Mary, antes tan piadosa y avezada á buscar la firmeza y la conformidad en la idea de la vida futura, no osaba ya levantar al cielo los ojos, rindiéndose agobiada al peso de su dolor, y entregábase irreflexivamente á una impía desesperación, preguntándose á sí misma si en aquella fugaz impresión que sus labios la recordaban consistía toda la dicha de ser amada, y si valía la pena de vivir para arrastrar tan triste existencia.

Poco tardó el marqués de Souday en notar la honda alteración que el pesar había hecho en la fisonomía de Mary; pero atribuyóla á las grandes fatigas que sobrellevaba.

A decir verdad, también el anciano hidalgo estaba por su parte asaz abatido y pesaroso viendo desvanecidos uno tras otro sus dorados ensueños, á la par que realizadas las predicciones del general, y entristecíale sobre todo la idea de que quizás no tardaría en verse obligado á expatriarse de

nuevo casi sin haber tenido el placer de esgrimir el acero.

Mas el marqués se creía obligado á vencer con su fortaleza de ánimo á la adversidad; y tomada esta resolución, antes habría muerto que tratado de quebrantarla en lo más mínimo, pues consideraba esta fortaleza como un deber del soldado, y el buen hidalgo, tan descuidado en punto á conveniencias sociales, era intransigente y riguroso hasta lo sumo con respecto á las exigencias del honor militar.

Así, pues, á pesar del profundo abatimiento que interiormente experimentaba, no podía leerse en su fisonomía el menor síntoma de desazón, y disimulando su pesar, aprovechaba todos los incidentes de la vida aventurera que él y sus compañeros políticos llevaban, para alegrar con agudos chistes los rostros mohinos que le rodeaban.

Hábale participado Mary la partida de Berta, y el marqués no dejó de comprender desde luego que algo habrían influido en ella la conducta de su novio y la ignorancia de su paradero. Luego supo por testigos oculares que el baroncito de la Logerie, lejos de haber faltado á su deber, había tomado parte muy activa en la heroica defensa de la Pénis-siere; y creyendo que Juan Oullier, de cuya solicitud y prudencia no podía dudar, se encontraba con su hija y su futuro esposo, juzgó que no había para qué alarmarse por la ausencia de Berta, considerándola como la de un oficial á quien ha mandado su jefe á una expedición arriesgada. Lo único que le tenía un tanto caviloso y un si es no es resentido, era que Michel hubiese preferido señalarse por sus proezas al lado de Juan Oullier y no al suyo.

La noche misma del día en que tuvo lugar el combate del Chene partió Petit-Pierre con algunos caudillos legitimistas del molino que hasta allí les había albergado, por no ofrecerles la seguridad debida. Encontrábase el camino á corto trecho de la casa, y gracias á esta circunstancia pudieron ver y oír á los soldados que pasaban con los prisioneros de la acción. Efectuóse la marcha durante la noche; mas tratándose de atravesar la carretera tropezaron los fugitivos en una partida, y viéronse obligados á ocultarse detrás de unos espesos matorrales, donde permanecieron más de una hora. Estaba todo el país tan atestado de columnas, que sólo pudieron evitar su encuentro siguiendo asperísimos senderos.

Al día siguiente fué preciso ponerse otra vez en camino. Habían subido de punto las zozobras de Petit-Pierre, y

aunque á pesar de sus heroicos esfuerzos revelábanse en su fisonomía los temores que la agitaban, sus labios permanecieron sellados, digna y serena su actitud.

Era tan tenaz la persecución que sufrían los jefes legitimistas, que ninguna noche pudieron entregarse enteramente al descanso, y al despuntar el día con ellos se levantaban el peligro y la fatiga. Aquellas marchas nocturnas que se veían precisados á hacer por la imposibilidad de atravesar el país durante el día, eran á veces muy peligrosas, y siempre cansadísimas para Petit-Pierre. Pocas eran las ocasiones que podía efectuarlas á caballo; las más veces iba á pié, cruzando campos surcados de setos que á menudo era preciso saltar, pues en la oscuridad no era posible encontrar escalas; atravesando las viñas en cuyos sarmientos tropezaban á cada paso; andando por caminos llenos de hoyos por el frecuente paso de los bueyes, y en donde los caminantes se hundían hasta las rodillas y los caballos hasta los corvejones. Empezaban ya á inquietarse los compañeros de Petit-Pierre al considerar lo perjudicial que para su salud sería aquella existencia llena de continuas fatigas y emociones, y deliberaron sobre los medios más idóneos para preservarle de toda persecución. Varios y encontrados fueron los pareceres: unos querían que fuese á París, donde era más fácil ocultarse atendido el grandísimo número de sus habitantes; decían otros que debía ir á Nantes, donde ya se le tenía preparado un asilo; otros aconsejaban que se embarcara lo más pronto posible, considerando que no podía contarse seguro sin abandonar el país, pues las pesquisas iban á ser tanto más activas, cuanto más disminuía el peligro.

De estos últimos era el marqués de Souday, mas se le objetaba la rigurosa vigilancia ejercida en la costa, así como la imposibilidad de embarcarse sin pasaporte en un puerto de mar, por insignificante que fuese.

Cortó Petit-Pierre la discusión declarando que se trasladaría á Nantes disfrazado de aldeano, entrando en la ciudad á pié y en mitad del día.

Como el cambio y abatimiento de Mary no le habían pasado inadvertidos, suponiendo Petit-Pierre, cual lo hiciera el marqués, que los causaban las fatigas y penalidades inherentes á tan aventurero género de vida, rogó al señor de Souday que le permitiese llevar consigo á su hija, reflexionando que semejante existencia no podía en modo alguno

cambiar hasta que se encontrase un asilo completamente seguro.

El marqués accedió gustoso y agradecido á esta demanda.

No causó, sin embargo, el mismo efecto á su hija, pues ocurriósele desde luego que en una ciudad, cualquiera que fuese, la sería mucho más difícil tener noticias de Berta y de Michel, y la pobre Mary las estaba aguardando á todas horas con indescriptible ansiedad. Con todo, como no había medio de negarse á ello, accedió también á los deseos de Petit-Pierre.

Al día siguiente, que era sábado y día de mercado, Petit-Pierre y Mary vestidos de aldeanas se pusieron en camino á las seis de la mañana.

Tenían que andar tres leguas y media.

Al cabo de media hora tenía Petit-Pierre lastimados los piés por los zuecos y más aun por las medias de lana á las cuales no estaba acostumbrado, y sin embargo, quiso seguir la marcha resistiendo el dolor en cuanto le fuese dable; pero convencido al cabo de que le era materialmente imposible adelantar un paso con semejante calzado, quitóse zuecos y medias, y con aquellos en la mano y estas en el bolsillo, siguió descalzo el camino.

A poco viendo pasar algunas aldeanas notó que la tersura de su cutis y la blancura aristocrática de sus piernas podían descubrirla, y apartándose á un lado del camino cogió un puñado de tierra y ensucióse con ella la piel, continuando en seguida la marcha.

Al llegar delante de Sorinières, vieron á la puerta de un mesón que estaba junto al camino á dos gendarmes de á caballo conversando con un aldeano que también iba montado.

Iban entonces Petit-Pierre y Mary acompañadas de cinco ó seis aldeanas, y al parecer los gendarmes no repararon en ellas, pero Mary, que llevada de su incesante anhelo fijaba la atención en todo el mundo deseosa de encontrar quién la diese noticias de Berta y de Michel, creyó reparar que el labriego las miraba con singular insistencia.

Volvió la cabeza al cabo de algunos momentos, y vió que éste había dejado á los gendarmes y las seguía apretando el paso para alcanzarlas.

—¡Alerta! dijo entonces en voz baja á Petit-Pierre: he notado que un hombre á quien no conozco nos miraba de un modo sospechoso, y ahora nos está siguiendo; no os

acérquéis mucho á mí, ni deis á entender que nos conocemos.—Bueno; y ¿si se dirige á vos?— Ya sabré yo contestarle: perded cuidado.—¿Sabéis dónde nos debemos encontrar si nos vemos precisadas á separarnos?—Sí; pero credme, alejáos, y no me habléis: está cerca.

Oíase ya en efecto el trote del caballo.

Separóse Mary de sus compañeras sin la menor afectación y alojó el paso.

Al oír la voz del labriego, estremecióse Mary á pesar suyo.

—¿Vamos á Nantes, pimpollo? dijo aquél deteniendo el caballo junto á la señorita de Souday y mirándola con atenta curiosidad.—No es difícil adivinarlo, respondió la joven.—¿Queréis que os acompañe?—Mil gracias, dijo Mary imitando el acento de las aldeanas de la Vendée: voy perfectamente con mis amigas.—¿Vuestras amigas? ¿Intentáis acaso hacerme creer que son todas de vuestra aldea aquellas lindas muchachas con quienes os he visto pasar?—¿Y qué os importa que lo sean ó nó? dijo Mary por no contestar á tan insidiosa pregunta.

Comprendiólo su interlocutor, y añadió:

—Permitid que os haga una proposición.—Hablad.—¿Queréis montar á la grupa de mi caballo?—¡Vaya! sería chistoso que una pobre muchacha como yo anduviese con un hombre que tiene casi el aire de un caballero.—No sería esta la primera vez....—¿Qué queréis decir? preguntó Mary algo inquieta.—Podrá ser muy bien que á los gendarmes les parezcáis aldeana, mas yo sé perfectamente que no lo sois. Os he conocido, señorita Mary de Souday.—¿A qué nombrarme en alta voz si ningún mal me queréis? respondió parándose la joven.—¡Mall! ¡toma! ¿y qué mal hay en ello?—Esas mujeres podían haberos oído, y cuando visto este traje bien se comprende que así lo exigen mi interés y mi seguridad.—¡Ya! replicó el labriego guiñando el ojo y fingiendo un aire bonachón; esas mujeres estarán á buen seguro algo enteradas del negocio.—Os juro que nó.—Bien habrá una á lo menos ¿eh?

Estremecióse Mary á esas palabras, y respondió haciendo un esfuerzo:

—Ninguna. ¿Qué razón os induce á hacerme tales preguntas?—La de que si vais efectivamente sola como decís, os rogaré que os detengáis algunos momentos.—¿Yo?—Sí.—¿Con qué objeto?—Con el de ahorrarme muchos pasos que

mañana habría tenido que dar á no encontraros.—¿Para qué?—¡Toma! para buscaros.—¿Queríais buscarme?—No por mi cuenta, como podéis comprender.—¿Quién os ha dado pues esa comisión?—Los que os aman.

Y bajando luego la voz añadió:

—La señorita Berta y el señor Michel.—¡Berta!... ¡Michel!...—Sí.—¡Con que no ha muerto! exclamó Mary. ¡Oh! hablad, decidme por favor qué ha sido de ellos.

La terrible ansiedad que denotaba el acento con que Mary había pronunciado estas palabras y la alteración de su semblante al esperar la respuesta como un reo su sentencia de muerte, no se ocultaron por cierto á Courtin, en cuyos labios vagó aquella sonrisa burlona peculiar á los campesinos, complaciéndose al propio tiempo en prolongar su silencio como deseoso de prolongar también la zozobra de la joven, mientras que se esforzaba en leer lo que en su interior pasaba.

—Perded cuidado, añadió, volverá.—¿Está herido? preguntó presurosa Mary.—¿Cómo! ¿no lo sabíais?—¡Dios mío! ¡herido! exclamó Mary con los ojos preñados de lágrimas.

Al notar lo, ya no necesitó Courtin hacer nuevas preguntas; bastábale lo que había visto.

—Es poca cosa; no creo que le haga guardar cama mucho tiempo, ni le privará de ir á la boda.

Mary se turbó, pues esas palabras la recordaban que aun no había preguntado por su hermana.

—¿Y Berta? nada me habéis dicho de ella.—¿Vuestra hermana? ¡valiente, por vida mía!—¿No está enferma ni herida?—Algo indispuesta, y nada más.—¡Pobre Berta!—Es que á decir verdad, ha hecho travesuras que á muchos hombres les habrían costado la vida.—¡Dios mío! dijo Mary, ambos sufren y no tienen quien los cuide y consuele en su dolor.—Eso nó: se cuidan y consuelan mutuamente. Es de ver cómo le mima vuestra hermana, á pesar de hallarse también enferma: hay hombres que nacen con muy buena estrella. Ahí tenéis al señor Michel, que toda su vida ha sido mimado y acariciado por su madre, y al salir de su regazo encuentra para sustituirla una novia modelo. Mucho tendrá que amarla, si no quiere que le tachen de ingrato.

Turbóse de nuevo Mary al oír tales palabras, y viendo su interlocutor el efecto que la causaban, sonrióse otra vez con su habitual socarronería.

—Vamós, dijo, ¿queréis que os diga una cosa?—Decid.—He notado que el señor barón prefiere, en punto á cabellos, el rubio claro al negro más lustroso.—¿Qué queréis decir? preguntó Mary con indecible ansiedad.—Si me precisáis á explicarme claramente, os diré una cosa que de seguro no será muy nueva para vos, estáo es, que os ama: Berta tiene su mano, Mary su corazón.—¡Ah! exclamó Mary, eso es invención vuestra, pues es imposible que el señor barón de la Logerie os haya dicho semejante cosa.—No me lo ha dicho, lo he comprendido, y como le quiero, quisiera verle feliz. ¡Pobre muchacho! cuando me llamó ayer vuestra hermana encargándome que os diese noticias de ellos, me propuse para descargo de mi conciencia deciros lo que pensaba sobre el particular.—Os equivocáis, Courtin, dijo Mary. El señor Michel no piensa en mí; es el novio de mi hermana, y la ama con todas veras, creedlo.—Hacéis mal en desconfiar de mí, señorita Mary; pues acabáis de llamarme por mi nombre, no ignoráis que soy el principal colono del señor Michel, y puedo añadir que tiene en mí ilimitada confianza. Si quisieseis....—Señor Courtin, respondió Mary interrumpiéndole, ¿queréis hacerme un favor?—Mandad.—Cambiad de conversación.—Corriente; pero permitid que renueve mi ofrecimiento: montad á la grupa de mi caballo, y os ahorraréis mucho cansancio. ¿Váis á Nantes?—Sí, respondió Mary que á pesar de sus pocas simpatías por Courtin no creía preciso ocultarle el verdadero objeto de su viaje.—Pues yo también: podemos ir juntos, á no ser que tengáis alguna diligencia que hacer, en cuyo caso yo la haría por vos con el mayor gusto y os ahorraríais esta molestia.

A pesar de la franqueza y rectitud de su carácter, Mary se vió obligada á responder con una mentira, pues importaba mucho que no llegase á traslucirse la causa de su viaje, y dijo:

—No puede ser; voy á reunirme con mi padre que está oculto en Nantes.—¡Ah! exclamó Courtin, ¡bueno! Los otros entre tanto andan buscándole y hablan de arrasar el castillo de Souday hasta dar con él.—¿Quién os lo ha dicho? preguntó Mary.

Vió Courtin que había cometido una torpeza manifestando estar al corriente de los proyectos de los agentes del gobierno, y procuró repararla del mejor modo posible.



—¡Cáspita! si vuestra hermana me envía en busca vuestra, precisamente es para preveniros que no volváis al castillo de Souday.—Ya véis pues que á nadie encontrarán allí.—Se me ocurre una idea, dijo Courtin con naturalidad perfectamente finjida; si vuestra hermana y el señor de la Logerie quieren daros noticias tuyas, será preciso que sepan vuestro paradero.—Ni yo lo sé todavía, respondió Mary; al extremo del puente Rousscau debo encontrar á un hombre que me acompañará á la casa donde reside mi padre: entonces les escribiré.—Eso es, respondió Courtin, y si tenéis que enviarles algún mensaje ó ellos quieren venirse aquí, perded cuidado, que yo me encargaré de todo.

Y sonriéndose luego de un modo significativo, añadió: —Yo os respondo de que el señor Michel me hará repetir más de una vez el viaje.—Ya os he dicho... replicó Mary interrumpiéndole.—Dispensad, señorita, no creía que os incomodaseis tan fácilmente.—Me incomodo porque vuestras suposiciones ofenden tanto á vuestro amo como á mí.—¡Conversación! dijo Courtin. El señor barón es muy rico, y no creo que á diez leguas á la redonda haya ninguna señorita que desdeñara tan buen partido. Decid una palabra, continuó el colono creyendo que todos tributaban culto al becerro de oro; decid una palabra, y la riqueza de mi amo es vuestra.—Courtin, dijo Mary deteniéndose y mirando al colono con inequívoca expresión de enojo y desprecio; creed que á no ser por el afecto que profesáis al señor Michel me enfadaría de veras. Por última vez os ruego que no habléis más de esto.

Había creído Courtin hallar más frágil la virtud de Mary, atendida su reputación de Loba, y extrañábase más y más al conocer que la joven correspondía al amor que la inquisidora mirada del colono había sorprendido en el corazón de su amo.

Así es que semejante respuesta le dejó confuso y sin saber qué decir, y temiendo frustrar sus propios planes si se propasaba demasiado, resolvió dejar que el pez cayese en la red antes de recogerla.

Hábale dicho el desconocido de Aigrefeuille que los caudillos de la insurrección legitimista se refugiarían en Nantes, donde estaba ya el señor de Souday, según Courtin creía; y como Mary iba al mismo punto y Petit-Pierre probablemente lo efectuaría, el amor de Michel á la doncella sería

el hilo de Ariadna que le conduciría á su asilo y al de Petit-Pierre, lo cual formaba el verdadero objeto de las preocupaciones políticas y ambiciosas del colono. Por lo tanto, insistir en acompañar á Mary era infundirla sospechas; y aunque deseaba llevar pronto á feliz cima su empresa, cedió á la prudencia y á la temporización, decidiéndose á dar á la joven alguna prueba que la tranquilizara completamente respecto de sus intenciones.

—¡Ah! despreciáis mi caballo, y en verdad siento que os lastiméis los piés con los guijarros.—Es preciso, dijo Mary. Yendo á pié seré menos notada que en la grupa de vuestro caballo, y es tan grande el miedo que tengo de ser conocida, que me haríais un obsequio si no me acompañarais, dejándome alcanzar á mis compañeras que están ya á un cuarto de legua.—Tenéis razón, dijo Courtin, tanto más, cuanto que vienen los gendarmes. Nada temáis, prosiguió Courtin notando un movimiento de Mary; yo les detendré en una taberna; mas antes de alejarnos, sepa yo qué la he de decir á vuestra hermana.—Decidla que todos mis pensamientos y oraciones son para su felicidad.—¿No tenéis que hacerme ningún otro encargo? preguntó Courtin.

Titubeó la joven, miró al colono, y bajando la cabeza respondió:

—Ninguno.

Sin embargo, interpretando Courtin el silencio de Mary, conoció muy bien que la última palabra de su corazón había sido para Michel, aunque sus labios no la hubiesen pronunciado.

El colono paró el caballo.

Apretó Mary el paso, y habiendo alcanzado á las aldeanas, refirió á Petit-Pierre la anterior escena suprimiendo por supuesto la parte concerniente al barón de la Logerie.

Sin sospechar Petit-Pierre del colono, cuyo nombre no la evocaba ningún recuerdo, creyó prudente eludir su curiosidad.

Dejaron adelantar á sus compañeras, y sin perderlas de vista miraron dónde se había quedado el colono, quien conforme lo había prometido acababa de detener á los gendarmes á la puerta de una taberna. No bien hubieron desaparecido las aldeanas en una hondonada, entráronse ambas fugitivas en un bosque poco distante del camino, y desde donde podían ver á los que las seguían.

Al cabo de un cuarto de hora vieron llegar á Courtin aguijoneando cuanto podía el paso de su caballo. Desgraciadamente pasaba el alcalde de la Logerie muy lejos del sitio en que se encontraban para que Petit-Pierre pudiese conocer que el huésped de Berta y de su novio era el mismo sugeto visto por ella en casa de Pascual Picaut, y el que había cortado la cincha del caballo de Michel.

Cuando perdieron de vista al colono, continuaron Petit-Pierre y Mary su interrumpido viaje, y á medida que se acercaban á la ciudad, en donde se había ofrecido un asilo al primero, iban deponiendo sus temores. Habíase ya acostumbrado Petit-Pierre á su traje, y ninguno de los labriegos que pasaban por su lado dió muestras de sospechar que aquella ligera aldeanilla fuese una señora, y mucho menos una princesa. Era ya gran cosa haber engañado el sagaz instinto de los campesinos, que en este punto sólo reconocen por rivales, cuando nó por maestros, á los soldados.

Por último llegaron á la vista de Nantes.

Antes de entrar en la población calzóse Petit-Pierre las medias y los zuecos.

Temiendo Mary que Courtin hubiese resuelto aguardarlas, en vez de entrar por el puente Rousscau, las dos fugitivas pasaron el Loira en un bote.

Al llegar frente á Bouffay, sintió Petit-Pierre que le daban un golpecito en el hombro, y volvió estremecido la cabeza.

La que acababa de permitirse tal familiaridad era una pobre vieja que iba al mercado, y habiendo puesto en el suelo un cesto de manzanas, no podía volver á cargárselo.

—Hijas mías, dijo á Petit-Pierre y á Mary, ayudadme á levantar el cesto, y os daré una manzana á cada una.

Asíóle Petit-Pierre acto continuo, hizo una seña á Mary para que cogiera la otra asa, y colocáronlo sobre la cabeza de la vieja, la cual al ver logrado su objeto se iba sin cumplir su promesa; mas Petit-Pierre la detuvo cogiéndola del brazo, y la dijo:

—¿Y la manzana, tía?

La vieja se la dió.

Con un apetito excitado por tres horas de camino, comíase Petit-Pierre las manos tras la manzana, cuando al levantar la cabeza vió un edicto en el cual se leían estas tres palabras en grandes letras: ESTADO DE SITIO.

Era el decreto del ministerio que declaraba en estado de sitio cuatro departamentos de la Vendée.

Acercóse Petit-Pierre al edicto, y leyólo tranquilamente de cabo á rabo á pesar de las instancias de Mary, quien la aconsejaba que fuera sin dilación á la casa donde las estaban esperando, á lo cual contestó que valía la pena de enterarse por completo de una cosa para él tan interesante.

A poco se internaron la dos aldeanas en el laberinto de callejuelas de la antigua ciudad bretona.

## XXV

EN DONDE VOLVEMOS Á ENCONTRAR A NUESTRO ANTIGUO AMIGO JUAN OULLIER.

Si bien era casi imposible que los soldados descubriesen á Juan Oullier en la guarida que Polilla le había proporcionado con sus hercúleas fuerzas, sin embargo, muertos éste y su compañero Poca-Alegría, el vendeano no había hecho más que cambiar la cárcel donde le hubieran encerrado los azules á caer en sus manos, por otra más horrible todavía; y la muerte que sus balas le hubieran dado, por otra mucho más espantosa.

Estaba enterrado en vida, y en aquel vasto desierto no era de esperar que nadie oyese sus gritos.

Hacia ya horas que Poca-Alegría y Polilla se habían separado de él, y cuando vió que á pesar de ser tan entrada la noche no venían á buscarle, creyó que habían muerto ó caído prisioneros.

La idea de la posición en que se encontraba Juan Oullier era capaz de helar la sangre en las venas del hombre más animoso; pero el vendeano era de aquellos varones llenos de fe que siguen luchando mientras los más bravos desesperan.

Al cabo de un cuarto de hora vieron llegar á Courtin aguijoneando cuanto podía el paso de su caballo. Desgraciadamente pasaba el alcalde de la Logerie muy lejos del sitio en que se encontraban para que Petit-Pierre pudiese conocer que el huésped de Berta y de su novio era el mismo sugeto visto por ella en casa de Pascual Picaut, y el que había cortado la cincha del caballo de Michel.

Cuando perdieron de vista al colono, continuaron Petit-Pierre y Mary su interrumpido viaje, y á medida que se acercaban á la ciudad, en donde se había ofrecido un asilo al primero, iban deponiendo sus temores. Habíase ya acostumbrado Petit-Pierre á su traje, y ninguno de los labriegos que pasaban por su lado dió muestras de sospechar que aquella ligera aldeanilla fuese una señora, y mucho menos una princesa. Era ya gran cosa haber engañado el sagaz instinto de los campesinos, que en este punto sólo reconocen por rivales, cuando nó por maestros, á los soldados.

Por último llegaron á la vista de Nantes.

Antes de entrar en la población calzóse Petit-Pierre las medias y los zuecos.

Temiendo Mary que Courtin hubiese resuelto aguardarlas, en vez de entrar por el puente Rousscau, las dos fugitivas pasaron el Loira en un bote.

Al llegar frente á Bouffay, sintió Petit-Pierre que le daban un golpecito en el hombro, y volvió estremecido la cabeza.

La que acababa de permitirse tal familiaridad era una pobre vieja que iba al mercado, y habiendo puesto en el suelo un cesto de manzanas, no podía volver á cargárselo.

—Hijas mías, dijo á Petit-Pierre y á Mary, ayudadme á levantar el cesto, y os daré una manzana á cada una.

Asíóle Petit-Pierre acto continuo, hizo una seña á Mary para que cogiera la otra asa, y colocáronlo sobre la cabeza de la vieja, la cual al ver logrado su objeto se iba sin cumplir su promesa; mas Petit-Pierre la detuvo cogiéndola del brazo, y la dijo:

—¿Y la manzana, tía?

La vieja se la dió.

Con un apetito excitado por tres horas de camino, comíase Petit-Pierre las manos tras la manzana, cuando al levantar la cabeza vió un edicto en el cual se leían estas tres palabras en grandes letras: ESTADO DE SITIO.

Era el decreto del ministerio que declaraba en estado de sitio cuatro departamentos de la Vendée.

Acercóse Petit-Pierre al edicto, y leyólo tranquilamente de cabo á rabo á pesar de las instancias de Mary, quien la aconsejaba que fuera sin dilación á la casa donde las estaban esperando, á lo cual contestó que valía la pena de enterarse por completo de una cosa para él tan interesante.

A poco se internaron la dos aldeanas en el laberinto de callejuelas de la antigua ciudad bretona.

## XXV

EN DONDE VOLVEMOS Á ENCONTRAR A NUESTRO ANTIGUO AMIGO JUAN OULLIER.

Si bien era casi imposible que los soldados descubriesen á Juan Oullier en la guarida que Polilla le había proporcionado con sus hercúleas fuerzas, sin embargo, muertos éste y su compañero Poca-Alegría, el vendeano no había hecho más que cambiar la cárcel donde le hubieran encerrado los azules á caer en sus manos, por otra más horrible todavía; y la muerte que sus balas le hubieran dado, por otra mucho más espantosa.

Estaba enterrado en vida, y en aquel vasto desierto no era de esperar que nadie oyese sus gritos.

Hacía ya horas que Poca-Alegría y Polilla se habían separado de él, y cuando vió que á pesar de ser tan entrada la noche no venían á buscarle, creyó que habían muerto ó caído prisioneros.

La idea de la posición en que se encontraba Juan Oullier era capaz de helar la sangre en las venas del hombre más animoso; pero el vendeano era de aquellos varones llenos de fe que siguen luchando mientras los más bravos desesperan.

Encomendó su alma á Dios en una breve y fervorosa oración, y puso manos á la obra con tanto afán como en medio de los abrasados escombros de la Pénissiere.

Como por lo reducido de la excavación había estado hasta entonces en cuclillas, quiso cambiar de postura, y después de prolongados esfuerzos logró ponerse de rodillas; y apoyando en seguida las manos en el suelo y las espaldas en la piedra, trató de levantarla.

Por desgracia lo que Polilla hacía jugando era imposible á los demás, y Juan Oullier no pudo mover siquiera la gran mole que entre él y el cielo había colocado el mendigo.

Reconoció Oullier el suelo, y vió que también era de piedra.

La granítica peña que cual pesada losa cerraba el hueco dejaba entre Oullier y el lecho del arroyo un intersticio de tres ó cuatro pulgadas por el cual penetraba el aire.

Bien reconocida la posición y determinado Oullier á aprovechar esta circunstancia, rompió la punta de la navaja para convertirla en cincel, y con la culata de la pistola por martillo trabajó para agrandar la abertura.

Veinticuatro horas empleó en este trabajo, sin otro sustento que el aguardiente que en su calabacilla tenía y con el cual reparaba de vez en cuando sus fuerzas, en cuyo tiempo no decayeron un punto su valor y su firmeza de ánimo.

Por último, á la noche del segundo día consiguió sacar la cabeza por el agujero que había practicado en la base de su prisión, y haciendo otro grande esfuerzo logró sacar todo el cuerpo.

Ya era hora: sus fuerzas estaban agotadas.

Púsose de rodillas, luego de pié, y por último intentó andar; mas como el pié que tenía dislocado se había hinchado de un modo espantoso durante las últimas treinta y seis horas, al dar el primer paso sintió un retortijón de nervios y cayó exhalando un grito de dolor.

Acercábase la noche, y no percibiendo Oullier rumor alguno, creyó que aquella iba á ser la última de su vida. Encomendó su alma al Altísimo, rogándole que velara por las dos niñas á quienes tanto amaba, y no queriendo que la conciencia le acusara de haber omitido algún medio de salvación, arrastróse más que anduvo hacia el occidente, donde estaban las casas más próximas.

De este modo anduvo unos tres cuartos de legua, y llegó á una loma desde la cual divisaba las luces de las casas aisladas que rodean el erial, luces que para él eran otros tantos faros de vida y salvación; pero á pesar de sus esfuerzos no le fué dable adelantar un paso más.

Hacia cerca de sesenta horas que no había comido.

Los troncos de los brezos y de las aliagas cortados al bisel por la podadera en el año anterior, habíanle maltratado las manos y el pecho, y la sangre que perdía acababa de extenuarle.

Entonces renunció á ir más lejos, y tiróse rodando á una zanja que había á la orilla del camino, resuelto á exhalar allí el último suspiro.

Acosábale la sed, y bebió el agua cenagosa que encontró en la zanja.

Era tanta su debilidad, que á duras penas pudo llevar la mano á la boca; parecíale tener la cabeza completamente vacía y oír sordos y lúgubres murmullos semejantes á los que produce el mar cuando penetra en un buque próximo á sumerjirse; cubriale los ojos un tupido velo sobre el cual corrían millares de chispas que se apagaban y volvían á encenderse como si fueran ráfagas fosforescentes.

Conocía que estaba muriéndose, y quiso gritar, sin curarse poco ni mucho de que le oyeran amigos ó enemigos; pero la voz se le anudó en la garganta, y apenas pudo oír él mismo el ronquido gutural que exhalaba.

Permaneció casi una hora en esta especie de agonía, y después de espesarse poco á poco el velo que le cubría los ojos y de afectar el zumbido de su cabeza extrañas modulaciones, perdió el sentido de lo que en derredor suyo pasaba.

Sin embargo, era muy robusta su naturaleza para sucumbir sin luchar de nuevo, y la letárgica calma en que estuvo por algún tiempo permitió que el corazón regularizara sus movimientos y se le templara algún tanto la sangre.

Como su entorpecimiento no menoscababa en lo más mínimo la agudeza de sus sentidos, oyó entonces el vendeano rumor inequívoco para un batidor del campo como él: eran los pasos de una persona que bajaba por la maleza, y por ellos vino á entender que esta pertenecía al sexo femenino.

Aquella mujer podía salvarle, y así lo comprendía Ou-

Ullier en medio de su postración; mas cuando quiso gritar ó hacer un movimiento para llamar su atención, como un hombre aletargado que ve preparar sus funerales y no puede oponerse á ellos, conoció aterrado que ya sólo vivía su inteligencia, al paso que su cuerpo paralizado por completo, se negaba á obedecerle.

Como el hombre que encerrado en vida en un ataúd hace esfuerzos sobrehumanos para romper el muro de bronce que le separa del mundo, puso Oullier en juego todos los recursos que la naturaleza le había dispensado para domar la materia.

Vano fué su empeño.

Y entretanto los pasos se acercaban; á cada minuto, á cada segundo los percibía más distintos. Parecíale al pobre Oullier que cada guijarro que aquellas pisadas hacían rodar le hería el corazón, y á medida que iban aumentando sus esfuerzos, aumentaba también su angustia, erizábansele los cabellos y bañábase la frente un sudor helado: situación más cruel que la muerte, porque los muertos no sienten.

Pasó la mujer. El vendeano oyó que los abrojos rozaban con su zagalejo rasgándolo como si hubieran querido detenerla; vió su negra sombra en la zarza y cesó de oír sus pasos, que se confundieron con el susurro de la brisa en las secas aliagas.

El desventurado se dió por perdido, y cejando en la horrible lucha que consigo mismo tenía empeñada, calmóse un tanto y mentalmente encomendó su alma al Criador.

Tan absorto estaba en su plegaria, que no advirtió la aproximación de un perro hasta que oyó su ruidosa respiración entre el zarzal, y volviendo penosamente los ojos vió un gozquecillo que le estaba mirando con inteligentes y desfavoridos ojos.

Al ver el animal el leve movimiento de Juan, apartóse y empezó á ladrar.

Parecióle entonces al vendeano que la mujer llamaba al perro; mas el gozquecillo no quiso moverse y continuó ladrando.

Esto le infundió esperanza, y no quedó defraudada.

Cansada de llamar y deseosa de saber lo que detenía al perro, la aldeana, que casual ó providencialmente era la viuda de Picaut, acercóse á la zarza y vió á un hombre, en quien conoció á Juan Oullier.

Por el pronto creyóle muerto; mas luego vió que la miraba de hito en hito con los ojos desmesuradamente abiertos; púsole la mano en el corazón y sintió que aun latía; sentóle en la yerba, rocióle el rostro con agua, y dióle á beber una poca, introduciéndosela en los apretados dientes. Poco á poco, como si por una persona viva volviese á la vida, sintió que se le quitaba de encima el gran peso que le oprimía, cobrando grato calor sus entumecidos miembros; y vertiendo algunas lágrimas de gratitud, asió la mano de la viuda y llevóla á los labios al par que la regaba con su llanto.

La buena mujer estaba enternecida, pues aunque filipista, apreciaba mucho al viejo chuán.

—¿Qué es eso, amigo Oullier? preguntó. Paréceme muy natural lo que hago; lo mismo hubiera hecho por un cualquiera, y con más razón con vos, Juan, que sois un verdadero cristiano.—Así y todo... dijo Oullier.

Y faltóle aliento para continuar.

—Así y todo... ¿qué? preguntó la viuda.

Hizo el chuán un esfuerzo, y acabó su frase añadiendo:

—Os debo la vida.—No lo creo.—Os lo aseguro: sin vos iba á perecer aquí.—Sin mi perro querréis decir, Juan; con que sólo al cielo debéis dar las gracias. Pero ¿estáis herido? añadió viéndole ensangrentado.—No; rasguños y nada más. Mi mayor mal es tener el pié dislocado y no haber comido en sesenta y cuatro horas. La debilidad es lo que me tenía á las puertas de la muerte.—¡Infeliz! aguardad un momento: precisamente llevaba ahora de comer á los que siegan yerba para mí en el erial, y váis á tomar un bocado.

Y dejando la viuda en el suelo lo que en la mano llevaba, desató las cuatro puntas de un mantel que contenía sopa y cocido calientes, y dió algunas cucharadas á Oullier, quien cobraba fuerzas á medida que engullía la suculenta sopa.

—¡Ah! exclamó el vendeano, y respiró con brio.

Brilló entonces una sonrisa de satisfacción en el grave y triste semblante de la viuda, quien, sentándose en frente de Oullier, le preguntó:

—¿Qué haréis ahora, perseguido como sois por los azules?

—¡Ay! respondió el chuán, con mi pobre pierna he perdido todo mi vigor, y pasarán muchos meses antes de que pueda correr por los bosques como me convendría, si no quiero consumirme en algún calabozo. Mirad, añadió sus-

pirando, lo mejor sería ir á buscar á maese Jaime, que me proporcionaría un asilo donde restablecerme.—¿Y vuestro amo y sus hijas?—Mi amo no volverá tan pronto á Souday, y hará bien.—Pues ¿á dónde irá?—Sin duda se embarcará con las señoritas.—¡Peregrina idea la vuestra, Juan, de ir á curaros entre aquella cáfila de bandidos que acompañan á maese Jaime! ¡Cuidado si estaréis bien servido!—Es el único que puede acojerme sin comprometerse.—Pues ¿y yo? Veo que no os acordáis de mí, Juan, y en verdad hacéis mal.—¿No sabéis acaso las penas en que incurren los que dan asilo á un chuán?—¿Qué penas ni qué alforjas? Juan amigo, la gente honrada no debe temerlas.—Además, vos odiáis á los chuanes.—Nó, sinó á los malvados de todos los partidos. Malvados son, por ejemplo, los que mataron á mi pobre Pascual, y contra ellos vengaré su muerte, si puedo; pero vos, Juan, blanca ó tricolor, lleváis la escarpela de la gente de bien, y os salvaré.—¡Si no puedo dar un paso!—Ni aunque pudierais me atrevería yo á estas horas á introducirme en mi casa, nó por temor de comprometerme, sinó porque desde la muerte de aquel pobre mancebo vivo prevenida contra las traiciones. Escondéos lo mejor que podáis, y de noche vendré á buscaros con un carro; mañana el cirujano de Machecul os pasará la mano por los tendones del pié, y dentro de tres días correréis como un galgo.—¡Toma! lo mejor fuera eso, mas...—¿No haríais lo mismo por mí?—¡Oh! ya sabéis que por vos me arrojaría al fuego.—Pues asunto concluido: por la noche vendré á buscaros.—Gracias, acepto, y creed que no favoreceréis á un ingrato.—No lo hago por merecer vuestro agradecimiento, Oullier, sinó por cumplir mi deber de mujer honrada.—¿Qué buscáis? preguntó Juan viendo que la viuda miraba á todos lados.—Pensaba que entre la maleza estaríais más seguro que en esta zanja.—No puedo moverme, dijo el chuán enseñando á la viuda sus destrozadas manos, su rostro surcado de cicatrices y su pié hinchado; además, aquí no estoy mal: vos habéis pasado por mi lado sin sospechar que aquí hubiese un hombre.—Si; pero puede pasar un perro y olfatearos como lo hizo el mío. Pensad, Oullier, que en pos de la guerra vienen las delaciones y las venganzas.—No digo lo contrario, mas Dios es bueno y nos ayudará.

La piadosa viuda no replicó, y dando un pedazo de pan

á Oullier, y arreglándole un lecho de hojas, apartó de su lado los abrojos, y segura de que no podía ser visto de los transeuntes, se fué, encargándole que tuviera paciencia.

Acomodóse el chuán lo mejor que pudo, elevó fervientes acciones de gracias al cielo, y habiéndose comido el pedazo de pan, cayó luego en el profundo sueño que acarrearán las grandes postraciones.

Hacia algunas horas que descansaba, cuando un rumor de voces le sacó de la especie de soñolencia posterior al entorpecimiento: creyó oír el nombre de sus señoritas, y desconfiado en su cariño como lo son en todos sus afectos los hombres de su temple, supuso que algún peligro amenazaba á Berta ó á Mary, y cobrando á esta idea fuerzas para sacudir su postración, incorporóse sobre el codo, apartó con cuidado las espinosas ramas que le rodeaban, y miró al camino.

Había anochecido, y no era tan densa la oscuridad que no pudiese el vendeano distinguir dos bultos humanos sentados en un tronco derribado á la otra parte del camino.

—¿Por qué no continuasteis siguiéndola ya que la habíais conocido? preguntaba uno de ellos, que por su acento alemán muy marcado daba á entender que era forastero.—¡Cáscaras! respondió el otro, no la tenía yo por tan loba, y con el chasco que me ha dado me prueba que soy un majadero.—Seguro podéis estar de que la que buscamos estaba en el grupo de aldeanas de que se apartó Mary de Souday para reunirse con vos.—¡Oh! en cuanto á eso tenéis razón, pues cuando pregunté á aquellas mujeres por la moza que con ellas iba, respondieronme que ella y su compañera se habían quedado atrás.—¿Qué hicisteis entonces?—¡Toma! dejé el jaco en la posada, y esperélas oculto al extremo del Pymille.—Inútilmente ¿eh?—Sí, y eso que estuve allí más de dos horas.—Tomarían algún atajo para entrar en Nantes por otro puente.—Eso de seguro.—Y es sensible, porque tal vez vuestra buena suerte nunca os depare una ocasión tan propicia.—Sí me la deparará, os lo fio.—¿De qué manera?—¡Oh! como diría mi vecino el marqués de Souday, ó mi buen amigo Juan Oullier (Q. S. G. H.), en casa tengo el sabueso que necesito para esa caza.—¿Un sabueso?—Sí, y muy bueno: tiene algo lastimada una pata, mas en cuanto esté curada, le atraillaré y nos pondrá en pista, sin que nos tomemos otra molestia que contenerle

para que no rompa la trailla á puro tirar de ella á fin de alcanzar el venado.—Ea, dejáos de bromas, que el asunto es muy grave.—¡Bromas! ¿Por quién me tomáis? ¿Para qué gastara yo bromas cuando se trata de cincuenta mil francos que me habéis prometido? Creo que me habéis dicho cincuenta mil francos, ¿no es cierto?—Sí, hombre, sí, ya me lo habéis preguntado más de veinte veces.—Es que nunca me cansaría de oírlo ni de contar el dinero si lo tuviera.—Entregadnos la persona, y lo tendréis.—¡Oh! ya oigo sonar las amarillas: ¡tin! ¡tin!—Pero decidme qué significa lo del sabueso.—¡Oh! ya os lo diré, y de muy buena gana; pero...—Acabad.—Toma y daca.—¿Qué entendéis por toma y daca?—Ya os dije el otro día que deseo servir al gobierno, primero porque le aprecio, y en seguida porque sirviéndole vejo á los nobles, á quienes aborrezco; mas al cabo no me desagradaría recibir dinero del gobierno, ya que hasta hoy siempre le he dado poco ó mucho. Además, ¿quién os dice que cuando tenga en su poder á la persona por quien nos promete montes de oro, nos dé lo que nos ha... ó más bien lo que os ha prometido?—Estáis loco.—Estuviéralo, al contrario, si no os dijera lo que os digo: me gustan más dos precauciones que una, y diez más que dos; y si he de hablaros francamente, en este negocio no veo que sobre ninguna precaución.—Corréis los mismos riesgos que yo: un alto personaje me tiene prometido que si cumplo el compromiso que con él contraje recibiré cien mil francos.—¡Cien mil francos! Muy poco es para que hayais venido de tan lejos; vamos, confesad que son doscientos mil, y que sólo me dáis la cuarta parte porque no necesito ausentarme del país. ¡Caramba! ¡doscientos mil! ¡Cuán feliz sois! Es una suma redonda, y suena muy bien. Corriente, tengamos confianza en el gobierno; mas ¿puedo también tenerla en vos? ¿Quién me asegura que no os marcharéis con el dinero, ya que á vos lo entregarán? Y en ese caso, ¿á qué tribunales acudiré contra vos?—Amigo mío, en las asociaciones políticas la fe firma los contratos.—Por eso se cumplen tan fielmente; con franqueza, más me gustaría otra firma.—¿Cuál?—La vuestra ó la del ministro con quien os entendéis.—Bien: veremos de contentaros.—¡Chito!—¿Qué hay?—¿No habéis oído?—Sí, alguien viene; pareceme que es un carro.

Levantáronse ambos á un tiempo, y á la claridad de la

luna que entónces dió en sus personas, violes Oullier el rostro, después de oír toda su plática.

—Vámonos, dijo el desconocido.—No, respondió Courtin, todavía tengo que deciros muchas cosas; ocultémonos en este matorral, y cuando haya pasado el importuno terminaremos nuestro negocio.

Y ambos se encaminaron á la zarza.

Oullier comprendió que estaba perdido; mas no queriendo ser cogido como un conejo en su gazapera, púsose de rodillas y sacó su navaja, la cual, aunque despuntada, podía servir de mucho en una lucha á brazo partido.

No tenia otra arma, y creía que los dos hombres no llevaban ninguna; mas al ver el colono que se levantaba un hombre de la mata, retrocedió algunos pasos sin perder de vista la especie de fantasma que le aparecía, y recogiendo el fusil que junto al tronco habia dejado, hizo fuego sobre el bulto.

Tras el tiro oyóse un grito ahogado.

—¿Qué habéis hecho? preguntó el desconocido.—Nos espiaba un hombre, respondió Courtin pálido y temblando. El forastero fué á examinar la zarza.

—¡Id con cuidado! dijo Courtin; si es un chuán y no ha muerto, va á responder.

Y el colono se mantenía apartado y con el arma preparada.

—Es un campesino, dijo el desconocido, y parece muerto.

Asiendo entonces del brazo á Oullier, sacóle de la zanja; y al ver Courtin la inmovilidad cadavérica de aquel hombre, acercóse más tranquilo.

—¡Juan Oullier! exclamó conociendo al vandeano; ¡Juan Oullier! Por mi santiguada que no creí nunca matar á nadie; pero ya que así habia de suceder, huélgome de que haya sido á ese y no á otro. Júroos en verdad que es un tiro bien aprovechado.—Bueno, pero entretanto la carreta se va acercando, replicó el desconocido.—Es cierto; ha subido ya la cuesta y el caballo va al trote. ¡Pronto! no hay que perder un momento: ¡estáis bien seguro de que ha muerto?—Así parece...—Ea, en marcha, pues.

Soltó el desconocido el cuerpo de Juan Oullier que durante este diálogo habia estado sosteniendo, y el herido cayó dando con la cabeza en el suelo con siniestro ruido.

—Bien muerto está, por vida mía, dijo Courtin.

Y en seguida sin osar acercarse al cadáver y señalándolo con el dedo, añadió:

—Mirad, eso nos asegura el negocio mejor que todas las firmas del orbe: ese cadáver vale doscientos mil francos. —¿Cómo?—Era el único hombre capaz de arrebatarme el sabueso de que poco há os hablaba. Creíale muerto, y acabo de ver que me equivocaba; pero ahora ya podemos estar seguros de que no nos estorbará; por consiguiente, manos á la obra. ¡A la caza, á la caza!—Sí, que ya está cerca la carreta.

En efecto, esta sólo distaba cien pasos del matorral.

Internáronse entrambos en la espesura desapareciendo entre las tinieblas, en tanto que la viuda Picaut, que iba por Oullier conforme se lo había prometido, llegaba desfavorida corriendo al lugar de la escena.

## XXVI

LA BARONESA DE LA LOGERIE PROPONE Y DIOS DISPONE

Algunas semanas habían bastado para trocar completamente la existencia de los personajes que tomaran parte en los sucesos que venimos relatando.

Acabábase de promulgar el estado de sitio en los cuatro departamentos de la Vendée, y el general que los mandaba publicó un edicto invitando á los montañeses á deponer las armas y á someterse al gobierno, prometiéndoles que serian tratados con magnánima indulgencia. Había fracasado tan por completo la insurrección, que la mayor parte de los vendeanos temían sus consecuencias. Algunos siguieron el consejo que sus jefes les habían dado al licenciarlos, y entregaron las armas; pero la autoridad civil no se dió por satisfecha, y los prendió á todos sin contemplación. Muchos fueron víctimas de su extremada confianza; mas este rigor impolítico dió también al traste con las pacíficas disposicio-

nes de los que, más prudentes y avisados, habían preferido estar en expectativa por algún tiempo antes de obedecer á las intimaciones de la autoridad.

A consecuencia de estos hechos, tuvo maese Jaime un grande aumento de personal en su pandilla. Dióse el bandido tan buena maña en explotar la errada conducta de sus adversarios, que al cabo de poco tiempo se encontró con fuerzas bastantes para resistirles en los bosques mientras la Vendée entera se entregaba á discreción.

Entretanto Gaspar, Juan Renaud, Brazo de acero y demás caudillos de la insurrección pasaban el mar para ponerse á cubierto de las iras del gobierno, excepto el marqués de Souday. Desde que había dejado á Petit-Pierre, ó más bien, desde que Petit-Pierre le había dejado, el desgraciado hidalgo había perdido su humor festivo con el cual se había impuesto el deber de combatir la tristeza de sus compañeros. En cuanto cesó de existir este deber, cayó en el extremo opuesto, y tornóse melancólico y taciturno sobre toda ponderación. La derrota del Chene, además de herirle en el corazón por sus simpatías políticas, desvanecía los hermosos ensueños que su mente se había complacido en formar; quedábanle tan sólo de aquella aventurera vida cuyos pintorescos recuerdos le sonreían pocos días antes, los reveses y contrariedades imprevistas, las penas ignoradas, las privaciones mezquinas y triviales de la vida presente.

Tal le tenían el aburrimiento y el pesar, que aquel hombre que poco antes encontraba monótona y pesada la residencia en el castillo de Souday, llegó á echar de menos aquellas veladas que tan agradables hacían el cariñoso agasajo y la amena conversación de Berta y Mary; encontró á faltar ante todo sus entretenidos coloquios con Juan Oullier, y apesadumbrábase de tal modo su ausencia, que sin cesar preguntaba por él y trataba de averiguar su paradero con un afán tan laudable como poco habitual en el anciano marqués.

En tal disposición de ánimo se encontraba, cuando un día halló á maese Jaime, que andaba por los alrededores de Grandlieu espionando la marcha de una columna.

Nunca había abrigado grandes simpatías por el amo de los conejos, cuyo primer acto de disciplina había sido emanciparse por sí y ante sí de su autoridad, habiendo tenido siempre aquel carácter revoltoso como un ejemplo altamente



Y en seguida sin osar acercarse al cadáver y señalándolo con el dedo, añadió:

—Mirad, eso nos asegura el negocio mejor que todas las firmas del orbe: ese cadáver vale doscientos mil francos. —¿Cómo?—Era el único hombre capaz de arrebatarme el sabueso de que poco há os hablaba. Creíale muerto, y acabo de ver que me equivocaba; pero ahora ya podemos estar seguros de que no nos estorbará; por consiguiente, manos á la obra. ¡A la caza, á la caza!—Sí, que ya está cerca la carreta.

En efecto, esta sólo distaba cien pasos del matorral.

Internáronse entrambos en la espesura desapareciendo entre las tinieblas, en tanto que la viuda Picaut, que iba por Oullier conforme se lo había prometido, llegaba desfavorida corriendo al lugar de la escena.

## XXVI

LA BARONESA DE LA LOGERIE PROPONE Y DIOS DISPONE

Algunas semanas habían bastado para trocar completamente la existencia de los personajes que tomaran parte en los sucesos que venimos relatando.

Acabábase de promulgar el estado de sitio en los cuatro departamentos de la Vendée, y el general que los mandaba publicó un edicto invitando á los montañeses á deponer las armas y á someterse al gobierno, prometiéndoles que serian tratados con magnánima indulgencia. Había fracasado tan por completo la insurrección, que la mayor parte de los vendeanos temían sus consecuencias. Algunos siguieron el consejo que sus jefes les habían dado al licenciarlos, y entregaron las armas; pero la autoridad civil no se dió por satisfecha, y los prendió á todos sin contemplación. Muchos fueron víctimas de su extremada confianza; mas este rigor impolítico dió también al traste con las pacíficas disposicio-

nes de los que, más prudentes y avisados, habían preferido estar en expectativa por algún tiempo antes de obedecer á las intimaciones de la autoridad.

A consecuencia de estos hechos, tuvo maese Jaime un grande aumento de personal en su pandilla. Dióse el bandido tan buena maña en explotar la errada conducta de sus adversarios, que al cabo de poco tiempo se encontró con fuerzas bastantes para resistirles en los bosques mientras la Vendée entera se entregaba á discreción.

Entretanto Gaspar, Juan Renaud, Brazo de acero y demás caudillos de la insurrección pasaban el mar para ponerse á cubierto de las iras del gobierno, excepto el marqués de Souday. Desde que había dejado á Petit-Pierre, ó más bien, desde que Petit-Pierre le había dejado, el desgraciado hidalgo había perdido su humor festivo con el cual se había impuesto el deber de combatir la tristeza de sus compañeros. En cuanto cesó de existir este deber, cayó en el extremo opuesto, y tornóse melancólico y taciturno sobre toda ponderación. La derrota del Chene, además de herirle en el corazón por sus simpatías políticas, desvanecía los hermosos ensueños que su mente se había complacido en formar; quedábanle tan sólo de aquella aventurera vida cuyos pintorescos recuerdos le sonreían pocos días antes, los reveses y contrariedades imprevistas, las penas ignoradas, las privaciones mezquinas y triviales de la vida presente.

Tal le tenían el aburrimiento y el pesar, que aquel hombre que poco antes encontraba monótona y pesada la residencia en el castillo de Souday, llegó á echar de menos aquellas veladas que tan agradables hacían el cariñoso agasajo y la amena conversación de Berta y Mary; encontró á faltar ante todo sus entretenidos coloquios con Juan Oullier, y apesadumbrábase de tal modo su ausencia, que sin cesar preguntaba por él y trataba de averiguar su paradero con un afán tan laudable como poco habitual en el anciano marqués.

En tal disposición de ánimo se encontraba, cuando un día halló á maese Jaime, que andaba por los alrededores de Grandlieu espionando la marcha de una columna.

Nunca había abrigado grandes simpatías por el amo de los conejos, cuyo primer acto de disciplina había sido emanciparse por sí y ante sí de su autoridad, habiendo tenido siempre aquel carácter revoltoso como un ejemplo altamente

fatal para los vendeanos. Este por su parte odiaba al marqués como á cuantos le eran superiores en alcurnia ó jerarquía social. Sin embargo, no pudo menos de conmovirse al ver el triste estado en que se encontraba el anciano en la choza donde se había refugiado el día siguiente al de la partida de Petit-Pierre para Nantes, y ofrecióle un asilo en la selva de Iouvain, en la cual, además de la abundancia que reinaba en el pequeño campamento, podía distraerse batiéndose de vez en cuando con los soldados de Luis Felipe.

Ocioso es decir que el marqués llamaba Felipe á secas al rey Luis Felipe.

La última de aquellas consideraciones le decidió á aceptar el ofrecimiento de maese Jaime, pues ardía en deseos de vengar la ruina de sus esperanzas, haciendo pagar á alguien las decepciones que experimentaba, el tedio que le consumía desde la ausencia de sus hijas, y el pesar de verse separado de Juan Oullier. Este anhelo le hizo seguir al amo de los conejos, quien de subordinado, ó mejor de insubordinado se trocó en protector, y conmovido por la bondad y llaneza del marqués, tratóle con más miramiento y deferencia de lo que era de esperar de su rudeza y malos precedentes.

En cuanto á Berta, á los dos días de morar en la casa de Courtin, algo recobradas sus fuerzas, comprendió que su permanencia bajo el mismo techo que su novio, lejos de su padre y de Juan Oullier, que en rigor habría podido reemplazarle, podía dar pábulo á la murmuración, y salió por lo tanto del cortijo, yéndose á vivir con Rosina en casa de Tinguy. Distaba esta media legua de la de Courtin, y la joven iba todos los días á ver á Michel, prodigándole los cuidados de una hermana con la ternura y el tacto exquisito de una amante.

El cariño y la completa abnegación de que Berta le daba tantas pruebas le conmovían hondamente; mas no alteraban por eso los sentimientos que le animaban con respecto á Mary, antes por el contrario contribuían á hacer más embarazosa su posición. No se atrevía á dar cabida en su alma al pensamiento de torturar la de la joven á quien debía la existencia, y sin embargo, paulatinamente iba sucediendo, á los violentos arrebatos y terribles dolores que antes sentía, una plácida y tranquila resignación. Aunque no podía acostumbrarse á la idea del sacrificio que Mary le exigía, contestaba á los cariñosos cuidados de Berta con sonrisas

forzadamente afectuosas; y cuando ésta le dejaba, exhalaba un doloroso suspiro, único intérprete de su pesar, suspiro que oía Berta como la expresión de un sentimiento muy diferente. Sin embargo, á no ser por Courtin, que en cuanto veía desaparecer á Berta entre los árboles del verjel subía al cuartito de Michel, y sentábase á la cabecera de su cama hablándole de Mary, el alma tierna é impresionable de Michel hubiera acabado quizás por resignarse á las exigencias de su situación aceptando el destino que la fatalidad le imponía. Pero el alcalde de la Logerie hablaba tan á menudo de Mary al señorito, demostrábale tan vivos deseos de verle feliz con el logro de lo que su corazón ansiaba, que éste á medida que se le iba cicatrizando la herida y recobraba la salud, sentía abrirse de nuevo la del corazón, desapareciendo su gratitud á Berta ante el recuerdo de su hermana.

Courtin hacía un trabajo análogo al de Penélope: desahacía de noche lo que Berta con tanto trabajo había hecho de día.

Poco le había costado al alcalde de la Logerie, atendido lo débil y postrado que se encontraba Michel cuando le llevó á su casa, alcanzar su perdón por la conducta que con él había observado, excusándose con la viveza de su cariño y la inquietud que le causaba la fuga de su amo. En seguida, aprovechándose de la circunstancia de conocer su secreto, descubrimiento que había hecho con suma facilidad, como á él mismo se lo hemos oído relatar, y lisonjeando astutamente el amor del mancebo, logró muy pronto adquirir de nuevo su confianza. Michel sufría también por no poder desahogar los pesares que le amargaban; y supo Courtin fingirse tan compadecido de ellos, halagando sus ilusiones, mostrarse tan admirador de Mary, que fué poco á poco induciendo á Michel, sin á confiarle, á dejarle adivinar lo que había pasado entre él y las dos hermanas.

Courtin se guardó muy bien de mostrarse hostil á Berta, procurando por el contrario obrar de manera que ésta le creyese de su parte en el proyecto por el cual debía unirse con el joven barón. Cuando hablaba con ella en ausencia de Michel, hacíalo siempre tratándola como á su futura ama. Fué tal la habilidad del colono, que ignorando la doncella sus antecedentes, no cesaba de ponderar á Michel la adhesión que le tenía, y designábale siempre llamándole: Nuestro buen Courtin.

Mas cuando éste se encontraba á solas con su amo, volvía á lisonjearle sus más recónditos sentimientos: hacía constante alarde de compadecerle en su infortunio, y animado entonces el mozo por la conmiseración del colono, desahogaba el pecho relatándole los incidentes de sus amores con Mary. Courtin siempre le decía lo mismo: Os ama, insinuándole que debía violentar en algún tanto el corazón de Mary, seguro de que esta no podía menos de agradecerle semejante violencia. Anticipándose luego á sus deseos, prometiale que tan pronto como le viera restablecido, se consagraria por completo á realizar su felicidad, y que él sabria arreglar las cosas de manera que sin faltar Michel á la gratitud que á Berta debía, ésta renunciase espontáneamente al proyectado enlace.

Desazonábale sin embargo al colono la larga convalecencia de su amo, viendo que pasaban los días sin poder adquirir la menor noticia del paradero de Petit-Pierre, y esperaba con impaciencia el momento de hacer seguir al barón las huellas de Mary.

Creemos que ya se habrá comprendido que Michel era el sabueso del cual contaba servirse para lograr su objeto.

Al verse Berta libre de los temores que al principio le inspiraba la herida del mancebo, había ido varias veces acompañada de Rosina á la selva de Touvain, en donde la había hecho saber su padre estaba oculto. Dos ó tres veces había procurado Courtin al regreso entablar conversación sobre las personas por quienes las dos muchachas debían interesarse más vivamente; pero Berta había permanecido siempre muy reservada, y el alcalde conoció que era aquel un terreno muy resbaladizo, y que la menor imprudencia podía despertar mal dormidas sospechas provocando un conflicto; por consiguiente, aprovechó la mejoría de Michel, que adelantaba de un modo sensible, para incitarle de continuo á tomar una determinación, dándole á entender que si quería confiarle un recado para Mary, él se encargaba de obtener de ella una respuesta, y hasta un cambio favorable en sus ideas, haciéndola desistir de su harto generoso propósito.

En este estado siguieron las cosas por espacio de seis semanas, trascurridas las cuales Michel se encontró ya visiblemente mejorado, pues tenía cicatrizada la herida y casi había recobrado del todo las fuerzas. Privábale de salir durante el día la proximidad del destacamento que el general

había colocado en la Logerie; pero por la noche paseábase bajo los árboles del verjel, apoyado en el brazo de Berta.

Cuando llegaba la hora de retirarse, volvía Michel á su estancia, y Rosina y Berta, á quienes los centinelas estaban ya acostumbrados á ver entrar y salir de la casa á todas horas, volvían á casa de Tinguy, de donde salía Berta al día siguiente para volver al lado de Michel.

Estos paseos nocturnos contrariaban sobremanera á Courtin, pues cuando los diálogos de Berta y el barón tenían lugar en la casa, había más probabilidades de que pudiese coger alguna palabra equivalente á un indicio de los que tanto deseaba adquirir; y por lo tanto, hacía todo lo posible para impedir que se verificasen, acostumbrándose, entre otras cosas, para lograr su objeto, á leerles cada noche la lista de los condenados inserta en los periódicos que como alcalde tenía.

Un día les participó que era de todo punto preciso renunciar á los paseos nocturnos, y al preguntarle la causa comunicóles una sentencia en virtud de la cual se condenaba por contumaz á Michel de la Logerie á la pena de muerte.

Esta sentencia, que afectó muy poco al barón, dejó aterrada á Berta, quien tuvo tentaciones de echarse á los piés del joven pidiéndole perdón por haberle arrastrado á tales desatinos.

Como salió agitada del cortijo, toda la noche estuvo soñando cosas tanto más terribles, cuanto que las soñaba con los ojos abiertos: veía á Michel descubierto, preso y fusilado.

Así es que al día siguiente estuvo en el cortijo dos horas antes de lo acostumbrado.

No había novedad, ni se notaba ningún síntoma que acrecentara los temores ordinarios.

El día pasó como de costumbre: lleno de delicias y angustias para Berta, de melancolía y de aspiraciones exteriores para Michel.

Llegó la tarde, hermosa tarde de verano, y apoyada Berta en el alféizar de la ventana que daba al verjel, contemplaba cómo se ponía el sol por encima de los corpulentos árboles de la selva de Machecul, cuyas verdes copas ondulaban como un mar agitado.

Michel estaba sentado en su lecho aspirando las suaves emanaciones de la tarde, cuando de pronto oyeron el ruido de un coche que por la alameda venía.

El mancebo se abalanzó á la ventana.

Entonces vieron entrar un carruaje en el patio del cortijo. Acudió Courtin con el sombrero en la mano, y asomó una cabeza por la portezuela: era la baronesa Michel.

Estremeciése el joven al ver á su madre, no dudando de que venía á buscarle.

Consultóle Berta con los ojos, y Michel la señaló un oscuro hueco, especie de gabinete sin puerta, en el cual podía esconderse y oírlo todo sin ser vista.

Contaba Michel que la ignorada presencia de la joven le infundiría aliento. No se había equivocado: cinco minutos después oíase crujir la escalera bajo el peso de la baronesa.

Corrió Berta á esconderse, y Michel se sentó junto á la ventana cual si nada hubiese oído.

Entonces entró la baronesa.

Tal vez había venido resuelta á ser áspera y severa como de costumbre; mas al ver á Michel á la luz del crepúsculo, pálido como sus moribundos reflejos, olvidó sus propósitos, y no pudo hacer otra cosa que tenderle los brazos exclamando:

—¡Desgraciado! ¡Al fin te vuelvo á ver!

No esperaba Michel tal recepción, y echóse conmovido á sus brazos, exclamando:

—¡Madre, querida madre mía!

Es que también estaba ella muy demudada: su rostro llevaba impresas las huellas de un llanto continuo y de muchas noches de insomnio.

Sentóse, ó por mejor decir, cayó en un sillón besando la frente de Michel, á sus piés arrodillado.

Al cabo pudo decir:

—¿Cómo te encuentro aquí, tan cerca del castillo lleno de soldados?—Cuanto más cerca de ellos me encuentre, menos me buscarán.—¿Ignoras acaso lo que ha pasado en Nantes?—¿Qué?—Los consejos de guerra están fallando sin interrupción.—Contra los presos, dijo riendo Michel.—Contra todos, respondió su madre, pues los que no lo están, pueden estarlo de un momento á otro.—Menos los refugiados en casa de un digno alcalde conocido por sus opiniones filipistas.—Sin embargo, no dejas de estar...

Contúvose la baronesa como si sus labios se negaran á proseguir.

—Acabad, madre, dijo el barón.—No dejas de estar con-

denado....—A muerte: lo sé.—¡Cómo, desgraciado! ¿lo sabes y estás tan tranquilo?...—Os repito que mientras esté en casa de Courtin, creo que nada debo temer.—¿Se porta pues muy bien contigo?—Es una segunda Providencia. Hame amparado herido y muerto de hambre, hame traído á su casa, y hasta ahora me ha encubierto y alimentado.—Debo confesarte que no le miraba con muy buenos ojos.—Y no teniais razón, madre.—Corriente; hablemos de nuestros asuntos, querido hijo. Por bien escondido que aquí estés, no puedes quedarte.—¿Por qué?—Porque basta una imprudencia, una indiscreción para perderte.

Hizo Michel un gesto de duda.

—Tú no quieres que muera de espanto ¿no es cierto? dijo la madre.—Nó; os escucho.—Pues has de saber que mientras permanezcas en Francia no viviré.—¿Habéis pensado en las dificultades de abandonarla?—Sí, y las he vencido.—¿De qué manera?—Fletando un buque holandés que te está esperando en el río, en frente de Coueron. Embárcate en él y parte. ¡Ah! ¡quiera Dios que tengas fuerzas para resistir la travesía!

Michel no respondió.

—Irás á Inglaterra, ¿no es verdad? Saldrás de esta tierra maldita que ya regó la sangre de tu padre. Mira, hijo mío, mientras te vea en Francia no tendré un momento de sosiego. Siempre me parece ver la mano del verdugo extendida para arrancarte de mis brazos.

Michel continuó callado.

—Aquí tienes una carta para el capitán, y cincuenta mil francos en letras á tu orden sobre Inglaterra y América. Por lo demás escríbeme do quiera que estés, y te mandaré cuanto me pidas; ó por mejor decir, á donde vayas, hijo mío, iré á reunirme contigo. Pero ¿qué tienes? ¿por qué no respondes?

En efecto, Michel escuchaba esas palabras con una insensibilidad que casi rayaba en estupor. Partir de Francia era alejarse de Mary, y á la idea de esta separación se le oprimía el pecho de tal manera que prefería la sentencia de muerte. Desde que Courtin había alentado su pasión, desde que gracias á él había concebido nuevas esperanzas, Michel pasaba noche y día pensando en el modo de unirse con la encantadora joven, sin comunicarlo al colono.

No podía conformarse con la idea de renunciar otra vez á

sus proyectos é ilusiones, y en vez de responder á lo que su madre le decía, afirmábase más y más en su propósito de casarse con Mary.

Tal era la causa del silencio que con tanta razón inquietaba á la baronesa.

—Madre, dijola el mozo, si callo es porque temo no responder á vuestro gusto.—¿Qué quieres decir?—Oíd, madre mía, dijo Michel con una firmeza que dejó sorprendida á su madre, y de la cual en otra ocasión él mismo se hubiera creído incapaz.—¿No te niegas á partir?—No; mas con ciertas condiciones.—¡Condiciones para salvar tu existencial! ¡Condiciones para calmar las angustias de tu madre!—Desde que no nos hemos visto, madre, he sufrido y aprendido mucho: ahora sé que hay ciertos momentos que deciden de la felicidad de toda la vida, y en uno de ellos me encuentro, madre mía.—¡Y vas á decidir de mi desdicha!—No; voy á hablaros como un hombre, y nada más. No os admiren mis palabras, madre: yo entré en la lid niño todavía, y salgo de ella hombre. No ignoro cuáles son mis deberes con vos: os debo respeto, cariño, gratitud, y estos deberes nunca los olvidaré. Mas cuando el mozo pasa á ser hombre ve horizontes desconocidos que van ensanchándose á medida que adelanta, y al aparecer estos horizontes, aparecen también nuevos deberes que suceden á los de la mocedad, y le ligan, no ya exclusivamente á la familia sino á la sociedad. Al llegar á este período de la existencia, si el hombre presenta aun la mejilla á su madre, tiende ya la mano á la otra mujer que debe ser á su vez la madre de sus hijos.—¡Ah! exclamó la baronesa retrocediendo á esas palabras por un impulso superior á su voluntad.—Ahora bien, dijo levantándose el joven, yo he tendido ya la mano, y otra la ha estrechado. Ambas están unidas indisolublemente, y si parto, no partiré solo.—¿Partirás con tu novia?—Con mi esposa.—¿Y esperas tener mi consentimiento para llevar á cabo ese enlace?—Dueña sois de otorgármelo ó nó; pero yo también lo soy de partir ó quedarme.—¡Infeliz! exclamó la baronesa; lese es el pago que das á veinte años de cuidados, de ternura, de cariño!—Este pago, madre mía, respondió Michel con una firmeza aumentada por la conciencia de que no se perdía ninguna de sus palabras para los oídos que ocultamente le escuchaban; este pago lo encontraréis en el respeto que os tengo, en

la cariñosa abnegación que espero probaros cuando llegue el momento oportuno. El verdadero amor maternal no exige una recompensa usuraria; no dice: seré tu madre por espacio de veinte años, y después seré tu tirano. Ni dice: te daré la vida, la fuerza, la juventud y la inteligencia, para que con estos dones me obedezcas ciegamente. Nó, madre; el verdadero amor maternal dice: te sostuve cuando eras débil, te instruí en tu ignocencia, y te guié en tu ceguedad; ahora que ya ves, y sabes, y eres fuerte, emprende con libertad la carrera de la vida, obrando nó según tu capricho, sino según tu voluntad; elige un camino entre los mil que tienes abiertos delante, y do quier que te lleve, ama, estima y venera á la que cuando eras débil te fortaleció, cuando eras ignorante te enseñó, y cuando no veías te abrió los ojos. Hé ahí cómo comprendo la potestad que tiene una madre sobre su hijo; hé ahí cómo comprendo el respeto que el hijo debe tener á su madre.

Petrificada quedó la baronesa al oír estas razones: menos la hubiera sorprendido la ruina del universo que aquel lenguaje firme y resuelto.

Miróle con profunda sorpresa, mientras Michel, ufano y satisfecho de sí, la miraba tranquilo y con la sonrisa en los labios.

—¿Es decir, preguntó la señora de la Logerie, que nada te hará desistir de tu insensato propósito?—Nada podrá hacerme faltar á mi palabra, replicó Michel.—¡Ah! exclamó la baronesa tapándose los ojos, ¡madre infeliz!

Arrodillóse Michel á sus piés, diciendo:

—¡Dichosa y muy dichosa la madre que hace feliz á su hijo!—¿Qué tienen esas Lobas que así cautivan los corazones? exclamó la baronesa.—Como quiera que llaméis á mi amada, dijo Michel, os responderé: la mujer á quien amo posee todas las cualidades que un hombre debe desear en su esposa, y los que como nosotros han sido tan calumniados, no deben dar como vos tan fáciles oídos á las calumnias que manchan la reputación del prójimo.—Nó, nó, dijo la baronesa, nunca consentiré en ese enlace.—Entonces, madre, tomad las letras y la carta que me habeis dado para el capitán de *el Joven Carlos*, pues para nada me sirven.—¿Qué piensas hacer, desgraciado?—Una cosa muy sencilla. Como prefiero morir á vivir separado de la mujer á quien amo; como ya estoy bueno y me siento con sobradas fuer-

zas para empuñar el fusil, me juntaré con los últimos insurrectos que en la selva de Touvain capitanea el marqués de Souday, y lidiando con ellos pereceré. Dos veces me ha errado ya la muerte, añadió con amarga sonrisa; espero que á la tercera tendrá el ojo más certero y el pulso más seguro.

Y el joven dejó caer la carta y las letras en el regazo de su madre.

Había en el acento y en los ademanes del barón tal resolución y firmeza, que comprendiendo su madre la inutilidad de esforzarse en quebrantarlas, cedió mal de su grado y dijo:

—Sea, hágase tu voluntad, y así Dios olvide que has violentado la de tu madre.—Lo olvidará, y vos también cuando veáis á vuestra hija.

La baronesa movió la cabeza con aire de incredulidad.

—Vé, le dijo, vé y cástate lejos de mi presencia con una extraña á quien no conozco, ni jamás he visto.—Espero casarme con una mujer á quien vos sabréis conocer y apreciar, y ese gran día será para mí consagrado por vuestra bendición. Acabáis de decirme que vendréis á encontrarme do quiera que me halle, y prometo aguardaros, madre mía.

Levantóse la baronesa y se encaminó á la puerta.

—¿Os vais sin decirme adiós, sin abrazarme? ¡Ah! ¿no teméis, madre mía, que semejante despedida sea funesta para mí?—Ven, desgraciado, ven á mis brazos, á mi corazón.

Pronunció la baronesa estas palabras con aquel grito que tarde ó temprano exhala siempre el corazón de una madre.

—¿Cuándo partirás, hijo mío? le preguntó.—Eso depende de ella, contestó Michel.—Lo más pronto posible, ¿no es verdad?—Creo que será esta noche.—Abajo encontrarás un traje completo de aldeano: disfrazáte lo mejor que puedas, y parte pronto, pues de aquí á Coueron sólo hay ocho leguas, y puedes llegar allá á las cinco de la mañana. No olvidéis el nombre del buque: *el Joven Carlos*.—Perded cuidado, madre mía: sabiendo que hallaré la felicidad al término de mi viaje, haré todo lo posible para efectuarlo cuanto antes.—Yo me vuelvo á París, donde emplearé todo mi valimiento para lograr que se revoque esa

fatal sentencia. Trata entretanto de conservar la vida; no la expongas imprudentemente, y piensa que velando por ella, velas también por la mía.

A fuer de fiel servidor estaba Courtin vigilando al pié de la escalera.

Al volverse Michel después de cerrar la puerta, vió á Berta que, sonriendo de júbilo y radiante de amor, estaba esperando el momento de encontrarse á solas con el manco para arrojarle á sus brazos.

Recibióla en ellos Michel; mas á buen seguro que si el aposento no hubiera estado en aquel instante á oscuras, Berta no habría dejado de notar el embarazo que en su rostro se retrataba.

—Ahora, amigo mío, dijo la joven, ya nada puede separarnos; nada nos falta, pues ya tenemos el consentimiento de mi padre y de tu madre.

Michel no respondió.

—Esta noche partimos, ¿no es cierto?

Significó callado el barón como momentos antes lo había hecho con su madre.

—¿Calláis? dijo Berta; ¿por qué no respondéis, amigo mío?—Porque nuestra partida dista mucho de ser segura, dijo Michel.—¿Cómo! ¿no habéis prometido á vuestra madre que partiríais esta noche?—Yo la he dicho: eso depende de ella.—¿Y ella no soy yo, por ventura?—¿Cómo! Berta tan realista, tan leal y generosa ¿sería capaz de ausentarse de Francia sin acordarse de los que en ella deja?—¿Qué queréis decir?—Que pienso ejecutar un acto mucho más grande, mucho más útil que mi propia libertad, que mi propia salvación.

Miróle Berta sin llegar á comprender lo que estaba oyendo.

—Pienso en el modo de alcanzar la libertad y la salvación de *Madama*, añadió el joven.—¡Ah! exclamó Berta comenzando á comprender.—El buque que mi madre ha fletado para mí, dijo Michel, ¿no podría acaso llevarse de Francia á la princesa, á vuestro padre...

Y añadió luego bajando la voz:

—¿Y á vuestra hermana?—¡Ah! ¡Michell! exclamó la joven, perdonad que no haya atinado en eso: un momento há os amaba, y ahora os amo y admiro. Sí, tenéis razón, la Providencia ha inspirado á vuestra madre; olvidó las du-

ras y crueles palabras que contra mí ha pronunciado, y sólo veo en ella un instrumento de que se ha valido el Altísimo para salvarnos á todos. ¡Oh! ¡cuán bueno, ó mejor, cuán grande sois, amigo mío, por haberlo pensado!

El joven balbució algunas palabras ininteligibles.

—¡Oh! bien sabía yo, continuó Berta entusiasmada, que crais el hombre más bravo y leal de la tierra; pero hoy, Michel, habéis superado mis esperanzas. ¡Pobre muchacho! herido y condenado á muerte, se olvida de sí mismo pensando sólo en salvar á los demás! ¡Oh amigo mío! si mi amor antes me llenaba de contento, ahora me colma de orgullo.

Si en aquel momento hubiese habido luz en la estancia, Berta habría visto ruborizado al mancebo.

A la verdad, no era tan desinteresado el sacrificio del barón como Berta creía: después de tener el consentimiento de su madre para casarse con la mujer á quien amaba, hábasele ocurrido una idea feliz para conseguir el logro de sus deseos, la cual consistía en hacer á Petit-Pierre el favor más importante que en aquellos momentos podía hacerle el más adicto de sus servidores, y aprovechar aquella ocasión para revelárselo todo, pidiéndole en pago la mano de Mary.

Fácilmente se comprenderán ahora el embarazo y el rubor de Michel.

Así es que, permaneciendo frío á pesar suyo á las demostraciones de la joven, limitóse á responder:

—No perdamos tiempo, Berta.—Tenéis razón, amigo, dijo ésta; mandad, estoy pronta á obedeceros, pues acabo de conocer la superioridad de vuestro corazón y talento.—En primer lugar, es preciso que nos separemos.—¿Por qué? preguntó Berta.—Vos iréis á la selva de Touvain, y después de participar á vuestro padre lo que ocurre, os dirigiréis á la bahía de Bourgneuf para embarcaros en *el Joven Carlos* en cuanto esté á la vista. Entre tanto yo iré á Nantes para avisar á la duquesa.—¡A Nantes! ¡vos! ¿olvidáis por ventura que estáis sentenciado á muerte y os están buscando? Yo soy quien debe ir á Nantes; id vos á Touvain.—*El Joven Carlos* me espera, Berta, y no es probable que el capitán haga lo que otro le diga. Podría ser muy bien que viendo llegar una mujer en vez de un hombre temiese alguna asechanza, y nos viésemos en algún apuro.—Pensad

en los peligros á que os vais á exponer.—Considerándolo despacio, Berta, comprenderéis que quizás es el lugar más seguro para mí. ¿Quién irá á sospechar que condenado á muerte en Nantes me atreva á presentarme en aquella ciudad? Además, no ignoráis que hay momentos en los cuales la audacia es prudencia; y debéis saber que ahora nos encontramos en uno de estos momentos. Dejadme obrar.—He prometido obedeceros, Michel, y os obedeceré.

Y la altiva joven aguardó sumisa como un niño las órdenes del que gracias á su abnegación acababa de tomar á sus ojos colosales proporciones.

Sencillo era el plan que se habían propuesto, y todavía más la proyectada manera de ejecutarlo.

Berta debía indicar á Michel el asilo de la duquesa en Nantes, y las contraseñas necesarias para llegar hasta ella.

Lucgo debía ir á la selva de Touvain, disfrazada con el traje de Rosina, mientras que Michel se dirigía á Nantes con el vestido de aldeano que le había traído la baronesa.

A no ocurrir algún suceso imprevisto que lo estorbara, *el Joven Carlos* podía zarpár á las cinco de la siguiente mañana, llevándose con Petit-Pierre los últimos vestigios de la guerra civil.

A los diez minutos cabalgaba Michel en el jaco de Courtin, y Berta por su parte se dirigía á la cabaña de Tinguy, para ir en seguida por atajos poco frecuentados á la selva de Touvain.

## XXVII

MARCHAS Y CONTRAMARCHAS.

A pesar de los resabios y no escasos esparavanes de que la edad y el trabajo habían dotado al caballo de Courtin, el pobre animal era todavía bastante fuerte para que á Mi-

ras y crueles palabras que contra mí ha pronunciado, y sólo veo en ella un instrumento de que se ha valido el Altísimo para salvarnos á todos. ¡Oh! ¡cuán bueno, ó mejor, cuán grande sois, amigo mío, por haberlo pensado!

El joven balbució algunas palabras ininteligibles.

—¡Oh! bien sabía yo, continuó Berta entusiasmada, que crais el hombre más bravo y leal de la tierra; pero hoy, Michel, habéis superado mis esperanzas. ¡Pobre muchacho! herido y condenado á muerte, se olvida de sí mismo pensando sólo en salvar á los demás! ¡Oh amigo mío! si mi amor antes me llenaba de contento, ahora me colma de orgullo.

Si en aquel momento hubiese habido luz en la estancia, Berta habría visto ruborizado al mancebo.

A la verdad, no era tan desinteresado el sacrificio del barón como Berta creía: después de tener el consentimiento de su madre para casarse con la mujer á quien amaba, hábasele ocurrido una idea feliz para conseguir el logro de sus deseos, la cual consistía en hacer á Petit-Pierre el favor más importante que en aquellos momentos podía hacerle el más adicto de sus servidores, y aprovechar aquella ocasión para revelárselo todo, pidiéndole en pago la mano de Mary.

Fácilmente se comprenderán ahora el embarazo y el rubor de Michel.

Así es que, permaneciendo frío á pesar suyo á las demostraciones de la joven, limitóse á responder:

—No perdamos tiempo, Berta.—Tenéis razón, amigo, dijo ésta; mandad, estoy pronta á obedeceros, pues acabo de conocer la superioridad de vuestro corazón y talento.—En primer lugar, es preciso que nos separemos.—¿Por qué? preguntó Berta.—Vos iréis á la selva de Touvain, y después de participar á vuestro padre lo que ocurre, os dirigiréis á la bahía de Bourgneuf para embarcaros en *el Joven Carlos* en cuanto esté á la vista. Entre tanto yo iré á Nantes para avisar á la duquesa.—¡A Nantes! ¡vos! ¿olvidáis por ventura que estáis sentenciado á muerte y os están buscando? Yo soy quien debe ir á Nantes; id vos á Touvain.—*El Joven Carlos* me espera, Berta, y no es probable que el capitán haga lo que otro le diga. Podría ser muy bien que viendo llegar una mujer en vez de un hombre temiese alguna asechanza, y nos viésemos en algún apuro.—Pensad

en los peligros á que os vais á exponer.—Considerándolo despacio, Berta, comprenderéis que quizás es el lugar más seguro para mí. ¿Quién irá á sospechar que condenado á muerte en Nantes me atreva á presentarme en aquella ciudad? Además, no ignoráis que hay momentos en los cuales la audacia es prudencia; y debéis saber que ahora nos encontramos en uno de estos momentos. Dejadme obrar.—He prometido obedeceros, Michel, y os obedeceré.

Y la altiva joven aguardó sumisa como un niño las órdenes del que gracias á su abnegación acababa de tomar á sus ojos colosales proporciones.

Sencillo era el plan que se habían propuesto, y todavía más la proyectada manera de ejecutarlo.

Berta debía indicar á Michel el asilo de la duquesa en Nantes, y las contraseñas necesarias para llegar hasta ella.

Lucgo debía ir á la selva de Touvain, disfrazada con el traje de Rosina, mientras que Michel se dirigía á Nantes con el vestido de aldeano que le había traído la baronesa.

A no ocurrir algún suceso imprevisto que lo estorbara, *el Joven Carlos* podía zarpár á las cinco de la siguiente mañana, llevándose con Petit-Pierre los últimos vestigios de la guerra civil.

A los diez minutos cabalgaba Michel en el jaco de Courtin, y Berta por su parte se dirigía á la cabaña de Tinguy, para ir en seguida por atajos poco frecuentados á la selva de Touvain.

## XXVII

MARCHAS Y CONTRAMARCHAS.

A pesar de los resabios y no escasos esparavanes de que la edad y el trabajo habían dotado al caballo de Courtin, el pobre animal era todavía bastante fuerte para que á Mi-



chel le fuese dado llegar al término de su viaje antes de las nueve de la noche.

La primera parada debía tener lugar en el mesón del *Alba*, y en cuanto hubo el barón traspuesto el puente Rousseau, dióse á buscarlo.

Al conocerle por la muestra, que figuraba un cometa pintado con el ocre más hermoso que el artista pudo encontrar, detuvo el jaco delante de un pilón de madera destinado á dar agua á los caballos de los carreteros que iban de paso.

Como nadie se presentaba á la puerta ante la cual acababa de detenerse Michel, olvidando el humilde traje que vestía, y acordándose tan sólo de la oficiosidad con que salían á recibirle los criados de la Logerie en cuanto llegaba, dió el barón repetidos golpes en el pilón con el palo que en la mano llevaba.

Al oírlos salió del patio de la casa un hombre en mangas de camisa, con un gorro de algodón azul metido hasta los ojos, y cuya cara parecióle á Michel que no le era del todo desconocida.

—¡Cáspital! dijo murmurando aquel hombre, á lo que veo, mocito, sois muy señor para llevar vos mismo el caballo al establo; pues bien, vais á ser servido como un señorito.—Como queráis, respondió Michel; pero responded.—Hablad, dijo el hombre cruzando los brazos.—Deseo hablar al padre Eustaquio, añadió Michel á media voz.

A pesar de lo quedito que el barón habló, el del gorro hizo un gesto de impaciencia mirando en derredor, y aunque sólo vió algunos chiquillos que con las manos cruzadas á la espalda contemplaban al joven aldeano con ingenua curiosidad, asió vivamente del diestro al caballo y dirigióse al patio.

—Os he dicho que deseaba ver al padre Eustaquio, repitió Michel al apearse; y cuando llegaron al sotechado que servía de establo en la posada, volvióse el hombre que le guiaba y dijo:—Lo oí, y de sobra. ¿Creéis acaso que le tengo en la caja de la avena al padre Eustaquio? Pero antes de deciros dónde le hallaréis, ¿de dónde venís?—Del sud.—¿Adónde vais?—A Rosny.—Corriente: en este caso, tenéis que pasar por la iglesia de San Salvador. Id con Dios, señor de la Logerie, y tratad otra vez de bajar un poco la voz cuando habléis en la calle, si deseáis llegar al término

de vuestro viaje.—¡Hola! dijo algo admirado el barón, ¿me conocéis?—¡Toma! respondió su interlocutor.—Haced pues que lleven á casa el caballo.—Está bien.

Dió Michel un luis de oro al mozo de la cuadra, quien muy contento con la propina, le ofreció sus servicios; y en seguida, entró sin vacilar en la ciudad.

Cuando llegó á la iglesia de San Salvador, el sacristán estaba cerrando las puertas. La lección que el mozo de cuadra acababa de darle estaba aún impresa en su memoria, y el barón se decidió á observar un rato antes de hacer á nadie la menor pregunta.

Había cinco ó seis mendigos que, antes de dejar el pórtico donde pasaran el día entero impetrando la caridad de los fieles, se habían arrodillado bajo el órgano para hacer la oración de la tarde.

Era muy probable que el padre Eustaquio se encontrase entre ellos, pues estaba encargado de presentar el hisopo.

Pero era muy difícil conocerle por esta seña, pues además de dos ó tres mujeres cubiertas con abigarradas mantas, había tres pordioseros, ninguno de los cuales llevaba hisopo.

Cualquiera de los tres ancianos podía ser el padre Eustaquio. Felizmente tenía el barón otro medio para conocerle: tomó la ramita de acebo que llevaba en el sombrero y Berta le había indicado como una seña por la que sería conocido del padre Eustaquio, y dejola caer al umbral de la puerta.

La pisaron dos mendigos sin pararse en ello.

El tercero, que era un anciano bajo, enjuto y de nariz descomunal, y llevaba un gorro de seda negra, hizo un movimiento al ver sobre las losas las verdes hojas de acebo, y cogió la rama mirando con inquietud en torno suyo.

Mostróse entonces Michel apartándose de la columna detrás de la cual se había ocultado, y el padre Eustaquio, pues él era en efecto, le dirigió una mirada, y sin decir palabra volvió á entrar en la iglesia andando como si se encaminara al claustro.

Comprendiendo Michel que no le bastaba la seña de la rama al padre Eustaquio, llegóse á él diciéndole:

—Vengo del sud.

Estremecióse el mendigo.

—Y ¿á dónde vais? le preguntó.—A Rosny, respondió Michel.

Paróse el mendigo, retrocedió, y dirigiéndose á la calle

hizo una seña á Michel para indicarle que se habian comprendido.

Seguíale el barón á corta distancia.

Pasaron otra vez por delante de la iglesia, y cruzaron parte de la población. Al atravesar un lóbrego y estrecho callejón, detúvose el mendigo algunos momentos ante una puerta baja y oscura practicada en la tapia de un jardín, y después siguió andando.

Notando entonces Michel que su cicerone había puesto la rama de acebo en la argolla que servía de aldabón, conoció que había llegado al término de su viaje, y llamó á la puerta.

Abrióse un postigo que en la misma había, y una voz masculina le preguntó qué quería.

Repitió Michel la contraseña, y fué introducido en una sala baja, donde estaba sentado á la chimenea y leyendo tranquilamente un periódico, con los piés apoyados en los morrillos, un caballero vestido con bata á quien conoció en seguida recordando haberle visto en el castillo de Souday la noche en que el general Dermoncourt se había comido la cena destinada á Petit-Pierre, y también la víspera del combate del Chene, en cuya ocasión le vió con un fusil en la mano.

A pesar de sus pacíficas apariencias, tenía aquel caballero un par de pistolas de dos tiros al alcance de la mano, sobre una mesita en la cual había también recado de escribir.

Conoció desde luego á Michel, y levantándose á recibirle:

—Creo haberos visto en nuestras filas, caballero, le dijo.

—Sí, respondió Michel, me visteis sin duda la víspera del combate del Chene.—¿Y al día siguiente? preguntó el de la bata sonriendo.—Me encontraba en el de la Pénissiere, en donde fuí herido.

El desconocido inclinándose le preguntó:

—¿Queréis hacerme el obsequio de decirme cómo os llamáis?

Dijo Michel su nombre, y consultando su interlocutor una agenda que sacó del pecho, dió muestras de satisfacción.

—Y ahora, caballero, ¿podremos saber el objeto de vuestra venida?—Deseo ver á Petit-Pierre para prestarle un gran servicio.—Dispensad, caballero: no puede vérsese tan fácilmente: bien sé que sois de los nuestros y merecéis toda nuestra confianza; mas ya comprenderéis que las frecuentes idas y venidas en esta casa, que hasta ahora ha guardado

felizmente su secreto, llamarían pronto la atención de la policía. Hacedme pues el favor de revelarme vuestros proyectos, y os daré la respuesta que deseáis.

Explicóle entonces Michel lo que con su madre había pasado; cómo ésta había fletado un buque para libertarle, y cómo se le había ocurrido la idea de destinar este buque para libertar á Petit-Pierre.

Escuchábale el de la bata con creciente atención, y después díjole:

—La Providencia es quien os envía. Era en verdad imposible que á pesar de las precauciones adoptadas y de las cuales vos mismo habéis podido juzgar, la casa en donde se oculta Petit-Pierre pudiese por más tiempo escapar á las pesquisas de la policía. Conviene á nuestra causa, á Petit-Pierre en particular y á todos nosotros en general, que parta cuanto antes, y pues la dificultad de encontrar un buque acaba de allanarse tan felizmente, voy ahora mismo á ver á Petit-Pierre y á recibir sus órdenes.—¿Debo seguiros? preguntó Michel.—Nó; el contraste de vuestro traje de aldeano con el mio os expondría á llamar la atención de los espías que nos rodean. ¿En dónde paráis?—En la posada del *Alba*.

—Estáis en casa de José Picaut, y nada hay que temer.—¡Ah! exclamó Michel, bien decía yo que aquella cara no me era desconocida; mas como creía que habitaba entre el Boulogne y la selva de Machecul....—No os equivocabais; es posadero no más que accidentalmente. Id á esperarme en su casa; dentro de dos horas estaré allí solo ó acompañado de Petit-Pierre, según éste acepte ó nó vuestro ofrecimiento.

—¿Estáis bien seguro de ese José Picaut? preguntó Michel.—Como de nosotros mismos: si tuviese que tacharle de algún defecto le reprocharía por el contrario de entusiasmo exagerado. Recordad que durante la incursión de Petit-Pierre en la Vendée más de seiscientos aldeanos supieron los puntos donde se refugiaba, y que ninguno de ellos pensó enriquecerse delatándole, rasgo de lealtad que es el mejor título de gloria de aquella pobre gente. Decid á José que esperáis á alguien, previniéndole que por lo tanto esté sobre aviso; bastará que le digáis estas palabras: calle del Castillo número 3, para obtener de él y de los demás comensales del mesón la más ciega y pasiva obediencia.—¿Tenéis que decirme algo más?—Tal vez sea prudente que las personas que acompañen á Petit-Pierre salgan aisladamente de la casa

donde se oculta, y entren de igual modo en la posada: pedid un cuarto con ventana al muelle, no tengáis luz en él, y dejadla abierta.—¿No se os ha olvidado nada?—No; adiós, caballero, ó mejor, hasta la vista. Si conseguimos llegar sin novedad á vuestra embarcación, habréis prestado un gran servicio á nuestra causa. En cuanto á mí, confiésoos que me aquejan vivos cuidados: háblase de crecidísimas sumas ofrecidas á la traición, y mucho temo que nos pierda la codicia de algún malvado.

Salió Michel por una puerta que daba á otra calle, y atravesando presuroso la ciudad, llegó al mesón, donde encontró á José Picaut, que estaba dando instrucciones á un muchacho para que llevase el caballo de Courtin á la Logerie, según el barón le había encargado.

Al entrar Michel en la cuadra, hizo á José una seña que éste comprendió perfectamente, y despidiendo al muchacho, le dijo que su comisión quedaba aplazada para el día siguiente.

—¿No dijisteis que me conocíais? dijo Michel así que estuvieron solos.—Algo más dije, señor de la Logerie, puesto que os llamé por vuestro nombre.—Tengo pues el gusto de decirte que en cambio yo sé también el tuyo: te llamas José Picaut.—No lo niego, respondió el aldeano con socarrona sonrisa.—¿Puedo fiar en tí, José?—Si sois azul, nó; si sois blanco, sí.—¿Con que según eso eres blanco?

Picaut se encogió de hombros.

—Si no lo fuera, ¿encontrárame aquí estando como vos sentenciado á muerte? Ni más ni menos: me han hecho el honor de condenarme por contumaz, y somos iguales ante la ley.—Y estás aquí....—Como mozo de cuadra y nada más.—Preséntame al amo de la posada.

Estaba éste durmiendo, y habiéndosele despertado, recibió á Michel con cierta desconfianza, por cuyo motivo se apresuró el mancebo á pronunciar las cinco palabras:

Calle del Castillo número 3.

Apenas las hubo oído el posadero, cuando depuso toda su desconfianza, poniéndose desde luego á entera disposición de Michel, quien le preguntó:

—¿Tenéis viajeros en la posada?—Uno, respondió el posadero.—¿Qué clase de hombre es?—De la peor que darse puede; es un hombre de quien debemos recatarnos.—¿Le conocéis?—Es Courtin, alcalde de la Logerie y azul furi-

bundo.—¿Courtin? exclamó Michel, ¡Courtin aquí! ¿Estáis seguro?—Yo no le conocía; Picaut es quien me ha avisado.—¿Cuándo ha llegado?—Hará casi un cuarto de hora.—¿En dónde está?—Ha salido después de tomar un bocado, diciéndome que no volvería hasta las dos de la madrugada, pues tenía que hacer en Nantes.—¿Y sabe que vos le conocéis?—No lo creo; á menos que haya conocido á José Picaut, lo cual dudo, pues la luz le daba de lleno en el rostro mientras Picaut permanecía á la sombra.

Michel reflexionó un momento.

—No creo á maese Courtin tan malo como suponéis, replicó Michel; mas debemos recelarnos de él como decís, y conviene sobre todo que ignore mi presencia en la posada.

En esto Picaut, que hasta entonces había permanecido en el umbral de la puerta sin tomar parte en la conversación, acercóse á los dos interlocutores, y dijo al baroncito:

—Si os molesta demasiado, decidlo, y haremos de modo que nada sepa, ó si sabe algo, lo calle. Há mucho tiempo que estoy quejoso de él y quisiera ajustar cuentas.—Nó, nó, dijo vivamente Michel; Courtin es mi colono, débole algunos favores, y sentiría que le sucediera algún percance; á más de que, añadió viendo que Picaut fruncía el entrecejo, no es lo que suponéis.

Meneó José la cabeza sin que Michel lo viera.

—Perded cuidado, dijo el posadero, si vuelve no le perderé de vista.—Bueno; tú, José, toma el caballo que me trajo: conviene que Courtin no le vea en la cuadra, pues es suyo y le conocería al momento.—Está bien.—¿Conoces las riberas del río?—La izquierda, á palmos; la segunda, no tanto.—No importa, basta que conozcas la izquierda, pues en ella es donde tienes que hacer. Irás á Coueron, y frente á la segunda isla verás un buque anclado, *el Joven Carlos*, que tendrá izado el juanete de mesana, ¿oyes?—No lo olvidaré.—Tomarás una lancha, irás á bordo, y cuando te den el *quién vive*, responde: ¡Belle-Ile-en-Mer! Entonces te dejarán subir, entregarás al capitán este pañuelo tal como está (nó, por tres puntas), y dirásle que aparece para zarpas á la una de la madrugada.—¿Nada más?—Nada más. ¡Ah! sí: me olvidaba de decirte que si te portas bien te daré otra moneda como la de anoche.—Vamos, dijo José Picaut, aparte el peligro de ser ahorcado, no es un oficio tan malo el mío; y si me fuese dado mandar de vez en cuando algún

balazo á los azules y vengarme de Courtin, en Dios y en mi ánima que para nada echaría de menos á maese Jaime y sus gazaperas. ¿Y después?—¿Qué quieres decir?—¿Qué haré después?—Te ocultarás á la orilla para aguardarnos hasta que te avisemos con un silbido. Si todo va bien, te acercarás imitando el canto del cuclillo; si por el contrario has notado algo, nos prevendrás con el grito de la lechuza.—¡Cáspita! señor de la Logerie, dijo José Picaut, bien se ve que habéis estudiado en buena escuela: todo eso está muy claro, y mejor combinado. ¡Lástima que no podáis darme mejor cabalgadura! Entonces sí que despacharía el asunto pronto y bien.

Y José salió para desempeñar su cometido.

El posadero condujo á Michel al primer piso, y habiéndole introducido en un aposento de humilde apariencia accesorio al comedor, con dos ventanas que daban al camino, fué á ponerse de observación para acechar á Courtin.

Abrió Michel una ventana, y sentóse en un taburete de modo que no pudieran verle desde el camino por el cual tenía la vista.

## XXVIII

DONDE LOS AMORES DE MICHEL TOMAN MEJOR SESGO

A pesar de su tranquilidad aparente, era vehementísima la zozobra del barón.

¡Iba á ver á Mary!...

Y á esta idea se le oprimía el pecho, hinchábasele el corazón, la sangre le circulaba impetuosa por las venas, y, trémulo de emoción, apenas preveía la consecuencia de todo aquello; mas como la firmeza que contra su costumbre había desplegado delante de su madre y de Berta le había dado tan buenos resultados, propúsose mostrar igual entereza delante de Mary, comprendiendo muy bien que había llegado

al parasismo extremo de la situación, y que de su resolución dependía ó una dicha eterna ó una irreparable desventura.

Hacia como una hora que estaba allí, observando ansioso todas las formas humanas que veía venir hacia la posada; y preguntábase si su corazón no se rompería cuando se encontrara en frente de Mary.

De repente divisó una sombra que venía de la calle del Castillo andando ligera, y que á pesar de su femenino vestido, de seguro no era Petit-Pierre ni Mary, no siendo probable que ninguna de ellas viniera sola.

Sin embargo, parecíale que la que iba acercándose alzaba los ojos para reconocer la casa, y después la vió detenerse ante la posada, oyendo en seguida tres golpecitos que á la puerta daban.

Bajó Michel apresurado, y al abrirla conoció á Mary, siendo solamente sus dos nombres todo lo que ambos jóvenes pudieron pronunciar al verse.

El barón asió del brazo á la doncella, llevóla al cuarto del primer piso, y no bien hubo entrado, arrojóse á sus piés exclamando:

—¡Mary! ¡Mary! ¡Con que sois vos! ¡Oh! me parece un sueño! Había pensado tantas veces en este dichoso instante, y tantas mi imaginación había saboreado esta delicia, que aun me cuesta creer que no estoy soñando. ¡Mary, ángel, amor y vida mía! ¡Oh! ¡dejad que os estreche contra mi corazón! —Michel, amigo, dijo la joven suspirando por no poder refrenar el sentimiento que la subyugaba, ¡oh! yo también me alegro de veros; mas decidme: ¿fuisteis herido?—Sí; pero no sufría de mi herida, sino por estar separado de cuanto amo en el mundo. Creedme, Mary, muy sorda y tenaz es la muerte, pues no ha oído mi súplica.—¡Michel! no habléis así, no olvidéis lo que por vos ha hecho la pobre Berta: ya lo hemos sabido, y no me canso de admirarla por su abnegación, de que tantas pruebas os tiene dadas.

Al oír el nombre de Berta, decidido Michel á no acatar la voluntad de Mary, levantóse con presteza y anduvo por la estancia en agitado paso. Viendo Mary lo que en el corazón del mozo pasaba, hizo un supremo esfuerzo, y dijo:

—Michel, en nombre de todo el llanto que he derramado en memoria vuestra, suplicooos que me habléis como á una hermana; no olvidéis que luego vais á ser mi hermano.—¡Yo vuestro hermano, Mary! dijo el mancebo moviendo la cabeza;

jamás, os lo juro.—¡Michel! ¡Michel! ¿olvidáis el juramento que me hicisteis?—Que me arrancasteis cruelmente, querréis decir, abusando de mi amor para exigirme que renunciara á vos. Todo mi sér se subleva á ese juramento, y ninguna fibra de mi cuerpo quiere que se cumpla. Oid, Mary: en los dos meses que no os he visto, sólo en vos he pensado; cuando iba á morir sepultado bajo las abrasadas ruínas de la Pénissiere, sólo en vos pensaba; cuando recibí un balazo en el hombro, sólo en vos pensé; y muerto de hambre, de debilidad y cansancio, siempre, siempre he pensado en vos. Berta sí que es mi hermana, Mary; y vos sois mi amada, mi querida novia, porque vos, Mary, seréis mi esposa.—¡Gran Dios! ¿Qué estáis diciendo, Michel? ¿Habéis perdido el juicio?—No lo tenía muy sano cuando creí que podría obedeceros; pero la ausencia, el dolor y la desesperación han obrado en mí una gran mudanza. No contéis ya con el débil junco que á vuestro soplo se doblaba: por más que hagáis, Mary, seréis mía, porque os amo, porque me amáis, y en fin, porque no quiero engañar por más tiempo á Dios y á mi corazón.—Olvidáis, Michel, que mis resoluciones no varían como las vuestras: yo juré, y cumpliré lo jurado.—Corriente; yo de mí sé deciros que he dejado á Berta para siempre.—¡Amigo mío!...—Formalmente, Mary, ¿para qué creéis que he venido aquí?—Para salvar á la princesa á quien somos adictos.—Para veros, Mary, para veros. Yo soy adicto á vos y á nadie más: ¿quién me inspiró la idea de salvar á Petit-Pierre? Mi amor. ¿Quién sabe si en tal cosa hubiera pensado, á no estar cierto de veros salvándole? No veáis en mí á un héroe, á un semidiós, sino á un hombre que os ama apasionadamente y por vos expondrá la vida. ¿Qué me importan, decidme, las cuestiones dinásticas? ¿qué tengo yo que ver con los Borbones de la rama primogénita ó con los de la menor, cuando no reclaman mi nombre las páginas de la historia. ni me liga con lo pasado ningún recuerdo? Vos sois mi opinión y mi creencia: con vos hubiera defendido á Luis Felipe, como á Enrique V. Pedidme mi sangre, y os la daré; mas no pretendáis que me preste por más tiempo á una situación intolerable.—Pues ¿qué pensáis hacer?—Decir la verdad á Berta.—¡Nó, Michel, nó!—Mary, os protesto...—¡Nó, nó!—¡Sí tal! creed, Mary, que estoy muy lejos de ser el niño que un día encontrasteis herido y llorando amedrentado al pensar en su madre; sí, y á mi amor debo mi fuerza.

Frente á frente y sin bajar los ojos he mirado á la persona que con su vista me hacía humillar la cabeza y doblar la rodilla: todo lo he dicho á mi madre, y ella me ha respondido: Bien veo que eres hombre; cumple tu voluntad. Y mi voluntad es consagrarme enteramente á vos, y que seáis mi esposa: con que ya veis la cruel lucha en que me habéis lanzado. ¡Yo esposo de Berta! Suponedlo por un instante: no habría ningún tormento igual al de la pobre criatura, á no ser el mío. Cuando niño me refirieron los casamientos republicanos que hacía Carrier, de sangrienta memoria, atando un cadáver á un cuerpo vivo y arrojándolos al Loira. Pues bien, Mary, tal sería nuestra unión; y vos que veríais nuestra agonía, Mary, ¿fuerais más dichosa que nosotros? Nó, resuelto estoy: ó no veré más á Berta, ó la primera vez que la vea la explicaré que mi insensata timidez engañó á Petit-Pierre, que me faltó valor para decirle la verdad cuando aun era tiempo, y si no le digo que no la amo, diréle á lo menos que os amo á vos.—¡Cielo santo! exclamó Mary, ved que la matará el dolor, Michel.—Nó, Berta se resignará, dijo tras ellos Petit-Pierre, que había subido sin que le oyeran.

Volviéronse ambos jóvenes exhalando un grito, y Petit-Pierre prosiguió en estos términos:

—Berta es una noble y animosa doncella que comprenderá lo que le digáis y sabrá sacrificar su dicha á la de los que ama; mas no tendréis que tomaros ese trabajo: ya que cometí la falta ó el error, yo debo repararlo, rogando empero al señor Michel que otra vez sea más explícito en sus confidencias.

Y asiendo del brazo á los dos jóvenes, juntóles las manos.

—Amáos sin remordimiento, les dijo, pues habéis sido más generosos de lo que tenemos derecho á esperar de nuestra misera especie humana; amáos sin tasa: ¡dichosos los que no llevan más allá su ambición!

Mary bajaba los ojos, estrechando la mano de Michel, é hincando éste la rodilla ante Petit-Pierre, dijo:

—Necesito toda la dicha que me prometéis, para alegrarme de no haber muerto por vos.—¡Morir! no digáis tal. ¡Ay! ya veo cuán inútil es la muerte. ¿Para qué me ha servido la abnegación de Bonneville? Nó, señor de la Logerie, debéis vivir para los que os aman, y vos me habéis dado el derecho de ser uno de tantos. Vivid pues para Mary, y os

respondo de que ella vivirá para vos.—¡Ah señora! exclamó Michel; si todos los franceses os hubiesen visto como yo, y si como yo os conocieran!—Sí, tal vez algún día les debiera el triunfo de mi causa, sobre todo si estuviesen enamorados. Pero hablemos de otra cosa, si os place, y antes de hablar de una nueva batalla, pensemos en la retirada. Mirad si vienen nuestros amigos, pues debo dirigiros otra reconvencción: de tal modo había absorbido Mary vuestra atención, centinela amigo, que hasta mañana hubiera yo aguardado en la calle la señal convenida, á no ver que habíais tomado la precaución de no cerrar la puerta.

No tardaron en llegar las otras dos personas que debían acompañar á Petit-Pierre en la fuga, y comprendiendo que comprometerían su salvación si iban tantos, renunciaron á seguirle.

Atravesaron el puente sin novedad, y Michel siguió la orilla del río precediendo á Mary y Petit-Pierre.

Era la noche tan clara, que no se atrevieron á andar tan al descubierto, y el barón propuso tomar el camino de la aldea del Pelerin, paralela al río, lo cual efectuaron.

Con todos sus inconvenientes, la claridad de la luna ofrecía en cambio algunas ventajas, pues Michel estaba más cierto de que merced á ella no se desviaría del camino, al propio tiempo que de más lejos podía divisar el buque.

Cuando hubieron traspuesto el pueblo del Pelerin, el baroncito ocultó á Petit-Pierre y á Mary en una quebrada, y acercándose al río dió el silbido que debía servir de señal á José Picaut. Este no respondió con el grito de alarma, lo cual comenzó á calmar la inquietud que hasta entonces había experimentado Michel, quien aguardó al chuán por espacio de cinco minutos, y viendo que no comparecía, dió otro silbido más agudo, el cual tampoco obtuvo respuesta.

Figurándose el mancebo que tal vez había equivocado el lugar de la cita, recorrió la orilla y hasta traspuso la isla de Coueron, más allá de la cual no había ninguna isla donde pudiera abrigarse el buque; y sin embargo, este no se veía.

Por lo tanto, debía aguardar en el mismo punto donde había hecho alto, y retrocedió hacia la isla. No sabiendo á qué atribuir la ausencia de José Picaut, á menos que le hubiera sucedido algún percance, sospechó que tal vez lo creído de la suma prometida al que entregara la persona que se ocultaba bajo el nombre de Petit-Pierre había tentado al

chuán, cuya fisonomía no le predispuso en favor suyo. Comunicó sus recelos á Petit-Pierre y á Mary, y aquel movió la cabeza diciendo:

—No es posible; si ese hombre nos hubiese vendido, ya estaríamos presos, y eso no nos explicaría la ausencia del buque.—Tenéis razón: el capitán debía enviar un bote, y no le veo.—Quizás no ha llegado la hora.

En esto el reloj de la aldea del Pelerin dió dos campanadas, cual si estuviese encargado de responder á la objección.

—¿Oís? las dos, dijo Michel.—¿Habíase fijado hora al capitán?—Como mi madre sólo pudo fundarse en probabilidades, indicóle las cinco.—Siendo así no ha podido impacientarse, puesto que llegamos tres horas antes.—¿Qué hacemos? preguntó Michel; es tan grande mi responsabilidad que no me atrevo á obrar por mi mismo.—Tomemos un bote, respondió Petit-Pierre, y busquemos ese buque; toda vez que sabe que conocemos su fondeadero, acaso confía que iremos á encontrarlo.

Anduvo Michel un buen trecho hacia el Pelerin y vió delante una lancha amarrada á la orilla, y de la cual no hacía mucho rato que se habían servido, pues los remos todavía estaban húmedos.

Anunciólo á sus compañeros é invitóles á ocultarse de nuevo mientras él atravesaría el río.

—¿Sabéis gobernar una lancha? preguntó Petit-Pierre.—Confiésoos, respondió Michel corrido de su ignorancia, que no soy muy diestro.—Pues iremos con vos, dijo Petit-Pierre, y os serviré de piloto. Muchas veces he ejercido por entretenimiento ese oficio en la bahía de Nápoles.—Yo le ayudaré á bogar, dijo Mary; mi hermana y yo hemos atravesado á menudo el lago de Grandlieu.

Embarcáronse los tres, y cuando estuvieron en medio del Loira, Petit-Pierre, que desde la popa miraba en dirección al curso del río, exclamó, extendiendo el brazo hacia Paimboeuf:

—¡Allí está! ¡allí está!—¿Qué? preguntaron Mary y Michel.—El buque, allí, mirad.—Nó, dijo el barón, no puede ser él.—¿Por qué?—Por que se aleja en vez de acercarse á nosotros.

En este momento llegaban á la isla: saltó Michel á tierra, y después de ayudar á bajar á sus compañeras, corrió sin dilación al otro extremo.

—Es el buque que buscamos, dijo volviendo á Petit-Pierre y Mary. ¡A la lancha! ¡a la lancha! y rememos con todas nuestras fuerzas.

Entraron otra vez en el esquife, y mientras Petit-Pierre empuñaba de nuevo el timón, Mary y Michel pusieron á bogar con gran brío y ardor.

Ayudado de la corriente, el bote avanzaba ligero, y había probabilidad de alcanzar la goleta si esta conservaba la misma marcha; pero de pronto vieron que el *Joven Carlos* desplegaba todas sus velas, aprovechando el viento que comenzaba á soplar. Apoderóse entonces Michel de ambos remos, y púsose á bogar con frenesí, pues en un segundo había calculado todas las consecuencias que iba á tener la partida de la goleta. Quería llamar, gritar; pero Petit-Pierre se lo impidió en nombre de la prudencia.

—Está visto, dijo éste, cuya jovialidad triunfaba de todas las vicisitudes de la fortuna, que la Providencia no quiere que me ausente de mi querida Francia. —¡Ah! exclamó el barón, ¡con tal que fuese la Providencia! —¿Qué queréis decir? preguntó Petit-Pierre. —Temo alguna negra maquinación. —Desechad tales ideas, amigo mío: habrán equivocado la fecha ó la hora, y nada más. Por otra parte, ¿quién nos dice que habríamos burlado la vigilancia de los cruceros que hay en la boca del Loira?

Sin embargo, sin ceder Michel á las razones de Petit-Pierre, continuaba lamentándose: quería arrojarse al agua y llegar nadando á la goleta, que poco á poco iba desapareciendo entre las nieblas del horizonte, y costóle algo á Petit-Pierre calmar su afligido ánimo, para lo cual hubo de apelar á la mediación de Mary.

Al fin, Michel soltó desalentado los remos.

Eran ya las tres, y dentro de una hora amanecería. Como no había tiempo que perder, dirigieronse á la orilla y dejaron el bote casi en el mismo sitio donde lo encontraron. Decididos ya á regresar á Nantes, importaba verificarlo antes de que clarease, y por el camino se golpeó Michel la frente diciendo:

—Temo haber cometido una torpeza. —¿Cuál? preguntó la duquesa. —La de no volver á Nantes por la otra orilla. —Todos los caminos son buenos cuando se siguen con prudencia; además, ¿qué hubiéramos hecho con el bote? —Lo habríamos dejado á la otra orilla. —Y los pobres pescadores

á quienes pertenece hubieran perdido un día buscándolo. Vale más molestarnos un poco que costar un pedazo de pan á unos infelices que tal vez no lo tienen de sobra.

Llegados al puente Rousseau, Petit-Pierre insistió para que Michel le dejara entrar en la ciudad sin más compañía que la de Mary: pero el barón de ningún modo quiso consentirlo: quizás se consideraba muy dichoso al lado de Mary para decidirse á dejarla tan pronto, y todo lo que de él pudieron obtener fué que, en vez de ir delante ó en la misma línea, fuese detrás y algo apartado.

Al cruzar la plaza del Bouffay, cuando Michel doblaba la esquina de la calle de San Salvador creyó oír pasos detrás, y volviéndose con presteza, á la débil luz de los faroles divisó á unos cien pasos un hombre que al notar su inesperado ademán arrimóse á una puerta. El primer impulso de Michel fué lanzarse en seguimiento de aquel hombre; mas reflexionando que entretanto Petit-Pierre y Mary se alejarían y no sabría dónde hallarlos, corrió por el contrario adelante y alcanzólos.

—Nos siguen, dijo á Petit-Pierre. —Bien, que nos sigan, respondió éste con su habitual serenidad. No nos faltan medios de desorientar á cualquiera que nos aceche.

Entraron en una calle transversal, y á poco trecho se hallaron al extremo de la callejuela que Michel había ya seguido, la cual conoció al ver la puerta donde el mendigo había colgado la rama de acebo.

Dió en ella Petit-Pierre tres aldabonazos á intervalos desiguales, abrióse la puerta como por encanto, y cuando el barón vió dentro á sus dos compañeros, dijo:

—Ahora veré si aquel hombre aun nos espía. —Nó, nó, dijo Petit-Pierre; estáis condenado á muerte, no lo olvido, y como nos amenazan iguales peligros, tomemos iguales precauciones. Entrad pronto.

En esto apareció en la escalera el sugeto que en la tarde anterior había recibido á Michel: llevaba la misma bata y casi podemos decir que aun dormía. Al conocer á Petit-Pierre alzó los brazos al cielo, y aquél le indicó la puerta detrás de él entreabierta, diciendo:

—Nó la puerta de la casa, sino la del jardín; es probable que dentro de diez minutos esté cercada la casa. ¡A la campanilla! ¡a la campanilla! —Pues seguidme. —Os seguimos, y siento en el alma haberos molestado tan temprano, amigo

Pascal; tanto más, cuanto que mi visita quizá os obligue á mudar de habitación si no queréis que os prendan.

Abrióse la puerta del jardín, y antes de trasponerla el baroncito alargó el brazo para asir la mano de Mary. Vió Petit-Pierre el ademán, y empujando á la doncella hacia el mancebo, la dijo:

—Vamos, abrazadle, ó á lo menos dejad que os abrace: delante de mí está permitido, pues os sirvo de madre y hallo que el pobre mozo lo merece. ¡Así! Ahora vos vais por un lado y nosotros por otro. Perded cuidado, que mis asuntos no me impedirán mirar por los vuestros.—¿No podré volver á verla? preguntó tímidamente el mancebo.—Es peligroso, os lo aseguro, respondió Petit-Pierre; mas ¡qué diantre! diz que hay quien protege á los enamorados, y en él confío. Calle del Castillo, número 3. Os permito una visita, una sola ¿lo oís? ya procuraré devolvérosela.

Y habiendo tendido á Michel una mano que éste besó con respeto, dirigióse Petit-Pierre con Mary á la ciudad alta, en tanto que el mancebo se encaminaba hacia el puente Rousseau.

## XXIX

DONDE COURTIN QUEDA CHASQUEADO

Mala velada fué para Courtin aquella en que la señora de la Logerie le obligó á pasarla á su lado. Con el oído aplicado á la puerta escuchó toda la conversación de la madre y del hijo, y por consiguiente toda aquella historia de la partida.

Como la marcha de Michel estorbaba todos los proyectos que por tanto tiempo había acariciado, poco satisfecho de la honra que la baronesa le dispensaba, hubiera querido re-

gresar pronto á la Logerie. Creía que evocando el recuerdo de Mary retardaría á lo menos la fuga de su joven amo, pues no debemos olvidar que en partiendo el señorito, perdía el hilo con cuya ayuda confiaba penetrar en el misterioso laberinto donde se ocultaba Petit-Pierre. Sin embargo, al verse de nuevo en su casa la señora de la Logerie había cambiado de ideas: al traer consigo á Courtin sólo pensaba en ocultarle la marcha de su hijo y librar á éste de sus preguntas y espionaje; mas era tal el desorden en que halló su casa, abandonada por algunas semanas á una compañía de soldados, que en vista de lo que á sus ojos tomaba las proporciones de catástrofe, olvidó sus primeras ideas sobre la poca confianza que el alcalde de la Logerie merecía, y detúvole con empeño á su lado para que se hiciera eco de sus quejas.

Expresada con sincera energía, la aflicción de la señora de la Logerie impidió á Courtin dejarla bajo cualquier pretexto para ir á ver lo que en la granja pasaba.

Por lo demás, era muy sagaz para no haber comprendido que la baronesa quería alejarle del mancebo; con todo, parecióle tan verdadero el pesar que la causaba la vista de los platos rotos, de los espejos quebrados, de las alfombras manchadas y del salón trocado en cuerpo de guardia é ilustrado con expresivos aunque toscos dibujos, que dudó de su primera impresión, pensando por lo mismo que no habrían inspirado desconfianza contra él á su joven amo, y que con facilidad sabría alcanzarle antes de que se hubiese embarcado.

Eran las ocho de la noche cuando la baronesa volvió á subir á su coche después de lamentar por última vez las tropelías cometidas en su casa de la Logerie, y apenas Courtin hubo dicho al postillón: Camino de París, dió á correr con dirección al cortijo, sin escuchar las últimas recomendaciones que su ama por la portezuela le dirigía.

Llegado á la granja, supo por su criada que á eso de las dos los señoritos Michel y Berta se habían marchado á Nantes, y corrió al establo para ensillar la jaca á fin de alcanzar á los fugitivos, antes de que con su precipitación diera tiempo á la fámula para enterarle del modo de locomoción que Michel había adoptado. Viendo el establo vacío, animóse Courtin al pensar en el moderado paso de su caballo, y proveyéndose de dinero y á todo evento de las insignias de su dignidad de alcalde, echó á andar más que de prisa tras del



Pascal; tanto más, cuanto que mi visita quizá os obligue á mudar de habitación si no queréis que os prendan.

Abrióse la puerta del jardín, y antes de trasponerla el baroncito alargó el brazo para asir la mano de Mary. Vió Petit-Pierre el ademán, y empujando á la doncella hacia el mancebo, la dijo:

—Vamos, abrazadle, ó á lo menos dejad que os abrace: delante de mí está permitido, pues os sirvo de madre y hallo que el pobre mozo lo merece. ¡Así! Ahora vos vais por un lado y nosotros por otro. Perded cuidado, que mis asuntos no me impedirán mirar por los vuestros.—¿No podré volver á verla? preguntó tímidamente el mancebo.—Es peligroso, os lo aseguro, respondió Petit-Pierre; mas ¡qué diantre! diz que hay quien protege á los enamorados, y en él confío. Calle del Castillo, número 3. Os permito una visita, una sola ¿lo oís? ya procuraré devolvérosela.

Y habiendo tendido á Michel una mano que éste besó con respeto, dirigióse Petit-Pierre con Mary á la ciudad alta, en tanto que el mancebo se encaminaba hacia el puente Rousseau.

## XXIX

DONDE COURTIN QUEDA CHASQUEADO

Mala velada fué para Courtin aquella en que la señora de la Logerie le obligó á pasarla á su lado. Con el oído aplicado á la puerta escuchó toda la conversación de la madre y del hijo, y por consiguiente toda aquella historia de la partida.

Como la marcha de Michel estorbaba todos los proyectos que por tanto tiempo había acariciado, poco satisfecho de la honra que la baronesa le dispensaba, hubiera querido re-

gresar pronto á la Logerie. Creía que evocando el recuerdo de Mary retardaría á lo menos la fuga de su joven amo, pues no debemos olvidar que en partiendo el señorito, perdía el hilo con cuya ayuda confiaba penetrar en el misterioso laberinto donde se ocultaba Petit-Pierre. Sin embargo, al verse de nuevo en su casa la señora de la Logerie había cambiado de ideas: al traer consigo á Courtin sólo pensaba en ocultarle la marcha de su hijo y librar á éste de sus preguntas y espionaje; mas era tal el desorden en que halló su casa, abandonada por algunas semanas á una compañía de soldados, que en vista de lo que á sus ojos tomaba las proporciones de catástrofe, olvidó sus primeras ideas sobre la poca confianza que el alcalde de la Logerie merecía, y detúvole con empeño á su lado para que se hiciera eco de sus quejas.

Expresada con sincera energía, la aflicción de la señora de la Logerie impidió á Courtin dejarla bajo cualquier pretexto para ir á ver lo que en la granja pasaba.

Por lo demás, era muy sagaz para no haber comprendido que la baronesa quería alejarle del mancebo; con todo, parecióle tan verdadero el pesar que la causaba la vista de los platos rotos, de los espejos quebrados, de las alfombras manchadas y del salón trocado en cuerpo de guardia é ilustrado con expresivos aunque toscos dibujos, que dudó de su primera impresión, pensando por lo mismo que no habrían inspirado desconfianza contra él á su joven amo, y que con facilidad sabría alcanzarle antes de que se hubiese embarcado.

Eran las ocho de la noche cuando la baronesa volvió á subir á su coche después de lamentar por última vez las tropelías cometidas en su casa de la Logerie, y apenas Courtin hubo dicho al postillón: Camino de París, dió á correr con dirección al cortijo, sin escuchar las últimas recomendaciones que su ama por la portezuela le dirigía.

Llegado á la granja, supo por su criada que á eso de las dos los señoritos Michel y Berta se habían marchado á Nantes, y corrió al establo para ensillar la jaca á fin de alcanzar á los fugitivos, antes de que con su precipitación diera tiempo á la fámula para enterarle del modo de locomoción que Michel había adoptado. Viendo el establo vacío, animóse Courtin al pensar en el moderado paso de su caballo, y proveyéndose de dinero y á todo evento de las insignias de su dignidad de alcalde, echó á andar más que de prisa tras del

que consideraba como fugitivo y casi como ladrón de ciertos cien mil francos que su imaginación contaba ganar con el novio de las Lobas.

Courtin corría pues como un hombre que ve arrebatados del viento sus billetes de banco, lo cual equivale á decir que iba casi tan ligero como el viento; mas no por eso dejaba de preguntar á cuantos topaba.

Nuestro alcalde solía ser preguntón hasta de sobra, y claro está que en semejante ocasión debía de serlo más que nunca.

En San Filiberto de Grandlieu le dijeron que á las siete y media de la noche habían visto su haca; preguntó quién la montaba, y el tabernero con quien hablaba no pudo darle razón por haber llamado toda su atención la resistencia del animal negándose obstinadamente á pasar de la rama de acebo á la cual solía Courtin pagar tributo cuando iba á Nantes.

Algo más lejos fué más feliz, pues diéronle tan exactas señas del jinete, que no dudó de que era el joven barón aunque le afirmasen que iba solo.

Prudente por excelencia, el alcalde de la Logerie creyó que los dos mozos se habían separado por prudencia para juntarse en otro punto. La fortuna estaba pues en su favor, ya que se los entregaba separados; si alcanzaba á Michel en Nantes, había ganado la partida.

Por lo tanto, siguió creyendo que el baroncito no se había desviado del camino, y estaba tan seguro de que había entrado ó iba á entrar en Nantes, que al llegar á la posada del *Alba* no se tomó la molestia de pedir informes al mesonero, sino que comió á toda prisa un bocado, y en vez de entrar en la ciudad donde no hubiera podido encontrar á Michel, repasó el puente Rousseau y tiró á la derecha con dirección al Pélerin.

Courtin tenía un proyecto.

Ya hemos dicho las esperanzas que en Michel fundaba.

Enamorado éste de Mary, un día ú otro confiaría á Courtin con una mira personal el secreto del retiro de su amada, y como Mary estaba al lado de Petit-Pierre, al descubrir el barón el secreto de Mary revelaría el de la duquesa.

Y si Michel se marchaba, llevábase las esperanzas de Courtin: con que era preciso que á toda costa Michel no partiera.

Y si Michel no hallaba en el lugar convenido al *Joven Carlos*, tenía que quedarse.

En cuanto á la señora de la Logerie, como entonces se encontraba camino de París, trascurriría algún tiempo antes de saber que la fuga de su hijo no había podido efectuarse, y de hallar otro medio de sacarle de la Vendée: demora más que suficiente para que Michel, gracias al estado de su convalecencia, proporcionara al astuto colono el medio de conseguir sus fines.

Aunque Courtin ignoraba todavía de qué manera llegaría al patrón del *Joven Carlos*, cuyo nombre había oído pronunciar á la baronesa, confiaba en su estrella sin sospechar que en esto se parecía á un grande hombre de la antigüedad.

En efecto, la suerte le fué propicia.

Al llegar á la altura de Coueron divisó entre las copas de los álamos de la isla los palos de la goleta.

La vela de gavia se mecía á merced de la brisa.

Aquel era el buque que el colono buscaba.

A la tenue claridad del crepúsculo que comenzaba á confundir los objetos, al mirar Courtin la margen vió á diez pasos una larga caña horizontal á la superficie del río, de cuyo extremo pendía un bramante y un corcho que á la ventura flotaba.

La caña parecía salir de una prominencia, y aunque no se veía nada más, suponía un brazo para asirla y un pescador dueño de este brazo.

Encaminóse el colono al altillo y vió á un hombre agachado en una sinuosidad de la margen, absorto en la contemplación de las evoluciones que la corriente imprimía al pedazo de corcho.

Aquel hombre iba vestido de marinero, esto es, con pantalón de lienzo, blusa encarnada y una especie de gorro escocés.

A dos pasos de él mecíase blandamente en el río la popa de un bote cuya proa descansaba en la orilla.

Al oír las pisadas de Courtin no alzó el pescador la cabeza aunque aquel tomara la precaución de toser para anunciar su presencia y hacer de su tos significativa el prólogo de la conversación que deseaba entablar; mas no sólo guardó el pescador el más obstinado silencio, sino que ni siquiera volvió la cabeza.

—Tarde pescáis, atreviósse á decir por fin el alcalde de la Logerie.—Bien se conoce que no lo entendéis, respondió el pescador haciendo una desdeñosa mueca; sabed que es sobrado temprano, pues el pez que vale la pena sólo anda de noche, y sólo de noche se puede sacar otra cosa que pescado menudo.—Sí; pero luego será tanta la oscuridad que no veréis el corcho.—¿Qué le hace? replicó el pescador encogiendo los hombros; aquí tengo mis ojos nocturnos, prosiguió mostrando la palma de la mano.—Ya caigo: en el tacto conocéis cuando el pez muerde el cebo, dijo Courtin sentándose al lado del pescador; á mí también me agrada la pesca, y decid lo que quisieris, tengo la pretensión de entender la materia.—¡Vos entendéis la pesca con caña! dijo el aficionado con aire dudoso.—Nó, nó, respondió Courtin, la pesca con red: á ella me dedico en los rios de la Logerie.

Courtin habia aventurado este detalle local con la esperanza de que lo cogeria al vuelo el hombre de la caña, á quien tomaba por algún marinero enviado por el capitán para conducir á Michel á bordo; pero el pescador no se dió por entendido, y dijo:

—Por más que me ponderéis vuestros conocimientos en el grande arte de la pesca, lo pongo en cuarentena.—¿Por qué? ¿creéis por ventura que lo monopolizáis?—Como ignoráis los primeros principios del arte...—¿Qué principios son esos? preguntó Courtin.—En primer lugar, el buen pescador debe guardarse de cuatro cosas.—¿De cuáles?—Del viento, de los perros, de las mujeres y de los parlanchines: bien es verdad que pudiéramos decir de tres, añadió filosóficamente el de la blusa, pues mujer y parlanchín son una misma cosa.—¡Bueno! luego veréis que no he hablado sin ton ni són, cuando trate de hacerlos ganar un escudito.—Dejad que pesque media docena de pértigas y habré ganado más de un escudito, y habréme divertido por añadidura.—Pues os daré cuatro ó cinco francos, prosiguió Courtin, y al mismo tiempo habréis hecho bien al prójimo. ¿Digo algo?—Menos circunloquios, dijo el pescador; ¿qué me queréis? Hablad.—Que me llevéis en el bote al *Joven Carlos*, cuyas jarcias vemos desde aquí.—¡El *Joven Carlos*! dijo el marinero con el aire más inocente del mundo; ¿qué es el *Joven Carlos*?—Esto, dijo el labriego presentando al pescador su sombrero que habia recogido de la orilla y en cuya

cinta estaba escrito en letras doradas: El *Joven Carlos*.—Pescador sois, no lo niego, amigo; pues ¡por mis pecados! para haber leído esto en la oscuridad es menester que tengáis como yo la vista en los dedos. Vamos á ver: ¿qué queréis del *Joven Carlos*?—¿No os he dicho poco há una palabra que os ha sorprendido?—Buen hombre, respondió el pescador, yo soy como los perros de raza, nunca ladro cuando me muerden; con que largad vuestra corredera sin cuidaros de lo que pasa en mi carena.—Sabed pues que soy el colono de la señora baronesa de la Logerie.—¿Y qué?—Y vengo de su parte, dijo Courtin cobrando audacia á medida que entraba en materia.—¿Y qué? preguntó el marinero casi en el mismo tono, aunque con más marcada impaciencia. Venis de parte de la señora de la Logerie, bueno: ¿qué venis á decirnos de su parte?—Vengo á decirnos que todo se ha frustrado, sorprendido, descubierto, y conviene que os alejéis cuanto antes.—Basta, respondió el pescador; eso no me incumbe, pues no soy más que el segundo del *Joven Carlos*; pero me habéis dicho lo bastante para concederos lo que me pedís, y vamos á navegar de conserva para arribar á las aguas del capitán, á quien contaréis vuestra historia.

Y el segundo del *Joven Carlos* arrolló tranquilamente el sedal á la caña, echóla á la barca, y empujándola vigorosamente, púsola á flote.

Hizo en seguida seña á Courtin de que se sentara en la popa, y de una palada de remo estuvo á quince varas de la margen: á los cinco minutos doblaron la isla, y luego se hallaron al costado del *Joven Carlos*, que estando en lastre salía unos doce piés del agua. Al rumor de los remos partió del buque un silbido singularmente modulado, al cual respondió el pescador con otro silbido casi semejante; presentóse á proa un bulto, el bote atracó á estribor, y echaron un cabo á los que llegaban.

El hombre de la blusa trepó por el costado del buque con la agilidad de un gato, y luego izó á Courtin, menos acostumbrado á aquella escalera náutica.

Cuando con gran contento suyo se vió de pié á bordo, el alcalde de la Logerie se halló delante de una forma humana, cuyas facciones no podía distinguir por hallarse ocultas bajo los dobleces de una gran corbata de lana arrollada al cuello de su capote de encerado, si bien conoció que se-

ría el capitán, atendida la humilde y sumisa actitud de un grumete que á su lado estaba.

—¿Quién es este hombre? preguntó el capitán al pescador aproximando al rostro del colono un farolito que tomó de manos del grumete.—Viene de parte de quien sabéis, respondió el segundo.—¡Cuerpo de tall! exclamó el capitán. Pues ¿para qué te sirven los ojos cuando has podido creer que este era un mozo de veinte años?—No soy en verdad el señor de la Logerie, dijo Courtin, sino su colono y confidente.—¡Buena! eso ya es algo, pero no todo.—Háme encargado...—¡Voto á...! no te pregunto lo que te ha encargado, cotorra, dijo el capitán escupiendo para desfogar más libremente la cólera que comenzaba á animarle; dígame que ya es algo, pero no todo.

Miró Courtin al capitán con extrañeza.

—¿Comprendes, ó nó? preguntó éste; si no comprendes, dílo pronto, y te llevaremos á tierra con todos los honores que mereces, ó sea con las costillas molidas á palos.

Cayó entonces Courtin en la cuenta de que según toda probabilidad la señora de la Logerie había convenido con el capitán del *Joven Carlos* en una señal que acreditara á su enviado, y como la ignoraba, dióse por perdido, viendo frustrados sus planes y defraudadas sus esperanzas, amén de que, cogido en la trampa como un zorro, iba á manifestarse tal como era á los ojos del joven barón.

El alcalde de la Logerie procuró salir del aprieto, aparentando aquella rústica candidez que á veces raya en idiotismo.

—¡Vaya! dijo, yo no sé más, señor; mi buena ama me ha dicho: Amigo Courtin, ya sabes que el señorito está condenado á muerte; héme entendido con un buen marino para sacarle de Francia, y creo que algún traidor nos ha denunciado: corre á decirlo al capitán, que está en Couerón, detrás de las islas. He venido, y no sé más.

En esto oyóse un recio ¡hel! procedente de proa, y distraído el capitán de la enérgica respuesta que probablemente meditaba, volvióse al grumete que con el farol en la mano escuchaba boquiabierto el diálogo de su patrón y de Courtin.

—¿Qué haces aquí, Lascar, perro condenado? exclamó acompañando estas palabras de una pantomima que gracias á la rápida evolución del joven aspirante al almirantazgo le

alcanzó las partes carnosas y le envió á rodar hasta la escotilla. ¿Así cumples tu obligación? ¡A tu puesto!

Y volviéndose al segundo, dijo:

—No dejes abordar sin haber reconocido al que viene.

Aun no había acabado, cuando saltó inopinadamente á bordo el recién venido, que se sirvió del cabo con que habían izado á Courtin.

Cogió el capitán la linterna que había soltado el grumete y que por una casualidad providencial no se había apagado, llegóse al desconocido, y asiéndole por el cuello, exclamó:

—¿Con qué derecho subís á bordo sin pedir permiso?—

Subo á bordo porque conviene, respondió el hombre con el aplomo de una persona que ha cumplido su deber.—¿Qué quieres? Despacha.—Soltadme primero; bien sabéis que no huiré, habiendo venido espontáneamente.—¿Qué soltar ni qué alforjas! dijo el capitán, tenerte agarrado no es taparte la boca.—No puedo hablar cuando me aprietan de tal modo, replicó el recién venido sin intimidarse del tono de su interlocutor.—Capitán, dijo el segundo ¡par diez! Al que se viene con andanadas le pedís pabellón, y al que está dispuesto á izar su bandera le amarráis la driza.—Es verdad, respondió el capitán soltando á José Picaut, que tal era el recién venido.

Sacó este del bolsillo el pañuelo que le había entregado el baroncito, y presentólo al patrón del *Joven Carlos*, quien lo desdobló y contó los tres nudos con tanto escrúpulo como si se tratara de una suma de dinero.

Courtin estaba muy atento.

—Bien, dijo el capitán; estás en regla: luego hablaremos; antes quiero despachar al sugeto de popa. Tú, Antonio, dijo al segundo, lleva este mozo á la despensa y dale un vaso de ginebra.

El capitán volvió á popa y halló á Courtin sentado en un rollo de jarcias y con la cabeza apoyada en las manos, cual si no hubiese prestado la menor atención á lo que acababa de pasar en la proa. El alcalde de la Logerie parecía estar abrumado, aunque en realidad no se le había ocultado ningún detalle de la escena habida entre el capitán y José Picaut.

—¡Oh! mandad que me lleven á tierra, señor capitán.

exclamó al verle venir; no sé lo que tengo, hace rato que me siento muy malo, y paréceme que me siento morir.—¿Esas tenemos? si te quejas ya de marco, ¡qué será antes de que hayas atravesado la línea!—¡La línea! ¡Jesús!—Sí, buen hombre; hallo muy sabrosa tu conversación, y quiero tenerte á bordo durante el viajecito que voy á emprender.—¡Quedarme aquí! exclamó el labriego fingiendo más espanto del que realmente experimentaba, ¡y mi granjal! ¡y mi buena ama!—En cuanto á tu granja, te prometo que verás países donde podrás estudiar granjas modelos; y tocante á tu buena ama, yo me encargo de reemplazarla ventajosamente.—¿Por qué, buen señor? ¿De qué dimana la súbita resolución de llevarme con vos? Ved que sólo por este maréillo, ya se me va la cabeza.—Así aprenderás á burlarte del capitán del *Joven Carlos*, palurdo bribón.—¿En qué os he ofendido, señor capitán?—Ea, dijo el marino decidido á abreviar el diálogo, responde francamente, y así no tendrás que ir á mil leguas de aquí para que se te almuercen los tiburones. ¿Quién te envía?—La señora de la Logerie ¡caramba! ¡Cuando os digo que soy su colono! tan cierto como hay Dios.—En fin, continuó el capitán, si te envía la señora de la Logerie, te habrá dado algo para darte á conocer, una esquila, una carta, un pedazo de papel. Si nada de esto tienes, no vienes de parte suya; si no vienes de parte suya, eres un espía, y en ese caso ¡cuidado! porque te trataré como se trata á los espías.—¡Jesús! ¡Jesús! exclamó Courtin afectando afligirse más y más, yo no quiero que formen de mí tan mal concepto. Mirad, aquí tenéis unas cartas dirigidas á mí que por casualidad llevo encima, y ellas os probarán que soy el mismo Courtin que os he dicho; aquí está mi banda de alcalde... ¡oh! ¿qué más queréis para convenceros de que he dicho la verdad?—¡Tu banda de alcalde! exclamó el capitán. ¿Cómo es posible, bellaco, que si eres funcionario público y has prestado juramento al gobierno seas cómplice de un hombre que ha hecho armas contra el gobierno y está sentencedado á muerte?—¡Ah señor! porque tengo tanto cariño á mis amos, que por ellos falto á mi deber. Y si he de confesaros toda la verdad, á mi dignidad de alcalde debo el haber sabido que esta noche iban á molestaros, y habiendo advertido á la señora de la Logerie el peligro que corriais, me ha dicho: Toma este pañuelo, vé á ver al capitán del *Joven Carlos*...

—¿Te ha dicho: Toma este pañuelo?—Eso me ha dicho, á fe.—¿Dónde está ese pañuelo?—En mi faltriquera.—¡Imbécil! idiota! gagnápiro! dame acá el pañuelo.—¿Que os lo dé?—Sí.—¡Oh! con mucho gusto, tomad, tomad.

Y Courtin sacó el pañuelo.

—Daca ¡perro condenado! exclamó el capitán. ¿No te ha dicho la señora de la Logerie que me dieses este pañuelo?—Sí tal, respondió Courtin con aire más y más estúpido.—Pues ¿por qué no me lo has dado?—¡Toma! porque al llegar á bordo he visto que os sonabais las narices con los dedos, y he dicho entre mí: ¡Bueno! si el capitán se suena con los dedos, no hay para qué darle el pañuelo.—¡Ya! dijo el capitán rascándose la cabeza con aire todavía perplejo; ó eres un solemne trapacero, ó muy cerrado de mollera; en todo caso, prefiero tenerte por un imbécil. Vamos á ver, dime categóricamente la causa de tu venida y lo que para mí te ha dicho la persona que te envía.—Hé aquí palabra por palabra las de mi buena ama, señor: Courtin, me ha dicho, puedo fiarme de tí ¿no es cierto?—¡Oh! sí, sí, la he respondido.—Has de saber pues que mi hijo, á quien recogiste y ocultas en tu casa con peligro de tu vida, debía evadirse esta noche á bordo del *Joven Carlos*; pero como he oído decir y como tú mismo dices, parece que todo se ha descubierto. Corre sin dilación á prevenir al digno capitán que no espere á mi hijo y huya cuanto antes, pues esta noche deben prenderle por haber contribuido á la evasión de un condenado político, y también por otras muchas cosas.

Courtin ponía ese apéndice á la frase que había preparado, presumiendo según la fisonomía del capitán del *Joven Carlos* que tal vez tendría cargada la conciencia de algunos otros pecadillos; y acaso no iba errada su perspicacia, pues el digno marino permaneció pensativo algunos momentos.

—Sígueme, dijo por fin á Courtin.

El colono obedeció pasivamente, condújole el capitán á su camarote y guardóle en él bajo llave.

Quedó Courtin á oscuras, bastante inquieto del sesgo que tomaba el asunto, y á poco oyó pasos que se dirigían al camarote.

Abrióse la puerta y entró el capitán seguido de José Picaud, y del segundo, que llevaba un farol en la mano.

—Vamos á ver, dijo el patrón del *Joven Carlos*, acabemos de una vez; desenredemos esa enmarañada madeja, ó

por el casco de mi buque que os mando dar una de chicotazos hasta que el mismo diablo llore de compasión.—Yo he dicho cuanto que decir tenía, capitán, respondió Courtin.

Estremecióse Picaut á esa voz, no sabiendo que el colono estuviere á bordo, y dió un paso para cerciorarse de que era él.

—¡Courtin! exclamó; el alcalde de la Logerie! Capitán, si este hombre sabe nuestro secreto, estamos perdidos.—¿Por qué? preguntó el capitán.—Porque es un traidor, un espía, un soplón.—¡Fuego de Dios! dijo el capitán, no me lo habrás de repetir muchas veces para que te crea. El tunante tiene una cara de camastrón que me da mala espina.—No os equivocáis, continuó José Picaut; yo os aseguro que es el pícaro más descarado del país de Retz.—¿Qué respondes á eso? preguntó el capitán. Di ivoto á brios!—¡Oh! nada, dijo Picaut, le desafío á ello.

Courtin permaneció callado.

—Está visto, dijo el capitán, habré de emplear otros medios para sacarte el alma de pecado, buena pieza.

Y con un silbato de plata suspendido á una cadenilla de lo mismo, despidió el patrón un agudo y prolongado sonido.

Entraron en el camarote dos marineros y asomó una diabólica sonrisa en los labios de Courtin.

—¡Buena! dijo éste, ahora sí que hablaré.

Y llevando al capitán á un rincón del camarote, le dijo dos palabras al oído.

—¿Es cierto lo que dices? preguntó el patrón.—Fácil es averiguarlo, respondió el colono.—Tienes razón.

Y á una señal del capitán; el segundo y los dos marineros asieron á José, quitáronle la chupa, y le rasgaron la camisa.

Acercóse entonces el capitán, dióle una fuerte palmada en el hombro, y las dos letras con que habían marcado al chuán al entrar en el presidio aparecieron del todo visibles en sus carnes.

Habían sido tales la violencia y prontitud de los tres hombres, que Picaut no había podido defenderse, y no bien advirtió de qué se trataba, hizo inauditos esfuerzos para rechazar á los que le sujetaban; pero domado por aquella triple fuerza, ya sólo podía sonrojarse y blasfemar.

—Atadle de piés y manos, gritó el capitán juzgando de

la moralidad del hombre por el certificado que en el hombro llevaba; y encerrádmelo en la bodega entre dos toneles.

Y volviéndose á Courtin, que ya respiraba aliviado, díjole:

—Perdonad, digno magistrado, si os he confundido con un bribón de ese jaez: perded cuidado, yo os prometo que si antes de tres años pegan fuego á vuestra granja, no será él quien lleve á cabo tal hazaña.

En seguida subió á cubierta, donde Courtin le oyó dar la orden de aparejar.

Convencido del peligro que corría, dábase tanta prisa el digno marino en prepararse á huir de la justicia, que pidiendo mil perdones al alcalde de la Logerie por no haberle siquiera agasajado con un vasito de aguardiente, hizole bajar al bote deseándole buen viaje y dejándole dueño de saltar á tierra en el punto que más tuviese por conveniente.

Courtin cortó como pudo la corriente del río, y cuando el esquife tocaba la arena de la orilla, vió que el *Joven Carlos* iba ya desplegando las velas.

Ocultóse entonces Courtin en la misma sinuosidad de la margen donde había visto al pescador, y al cabo de media hora escasa de espera vió que llegaba Michel, extrañando que no le acompañase Berta, sino Mary y Petit-Pierre, y al mismo tiempo alegrándose con doble motivo de su astucia, tan felizmente favorecida por la casualidad, la cual había traído allí á José Picaut como para contribuir al logro de sus fines.

Dispuesto pues á aprovechar la buena suerte que el cielo le deparaba, es de concebir que no perdiera un momento de vista á Michel, Mary y Petit-Pierre mientras permanecieron en la orilla; que cuando los tres se embarcaron en busca del buque, observara todos los rodeos y vueltas que dieron con el bote; y que cuando regresaron á Nantes, les siguiera con tanta cautela que ninguno de los tres fugitivos notó que les espiaban.

Sin embargo, á pesar de todas sus precauciones, él era el que Michel había visto en la esquina de la plaza del Bouffay, pues él era quien había seguido á los proscritos hasta la casa donde entraron.

Cuando hubieron desaparecido ya no le cupo la menor duda de que sabía dónde se ocultaba Petit-Pierre, y al pasar por delante de la puerta sacó un pedazo de yeso, hizo una

cruz en la pared, y seguro de tener al pez en la red, creyó que ya sólo faltaba recogerla y tender la mano para cobrar los cien mil francos.

### XXX

DONDE SE VE QUE EL GENERAL CONTINÚA SIENDO EL MISMO

Courtin estaba muy conmovido: al desaparecer por la puerta el último de los tres personajes á quienes seguía desde Coueron, había tenido como en el páramo cuando regresaba de Aigrefeuille una visión que le parecía la más hermosa de todas. Había visto relucir á sus deslumbrados ojos una pirámide de monedas amarillas y blancas que despedían brillantes y embelesadores reflejos, con la diferencia empero de que la pirámide era mucho más alta que la antes divisada, pues cumple confesar que al ver su presa en la red, lo primero, lo único que pensó Courtin fué que sería un gran majadero si hacía partícipe de tan buena recompensa al hombre de Aigrefeuille, y un torpe insigne si no despreciaba su cooperación. Por lo tanto, resolvió no avisarle, como así estaba convenido, é ir inmediatamente á dar parte á las autoridades del descubrimiento que acababa de hacer.

Con todo, seamos justos: en medio de su grande alegría y satisfacción pensó Courtin en su joven amo, á quien sus interesadas miras iban á costar la libertad y acaso la vida; á bien que ahogó incontinentemente este intempestivo remordimiento, y para que su conciencia no levantara otro grito apretó á correr con dirección á la prefectura.

A pocos pasos, y al doblar la esquina de la calle del Mercado, topó con él un hombre que corría en dirección opuesta y derribóle contra la pared. Courtin exhaló un grito, nó de

dolor, sinó de sorpresa, pues en aquel sugeto había conocido al barón de la Logerie, á quien creía haber dejado tras la puerta que señaló con una cruz.

Era tal su pasmo, que Michel de seguro lo hubiera advertido á no estar tan sumamente preocupado; mas en aquel momento, alegrándose el barón de ver al que tomaba por amigo y creer por consiguiente que le llegaba un auxilio, hablóle en estos términos:

—Díme, Courtin, ¿has seguido la calle del Mercado?—Sí, señor barón.—Pues habrás visto á un hombre que huía.—Nó, señor barón.—Sí, Courtin, sí; es imposible que no le hayas visto; un hombre que al parecer estaba espiando.

Courtin se puso como la grana, y serenándose luego, dijo decidido á no perder aquella inesperada probabilidad de alejar de sí toda sospecha:

—Sí, sí, es verdad: delante de mí iba un hombre que se ha detenido en frente de aquella puerta verde que de aquí veís.—¡Eso es! exclamó el mozo poseído de la idea de descubrir á quien les había espiado; Courtin, es absolutamente necesario encontrar á ese hombre, y necesito que me pruebes tu fidelidad y adhesión. ¿Por donde ha tomado?—Creo que por aquella calle, dijo el colono indicando con la mano la primera calle que vió.—Sígueme.

Michel echó á andar á paso largo en la dirección que Courtin le indicara, y éste siguiéndole se puso á reflexionar.

Por un momento tuvo el colono la idea de dejar que el señorito corriera á su placer é irse á donde se había propuesto; pero luego se alegró de no haber seguido esta primera inspiración.

Era evidente para Courtin que la casa tenía dos puertas, y pues Michel había notado que espiaban sus pasos, estaba seguro de que se habían servido de ellas para desorientar al espía, y que Petit-Pierre había salido como Michel de la casa de la calle del Mercado, en cuya esquina topó con el baroncito.

Courtin encontraba á Michel, á Michel que probablemente ya sabía el retiro de su amada, y con el barón, el alcalde de la Logerie estaba cierto de conseguir el fin que se proponía. Atropellando las cosas, podía malograrlas, y por tanto resignóse á perder el lucro de tan buena redada y á tener un poco de paciencia.

Apretó pues el paso, y alcanzando al mancebo díjole:

cruz en la pared, y seguro de tener al pez en la red, creyó que ya sólo faltaba recogerla y tender la mano para cobrar los cien mil francos.

### XXX

DONDE SE VE QUE EL GENERAL CONTINÚA SIENDO EL MISMO

Courtin estaba muy conmovido: al desaparecer por la puerta el último de los tres personajes á quienes seguía desde Coueron, había tenido como en el páramo cuando regresaba de Aigrefeuille una visión que le parecía la más hermosa de todas. Había visto relucir á sus deslumbrados ojos una pirámide de monedas amarillas y blancas que despedían brillantes y embelesadores reflejos, con la diferencia empero de que la pirámide era mucho más alta que la antes divisada, pues cumple confesar que al ver su presa en la red, lo primero, lo único que pensó Courtin fué que sería un gran majadero si hacía partícipe de tan buena recompensa al hombre de Aigrefeuille, y un torpe insigne si no despreciaba su cooperación. Por lo tanto, resolvió no avisarle, como así estaba convenido, é ir inmediatamente á dar parte á las autoridades del descubrimiento que acababa de hacer.

Con todo, seamos justos: en medio de su grande alegría y satisfacción pensó Courtin en su joven amo, á quien sus interesadas miras iban á costar la libertad y acaso la vida; á bien que ahogó incontinentemente este intempestivo remordimiento, y para que su conciencia no levantara otro grito apretó á correr con dirección á la prefectura.

A pocos pasos, y al doblar la esquina de la calle del Mercado, topó con él un hombre que corría en dirección opuesta y derribóle contra la pared. Courtin exhaló un grito, nó de

dolor, sinó de sorpresa, pues en aquel sugeto había conocido al barón de la Logerie, á quien creía haber dejado tras la puerta que señaló con una cruz.

Era tal su pasmo, que Michel de seguro lo hubiera advertido á no estar tan sumamente preocupado; mas en aquel momento, alegrándose el barón de ver al que tomaba por amigo y creer por consiguiente que le llegaba un auxilio, hablóle en estos términos:

—Díme, Courtin, ¿has seguido la calle del Mercado?—Sí, señor barón.—Pues habrás visto á un hombre que huía.—Nó, señor barón.—Sí, Courtin, sí; es imposible que no le hayas visto; un hombre que al parecer estaba espiando.

Courtin se puso como la grana, y serenándose luego, dijo decidido á no perder aquella inesperada probabilidad de alejar de sí toda sospecha:

—Sí, sí, es verdad: delante de mí iba un hombre que se ha detenido en frente de aquella puerta verde que de aquí veis.—¡Eso es! exclamó el mozo poseído de la idea de descubrir á quien les había espiado; Courtin, es absolutamente necesario encontrar á ese hombre, y necesito que me pruebes tu fidelidad y adhesión. ¿Por donde ha tomado?—Creo que por aquella calle, dijo el colono indicando con la mano la primera calle que vió.—Sígueme.

Michel echó á andar á paso largo en la dirección que Courtin le indicara, y éste siguiéndole se puso á reflexionar.

Por un momento tuvo el colono la idea de dejar que el señorito corriera á su placer é irse á donde se había propuesto; pero luego se alegró de no haber seguido esta primera inspiración.

Era evidente para Courtin que la casa tenía dos puertas, y pues Michel había notado que espiaban sus pasos, estaba seguro de que se habían servido de ellas para desorientar al espía, y que Petit-Pierre había salido como Michel de la casa de la calle del Mercado, en cuya esquina topó con el baroncito.

Courtin encontraba á Michel, á Michel que probablemente ya sabía el retiro de su amada, y con el barón, el alcalde de la Logerie estaba cierto de conseguir el fin que se proponía. Atropellando las cosas, podía malograrlas, y por tanto resignóse á perder el lucro de tan buena redada y á tener un poco de paciencia.

Apretó pues el paso, y alcanzando al mancebo díjole:



—Señor barón, os encargo la prudencia: ya es de día, las calles van llenándose de gente, llamáis la atención de todos con vuestro vestido salpicado de lodo y humedecido por el rocío, y si os vieran los agentes de la autoridad, podrían concebir sospechas y prenderos. ¿Qué diría entonces vuestra señora madre, que ha querido que yo la acompañe hasta aquí para darme sus últimas instrucciones?—¿Mi madre? A estas horas me cree embarcado para Inglaterra.—¡Ah! ¿debiais partir? preguntó Courtin con el aire más inocente del mundo.—Sí. ¿No te lo había dicho ella?—No, señor, respondió el labriego fingiendo amarga y honda tristeza, nó: ya veo que á pesar de todo lo que por vos he hecho, la baronesa desconfía de mí, y esto me parte el alma.—¡Vaya! ¡vaya! no te aflijas, buen hombre; es que bien mirado, se advierte en tí una mudanza tan brusca y repentina que apenas se explica, y cuando pienso que una noche cortaste las cinchas de mi caballo, extraño á fe que te hayas vuelto tan bueno, tan atento y leal.—¡Toma! señor, eso se concibe: entonces yo defendía mis opiniones políticas; hoy que han triunfado, hoy que ya no me cabe duda de que no cambiará el gobierno, sólo veo en las Lobas y los chuanes á los amigos de mi amo, y siento que me paguen tan mal.—¡Ea! no te apesadumbres, buen Courtin, respondió Michel; huélgome de que abrigues ya ideas más generosas, y voy á probártelo confiándote un secreto que tenías presentado. Courtin, es probable que la baronesa de la Logerie no sea la que hasta ahora has creído.—¿No os casáis ya con la señorita de Souday?—Sí; pero tal vez mi esposa se llame Mary.—¡Oh! ¡cuánto por vos me alegrara! pues ya sabéis que he hecho cuanto he podido para que así fuese, y si no he hecho más es porque no habéis querido. Pero ¡calle! ¿habriais visto á la señorita Mary?—Sí; la he visto, y los pocos momentos que con ella he estado creo que habrán sido suficientes para asegurar mi dicha, dijo Michel en el colmo de la alegría. ¿Tienes que regresar hoy mismo á la Logerie?—Grea el señor barón que estoy á sus órdenes.—Bien; pues también la verás, Courtin, porque esta noche debo ir á verla.—¿Dónde?—Donde me has encontrado.—Mejor, dijo el colono, en cuyo rostro brilló una satisfacción igual á la de su amo; mejor: me alegraré infinito de veros casado á vuestro gusto, pues ya que vuestra madre consiente, vale más que sea con la que amáis. Ahora veis si eran acertados mis consejos.

Y restregóse el labriego las manos cual si no cupiera en sí de gozo.

—¿Dónde te veré esta noche, amigo Courtin? preguntó Michel gratamente conmovido por los simpáticos ademanes del colono.—Donde gustéis.—¿No has parado en el mesón del *Alba* como yo?—Sí, señor barón.—Pues bien, allá pasaremos el día, y por la noche me esperarás mientras vaya á ver á Mary, pues luego saldremos juntos.—Es que yo, respondió Courtin bastante confuso, he de hacer varias diligencias en la ciudad.—Yo te acompañaré, y eso me ayudará á matar el tiempo, que me parecerá largo de aquí á la noche.—¡No hagáis tal! Mi cargo de alcalde me obliga á presentarme en las oficinas de la prefectura, y no podéis ir conmigo; nó, volveos á la posada y descansad, que esta noche á las diez nos pondremos en camino, vos muy alegre probablemente, y yo contento también por ello.

Courtin quería deshacerse por el momento de Michel. La idea de que la recompensa prometida á quien entregara á Petit-Pierre podría ganarla él solo, andábase de continuo por las mientes, y Courtin estaba decidido á no marcharse de Nantes sin saber á qué atenerse acerca de la suma ofrecida y de los medios de no compartirla con nadie.

Comprendiendo Michel el peso de las razones que el colono le daba, y mirando además el estado de su traje, resolvió despedirse de él para volver á la posada.

Courtin se encaminó en seguida á casa del general, dijo su nombre al ordenanza, y á poco le introdujeron á presencia de la persona á quien deseaba ver.

El general estaba muy descontento del giro que tomaban las cosas: había enviado á París unos planes de pacificación sugeridos por los que tan buenos resultados dieron al general Hoche, y habían sido desaprobados; veía que en todas partes la autoridad civil usurpaba las facultades que el estado de sitio concedía á los militares, y herida la susceptibilidad del veterano á par de sus sentimientos patrióticos, estaba altamente disgustado.

—¿Qué quieres? dijo á Courtin mirándole de alto abajo.

El labriego hizo la mayor reverencia que pudo, y respondió:

—Mi general, ¿os acordáis de la velada de Montaignu?—¡Pardiez, como si fuera ayer, y sobre todo de la noche inmediata! Poco faltó para que mi expedición tuviese feliz éxito,

y á no ser por un pícaro guarda que sobornó á uno de mis cazadores, yo hubiera sofocado la insurrección en sus principios. A propósito, ¿cómo se llamaba aquel hombre?—Juan Oullier.—¿Qué ha sido de él?

Courtin no pudo menos de inmutarse y dijo:

—Ha muerto.—Es lo mejor que podía hacer; y sin embargo, es lástima porque era un valiente.—Si os acordáis de quien hizo abortar la expedición, ¿por qué habéis olvidado, mi general, á quien os dió informes?

El general miró al colono.

—Porque Juan Oullier era soldado, era camarada, y en esos siempre pensamos; mientras que á los otros, los espías y traidores, les olvidamos luego que podemos.—Bien, dijo Courtin; en ese caso, mi general, permitid que os ayude á hacer memoria, y os diga que soy aquel hombre que os descubrió el albergue de Petit-Pierre.—¡Ah! sí.... Y hoy ¿qué quieres? Habla y sé breve.—Quiero prestaros exactamente el mismo servicio que entonces.—¡Ah! bien; pero los tiempos han cambiado mucho, amigo; ya no estamos en las honradas del país de Retz, donde se observa un piecicito, un cutis blanco y una voz suave, atendida la escasez de todas esas cosas. Aquí todas las mujeres parecen más ó menos grandes señoras, y hace un mes que más de veinte bribones de tu jaez han venido á vendernos la piel del oso. Nuestros soldados están cansadísimos, hemos registrado cinco ó seis barrios, y el oso todavía no ha parecido.—General, tengo derecho á que déis crédito á mis noticias, ya que una vez probé que las doy ciertas.—A la verdad, dijo el general á media voz, sería chistoso que yo solo hallase lo que ese personaje de París no ha conseguido descubrir con toda su cáfila de soplonos, espías y agentes de policía. ¿Estás seguro de lo que dices?—Estoy seguro de que mañana á estas horas sabré lo que deseáis saber, la calle y el número.—Pues ven á verme.—Es que yo quisiera, general...

Courtin se detuvo.

—¿Qué preguntó el anciano.—Hay de por medio una recompensa, y desearía...—¡Ah! sí, dijo el veterano apartándose y mirando al colono con desprecio; habíame olvidado de que, aunque funcionario público, eres de los que miran mucho por sus intereses privados.—¡Caramba! vos lo habéis dicho, general: á nosotros luego se nos olvida.—Y el dinero que os dan lo consideraréis como la gratitud pública;

á la verdad, es lógico; con que tú no das, tú vendes, traficas, eres negociante en carne humana, digno colono, y siendo hoy día de mercado, has venido al mercado como los otros y con los otros.—Soy todo eso. ¿Qué le hemos de hacer, general? los negocios son los negocios, y no me avergüenzo de cuidar de los míos.—Mejor; pero ya no debes dirigirte á mí: ha venido de París una persona á propósito para arreglar ese asunto, y con ella habrás de entenderte cuando tengas tu presa.—Así lo haré, mi general; mas ya que una vez os dí tan buenos informes, ¿no tendríais la bondad de recompensarme?—Buen hombre, si crees que te debo alguna cosa, estoy pronto á satisfacerte. Habla.—Y os será facilísimo, pues no pido mucho. Decidme la suma destinada á quien ponga á Petit-Pierre en vuestras manos.—Unos cincuenta mil francos, según creo; yo no me he cuidado de eso.—¡Cincuenta mil francos! exclamó Courtin dando un paso atrás cual si le hubiesen herido en el corazón; cincuenta mil francos son muy poca cosa.—Tienes razón, no vale la pena de ser infame por tan poco; mas eso dílo á quien corresponde. Ahora estamos pagados ¿no es cierto? Pues quitate de mi presencia; anda con Dios.

El general continuó el trabajo que había interrumpido para recibir á Courtin, sin prestar la menor atención á las reverencias que al salir le hacía el alcalde de la Logerie, quien se iba la mitad menos satisfecho de lo que había venido.

Persuadido estaba el colono de que el general sabía la suma destinada al precio de la traición, y no conciliando lo que acababa de oír con lo que le había dicho el sugeto de Aigrefeuille, y figurándose además que este sugeto era el mismo hombre que el gobierno había enviado de París, renunció completamente á la idea de obrar sin él, y propúsose enterarle cuanto antes de lo que había pensado.

Hasta entonces ese hombre se había presentado siempre á Courtin sin que éste le llamara; pero el colono había recibido sus señas por si se le ofrecía escribirle para comunicarle alguna cosa de importancia.

Courtin no escribió, sino que fué en persona, y con algún trabajo halló una tienda en el barrio más bajo de la ciudad, y en el fondo de un callejón húmedo, lleno de barro, poblado de casas sucias, y guarnecido de baratillos; en cuya tienda, habiendo preguntado por el señor Jacinto según se lo tenían

prevenido, hiciéronle subir una escala y le introdujeron en una pieza más aseada de lo que prometía la apariencia exterior de aquel chiribitil.

Allí encontró Courtin al hombre de Aigrefeuille, quien le recibió mejor que el general, y con quien tuvo una larga conferencia.

## XXXI

## NUEVO CHASCO DE COURTIN

Si largo debía parecer el día á Michel, no se lo pareció menos á Courtin, quien en su fastidio llegó á creer que nunca vendría la noche, y aunque tuvo gran cuidado en no ir á la calle del Mercado ni á ninguna de las adyacentes, no pudo prescindir de buscar distracción en las cercanías,

Llegada la noche, no olvidando el colono la cita de Michel y Mary, regresó al mesón del *Alba*, donde encontró al barón que impaciente le esperaba.

En viendo el mozo al labriego, le dijo:

—Me alegro infinito de verte, Courtin; he descubierto al hombre que nos siguió anoche.—¿Qué decís? preguntó el colono retrocediendo á pesar suyo.—Te digo que le he descubierto, repitió Michel.—¿Quién es?—Un sugeto de quien creí que podía fiarme, y de quien también te hubieras fiado tú en mi lugar: José Picaut.—¿José Picaut? repitió Courtin fingiendo suma extrañeza.—Sí.—¿Y dónde le habéis encontrado?—En esta posada, donde sirve de mozo.—¡Buena! ¿Y por qué os ha seguido? ¿Habráis cometido la imprudencia de confiarle vuestro secreto?—¡Ah joven! ¡cuán cierto es que la juventud y la imprudencia se dan la mano! A un ex-presidario...—Justamente por eso. ¿Sabes por qué fué á presidio?—¡Toma! por robo á mano armada en el camino real.—En fin, yo le había hecho un encargo.—Si yo os pregun-

tara cuál, dijo Courtin, creeríais que soy curioso, y sin embargo sólo hablo por interés.—¡Oh! ninguna razón tengo para ocultarte el encargo que hice á Picaut: encomendéle que fuese á decir al capitán del *Joven Carlos* que á las tres de la madrugada me tendría á bordo; y nadie ha vuelto á ver al hombre ni al caballo, de modo que si es José Picaut quien nos siguió, estará de acecho en los alrededores.—¿Para qué? preguntó Courtin; si hubiese querido entregaros, nada más fácil que enviar aquí á los gendarmes.

Michel movió la cabeza.

—¿Cómo que nó?—No se trata de mí, Courtin, ni por mí nos espió ayer.—¿Por qué?—Porque no han puesto á mi cabeza tan alto precio que pague una traición, Courtin.—Pues ¿á quién espiaba? preguntó el labriego apelando á toda la candidez que podía prestar á su acento y su rostro.—A un jefe vendeano que yo desearía salvar conmigo, respondió Michel notando que se propasaba en la conversación, pero congratulándose de enterar á medias de su secreto al colono para servirse de él en un momento dado.—¡Ah! ¿acaso ha descubierto el refugio de ese jefe vendeano? Sería una desgracia, señor Michel.—Nó; hasta ahora sólo ha vencido la primera dificultad, y es una dicha para nosotros; pero me temo que si vuelve á espiarnos sea más afortunado que la primera vez.—¿Y por qué habría de espiarnos?—¡Toma! si esta noche nos siguiera, vería que tengo una cita con Mary.—¡Cáspita! tenéis razón.—Así es que estoy inquieto.—Haced una cosa: llevadme con vos esta noche, y si veo que alguien os sigue, un silbido os prevendrá que emprendáis la fuga.—¿Y tú?

Echóse á reír Courtin y respondió:

—¡Oh! yo nada arriesgo: sabidas son mis opiniones, á Dios gracias, y á fuer de alcalde no he de temer que mis amigos y conocidos sean gente sospechosa y comprometida.—Los duelos con pan son menos, dijo riendo á su vez Michel; mas dime: ¿qué hora es?—El reloj de Bouffay está dando las nueve.—Vente pues, Courtin.—¿Con vos?—Sí.

Tomaron ambos el sombrero, salieron y en breve llegaron á la esquina donde Michel había encontrado al colono.

Tenía Courtin á la derecha la calle del Mercado, y á la izquierda la callejuela á que daba salida la puerta por él señalada con una cruz.

—Quédate aquí, Courtin, dijo el barón, mientras yo per-

manezco al otro extremo de esta callejuela; no sé todavía por qué lado vendrá Mary: si viene por el tuyo, encáminala á mí; si por el mío, acércate á fin de auxiliarnos si es menester.—Perded cuidado, dijo Courtin.

Y situóse en su puesto.

El colono estaba que no cabía en sí de gozo al ver que su plan salía tan bien, pues de uno ú otro modo iba á ponerse en contacto con Mary, á quien seguiría cuando dejara á Michel, creía firmemente que, no abrigando la doncella ninguna sospecha de que la siguiesen, descubriría el retiro de la princesa al reunirse con ella.

En esto dieron las nueve y media, y en seguida, oyendo Courtin ligeras pisadas, adelantóse á reconocer quién venía, y vió á Mary en una moza aldeana con manta y con un lío en la mano envuelto en un pañuelo.

Viendo la joven á un hombre que al parecer guardaba la calle, detúvose vacilando; mas llegándose á ella Courtin se dió á conocer.

—Bien, bien, señorita Mary, dijo en respuesta á las alegres demostraciones de la doncella; ya sé que no me buscáis á mí, sino al señor barón, ¿no es cierto? Allí os está esperando.

Y señaló con el dedo el otro extremo de la callejuela.

Agradecióselo la joven con un ademán y avivó el paso en la dirección indicada.

En cuanto á Courtin, creyendo que la plática sería larga, sentóse filosóficamente en un guardarruedas, desde el cual podía ver á los dos jóvenes mientras pensaba en su futura fortuna que en tan buen camino suponía.

En efecto, con Mary tenía un cabo del hilo del laberinto, y confiaba que este hilo ya no se rompería.

Mas no pudo mecerse mucho tiempo en las doradas nubes de su imaginación, porque habiéndose dicho los mozos algunas palabras, se acercaron á donde estaba. El baroncito daba alborozado el brazo á su novia y tenía en la mano el lío que antes llevaba Mary.

Michel le hizo una seña con la cabeza.

—¡Oh! dijo entre sí el colono, muy fácil se presenta la cosa, y á la verdad no tendría mérito.

Mas como esa prisa le venía de perlas, no se hizo de rogar para obedecer la seña del barón, y siguió á los dos amantes á muy corta distancia.

Luego empero se apoderó cierta inquietud del digno colono.

En vez de subir á lo alto de la ciudad, donde Courtin conocía instintivamente que debía estar el nido, los dos jóvenes bajaban al río.

El colono seguía todos sus movimientos con gran desazón, cuando de pronto supuso que Mary tenía que hacer alguna diligencia por aquella parte, y que Michel la acompañaba; mas al ver que llegados al muelle los dos jóvenes se dirigían al mesón del *Alba* y luego penetraban por su puerta cochera, en su viva inquietud no pudo contenerse, y alcanzó corriendo al baroncito.

—¿Qué hay? preguntó.—Courtin amigo, respondió el mancebo, soy el hombre más dichoso del mundo.—¿Sí?—¡Pronto! ¡pronto! ayúdame á ensillar dos caballos.—¿Dos caballos? ¿Y la señorita no vuelve allá?—Nó, Courtin, me la llevo.—¿A dónde?—A la Boulevvre, donde veremos de arreglarnos para huir todos juntos.—Y la señorita Mary abandona de ese modo...

Courtin no quiso decir más, comprendiendo que se propasaba; y como Michel estaba muy contento para mostrarse desconfiado, respondió:

—La señorita Mary no abandona á nadie, Courtin; Berta irá en su lugar, pues ya comprendes que no seré yo quien diga á Berta que no la amo.—Pues ¿quién se lo dirá?—Uno ú otro, Courtin, no te dé cuidado. ¡Pronto! ¡pronto! ensillemos dos caballos.—¡Ah! ¿caballos tenéis?—No son míos; pero ya se sabe que los que viajan por las necesidades de la causa, como nosotros, tienen caballos á su disposición.

Y Michel llevó á Courtin á la cuadra donde sus caballos estaban comiendo avena, como si efectivamente los hubiesen preparado para los dos mozos.

El barón ensillaba ya uno cuando bajó el posadero acompañado de Mary.

—Vengo del sud y voy á Rosny, díjole Michel en tanto que Courtin ensillaba lentamente el otro caballo.—Está bien, respondió el mesonero haciendo con la cabeza una seña de asentimiento.

Y ayudó á Courtin.

—Pero, señor, dijo éste haciendo otro esfuerzo, ¿por qué hemos de ir á la Boulevvre y nó á la Logerie? Paréceme que en la Logerie no os ha ido tan mal.

Michel interrogó á Mary con la vista.

—¡Oh! nó, nó, dijo ésta, no vayamos á la Logerie. Considerad, amigo, que Berta volverá pronto allá para saber de vos, para averiguar porqué el buque se ha dado á la vela sin ellos, y no quiero verla antes de que la persona que sabéis la haya hablado. Parece que me moriría de vergüenza y de dolor al encontrarme delante de ella.

Al nombre de Berta, por segunda vez pronunciado, irguió Courtin la cabeza como un caballo al oír el clarín.

—Sí, la señorita tiene razón, dijo, no vayáis á la Logerie.

—Hay un inconveniente, Mary, dijo Michel.—¿Cuál? preguntó la joven.—¿Quién entregará á vuestra hermana la carta en que se la encarga que venga á Nantes?—No será difícil hallar un mensajero, dijo el colono, y si no hay otro obstáculo que ese, señor Michel, yo me encargo de llevar la carta.

El barón titubeaba, pues lo propio que Mary temía presenciar los primeros arrebatos de Berta, y consultó con los ojos á la doncella, quien respondió con un ademán afirmativo.

—Vamos á la Boulevre, dijo Michel entregando la carta al colono. Si algo tienes que decirnos, Courtin, allá nos encontrarás.—¡Pobre Berta! ¡pobre Berta! exclamó Mary montando á caballo; nunca me consolaré de mi dicha.

Michel también acababa de montar, y después de encomendar otra vez la carta á Courtin, saludaron ambos jóvenes con la mano al posadero, saliendo del mesón del *Alba*.

A la extremidad del puente de Rousseau por poco derriban á un hombre que á pesar del calor de la estación estaba embozado en una manta.

Esa sombría aparición asustó á Michel, que apretó el paso del caballo diciendo á Mary que le imitara.

A unos cien pasos el barón volvió el rostro, y á pesar de la oscuridad vió que el hombre se había detenido y les estaba mirando.

—Nos espía, nos espía, dijo Michel adivinando por instinto que acababa de salvar un peligro.

Perdióles el hombre de vista y prosiguió camino de Nantes.

Paróse á la puerta del mesón, y buscando á alguien con los ojos, vió á un sugeto que en la cuadra y á la luz del farol leía una carta.

Acercóse, y al rumor de sus pasos volvió el leyente la cabeza.

—¡Vos por aquí! exclamó Courtin. A fe que si llegáis un momento antes me hubierais encontrado en compañía que no os habría gustado.—¿Quiénes son los dos mozos que por poco me hacen medir el suelo al extremo del puente?—Los mismos que há poco rato estaban conmigo.—¿Qué hay de nuevo? sepamos.—Bueno y malo; pero más que malo, bueno.—¿Es para esta noche?—Todavía no; se ha diferido el golpe.

—Frustrado, querréis decir, ¡torpe!

Sonrióse Courtin y dijo:

—Cierto, desde ayer corro con desgracia; mas ¡qué diantre! caminemos y no corramos, que quien menos corre vuela, y por más infructuosos que en cuanto al resultado inmediato hayan sido mis pasos de hoy, valen á lo menos veinte mil libras.—¿Estáis seguro de lo que decís?—Sí, y la prueba es que ya tengo algo.—¿Qué?—Esto, dijo Courtin enseñando la esquila que había abierto y leído.—¿Una esquila?—Sí.—¿Y qué dice? preguntó el de la manta alargando el brazo para apoderarse del escrito.—Nó, la leeremos juntos, que la debo guardar yo para llevarla á su destino.—Vcamos, dijo el hombre.

Acercáronse ambos al farol y leyeron:

«Servíos, pasar á mi lado cuanto antes. Ya sabéis las señas.

»Vuestro afectísimo.

»PETIT-PIERRE.»

—¿A quién va dirigida esta carta?—A la señorita Berta de Souday.—No veo su nombre en el sobre ni al pié de la esquila.—Porque una esquila puede perderse.—Tenéis razón. ¿Sois vos quien está encargado de entregarla?—Sí.

El hombre volvió á mirar el escrito, y dijo:

—Es su misma letra.—¡Ah! si me hubieseis permitido acompañaros, á estas horas la tendríamos.—¡Qué os importa, con tal que os la entreguen!—Sí, tenéis razón. ¿Cuándo os veré?—Pasado mañana.—¿Aquí ó en el campo?—En San Filiberto de Grandlieu, que está á la mitad del camino de Nantes y de mi casa.—¿Y esa vez nada me impedirá obrar como quiera?—Os lo prometo.—Procurad sostener vuestra palabra; yo sé cumplir la mía, y aquí tenéis el dinero que no os hará esperar.

Y diciendo eso abrió el hombre su cartera y mostró al colono un legajo de billetes de banco cuyo valor subiría a unos cien mil francos.

—¡Ah! dijo éste, ¡papel!—Papel, sí, pero con la firma de Garat, que es muy buena.—No importa, replicó Courtin, más me agrada el oro.—Bien, os pagaré en oro, dijo el otro metiéndose la cartera en el bolsillo y terciándose la manta al hombro.

Si los dos interlocutores no hubiesen estado tan embebecidos en su conversación, habrían visto que desde hacía dos ó tres minutos les estaba escuchando un aldeano que con el auxilio de una carreta se había encaramado á la pared, y miraba los billetes con un aire que significaba que en lugar de Courtin no estaría tan disgustado como él y se contentaría con la firma de Garat.

—Con que hasta pasado mañana en San Filiberto, repitió el de la manta.—Hasta pasado mañana.—¿A qué hora?—Al anochecer.—Fijemos las siete; el que llegue primero esperará al otro.—¿Y traeréis el dinero?—No, el oro.—¡Ah! sí.—¿Creéis que pasado mañana habremos logrado nuestro intento?—¡Toma! siempre es bueno creer, que nada cuesta.—Pasado mañana en San Filiberto, dijo el aldeano saltando de la pared á la calle. No faltaré.

Y con sardónica sonrisa añadió:

—Ya que estoy marcado, debo ganar la marca.

### XXXII

DONDE EL MARQUÉS DE SOUDAY TIENDE LA RED Y PESCA Á PICAUT

Habiendo Berta salido de la Logerie al propio tiempo que Michel, á las dos horas de camino estuvo al lado de su padre, á quien encontró extraordinariamente abatido y fastidiado

de la solitaria vida que llevaba en la madriguera que maese Jaime había dispuesto para su uso personal.

Lo mismo que Michel, si bien por un sentimiento puramente caballeresco, nunca se hubiera decidido el marqués de Souday á salir de la Vendée mientras Petit-Pierre corría en ella algún peligro; mas habiéndole Berta participado la marcha probable del jefe de su partido, el hidalgo vendeano se aventuró sin entusiasmo á seguir el consejo del general, de ir á vivir por tercera vez en el extranjero.

Salieron pues de la selva de Touvain, y maese Jaime, cuya mano estaba casi curada aunque con dos dedos menos, quiso acompañarles hasta la costa para favorecer el embarque.

Seguían los tres viajeros el camino de Machecul, y á eso de media noche halláronse en una altura que dominaba el valle de Souday.

Al ver las cuatro veletas de su castillejo, en las que rielaba la luna en medio de la verde alfombra que lo rodeaba, el marqués no pudo reprimir un suspiro.

Oyólo Berta, y acercándose preguntóle:

—¿Qué tenéis, padre? ¿ten qué pensáis?—En muchas cosas, hija, respondió el marqués moviendo la cabeza.—No os entristezcáis, padre; todavía sois joven y robusto, y volveréis á ver vuestra casa.—Sí, dijo el marqués suspirando; pero...

Y anudósele la voz en la garganta.

—Pero ¿qué? preguntó Berta.—No veré más á mi pobre Juan Oullier.—¡Ay! exclamó la doncella.—¡Oh casa! ¡oh casa! dijo el marqués ¡pobre casa! ¡cuán vacía me parecerás!

Aunque los ojos del marqués expresasen aun más egoísmo que cariño á su servidor, si el pobre Oullier hubiese oído ese lamento de su amo, habríase conmovido hondamente.

—Por más que digan, prosiguió Berta, no puedo creer que nuestro infeliz amigo haya muerto; algunas veces le lloro, es verdad, pero pareceme que si realmente hubiese muerto le llorara más, y siempre me enjuga las lágrimas una secreta esperanza que no acierto á explicarme.—Es raro, dijo maese Jaime; yo también pienso lo mismo que la señorita. Nó, Juan Oullier no ha muerto, y tengo más que presunciones, pues ví el cadáver que decían ser el suyo, y no lo conocí.—Pues ¿qué habrá sido de él? preguntó el marqués.—No lo sé, á fe mía, respondió Jaime; pero cada día espero tener noticias tuyas.

Y diciendo eso abrió el hombre su cartera y mostró al colono un legajo de billetes de banco cuyo valor subiría a unos cien mil francos.

—¡Ah! dijo éste, ¡papel!—Papel, sí, pero con la firma de Garat, que es muy buena.—No importa, replicó Courtin, más me agrada el oro.—Bien, os pagaré en oro, dijo el otro metiéndose la cartera en el bolsillo y terciándose la manta al hombro.

Si los dos interlocutores no hubiesen estado tan embebecidos en su conversación, habrían visto que desde hacía dos ó tres minutos les estaba escuchando un aldeano que con el auxilio de una carreta se había encaramado á la pared, y miraba los billetes con un aire que significaba que en lugar de Courtin no estaría tan disgustado como él y se contentaría con la firma de Garat.

—Con que hasta pasado mañana en San Filiberto, repitió el de la manta.—Hasta pasado mañana.—¿A qué hora?—Al anochecer.—Fijemos las siete; el que llegue primero esperará al otro.—¿Y traeréis el dinero?—No, el oro.—¡Ah! sí.—¿Creéis que pasado mañana habremos logrado nuestro intento?—¡Toma! siempre es bueno creer, que nada cuesta.—Pasado mañana en San Filiberto, dijo el aldeano saltando de la pared á la calle. No faltaré.

Y con sardónica sonrisa añadió:

—Ya que estoy marcado, debo ganar la marca.

### XXXII

DONDE EL MARQUÉS DE SOUDAY TIENDE LA RED Y PESCA Á PICAUT

Habiendo Berta salido de la Logerie al propio tiempo que Michel, á las dos horas de camino estuvo al lado de su padre, á quien encontró extraordinariamente abatido y fastidiado

de la solitaria vida que llevaba en la madriguera que maese Jaime había dispuesto para su uso personal.

Lo mismo que Michel, si bien por un sentimiento puramente caballeresco, nunca se hubiera decidido el marqués de Souday á salir de la Vendée mientras Petit-Pierre corría en ella algún peligro; mas habiéndole Berta participado la marcha probable del jefe de su partido, el hidalgo vendeano se aventuró sin entusiasmo á seguir el consejo del general, de ir á vivir por tercera vez en el extranjero.

Salieron pues de la selva de Touvain, y maese Jaime, cuya mano estaba casi curada aunque con dos dedos menos, quiso acompañarles hasta la costa para favorecer el embarque.

Seguían los tres viajeros el camino de Machecul, y á eso de media noche halláronse en una altura que dominaba el valle de Souday.

Al ver las cuatro veletas de su castillejo, en las que rielaba la luna en medio de la verde alfombra que lo rodeaba, el marqués no pudo reprimir un suspiro.

Oyólo Berta, y acercándose preguntóle:

—¿Qué tenéis, padre? ¿ten qué pensáis?—En muchas cosas, hija, respondió el marqués moviendo la cabeza.—No os entristezcáis, padre; todavía sois joven y robusto, y volveréis á ver vuestra casa.—Sí, dijo el marqués suspirando; pero...

Y anudósele la voz en la garganta.

—Pero ¿qué? preguntó Berta.—No veré más á mi pobre Juan Oullier.—¡Ay! exclamó la doncella.—¡Oh casa! ¡oh casa! dijo el marqués ¡pobre casa! ¡cuán vacía me parecerás!

Aunque los ojos del marqués expresasen aun más egoísmo que cariño á su servidor, si el pobre Oullier hubiese oído ese lamento de su amo, habríase conmovido hondamente.

—Por más que digan, prosiguió Berta, no puedo creer que nuestro infeliz amigo haya muerto; algunas veces le lloro, es verdad, pero pareceme que si realmente hubiese muerto le llorara más, y siempre me enjuga las lágrimas una secreta esperanza que no acierto á explicarme.—Es raro, dijo maese Jaime; yo también pienso lo mismo que la señorita. Nó, Juan Oullier no ha muerto, y tengo más que presunciones, pues ví el cadáver que decían ser el suyo, y no lo conocí.—Pues ¿qué habrá sido de él? preguntó el marqués.—No lo sé, á fe mía, respondió Jaime; pero cada día espero tener noticias tuyas.

Exhaló el marqués otro suspiro. En este momento atravesaban un extremo de la selva, y tal vez pensaba en las hecatombes de caza que había hecho por sus frondosidades, las que ya no creía ver más; tal vez las pocas palabras que había pronunciado maese Jaime le habían animado con la esperanza de ver un día á su fiel servidor. Esta es la suposición más probable, pues el anciano encargó varias veces al jefe de los conejos que tomara informes precisos sobre la suerte de Juan Oullier y le participara su resultado.

Llegado á la orilla del mar, el marqués no adoptó enteramente el plan que Michel y su hija habían trazado para el embarque; temía que corriendo la goleta bordadas para esperarles delante de la bahía de Bourgneuf, según estaba convenido, llamara la atención de los escampavías que vigilaban la costa; y como no quería perjudicar á Petit-Pierre por un sentimiento personal, determinó ir con su hija al encuentro del buque que debía conducirles.

Maese Jaime tenía inteligencias en todo el litoral, y halló un pescador que por algunos *luises* consintió en llevarlos al *Joven Carlos*.

La barca estaba varada á la orilla, y dirigido el marqués por maese Jaime, entró en ella con Berta, burlando la vigilancia de los aduaneros de Pornic que andaban por la costa. Una hora después la marea puso la barca á flote, y el patrón y sus dos hijos se embarcaron para hacerse mar adentro.

Como todavía faltaba media hora para amanecer, el marqués no aguardó que la embarcación estuviese lejos para salir del medio puente, donde se hallaba peor que en la gaza-pera de maese Jaime.

Al verle el pescador le preguntó:

—¿Decís, señor, que el buque que esperáis ha de venir del río?—Sí.—¿A qué hora debe haber salido de Nantes?—De las tres á las cinco de la mañana respondió Berta.

El pescador consultó el viento y dijo:

—Con este viento le bastaban cuatro horas para llegar aquí.

Y calculando, continuó:

—El viento es del sureste, la pleamar ha sido á las tres, y debemos verle á eso de las ocho; entretanto, para que no se nos eche encima el guardacostas, bueno será tender de cuando en cuando las redes, que nos servirán de pretexto para correr bordadas delante del río.—Lo mejor será pescar

real y efectivamente, dijo el marqués. Toda mi vida he deseado dedicarme á este ejercicio, y ya que este año no puedo cazar en los bosques de Machecul, quiero aprovechar la ocasión que el cielo me depara.

Y á despecho de las observaciones de Berta, temerosa de que la alta estatura de su padre le diese á conocer de lejos, el marqués ayudó á los pescadores en su tarea. Tendieron la red, tuvieronla algún tiempo sumergida, y el marqués de Souday, que había halado vigorosamente para recogerla, experimentó una pueril alegría, al contemplar los congrios, rodaballos, platijas y rayas de la redada.

Olvidió en un punto sus pesares, sus recuerdos y esperanzas, Souday y el bosque de Machecul, los pantanos de San Filiberto y los grandes páramos, y con ellos los jabalíes, corzos, zorras, liebres, perdices y becadas, para sólo pensar en la población de piel lisa ó escamosa que á cada redada se ofrecía á sus ojos.

Berta estaba imaginativa, sentada á proa y absorta en sus pensamientos, contemplando la luminosa estela de la barquilla; y al clarear subió á un rollo de cables para interrogar el horizonte. Entre la niebla matinal, más densa á la boca del río, divisó los palos de algunos buques, ninguno de los cuales llevaba el gallardete azul en que debía conocerse al *Joven Carlos*; y habiéndolo observado al pescador, tranquilizóla éste jurando que si la embarcación había zarpado de Nantes por la noche, no podía haber llegado tan pronto al mar.

Por lo demás, el marqués no dejó prolongar la conversación de su hija con el digno pescador, pues cobraba tal afición al oficio de aquella buena gente, que entre redada y redada no dejaba más que el tiempo estrictamente necesario, y hasta aprovechaba los intervalos de una á otra para oír de boca del marinero los primeros elementos de la ciencia náutica.

En esto el pescador le advirtió que á continuar teniendo la red tenían que desplegar las velas, y que de este modo se alejarían mucho de la costa y de su puesto de observación; pero el marqués, con aquella indiferencia que constituía el fondo de su carácter, no cedió á esta razón, y siguió llenando de pescados la cala de la barca.

Eran ya las diez de la mañana y el buque esperado no parecía. Berta estaba muy inquieta, y varias veces había



comunicado sus temores á su padre, quien á instancias suyas consintió en acercarse al río.

Entonces quiso el marqués que el marinero le mostrase el medio de ceñir el viento ú orientar las velas de modo que formaran con la quilla un ángulo tan pequeño como lo permitiera el aparejo, y estaban ambos en lo más embrollado de la demostración, cuando Berta exhaló un gran grito.

La doncella acababa de ver á pocas brazas de la barca un gran buque que navegaba á todo trapo, en el cual no había parado la atención porque no llevaba la señal convenida, y cuya aproximación la habían encubierto los focos.

—¡Cuidado! ¡cuidado! gritó, ¡viene un buque sobre nosotros!

Volvióse el pescador, y comprendiendo en un abrir y cerrar de ojos el peligro que les amagaba, arrancó bruscamente el timón de manos del marqués, quien rodó por la cubierta, y, sin cuidarse de éste, maniobró á toda prisa para ponerse á barlovento del buque que venía y salir ileso de sus aguas. Sin embargo, por rápida que fuese la maniobra, el guía de la cangreja rozó con el costado del buque y enredóse un momento en el bauprés: la barca se inclinó, y si el pescador no la hubiese sacado luego de allí, no se habría levantado tan pronto, ó tal vez se hubiera ido á pique.

—¡Vaya al diablo el barcol exclamó el viejo pescador. Medrados estábamos si no me doy tanta prisa.

—¡Viral! ¡viral! gritó el marqués exasperado por su caída; alcánzale y que me emplumen si no subo á bordo para pedir al capitán satisfacción de su impertinencia.—¿Cómo queréis que con nuestros dos focos y nuestra pobre cangreja alcancemos á esta especie de gaviota? respondió el pescador.—Pues es preciso, exclamó Berta, porque es el *Joven Carlos*.

Y mostró á su padre una ancha faja blanca en la popa del buque, en la cual se leía en letras doradas *El Joven Carlos*.

—Tienes razón, Berta, dijo el marqués; virad, virad, amigo. Pero ¿por qué no lleva la señal convenida con el barón de la Logerie? ¿Por qué dirige la proa al oeste y no á la bahía de Bourgneuf, donde habíamos de esperarle?—Tal vez ha sucedido algún percance, dijo Berta demudada.—Con tal que no sea á Petit-Pierre, murmuró el marqués.

Admiró la doncella el estoicismo de su padre, y dijo también entre sí:

—Con tal que no sea á Michel.—No importa, añadió el marqués, sepamos á qué atenernos.

Entre tanto la barquilla había orzado, y ganando el barlovento había aumentado su celeridad. Esta rápida maniobra en una embarcación de tan poco porte no permitió que la goleta se alejara sensiblemente á pesar de la superioridad de su velamen.

El pescador llamó al buque, y el capitán pareció en el puente.

—¿Sois el *Joven Carlos* y venís de Nantes? preguntó el patrón de la barca.—¿Qué te importa? respondió el capitán de la goleta, que aun estaba de mal humor á pesar de haberse escapado, según creía, de las garras de la justicia.—Es que aquí tengo gente para vos.—¿Son comisionados también? ¡Voto á cribas! Si me los traes del calibre de los de esta noche, te echo á fondo antes de que subas á bordo, viejo górrulo.—No, que son pasajeros: ¿no aguardáis á unos pasajeros?—Sólo aguardo un buen viento para doblar el cabo de Finisterre.—Dejadme atracar, dijo el pescador á sugestión de Berta.

El capitán del *Joven Carlos* miró al mar, y no viendo entre la costa y su buque cosa alguna que legitimara sus celos, deseoso además de saber si los pasajeros de que le hablaban eran los mismos cuyo embarque había sido el objeto de su viaje, accedió á la petición del pescador, mandando amainar las velas mayores á fin de disminuir la rapidez de la marcha.

Pronto estuvo el *Joven Carlos* bastante cerca de la barca para poderla echar un calabrote con que atracarla á la goleta.

—Y bien, ¿qué hay? preguntó el capitán inclinándose hacia la barca.—Rogad al señor de la Logerie que venga á hablarnos, dijo Berta.—El señor de la Logerie no está á bordo, replicó el capitán.—Pues si él no está, preguntó Berta con voz turbada, ¿están á lo menos dos señoras?—En cuanto á señoras, respondió el capitán, sólo tengo un perillán aherrojado que jura y blasfema como un condenado en la bodega.—¡Cielos! exclamó Berta con zozobra, ¿sabéis si ha sucedido alguna desgracia á las personas que debíais embarcar?—A fe mía, hermosa señorita, dijo el capitán, si

podéis explicarme ese enredo me haréis un gran favor, pues lléveme el diablo si entiendo una jota. Anoche vinieron dos hombres de parte del señor de la Logerie, con dos encargos diferentes: el uno quería que zarpase inmediatamente, y el otro me decía que aguardara. Uno de aquellos sujetos era un honrado colono, un alcalde, según la banda tricolor que me enseñó; éste me decía que levara anclas y me largara cuanto antes; y el otro, el que no quería que me diese á la vela, era un ex-presidiario. Dí crédito á lo que me decía la persona más respetable, lo cual, después de todo, era lo que menos me comprometía; y zarpé.— ¡Gran Dios! dijo Berta, Courtin es quien vino; habrá sucedido algún contratiempo al señor de la Logerie.—¿Queréis ver á ese hombre? preguntó el capitán.—¿A cuál? preguntó el marqués.—Al que está encadenado; tal vez le conozcáis y lleguemos á descubrir la verdad, aunque ya sea muy tarde para que saquemos algún provecho.—Podemos sacarlo para partir, dijo el marqués, y para salvar de algún peligro á nuestros amigos. Venga ese hombre.

Dió el capitán una orden, y á poco trajeron á José Picaut, todavía aherrojado. A pesar de sus ligaduras, en divinando Picaut las costas de aquella Vendée natal que estaba amenazado de no volver á ver, sin calcular la distancia y la imposibilidad en que se hallaba de nadar, hizo un movimiento para escaparse de los que le conducían y arrojarle al agua.

Eso pasaba á estribor, de suerte que los pasajeros de la barquilla, arrimada á la popa, no podían verlo; mas al grito que dió Picaut y al ruido que se causó en el puente, comprendieron que se trababa alguna lucha en el *Joven Carlos*.

El pescador impelió la barca por el costado del buque, y vieron á José que bregaba entre cuatro hombres.

—Dejadme arrojar al agua, gritaba; prefiero morir en seguida á consumirme aquí.

Y en efecto, quizá iba á conseguir precipitarse al mar, cuando conoció al marqués de Souday y á Berta que presenciaban aquella escena con estupor.

—¡Oh! señor marqués, ¡señorita Berta! gritó José Picaut, vosotros me salvaréis, pues por haber cumplido las órdenes del señor de la Logerie, este bestia de capitán me ha tratado de tal suerte; y de todo tiene la culpa el infame

Courtin con sus embustes.—Sepamos qué hay de verdad en todo eso, dijo el capitán, pues si me desembarzáis de este bribón os confieso que me haréis un gran favor. No voy fletado para Cayena ni para Botany-Bay.—¡Ah! todo es verdad, caballero, dijo Berta; no sé qué motivo ha tenido el alcalde de la Logerie para haceros dar á la vela; pero aquí está seguramente el que os decía la verdad.—Pues desatadle ¡mal rayo! y vaya á que le ahorquen donde quiera. ¿Qué hacéis vosotros ahora? ¿Sois de los nuestros ó nó? ¿Os quedáis ú os vais? De buena gana os conduciría, pues me habían pagado anticipadamente, y en descargo de mi conciencia me holgara de conducir á alguien.—Capitán, dijo Berta, ¿no podríais volver al río y diferir para esta noche el embarque que debía tener lugar la anterior?—Nó, nó, respondió el capitán; ¡y la aduana! ¡y la sanidad! Nó; pero repito que si queréis pasar con mi buque á Inglaterra, estoy á vuestra disposición: nada os costará.

Miró el marqués á su hija, la cual hizo con la cabeza una señal negativa.

—Gracias, capitán, gracias, dijo el marqués, es imposible.—Pues despedámonos; mas antes permitid que os pida un favor.—Os lo haré con mucho gusto, capitán.—Encargáos de dar una buena paliza al pícaro que se ha burlado de mí esta noche.—Así se hará.—No digo que nó, si le quedan fuerzas para pagarme la cuenta que me debe.

Y oyóse al propio tiempo el ruido de un cuerpo pesado que caía al agua, y á poca distancia apareció en la superficie del mar la cabeza de José Picaut, quien se puso á nadar vigorosamente hacia la barca.

Temeroso de que alguna circunstancia imprevista le obligase á permanecer en el buque, así que el chuán se vió suelto se había lanzado al mar.

El patrón y el marqués le tendieron la mano, y con su auxilio José Picaut subió á la barca.

Entré tanto el capitán mandó largar el cabo que la detenía, y la goleta se alejó viento en popa.

Mientras el pescador dirigía su rumbo á la costa, Berta y su padre tuvieron consejo.

A pesar de las explicaciones de Picaut, no acertaban con el motivo de la conducta del alcalde de la Logerie, la cual les parecía muy sospechosa; y aunque Berta recordara á su padre la leal solicitud de Courtin por Michel y el cariño

que le había oído expresar por su amo, el marqués creyó que aquella torcida conducta encubría un proyecto peligroso, así para la seguridad del barón como para la de sus amigos.

Tocante á Picaut, declaró lisamente que sólo respiraba venganza, y que si el señor de Souday quería proporcionarle un vestido de marinero, así para disfrazarse como para sustituir su ropa desgarrada en la lucha que había sostenido, se pondría en camino para Nantes luego que saltara á tierra.

Presintiendo el marqués que la traición de Courtin podía haber tenido por víctima á Petit-Pierre, quería también trasladarse á la ciudad; mas no dudando Berta de que al ver Michel frustrada su evasión habría regresado inmediatamente á la Logerie con la idea de que ella iría á encontrarle allá, aplazó este proyecto para cuando se tuvieran más noticias de lo que había pasado.

El pescador dejó á sus pasajeros al abrigo de la punta de Pornic, y uno de sus hijos entregó la blusa y el sombrero de hule á Picaut, quien se dirigió á Nantes jurando que Courtin se la pagaría.

Mas antes de despedirse del marqués rogóle que enterara de su aventura al jefe de los conejos, no dudando de que maese Jaime se asociaría fraternalmente á su venganza.

De esta suerte, gracias á su conocimiento del terreno, pudo llegar á Nantes á las nueve de la noche, y yendo naturalmente á ocupar su puesto en el mesón del *Alba*, al entrar, con las precauciones que exigía su posición, pudo asistir á la entrevista de Courtin y el hombre de Aigrefeuille, oír parte de lo que decían, y ver el dinero ó los billetes de banco á que Courtin prefería el oro.

Con respecto al marqués y su hija, por mucha que fuese la impaciencia de Berta, hasta la noche no pudieron ponerse en camino para la selva de Touvain, y nó sin profundo disgusto pensó el anciano hidalgo que no se repetiría la alegre mañana de aquel día, y que hasta Dios sabía cuándo iba á tener que encerrarse como un ratón en su agujero.

## XXXIII

## LO QUE PASABA EN DOS CASAS INHABITADAS.

No se había equivocado maese Jaime en sus presunciones: Juan Oullier no había muerto.

La bala que Courtin le envió á la ventura en el matutino, le dió en el pecho; y la viuda Picaut, cuyo carruaje oyeron el colono y su acólito, creyó al llegar que levantaba un cadáver.

Por un sentimiento de caridad muy natural en una campesina, no quiso que el cuerpo de un hombre por quien su marido manifestaba tan señalada simpatía, á pesar de sus contrarias opiniones políticas, fuese pasto de las aves de rapina ó de los animales carniceros; y deseosa de que el infeliz vendeano descansara en tierra sagrada, púsole en el carro para llevárselo á su casa. Empero en vez de ocultarle debajo de la paja que á este efecto había traído, colocóle encima, y varios labriegos que encontró por el camino pudieron ver y tocar el cuerpo aun caliente y ensangrentado del viejo servidor del marqués de Souday.

Hé aquí cómo se exparcio por la comarca la noticia de la muerte de Juan Oullier; hé aquí cómo llegó á oídos del marqués de Souday y de sus hijas; hé aquí porqué á la mañana siguiente, queriendo Courtin cerciorarse por sí mismo de que ya no existía el hombre á quien más temía, creyó como todos que había muerto.

La viuda Picaut trasportó el cadáver de Oullier á la casa en que había vivido con su esposo, y de la cual se había trasladado á la posada de San Filiberto, donde residía sola su abuela.

Aquella casa estaba más cerca de Machecul, parroquia de Juan Oullier, y del erial de Bouaimé, donde le encontró,

que la posada donde había pensado ocultarle, á estar vivo.

En el momento en que el carro atravesaba la encrucijada que ya sabemos y de donde arrancaba el camino que conducía á la casa de los dos hermanos, el fúnebre cortejo topó con un hombre á caballo que seguía el camino de Machecul.

El señor Roger, médico de Legé, que tal era aquel hombre, interrogó á uno de los pilluelos que con la persistencia y curiosidad de sus años seguía el carruaje, y habiendo sabido que este conducía el cuerpo de Juan Oullier, lo acompañó hasta la morada de los Picaut.

La viuda puso á Oullier en el mismo lecho mortuario donde había colocado uno junto á otro á Pascual Picaut y al pobre conde de Bonneville, y mientras limpiaba el rostro del vendeano, cubierto de sangre y polvo, vió al médico.

—¡Ah, señor Roger! le dijo, el infeliz no necesita ya vuestros cuidados, y es lástima; hay tantos que valen menos que él y aun viven, que su prematura muerte causa doble sentimiento.

Rogó el médico á la viuda que le refiriera lo que sabía de esa muerte. La presencia de su cuñada y de los niños y mujeres que habían acompañado el carro impidió á la viuda contar que pocas horas antes había hablado con Juan Oullier, y que al volver con el carro había oído un tiro y pasos de hombres que hufan, por lo cual presumía que Oullier había sido asesinado. Por el contrario, díjole sencillamente que al volver del erial había encontrado el cadáver en el camino.

—¡Pobre hombre! dijo el doctor. Bien mirado, vale más esta muerte, que á lo menos es la del soldado, que la suerte que le aguardaba si hubiese vivido: estaba gravemente comprometido, y á caer en manos del gobierno, sin duda hubiera ido á parar como los otros en los calabozos del monte Saint-Michel.

Diciendo eso, acercóse maquinalmente el médico á Juan Oullier, asíó su inerte brazo y aplicóle la mano al pecho.

El doctor se estremeció.

—¿Qué hay? preguntó la viuda.—Nada, respondió friamente el médico; este hombre ha muerto, y sólo reclama los últimos deberes.—¿Qué necesidad teniais, dijo con aspereza la mujer de José, de traer acá este cadáver, que puede

acarreamos una visita de los azules? Por la primera, juzgad de lo que sería la segunda.—¿Qué os importa, respondió la viuda, cuando ni vos ni vuestro marido habitáis la casa?—Precisamente por eso no la habitamos, dijo la esposa de José; habitándola temeríamos que viniesen los azules, y nos expusieramos á perder lo poco que nos queda.—Hariais bien en hacerle reconocer antes de enterrarle, interrumpió el médico, y si eso ha de causaros alguna molestia, yo me encargaré de su traslación á casa del marqués de Souday, cuyo médico soy.

En seguida, aprovechando el momento en que la viuda pasaba por delante de él, díjola el doctor en voz baja:

—Despedid á toda la gente.

Como era cerca de media noche, eso no fué difícil.

Cuando estuvieron solos, el médico la dijo:

—Juan Oullier no ha muerto.—¡Nó! exclamó ella.—Nó; y si he callado delante de todos, es porque conceptúo que ante todo urge asegurarse de que nadie vendrá á molestaros en la asistencia que le prestéis.—¡Dios os oiga! respondió gozosa la buena mujer, y si puedo coadyuvar á su voluntad, creed que lo haré con muchísimo gusto, pues nunca olvidaré la amistad que mi difunto esposo le profesaba, y siempre me acordaré de que no quiso que yo fuese víctima de la bala de un asesino, aunque yo estaba haciendo mal á los suyos.

Y habiendo cerrado las ventanas y la puerta de su cabaña, la viuda encendió lumbre, calentó agua, y mientras el doctor sondeaba la herida para ver si estaba afectado algún órgano esencial, despidióse de algunas mujeres que venían demasiado tarde, fingiendo que regresaba á San Filiberto.

En seguida, al recodo del camino se internó en el bosque y volvió por el huerto.

La casa de José Picaut estaba cerrada.

Escuchó á la puerta y nada oyó.

Era evidente que la mujer y los hijos de su cuñado se habían retirado al lugar donde se ocultaban, mientras el marido y el padre continuaba guerreando como hemos visto.

La viuda entró en su casa por la puerta del patio.

El médico había vendado la herida de Oullier, y los síntomas de su existencia eran cada vez más manifiestos.

Ya no latía solamente el corazón, sino también el pulso, y poniendo la mano á su boca, ya se le sentía el aliento.

La viuda escuchó estos detalles con alegría.

—¿Creéis salvarle? preguntó.—Es un secreto de Dios, respondió el médico. Lo que puedo decir es que no ha sufrido lesión ningún órgano esencial; sin embargo ha perdido muchísima sangre, y no he podido extraer la bala.—Yo he oído decir que algunos hombres han vivido largos años con una bala en el cuerpo.—Es muy posible, respondió el médico; y ahora, ¿qué haréis con él?—Yo hacía ánimo de conducirlo á San Filiberto y ocultarle hasta su muerte ó su curación.—A estas horas es difícil. Se habrá salvado por lo que nosotros llamamos el coágulo, y todo sacudimiento pudiera serle fatal: además, en San Filiberto, en la posada de vuestra madre, en medio de tantas idas y venidas, os será imposible ocultar su presencia en vuestra habitación.—¡Dios mío! ¿creéis que le prenderían en este estado?—No le llevarían á la cárcel, eso nó; pero si á un hospital, de donde saldría para ir á esperar en algún calabozo una sentencia capital, ó cuando menos infamante. Juan Oullier es un cabecilla peligroso por su popularidad, y contra estos el gobierno obrará con todo el rigor de la ley. ¿Por qué no confiáis el secreto á vuestra cuñada? ¿No son ella y Oullier de la misma opinión?—¿No la habéis oído?—Sí, y comprendo que desconfiéis de su compasión; y sin embargo, Dios sabe si debiera ser caritativa con el prójimo, sobre todo ella, pues si prendiesen á su marido podría irle todavía peor que á Juan Oullier.—Sí, ya lo sé, dijo la viuda con voz sombría: corren peligro de muerte.—Veamos, prosiguió el médico, ¿podéis ocultarle aquí?—Sí, por cierto; y aun estaría aquí mejor que en otra parte, pues todos creen la casa inhabitada; pero ¿quién le cuidará?—Juan Oullier no es una mujercilla delicada, respondió el médico, y dentro de dos ó tres días, cuando la fiebre haya calmado un poco, podrá quedarse solo durante el día. En cuanto á mí, prometo visitarle cada noche.—Bien, y yo pasaré á su lado todo el tiempo que pudiere sin dar sospechas.

Y ayudada del doctor, la viuda trasladó al herido al establo, contiguo al cuarto; cerró cuidadosamente la puerta, colocó el colchón sobre la paja, y habiendo citado al médico para la siguiente noche, como el herido sólo necesitaría agua fresca en los primeros momentos, echóse sobre un

montón de paja á su lado, aguardando á que Oullier manifestara volver en sí con algunas palabras, ó bien con algún suspiro.

Al otro día fué á San Filiberto, y cuando le preguntaron lo que había sido de Juan Oullier, respondió que había seguido el consejo de su cuñada volviendo el cadáver al erial por temor de que la molestaran.

En seguida regresó á su casa so pretexto de arreglarla, y al anochecer cerró la puerta con afectación y volvió á San Filiberto antes de haber anochecido del todo, á fin de que la viesen bien.

De noche fué á velar á Juan Oullier.

Así le cuidó tres días y tres noches, encerrada con él en aquel establo, temiendo hacer el menor ruido que descubriese su presencia; y aunque al cabo de aquellos tres días se hallase todavía Juan Oullier en el estado de entorpecimiento consiguiente á las grandes conmociones físicas y á las copiosas hemorragias que había tenido, el médico la exhortó á permanecer en San Filiberto durante el día y á no venir á cuidar al enfermo sino de noche.

Era la herida de tal gravedad, que Oullier estuvo quince días entre la vida y la muerte. Algunos fragmentos de ropa que con la bala se habían clavado en el cuerpo, encobaban la llaga, y cuando por fin la fuerza de la naturaleza los hubo rechazado, el doctor respondió de la vida del vendeano con gran alegría de la viuda.

La buena mujer le asistió con mayor solicitud á medida que le veía convalecer, y aunque el herido estaba tan débil que apenas podía articular algunas palabras, manifestando su mejoría con las muestras de agradecimiento que daba á la viuda, ni una sola noche dejó ésta de ir á velarle, tomando exquisitas precauciones para que no la descubrieran.

Entretanto, desde que el pecho de Juan Oullier quedó desembarazado de los cuerpos extraños que en él se habían introducido, comenzó una supuración regular, y el herido fué restableciéndose rápidamente; pero á medida que recobraba las fuerzas, sentía inquietud por las personas que amaba, y habiendo suplicado á la viuda que procurase averiguar la suerte del marqués de Souday, de Berta y Mary, y hasta de Michel, que por fin había triunfado de la antipatía que el vendeano le profesaba, captándose su aprecio, la

bondadosa enfermera pidió noticias á los viajeros realistas que se hospedaban en la posada de su madre, y pronto pudo asegurar á Juan Oullier que todos vivían y estaban libres, participándole que el marqués de Souday se hallaba en la selva de Touvain, Berta y Michel en casa de Courtin, y Mary, probablemente en Nantes.

Mas no bien hubo la viuda pronunciado el nombre del colono de la Logerie, cuando se demudó extraordinariamente la fisonomía del herido, quien se pasó la mano por la frente como para aclarar sus ideas, incorporándose por primera vez.

Su primer pensamiento había sido de amistad y cariño, y ahora le asaltaban ideas de odio y venganza, sobreciéndole con tanta violencia como largo había sido su entorpecimiento.

Con gran terror oyó la Picaut que Oullier repetía la frase que en su calentura pronunciaba, y que ella había tomado por desvarío; oyóle acusar á Courtin de traidor, infame y asesino; oyóle hablar de fortísimas sumas que habrían sido el precio del crimen, y hablando de este modo se hallaba poseído de viva exaltación: con ojos encendidos y voz trémula suplicó Oullier á la viuda que fuese á buscar á Berta.

La pobre mujer creyó que la calentura recargaba, y entró en gran zozobra, porque el médico había dicho que no volvería hasta la noche siguiente. Sin embargo, prometió hacer cuanto el herido solicitaba.

Juan Oullier, algo calmado, durmióse poco á poco rendido por la violencia de las impresiones recién experimentadas.

Sentada la viuda en la paja junto al lecho del enfermo, y abrumada de fatiga, iba también á dormirse cuando de pronto creyó oír un ruido insólito en el patio.

Prestó atención y percibió las pisadas de un hombre y al mismo tiempo que una mano movía el pestillo de la puerta de la casa, oyó que una voz, la de su hermano, decía: Por aquí, por aquí.

Y los pasos se dirigieron á la habitación de José.

La viuda Picaut sabía que la casa de su cuñado estaba desocupada, y aquella visita nocturna picaba vivamente su curiosidad, dándole á sospechar que se trataba de maquinar alguno de los golpes de mano á que tan aficionado era el chuan.

Abrió poco á poco una de las ventanillas por donde las vacas, cuando las había en el establo, sacaban la cabeza para comer el pienso en el mismo piso del cuarto, y por aquella estrecha abertura pasó á la pieza principal de su casa; en seguida, subiendo callandito la escalera en que el conde de Bonneville recibió el balazo mortal, penetró en el granero, que como sabemos era común de las dos casas, y pegando el oído al suelo sobre el cuarto de su cuñado, púsose á escuchar.

Llegaba en medio de una conversación ya entablada.

—¿Y tú has visto la suma? decía una voz que, sin serle del todo desconocida, no pudo ella atinar de quién era.—Como os veo á vos, respondía José Picaut; era en billetes de banco, pero él ha pedido oro.—Mejor, pues los billetes no son muy de mi gusto, y aunque circulan muchos, tienen poca aceptación en nuestra comarca.—Os digo que tendrá oro.—¡Bueno! ¿Y dónde deben apersonarse?—En San Filiberto, mañana al anochecer; con que os sobra tiempo para avisar á vuestra gente.—¿Estás en tu juicio? ¡mi gente! ¿Cuántos has dicho que serían?—Dos: el malvado y su compañero.—Pues bien, dos contra dos es guerra, como decía Jorge Cadoudal, de gloriosa memoria.—Ved que sólo tenéis una mano, maese Jaime.—¿Qué le hace, cuando es buena? Yo me encargaré del más fuerte.—Alto, no lo consiento.—¿Por qué?—Yo quiero habérmelas con el alcalde.—Exigente eres.—¡Oh! el infame habrá de pagarme lo que me ha hecho sufrir.—Si tienen la suma que dices, no faltará con qué indemnizarte, aunque te hubiesen vendido como un negro. ¡Veinticinco mil francos! Tú no los vales, muchacho, créeme.—Puede ser; pero yo además quiero vengarme, y hace mucho tiempo que le tengo ojeriza á ese vil labriego; él ha sido la causa...—¿De qué?—Nada, nada: Dios me entiende.

José Picaut había respondido de un modo ininteligible para todos, menos para la viuda, quien se estremeció al suponer que el recuerdo ante el cual retrocedía el chuan se relacionaba con la muerte de su pobre marido.

—Corriente, dijo el interlocutor de José Picaut, con él te las habrás; pero antes de poner manos á la obra, júrame que has dicho la verdad, y que el dinero en cuestión es del gobierno, pues de otro modo no me convendría el negocio.—¡Por Cristo! ¿Acaso creéis que aquel sugeto sea bas-

tante rico para hacer semejantes regalillos á un gañán? y aun no es más que una cantidad á cuenta, lo he oído muy bien.—¿Y no has podido saber lo que le pagan tan caro?—Nó; pero lo sospecho.—Pues dí.—Páreceme, maese Jaime, que desembarazando la tierra de esos dos picaros, á un tiempo haremos dos buenos negocios: uno privado y otro político. Mañana os daré más pormenores.—¡Por vida de...! ¿Sabes que al oírte se me hace agua la boca? Retiro mi palabra: te entenderás con él si puedes.—¿Cómo que si puedo?—Sí: antes de que ajustes cuentas con él, quiero que ambos echemos un párrafo.—¿Acaso creéis que os revelará su secreto?—¡Oh! cuando sea mi prisionero, estoy seguro.—¡Es muy taimado!—¡Cómo! ¿no sabes que hay medios de hacer hablar á los que no quieren, por taimados que sean? dijo maese Jaime con siniestra sonrisa.—¡Ah! sí, el fuego á las plantas de los pies. ¡A fe que tenéis razón! Eso me vengará mejor.—Y de ese modo fácilmente sabremos porqué envía el gobierno esos cincuenta mil francos al alcalde, lo cual acaso valga más para nosotros que el oro.—Poco á poco, que el oro es muy precioso, sobre todo para los que vivimos en la Vendée y nos exponemos á dejar la cabeza en el Bouffay. Yo de mí sé decir que con mi parte de veinticinco mil francos iré á vivir adonde me acomode.—Como gustes. Pero sepamos: ¿dónde han de verse esos dos sujetos? Tengo empeño en que no se nos escapen.—En la posada de San Filiberto.—Pues mejor que mejor: ¿no es de tu cuñada el mesón? Entrará á la parte, y todo se quedará en casa.—¡Oh! nó, nó allí, replicó José: ella no es de los nuestros, y no nos hablamos desde...—¿Desde cuándo?—Desde la muerte de mi hermano, y si quieres saberlo...—¡Ah! ¿con que es cierto lo que me dijeron? ¿es cierto que si no le diste la puñalada, á lo menos ayudaste á...—¿Quién lo dice? exclamó José, ¿quién lo dice? Nombradle, maese Jaime, y lo haré trizas como este escabel.

Y la viuda oyó que al terminar su cuñado esas palabras estrellaba el taburete contra la piedra del hogar.

—Sosiégate, hombre, dijo maese Jaime. ¿Qué me importa ya sabes que nunca me entrometo en asuntos de familia. Volvamos á los nuestros: ¿qué decías?—Decía que no conviene dar el golpe en el mesón.—Lo daremos en el campo; pero falta saber dónde, pues de seguro llegarán por dos caminos diferentes.—Sí, mas se irán juntos. Para regresar

á su casa el alcalde seguirá el camino de Nantes hasta el Tiercet.—Pues bien, embosquémonos en el cañaveral que hay junto al camino de Nantes.—Corriente. ¿Dónde nos veremos? Yo me voy de aquí mañana á la madrugada.—Acude á la selva de Machecul, encrucijada de los Raibons, dijo el jefe de los conejos.

Prometió José no faltar, y la viuda le oyó ofrecer su casa á maese Jaime por aquella noche; pero el viejo chuán prefería á todas las casas del mundo las guaridas que tenía en las selvas del distrito, donde estaba más seguro, si no más cómodo.

Salió pues, y nada más se oyó en la casa de José.

La viuda bajó al establo, y viendo que Juan Oullier dormía profundamente, no quiso despertarle. La noche estaba muy avanzada, y como para ella era hora de volver á San Filiberto, después de preparar todos los objetos que el vendeano podía necesitar al siguiente día, salió según solía por la ventana del establo.

La viuda Picaut caminaba pensativa.

Convencida de que su cuñado era cómplice en la muerte de su hermano, profesábale un odio profundo y abrigaba un deseo de venganza que su viudez y aislamiento enardecían más y más.

Parecióla que al llamarla el cielo de un modo tan providencial á descubrir el secreto de una nueva fechoría de José, participaba de sus sentimientos; y creyó que se asociaría á sus designios, si al paso que saciaba el odio, impedía que se consumara el crimen y evitaba la ruina y la muerte de los que suponía inocentes: de suerte que renunciando á su primera idea de delatar á maese Jaime y á José, bien á la justicia, bien á los mismos que ellos querían asesinar y robar, resolvió mediar ella sola entre la Providencia y las víctimas de la proyectada maldad.

## XXXIV

DONDE COURTIN TOCA POR FIN CON LA PUNTA DE LOS DEDOS  
LOS CINCUENTA MIL FRANCO

Todo lo que Courtin sabía por la carta de Petit-Pierre á Berta era que aquél aguardaba á ésta en Nantes, y nada más, pues ni en ella se citaba el punto de residencia, ni se indicaba el medio de reunirse con Petit-Pierre.

Sin embargo, el colono poseía un grave dato con el descubrimiento de la casa con dos puertas, y al principio tuvo la idea de continuar su espionaje, de seguir á Berta cuando esta se trasladara á Nantes como Petit-Pierre se lo prevenía, y sacar partido de la turbación que en el ánimo de la doncella causaría la noticia del desenlace que iban á tener los amores de Mary y Michel, desenlace que él se proponía hacerla presentir según su interés lo exigiera; mas el labriego había llegado á dudar de la eficacia de los medios que hasta entonces había empleado, y comprendiendo que perdería sin remedio la última probabilidad de conseguir su objeto si la casualidad ó la vigilancia de los que iba á espiar burlaban una vez más su sagacidad y astucia, resolvió probar otro medio y tomar la iniciativa.

¿Estaba habitada la casa que por una parte daba al callejón sin nombre y por otra á la calle del Mercado? ¿Quién era la persona que en ella vivía? ¿No era posible llegar hasta Petit-Pierre mediante aquella persona? Tales fueron las primeras preguntas que en pos de sus reflexiones se hizo el alcalde de la Logerie.

Para resolverlas era indispensable quedarse en Nantes, y Courtin renunció desde luego á regresar á su granja, á donde era probable que ya había ido Berta para reunirse con Michel, y donde estaba casi cierto de que ella le esperaba.

Tomó pues decididamente su partido, y á las diez de la siguiente mañana llamó á la puerta de la misteriosa casa, esto es, á la que daba á la calle del Mercado, según así lo había hecho Michel. Al presentarse por aquella puerta intentaba cerciorarse de que por ambas se entraba en la misma casa.

Cuando el que acudió al aldabonazo vió por un postiguello enrejado que el sugeto que había llamado venía solo, entreabrió la puerta preguntando:

—¿De dónde venís?

Cortado por la aspereza de la pregunta, Courtin respondió:

—¡Canario!... de Touvain.—A nadie esperamos de allá, dijo el otro.

Y empujó la puerta, á la cual se agarraba el colono.

Acordándose este entonces de las palabras que Michel había proferido en el mesón del *Alba* para que le diesen caballos, adivinó que eran una consigna, y dijo:

—¡Aguardad, aguardad! Cuando he dicho que venía de Touvain, era para asegurarme de que estabais en el secreto. Nunca se toman bastantes precauciones ¡qué diantre! Ahora bien, sabed que no vengo de Touvain, sino del sud.—¿Y á donde váis? continuó su interlocutor sin abrir una línea más la puerta.—¿Adónde queréis que vaya sino á Rosny, viniendo del sud?—En buen hora, respondió el doméstico; habéis de saber, amigo de mi alma, que aquí nadie entrá sin enseñar la patita blanca.—A los que todo lo tienen blanco poco les cuesta, dijo Courtin.—Bien, bien, respondió el hombre, especie de bajo bretón que tenía un rosario en la mano.

Y como Courtin había respondido según la consigna á las preguntas hechas, introdujole con cierta repugnancia en una piececita, y mostrándole una silla, le dijo:

—El señor está ocupado, y os llevaré á su presencia tan pronto como haya despedido á la persona que está en su despacho. Sentáos pues, á menos que tengáis el medio de pasar el tiempo de un modo más provechoso.

Habíase Courtin figurado que la casa estaría ocupada por algún agente subalterno de quien confiaba recabar las noticias que había menester, bien por astucia, bien por cohecho; y al oír que el doméstico hablaba de introducirle á presencia de su amo, conoció que el caso era mucho más serio y que



debía forjar un cuento para acudir á las exigencias de la situación, renunciando desde luego á interrogar al criado, cuya grave y austera fisonomía denotaba ser la de uno de los fanáticos acérrimos que todavía se encuentran en la península céltica.

Comprendiendo pues el colono de qué modo debía portarse, tomó una actitud humilde y edificante, y dijo:

—Sí, aguardaré á que el señor haya terminado, y orando aprovecharé el tiempo. ¿Puedo tomar uno de esos breviarios? preguntó indicando los volúmenes que sobre la mesa estaban. —No toquéis esos libros si tan santas intenciones abrigáis, respondió el bretón, pues son profanos. Voy á prestaros mi Ejercicio cotidiano, continuó el doméstico sacando del bolsillo de su bordada chupa un librito cuyas tapas y corte estaban mugrientos por el uso y el tiempo.

Y en el ademán que hizo para llevar la mano á la faltriquera descubrió el campesino la reluciente culata de dos pistolas atravesadas en su ancho cinto, y alegróse infinito Courtin de no haber atentado á la fidelidad del bretón, por parecerle hombre capaz de responder con alguna puñalada.

—Gracias, dijo recibiendo el libro y arrodillándose con tanta compunción, que el bretón edificado se quitó el sombrero, santiguóse, y cerró poquito á poco la puerta para no distraer de su meditación á tan santo hombre.

En viéndose solo, si bien experimentó el colono la necesidad de examinar minuciosamente la estancia en que se hallaba, contúvole el temor de que le observaran por el ojo de la llave, y permaneció como absorto en sus oraciones.

Sin embargo, al paso que rezaba á media voz, Courtin lo miraba todo con disimulo. La piececita en que se hallaba tendría unos doce piés cuadrados, y separábala de otro cuarto un tabique con una puerta; componían su ajuar modestos muebles de nogal, y recibía luz por una ventana que daba al patio y cuyos cristales inferiores estaban guarnecidos de un finísimo enrejado de alambre pintado de verde, el cual impedía que de fuera pudiesen ver quién se hallaba dentro.

Escuchó por si oía algún rumor de voces; mas sin duda se habían tomado bien las precauciones, pues aunque Courtin aplicó sucesivamente el oído hacia la puerta de comunicación y á la chimenea junto á la cual estaba arrodillado, no percibió el más leve ruido.

Al inclinarse á la chimenea para escuchar, vió el labriego en medio de la ceniza un montón de papeles estrujados y dispuestos á ser entregados á las llamas. Tentáronle, recogió insensiblemente el brazo, y apoyando la cabeza en la campana, recogió uno por uno todos los papeles, desdoblólos sin dejar su postura, cierto de que la mesa colocada en medio de la estancia bastaba para encubrir completamente todos los movimientos que hacía, dado caso que le estuvieran observando.

Había ya examinado y desechado muchos que ningún interés le ofrecían, cuando al dorso de un papel que sólo contenía notas insignificantes, vió algunas líneas de letra elegante que le llamó la atención, y leyó estas palabras:

«Si os molestan, venid en seguida; por encargo de nuestro amigo os participo que podéis disponer de un cuarto en nuestro asilo.»

La esquila llevaba la firma de *M. de S.*

Sin duda la había escrito Mary de Souday.

Metiósla Courtin en el bolsillo comprendiendo la importancia de semejante dato, y por las cuentas que entre los demás papeles halló, supo que el morador de aquella casa estaba encargado de pagar los gastos de Petit-Pierre.

Oyendo en esto rumor de voces y pasos en el corredor, llegóse á la ventana y vió que el lacayo acompañaba á la puerta á un hombre, quien antes de salir plegó un ancho talego vacío y guardólo en la faltriquera.

Courtin conoció á maese Lorient.

—¡Hola! ¡hola! dijo jese también, y les trae dinero! ¡Cuánto me huelgo de haber venido á esta casa!

Y el labriego volvió á su puesto ante la chimenea, creyendo que le había llegado el turno de audiencia.

Cuando el bretón abrió la puerta, encontró á Courtin inmóvil y como entregado á sus oraciones, y acercándose le dió un golpecito en el hombro y díjole que le siguiera. Levantóse el colono santiguándose, en lo cual le imitó devotamente su introductor, y fué introducido en la estancia donde maese Pascal había recibido á Michel la primera tarde.

Maese Pascal tenía ante sí una mesa atestada de papeles, y á Courtin le pareció haber visto relucir oro bajo un montón de cartas abiertas. Sorprendió Pascal la mirada del labriego, y aunque la atribuyó á la curiosidad y asombro con que suelen los campesinos contemplar el oro ó la plata,

no quiso que aquella curiosidad tomara creces, y aparentando que había de buscar algo en el cajón, dejó caer el tapete de bayeta verde que hasta el suelo llegaba.

Volviéndose en seguida al colono, preguntóle con aspe-  
reza:

—¿Qué queréis?—Vengo á cumplir un encargo, respondió Courtin.—¿Quién os envía?—El señor de la Logerie.—¡Ah! ¿sois su criado?—Su colono, su confidente.—Pues hablad.—No sé si puedo, replicó Courtin con aplomo.—¿Qué?—El señor de la Logerie no me envía á vos.—¿A quién, pues, buen hombre? preguntó Pascal frunciendo el ceño con inquietud.—A otra persona á quien debéis presentarme.—No sé lo que queréis decir, respondió Pascal sin poder disimular la impaciencia que le causaba lo que tenía por una imperdonable ligereza de Michel.

Observó Courtin su contrariedad, y si bien conoció que se había precipitado, consideró peligroso efectuar una brusca retirada.

—Acabemos, dijo Pascal, ¿queréis decirme el encargo que traéis? No puedo perder tiempo.—¡Caramba! mirad, señor, quiero tanto á mi amo, que por él me arrojaría al fuego. Cuando me dice: Haz esto ó aquello, procuro cumplir sus órdenes, merecer su confianza, y no me ha dicho que debía hablar con vos.—¿Como os llamáis, buen hombre?—Courtin, para serviros.—¿De qué parroquia sois?—De la Logerie ¡vaya!

Hojeó Pascal su agenda, y luego clavó una escrutadora y recelosa mirada en el colono, preguntándole:

—¿Sois alcalde?—Sí, desde 1830.

Y observando la creciente frialdad de Pascal, añadió Courtin:

—Hizome nombrar mi ama, la señora baronesa.—¿No os ha dado el señor de la Logerie más que una comisión verbal para la persona á quien os envía?—Sí, aquí tengo dos renglones; pero son para otra.—¿Puedo verlos?—¿Por qué no? La esquila no está cerrada.

Y Courtin tendió á Pascal el papel que le había entregado Michel para Berta y en el cual Petit-Pierre la prevenía que pasara á Nantes.

—¿Por qué está todavía en vuestras manos esta esquila? preguntó Pascal. Parece que tiene más de veinte y cuatro horas de fecha.—No todo puede hacerse á un tiempo, y

cumplida esta mi última diligencia, volveré á nuestra granja, donde he de hallar á quien debo entregarla.

Desde que Pascal había visto el nombre de Courtin entre los que se habían señalado por su realismo, no quitaba los ojos del alcalde de la Logerie, quien afectaba el idiotismo que tan bien le había salido con el capitán del *Joven Carlos*.

—Buen hombre, dijo al labriego, no puedo designaros á otro que á mi para recibir el recado que traéis. Hablad, pues, si lo juzgáis conveniente, ó sinó, id y decid á vuestro amo que venga en persona.—No haré tal, señor, respondió Courtin; mi amo está sentenciado á muerte, y Dios me libre de traerle á Nantes. Mejor está en nuestra casa. Voy á deciroslo todo, vos haréis lo que os acomode, y si el señorito no está contento, me regañará. Prefiero eso.

La aparente ingenuidad de esas palabras tranquilizó un tanto á maese Pascal, inquieto por las primeras respuestas del colono.

—Hablad, hablad, buen hombre, y os aseguro que vuestro amo no os reñirá.—Pocas palabras bastarán. El señor Michel me ha encargado que os diga, ó mejor, que diga al señor Petit-Pierre, pues así se llama la persona á quien me envía....—Bien, dijo sonriéndose Pascal.—Que había descubierto al que hizo partir el buque pocos momentos antes de que Petit-Pierre, la señorita Mary y él acudiesen á la cita.—¿Quién es?—Un tal José Picaut, que era últimamente mozo del mesón del *Alba*.—Sí, ese hombre que habíamos colocado allá desapareció ayer por la mañana, dijo Pascal: proseguid, buen Courtin.—Que se desconfie de ese Picaut en la ciudad, y que él iba á hacerle vigilar en el Bocage y en la Plaine; y nada más.—Bien. Agradeced la noticia al señor de la Logerie, y ahora que la he recibido, puedo certificaros que no habéis equivocado la dirección.—Pues es cuanto deseaba, replicó Courtin levantándose.

Maese Pascal acompañó al colono hasta la puerta de la calle con mucha urbanidad y cortesía, haciendo así por él lo que éste no le había visto hacer por el mismo maese Lorient.

Courtin era muy redomado, y cuando hubo dado veinte pasos, ninguna extrañeza le causó oír abrirse y cerrarse tras él la puerta de la casa de Pascal; así es que, seguro de que le seguían, sin volver la cabeza anduvo lentamente como un hombre ocioso, parándose embobado delante de todas las tiendas, leyendo todos los rótulos y evitando con

cuidado cuanto podía confirmar las sospechas que no había logrado desvanecer del todo en el ánimo de Pascal.

Poco sentía esta contrariedad: daba por bien empleada la mañana, y veíase al fin á punto de recoger el fruto de sus afanes.

Al llegar delante de la fonda de las *Colonias*, divisó á maese Lorient que hablaba á la puerta con un forastero.

Andando de aquel modo, Courtin burló de medio á medio al criado bretón que le espiaba.

Este le siguió hasta la otra margen del Loira, sin que el alcalde de la Logerie se volviera una sola vez para manifestar la inquietud tan natural de las personas que no tienen tranquila la conciencia: de manera que el bretón retrocedió y dijo á su amo que sin razón había sospechado del digno campesino, el cual dedicaba sus ratos de ocio á las distracciones más inocentes y á las más devotas prácticas; en términos que Pascal comenzó á hallar á Michel menos culpable por haber depositado toda su confianza en un servidor tan adicto.

### XXXV

#### LOS DOS JUDAS

Digamos algunas palabras sobre la situación de la aldea de San Filiberto, pues sin un prólogo topográfico, que será breve como todos los de nuestra pluma, sería difícil enterarse circunstanciadamente de las escenas que vamos á referir.

La aldea de San Filiberto está situada al extremo del ángulo que forma el Boulogne al desaguar en el lago de Grandlieu, y á la margen izquierda de este río.

La iglesia y las principales casas del pueblo están como á un kilómetro del lago. La ancha y única calle sigue el curso

del río, y cuanto más se va el río abajo, más diseminadas están las casas, más escasas son y más humildes, de modo que cuando se divisa la gran sábana de agua azul guarnecida de cañaverales, adyacente á la calle, ya sólo se alzan en torno tres ó cuatro chozas de paja y cañas donde moran algunos pescadores.

A corto trecho de las mencionadas chozas se encuentra una casa de cantería y ladrillo, con postigos verdes, rodeada de gavillas de paja y heno como un campamento lo está de centinelas, y poblada de una infinidad de vacas, cabras, gallinas y patos, que mugen y balan en el establo las unas, y los otros cacarean y parpan delante de la puerta picando el polvo del camino.

Este camino sirve de patio á la casa, que si bien carece de tan útil dependencia, en cambio tiene los huertos más hermosos y productivos del país.

Desde el camino, por encima de los tejados y al nivel de las chimeneas, vense copas de árboles cargados en la primavera de la rosada nieve de sus flores, en verano de frutos de toda clase, y de verdor durante nueve meses del año; y estos árboles, formando al sud un anfiteatro de unos doscientos metros, se extienden hasta un altillo coronado de ruínas que al norte dominan las aguas del lago de Grandlieu.

La casa es el mesón ocupado por los parientes de la viuda Picaut, y las ruínas son las del castillo de San Filiberto de Grandlieu.

Los altos muros, las altas torres de una de las más célebres baronías de la provincia, edificada para imponer respeto y temor á la comarca y señorear las aguas del lago, con sombrías bóvedas cuyos ecos respondían al rumor de las espuelas del conde Gil de Retz cuando pisaba sus baldosas meditando aquellas monstruosas obscenidades que igualaron si no excedieron las de Roma antigua; hoy desmanteladas, cubiertas de hiedra y alelíos silvestres, y hendidas por todos lados, han llegado al más deplorable extremo de decadencia; de grandes, imponentes y terribles que eran, vinieron á parar en humildemente militares, viéndose por fin reducidas á labrar la fortuna de una familia de aldeanos, descendientes de pobres siervos que en otro tiempo de seguro las miraban temblando.

Estas ruínas resguardan los huertos del cierzo, viento fa-

cuidado cuanto podía confirmar las sospechas que no había logrado desvanecer del todo en el ánimo de Pascal.

Poco sentía esta contrariedad: daba por bien empleada la mañana, y veíase al fin á punto de recoger el fruto de sus afanes.

Al llegar delante de la fonda de las *Colonias*, divisó á maese Lorient que hablaba á la puerta con un forastero.

Andando de aquel modo, Courtin burló de medio á medio al criado bretón que le espiaba.

Este le siguió hasta la otra margen del Loira, sin que el alcalde de la Logerie se volviera una sola vez para manifestar la inquietud tan natural de las personas que no tienen tranquila la conciencia: de manera que el bretón retrocedió y dijo á su amo que sin razón había sospechado del digno campesino, el cual dedicaba sus ratos de ocio á las distracciones más inocentes y á las más devotas prácticas; en términos que Pascal comenzó á hallar á Michel menos culpable por haber depositado toda su confianza en un servidor tan adicto.

### XXXV

#### LOS DOS JUDAS

Digamos algunas palabras sobre la situación de la aldea de San Filiberto, pues sin un prólogo topográfico, que será breve como todos los de nuestra pluma, sería difícil enterarse circunstanciadamente de las escenas que vamos á referir.

La aldea de San Filiberto está situada al extremo del ángulo que forma el Boulogne al desaguar en el lago de Grandlieu, y á la margen izquierda de este río.

La iglesia y las principales casas del pueblo están como á un kilómetro del lago. La ancha y única calle sigue el curso

del río, y cuanto más se va el río abajo, más diseminadas están las casas, más escasas son y más humildes, de modo que cuando se divisa la gran sábana de agua azul guarnecida de cañaverales, adyacente á la calle, ya sólo se alzan en torno tres ó cuatro chozas de paja y cañas donde moran algunos pescadores.

A corto trecho de las mencionadas chozas se encuentra una casa de cantería y ladrillo, con postigos verdes, rodeada de gavillas de paja y heno como un campamento lo está de centinelas, y poblada de una infinidad de vacas, cabras, gallinas y patos, que mugen y balan en el establo las unas, y los otros cacarean y parpan delante de la puerta picando el polvo del camino.

Este camino sirve de patio á la casa, que si bien carece de tan útil dependencia, en cambio tiene los huertos más hermosos y productivos del país.

Desde el camino, por encima de los tejados y al nivel de las chimeneas, vense copas de árboles cargados en la primavera de la rosada nieve de sus flores, en verano de frutos de toda clase, y de verdor durante nueve meses del año; y estos árboles, formando al sud un anfiteatro de unos doscientos metros, se extienden hasta un altillo coronado de ruínas que al norte dominan las aguas del lago de Grandlieu.

La casa es el mesón ocupado por los parientes de la viuda Picaut, y las ruínas son las del castillo de San Filiberto de Grandlieu.

Los altos muros, las altas torres de una de las más célebres baronías de la provincia, edificada para imponer respeto y temor á la comarca y señorear las aguas del lago, con sombrías bóvedas cuyos ecos respondían al rumor de las espuelas del conde Gil de Retz cuando pisaba sus baldosas meditando aquellas monstruosas obscenidades que igualaron si no excedieron las de Roma antigua; hoy desmanteladas, cubiertas de hiedra y alelíes silvestres, y hendidas por todos lados, han llegado al más deplorable extremo de decadencia; de grandes, imponentes y terribles que eran, vinieron á parar en humildemente militares, viéndose por fin reducidas á labrar la fortuna de una familia de aldeanos, descendientes de pobres siervos que en otro tiempo de seguro las miraban temblando.

Estas ruínas resguardan los huertos del cierzo, viento fa-

tal á la florecencia, y hacen que aquel pedazo de tierra sea un verdadero Eldorado donde todo brota, todo medra, desde el peral indígena hasta la vid, desde el cerbal de áspero fruto hasta la higuera.

Y no era este el único servicio que la antigua fortaleza feudal prestaba á sus nuevos propietarios: en los bajos, oreados por impetuosas corrientes, tenían fruterías donde los productos del huerto, conservándose hasta pasada su estación ordinaria, adquirían doble precio; y en las mazmorras donde Gil de Retz sepultaba á sus víctimas, habían establecido una lechería cuya manteca y queso gozaban justa fama.

Así había trasformado el tiempo la titánica obra de los señores de San Filiberto.

Y pues acabamos de ver lo que era en la época á que se refiere nuestra historia, digamos algo de lo que era en tiempos anteriores.

El castillo de San Filiberto consistía primitivamente en un vasto paralelogramo cercado de muros, bañado por un lado por las aguas del lago, y por otro defendido por un ancho foso abierto en la peña, y el cual se inundaba con las propias aguas.

Cuatro torres cuadradas flanqueaban los ángulos de aquella grandiosa mole de piedra; un castillejo con rastrillo y puente levadizo defendía la entrada; y frontero al castillejo, otra torre más elevada é imponente que las demás dominaba el edificio y el lago que por tres lados lo rodeaba.

A excepción de esta última torre y del castillejo, la fortaleza estaba casi derruida, y aun el tiempo sólo había respetado á medias la torre, pues las vigas carcomidas del techo del primer piso, incapaces de sostener las piedras que de día en día se amontonaban sobre ellas, habían caído al piso bajo, no dejando otro paso á la torre que el de la plataforma.

En aquellos bajos había establecido su principal frutería el abuelo de la viuda Picaut, y sus paredes estaban guarnecidas de tablas donde ponía en invierno los productos del huerto.

Las puertas y ventanas de aquella parte de la torre se hallaban en muy buen estado, y en una de las ventanas aun se veía un barrote enmohecido que seguramente databa del tiempo del conde Gil.

Las otras torres y la muralla del principal cuerpo de edificio estaban en completa ruina; los desprendidos paredones

habían rodado á obstruir el patio, ó al lago que los cubría de juncos en todo tiempo y de espuma los días borrascosos.

El castillejo, casi intacto como la susodicha torre, estaba coronado de espesa hiedra, la cual le servía de tejado, y encerraba dos piccetas que, á pesar de la colosal apariencia del edificio, nunca habían tenido más de ocho ó diez piés en todos sentidos: tal era el grueso de las murallas.

El patio interior, que antaño fué plaza de armas, obstruído por los escombros que los años habían amontonado, sembrado de columnas, de almenas enteras, de arcos, estatuas y figuras, estaba completamente intransitable; un sendero conducía á la torre del centro, y otro menos bien trillado llevaba á un vestigio de la torre del Este, en la cual había quedado en pié una escalera de piedra por donde, merced á un prodigio de gimnástica, las personas curiosas de gozar una admirable vista podían subir á la plataforma de la torre principal, siguiendo una galería que corría á lo largo de la muralla, como los caminos alpestres trazados á lo largo de las rocas entre un barranco y una montaña.

Es ocioso decir que á excepción de la época en que estaba provista la frutería, nadie habitaba ni frecuentaba las ruinas del castillo de San Filiberto: sólo entonces se ponía un guardián que pernoctaba en la torre, permaneciendo la puerta cerrada lo demás del año, durante cuyo tiempo las ruinas quedaban á merced de los aficionados á memorias históricas y de los muchachos del pueblo, que allí acudían en busca de nidos, flores y peligros, tres cosas que siempre tientan á la infancia.

Aquellas ruinas eran el lugar de la cita que al señor Jacinto había dado Courtin, quien sabía que estarían desiertas á la hora señalada, pues al declinar del día su mala reputación ahuyentaba á los que mientras el sol brillaba en el horizonte corrían como lagartos por sus dentelladas aristas.

El alcalde de la Logerie había salido á pié de Nantes á eso de las cinco, y andaba tan aprisa, que una hora antes de anochecer atravesaba ya la selva que conduce á San Filiberto.

En este pueblo Courtin era un personaje. Verle faltar una vez al *Santiago el Mayor*, á cuya puerta solía dejar su caballo *Jolicoeur*, en favor de la *Piña*, ó sea del figón de la viuda Picaut, habría sido un suceso que todos hubieran extrañado. El alcalde de la Logerie se paró según costumbre

delante de la puerta de *Santiago el Mayor*, donde tuvo con los habitantes de San Filiberto, reconciliados con él desde el doble revés del Chene y de la Pénissiere, una conversación que en la situación en que se hallaba no carecía de importancia.

—¿Es cierto lo que dicen, maese Courtin? preguntó uno de ellos.—¿Qué dicen, Mateo? preguntó el colono; sepamos.—¡Nada! que habéis vuelto casaca y sólo mostráis el forro, por cuya razón, de azul se ha tornado blanca.—¡Vaya una tontería! exclamó Courtin.—Es que así lo dais á creer, compadre, y desde que vuestro amo se pasó á los blancos, ya no se os oye hablar como antes.—¡Hablar! dijo Courtin con socarronería, ¡y para qué! Deja hacer, que mejor es obrar, y... ya verás, muchacho, ya verás.—¡Mejor que mejor! Estos disturbios matan el comercio, Courtin, y si los patriotas no permanecen unidos, en vez de morir peleando como nuestros padres, pereceremos de hambre y miseria. Por el contrario, si conseguimos deshacernos de esa cáfila de tunantes que vagan por ahí, los negocios seguirán adelante, y eso es cuanto queremos.—¡Que vagan! repitió el alcalde; parece que ahora ya sólo vagan como aparecidos.—¡Ya! decídmelo á mí: no há diez minutos que he visto pasar al mayor picaró del país con el fusil al hombro y las pistolas al cinto, y eso con tanta audacia como si no hubiese ningún soldado en toda la comarca.—¿Quién era?—José Picaut ¡par diez! el que mató á su hermano.—¡José Picaut aquí! exclamó el alcalde poniéndose lívido. ¡Diablo! ¿sería posible?—Tan cierto como estáis aquí, Courtin; tan cierto como no hay más que un Dios: aunque llevaba blusa y sombrero de marinero, hele conocido muy bien.

Courtin reflexionó un rato: el plan que había meditado y se fundaba así en la existencia de la casa con dos puertas como en las relaciones diarias que maese Pascal tenía con Petit-Pierre podía frustrarse, y en ese caso no le quedaba más recurso que Berta. Para descubrir el albergue de Petit-Pierre no podía valerse de otro medio que el que le había ido mal con Mary: seguir á la doncella cuando fuese á Nantes. Si Berta veía á José Picaut, todo estaba comprometido; pero peor era si ponía en contacto al chuán con Michel, pues entonces se descubría todo, el barón sabía el paso que su colono había dado en la noche de la partida abortada, y Courtin estaba perdido.

Pidió éste papel y pluma, escribió algunas líneas, y tendiéndolas á su interlocutor, le dijo:

—Mira, Mateo, aquí está la prueba de que soy patriota y nó una veleta que gira al viento de la voluntad de los amos. Hasme acusado de haber vuelto casaca con mi amo el barón, y en prueba de que estás en un error, hace solamente una hora que sé dónde se oculta, y voy á descubrir su paradero para que le prendan. Mientras pudiere, aprovecharé la ocasión de perder á los perturbadores de la paz, sin mirar si lo hago en provecho ó perjuicio propio, y sin curarme de si son amigos ó enemigos.

El aldeano, azul exaltado, apretó con entusiasmo la mano de Courtin.

—¿Tienes piernas? prosiguió éste.—Yo lo creo.—Pues lleva esto á Nantes al momento; y como todavía tengo muchas gavillas fuera, confío que guardarás el secreto, pues si supieran que soy yo quien hace prender al barón, mis gavillas correrían gran riesgo de no entrar en la granja.

El aldeano dió su palabra á Courtin; y como iba anocheciendo, éste salió de la posada y de la aldea por la izquierda, dió una vuelta por el campo, y retrocediendo, se encaminó á las ruínas de San Filiberto.

Llegado á la orilla del lago, siguió el foso exterior, y penetrando en el patio interior por el puente de piedra que había sustituido al puente levadizo, silbó ligeramente.

A esa señal, un hombre sentado al abrigo de unas piedras desmoronadas se levantó y acercóse al recién venido.

Era el señor Jacinto.

—¿Sois vos? preguntó aproximándose con precaución.—Sí, respondió Courtin, no hay cuidado.—¿Qué noticias traéis hoy?—Buenas; mas no conviene decirlas aquí.—¿Por qué?—Porque está oscuro como boca de lobo, pues por poco os piso sin veros, y alguien podría estar oculto á nuestros piés y oírnos sin que lo supiéramos: venid, que el negocio va por ahora muy bien para echarlo á perder.—Bueno; pero ¿dónde hallaréis un lugar más solitario que éste?—Necesitamos otro, creedme; si supiese que hay por ahí cerca un desierto, allá os llevara, y aun os hablaría quedo; mas á falta de un desierto hallaremos un sitio donde á lo menos tendremos la certeza de estar solos.—Vamos, pues.

Guió Courtin á su compañero á la torre del centro, no sin pararse á escuchar una ó dos veces, pues sea realidad,

sea preocupación, pareciale oír pasos y ver sombras; mas como el señor Jacinto le tranquilizaba á cada pausa, al cabo confesó que era un efecto de su medrosa imaginación, y llegado á la torre, empujó una puerta, entró primero, sacó del bolsillo una vela y una pajuela fosfórica, y encendida la vela, registró todos los rincones y anfractuosidades para cerciorarse de que nadie estaba escondido en la antigua frutería.

Una puerta en la pared de la derecha y medio hundida en las ruinas del piso, excitó la curiosidad y la inquietud de Courtin, quien la empujó y hallóse delante de una abertura de donde salía un vapor húmedo.

—Mirad, dijo el señor Jacinto que se había acercado á la gran brecha abierta en la pared, y por la cual se veía el lago que relucía á los plateados rayos de la luna; mirad.—Ya lo veo, respondió Courtin riendo; la lechería del tío Blas necesita reparaciones: desde que vine aquí se ha agrandado mucho este agujero por el cual pasaría ahora un lancha.

Alzando entonces Courtin la luz hacia la bóveda, trató de iluminar las profundidades del subterráneo inundado, y no lo consiguió; arrojó una piedra al agua, y oyóse un rumor que la sonoridad del lugar hacía siniestro, en tanto que las alteradas aguas respondían al rumor con el monótono murmurio de sus ondas que azotaban los muros y los pedruzcos de la escalera.

—Está visto, dijo Courtin, aquí sólo pudieran oírnos los peces del lago, y hay un proverbio que dice: Mudo como un pez.

En esto una piedra desprendida de la plataforma rodó á lo largo de los muros exteriores y cayó al patio.

—¿Habéis oído? preguntó á su vez el señor Jacinto con inquietud.—Sí, respondió Courtin, quien al contrario de su compañero que se intimidaba á la gigantesca sombra de las ruinas, había cobrado cierto valor al asegurarse de que nadie estaba oculto en el patio; mas no es la primera vez que veo semejantes cosas y oigo tales ruidos: yo he visto caer de estas viejas torres paredés enteras al contacto del ala de un pájaro nocturno.—¡Oh! exclamó el señor Jacinto con su risa gangosa de judío alemán; precisamente hemos de temer los pájaros nocturnos.—Sí, los chuanes, dijo el alcalde; pero nó, estas ruinas están muy próximas al pueblo, y aunque vague por estos contornos un bribón de quien me figuraba que nos habíamos desembarazado, y contra

quien acabo de verificar pesquisas aquí mismo, no se atreverían á venir.—Apagad la luz, pues.—Nó, si bien nos es inútil para hablar, paréceme que no todo ha de ser conversación.—¿De veras? preguntó el señor Jacinto con muestras de alegría.—Ni más ni menos. Vamos á aquella hondura, donde estaremos á cubierto y podremos ocultar la luz.

Y el colono llevó á Jacinto al arco que conducía á la puerta del subterráneo, puso la vela delante de esta puerta junto á una piedra, y sentóse en las gradas.

—¿Deciais, pues, preguntó Jacinto poniéndose frente de Courtin, que ibais á comunicarme el nombre de la calle y número de la casa donde se oculta Petit-Pierre?—O poco menos que eso, respondió el colono, cuyos ojos brillaban de codicia desde que á los movimientos de Jacinto oía el metálico rumor de las monedas de oro que en el cinto llevaba.—No perdamos el tiempo en vanas palabras. ¿Sabéis dónde vive?—Nó.—Pues ¿por qué me habéis molestado? ¡Ah! sólo siento haberme querido entender con un posma de vuestro jaez, os lo aseguro.

Por toda respuesta sacó el alcalde el papel que había recogido en la chimenea de la casa de la calle del Mercado, y tendiólo á Jacinto alumbrándole para que pudiese leer.

—¿Quién ha escrito esto? preguntó el judío.—La joven de quien os hablé y que estaba con la que buscamos.—Sí, mas ya no está con ella, y no veo qué partido podemos sacar de esta carta.

Encogió Courtin los hombros y dejó la vela diciendo:

—En verdad que para un señor de la ciudad no sois muy sagaz.—¿Por qué? Sepamos.—¡Pardiez! ¿no veis que Petit-Pierre ofrece un asilo á la persona á quien va dirigida la carta, en el caso de que la persigan?—Sí, y ¿qué?—Basta perseguirla y registrar la casa donde se refugie para que todos caigan en el garlito.

Jacinto reflexionó.

—Sí, el medio es bueno, dijo volviendo y revolviendo la esquila en sus manos, y mirándola al trasluz para asegurarse de que no contenía otro escrito.—¡Vaya si es bueno!—¿Y dónde vive esa persona? preguntó con indiferencia Jacinto.—¡Oh! esa es harina de otro costal, dijo Courtin; ahora ya tenéis el medio, según decís vos mismo, y lo halláis bueno; mas no os diré el modo de emplearlo hasta que soltéis prendas.—¿Y si ese sugeto no aprovecha el asilo que

le ofrecen? ¿si no se refugia al lado de la que buscamos? preguntó Jacinto.—¡Oh! del modo que os indicaré es imposible que deje de hacerlo. La casa tiene dos puertas; nos presentamos á una de ellas con soldados, huye él por la otra que adrede hemos dejado libre, y como nosotros estamos uno á cada extremo de la calle, le seguimos para no perderle de vista. Ya veis que el golpe no puede frustrarse; ea, abrid el cinto.—¿Vendréis conmigo?—¿Qué duda tiene?—¿Y hasta entonces no me dejaréis un minuto?—Ni soñarlo, puesto que sólo me dais la mitad.—Bueno; mas os prevengo, dijo Jacinto con una firmeza de que se le hubiera creído incapaz atendida su pacífica apariencia; os prevengo que, una vez recibida la mitad, si hacéis un ademán sospechoso, si advierto que me engañáis, os hago saltar la tapa de los sesos.

Y así diciendo, sacó del pecho una pistola; y aunque permaneció con rostro frío é impasible, el siniestro brillo de sus ojos daba á entender que no dejaría de cumplir su palabra.

—Como gustéis, respondió Courtin; y os será fácil, pues voy sin armas.—No tal, replicó Jacinto.—Ea, dadme lo que me prometisteis, y jurad que si el asunto va bien me entregaréis otro tanto.—Eso es sagrado, y contad con ello; ó somos ó no somos honrados; mas ¿qué necesidad tenéis de cargaros con este oro, ya que no debemos separarnos? continuó Jacinto, á quien al parecer le dolía tanto aflojar el cinto como á Courtin no recibir desde luego su precioso contenido.—¡Cómo! exclamó el alcalde, ¿no veis que deliro por tocar ese oro y que me muero de impaciencia al saber que está ahí sin poder tenerlo en las manos? Por el momento de gozo que voy á disfrutar al palparlo, pues me lo daréis ó de lo contrario no hablo; por ese momento lo he arrostrado todo, he cobrado valor, yo que tenia miedo de mi sombra, yo que temblaba al atravesar de noche el bosque. ¡Dadme ese oro! ¡dádmele! Ved que todavía hemos de correr muchos peligros, y ese oro me infundirá valor. Dadme pues ese oro, si queréis verme tranquilo é implacable como vos.—Sí, replicó Jacinto que había visto brillar el descolorido y desmayado rostro del labriego al proferir esas palabras; sí, os lo daré por las señas de ese hombre. ¡Vengan pues las señas!

Ambos deseaban con igual ansia la cosa esperada.

Levantóse Jacinto, desató el cinto, y embargado Courtin por el metálico rumor que de nuevo oía, alargó la mano para asirlo.

—Poco á poco, dijo Jacinto, toma y daca.—Sí; mas ante todo veamos si es oro lo que contiene.

Encogió á su vez el judío los hombros, y cediendo á los deseos de su asociado, tiró de la cadenita de hierro que cerraba la bolsa de cuero. Deslumbrado por el brillo del oro, estremeciéndose de piés á cabeza, y alargado el cuello, fija la vista, trémulos los labios, pasó con inefable fruición la mano por aquel montón de monedas, diciendo:

—Vive en la calle del Mercado, número 22, y la segunda puerta da á la calle paralela á la del Mercado.

Soltó Jacinto la bolsa y asíola Courtin exhalando un hondo suspiro de satisfacción.

Mas al propio tiempo alzó la cabeza con aire despavorido.

—¿Qué hay? preguntó Jacinto.—He oído pasos, dijo el colono con trastornado semblante.—Yo nó, dijo el judío; veo que he hecho mal en daros el oro.—¿Por qué? exclamó Courtin apretando el cinto contra su pecho, cual si temiera que se lo arrancaran.—Porque parece que dobla vuestros temores.

Courtin apoyó rápidamente la mano en el brazo de su acólito.

—¿Y bien? preguntó Jacinto comenzando también á sentir zozobra.—Os digo que oigo pasos encima de nosotros, replicó el alcalde alzando los ojos á la oscura bóveda.—¡Vaya! parece que os ponéis malo, dijo el judío esforzándose para reír.—El caso es que no me siento bueno.—Pues vámonos; ya nada tenemos que hacer aquí, y hora es ya de marchar á Nantes.—Nó, escondámonos y escuchemos; si han dado pasos, es porque nos acechan y nos aguardan á la puerta. ¡Gran Dios! ¿querrán ya robarme el oro? exclamó el labriego tratando de apretar el cinto en medio del fuerte temblor que le agitaba.—Está visto que perdéis el juicio, dijo Jacinto más animoso que su interlocutor; ea, apaguemos la luz y escondámonos en el subterráneo, desde donde veremos si os equivocáis.—Tenéis razon, tenéis razon, dijo Courtin soplando la bujía; abrió luego la puerta del inundado subterráneo y bajó el primer peldaño.

Mas al propio tiempo profirió un grito de espanto en el cual se percibieron estas palabras:



—¡A mí, señor Jacinto!

Llevaba éste la mano á su pistola cuando un robusto brazo asió el suyo retorciéndolo con fuerza. Fué tan agudo el dolor que el judío cayó de rodillas, bañada en sudor la frente y gritando: ¡Perdón!

—Ni una palabra, ni un gesto, ó te mato como un perro, dijo la voz de maese Jaime.

Dirigiéndose en seguida á José Picaut:

—¿Y bien? preguntó, ¿le tienes? ¡habla!—¡Oh! ¡malvado! respondió éste con voz entrecortada y fatigosa á causa de los esfuerzos que hacia para sujetar á Courtin, á quien había cogido en el momento de abrir la puerta del subterráneo, y quien forcejeaba para salvar, nó su persona, sinó su oro; ¡oh! ¡malvado! me muerde, me araña. ¡Ah! si no me hubieseis prohibido matarle, ya no resollaría.

Al mismo tiempo oyóse el ruido de dos cuerpos que cafan juntos al suelo.

—Si respinga ¡mátalo, mátalo! dijo maese Jaime. Pues sé lo que saber quería; ya no hallo inconveniente. —¡Par-diez! dijéraislo antes, y no habláramos más de ello.

En efecto, José Picaut no deseaba otra cosa: gracias á un esfuerzo supremo había derribado á Courtin, y poniéndole una rodilla sobre el pecho, sacó un afilado puñal cuya hoja vió el colono brillar en la oscuridad.

—¡Perdón! ¡perdón! gritó Courtin, ¡lo diré todo, no me matéis!

La mano de maese Jaime detuvo el brazo de José, apercibido á herir.

—Todavía nó, dijo; bien mirado, puede servirnos. Atale de piés y manos.

Era tal el terror del infeliz Courtin, que el mismo presentó las manos á José, quien se las ataba fuertemente con un cordel; sin embargo, aun no había soltado la bolsa repleta de oro, que con ayuda del cordel tenia apretada contra el estómago.

—¿Acabarás de una vez? preguntó el chuán.—Dejad que le sujete esta pata, respondió José.—Bueno, y después harás otro tanto con éste, continuó el amo de los conejos designando á Jacinto, que se había incorporado sobre una rodilla y permanecía mudo é inmóvil en esta postura.—Si yo vieses fuera más listo, dijo Picaut despechado de no poder desenredar el cordel.—Bien considerado, dijo maese Jaime,

no hallo razón para molestarnos tanto y estar á oscuras. Encendamos pues la linterna y veámosles la pinta á estos negociantes en reyes y príncipes.

Y sacando una linternita, púsose á echar lumbres con la misma tranquilidad que si se hallara en la selva de Touvain, y en seguida acercó la luz al rostro de Jacinto y Courtin.

Entonces vió José el cinto de cuero que el colono tenía sobre el pecho, y echóse sobre él para quitárselo: persuadido maese Jaime de que, cediendo el chuán á su odio contra el alcalde, quería asesinarle, abalanzóse para contenerle, al propio tiempo que una línea de fuego procedente de la bóveda superior rasgaba la oscuridad, oyéndose una sorda explosión: maese Jaime cayó sobre Courtin, bañándole el rostro con un licor caliente é insípido.

—¡Bandido! exclamó el jefe de los conejos incorporándose sobre una rodilla y dirigiéndose á José; me has tendido un lazo: te perdoné la mentira, pero pagarás la traición.

Y de un pistoletazo á boca de jarro derribó al hermano de Pascual Picaut.

La linterna se había apagado rodando de la escalera al lago, y el humo de los dos tiros había condensado más las tinieblas.

Al ver por tierra á maese Jaime, levantóse Jacinto, pálido, mudo, aterrado, huyó corriendo en torno de la torre sin hallar salida, hasta que por una estrecha ventana vió las estrellas que fulguraban en la oscura bóveda celeste: entonces con el vigor que el espanto presta, sin curarse de su cómplice trepó á la ventana, y no calculando la altura ni el peligro, arrojóse de cabeza al lago.

El agua fría calmó la sangre que con gran violencia se le agolpaba á la cabeza, y devolvióle toda la razón.

Subió Jacinto á flor de agua, y nadando miraba á todos lados para ver á dónde debía dirigirse, cuando reparó en una lancha amarrada en la excavación por la cual penetraba en la torre el agua del lago: lancha de que sin duda se habían servido los dos hombres para entrar en el inundado subterráneo.

Llegóse á ella el judío con sigilo y bogando se dirigió á la orilla.

—Calle del Mercado, número 22, dijo; nó, el terror no me ha quitado la memoria: ahora el éxito depende de la prisa que me dé en llegar á Nantes. ¡Pobre Courtin! creo

que ya puedo considerarme como heredero de los cincuenta mil francos que debía entregarle; pero cometí una gran simpleza al darle el cinto: á estas horas tendría las señas y el dinero. ¡Qué falta! ¡Qué falta!

Y para ahogar sus remordimientos púsose á remar con una fuerza al parecer incompatible con sus débiles apariencias.

## XXXVI

OJO POR OJO, Y DIENTE POR DIENTE

Para seguir al señor Jacinto en su casi milagrosa fuga hemos abandonado á nuestro antiguo conocido Courtin, tendido en el suelo, atado de piés y manos, rodeado de una oscuridad profunda, y entre los bandoleros heridos.

La fatigosa respiración de maese Jaime y los gemidos de José le causaban tanto pavor como antes sus amenazas: temiendo que uno ú otro se acordara de que él estaba allí y quisiera matarle, no se atrevía á respirar, receloso de que le oyeran.

Sin embargo, prevaecía en él otro sentimiento más poderoso que el de la conservación personal: Courtin quería hasta el último instante ocultar á los que podían ser sus verdugos el precioso cinto que continuaba apretado contra su corazón, y para ello se atrevió á lo que tal vez no hubiera hecho para salvar su vida. Dejándolo resbalar poco á poco sobre el pecho, ahogando el rumor metálico que podía producir gracias á una presión hábil y á un instinto magnético, cual si sus nervios hubieran comunicado con el oro, hizolo llegar al suelo, y arrastrándose insensiblemente consiguió cubrirlo con su cuerpo.

En seguida oyó la puerta de la torre que rechinaba al girar en sus mohosos goznes, y volviendo los ojos á aquella

parte vió una especie de fantasma vestido de negro que avanzaba pálido, con una tea en la una mano y arrastrando con la otra por la bayoneta un pesado fusil, cuya culata resonaba en las baldosas.

Al través de las sombras de la muerte que ya se extendían ante sus ojos, vió José Picaut la aparición, pues exclamó con angustiada voz:

—¡La viuda! ¡la viuda!

La viuda Picaut, pues ella misma era, avanzó despacio, y sin mirar al alcalde de la Logerie ni á maese Jaime, quien, aplicada la mano izquierda á la herida que le traspasaba verticalmente el pecho, procuraba incorporarse sobre la derecha; detúvose delante de su cuñado y miróle con expresión amenazadora.

—¡Un sacerdote! ¡un sacerdote! exclamó el moribundo espantado por aquel sombrío fantasma y sintiendo á su vista un remordimiento. —¿Para qué te serviría un sacerdote, miserable? ¿Devolvería por ventura la vida al hermano que asesinaste?—Nó, no asesiné á Pascual, dijo Picaut, lo juro por la eternidad á donde voy á pasar.—No le asesinaste, pero dejaste obrar á los asesinos, si no les impeliste al crimen; y no contento con eso, hiciste fuego sobre mí, en términos que á no ser por la mano de un buen hombre que desvió el tiro, en una sola noche eras dos veces fratricida. Pero has de saber que no he vengado el mal que quisiste causarme, sinó que la mano de Dios te castiga por la mía, Caín.—¡Cómo! exclamaron á la vez José Picaut y maese Jaime, ¿ese tiro?..—Yo lo he disparado; yo que estaba cierta de sorprenderte otra vez en el crimen: sí, José, sí, tú tan valiente y seguro de tu fuerza, humillate ante el decreto de la Providencia; mueres por mano de una mujer.—¡Qué me importa la mano que me hiere! puesto que muero, de Dios viene el golpe. Suplicote pues, mujer, que me dejes aprovechar mi arrepentimiento; haz que pueda reconciliarme con el cielo que he ofendido; tráeme un sacerdote, mujer, te lo ruego.—¿Tuvo tu hermano un sacerdote en su última hora? ¿Distele tiempo para reconciliarse con Dios cuando cayó asesinado por tus cómplices en el vado del Boulogne? Nó: ojo por ojo, diente por diente. Muere de muerte violenta, muere sin auxilio espiritual ni temporal, como ha muerto tu cómplice; y todos los malhechores, añadió la viuda volviéndose á maese Jaime, todos los malhechores que en nombre de

que ya puedo considerarme como heredero de los cincuenta mil francos que debía entregarle; pero cometí una gran simpleza al darle el cinto: á estas horas tendría las señas y el dinero. ¡Qué falta! ¡qué falta!

Y para ahogar sus remordimientos púsose á remar con una fuerza al parecer incompatible con sus débiles apariencias.

## XXXVI

OJO POR OJO, Y DIENTE POR DIENTE

Para seguir al señor Jacinto en su casi milagrosa fuga hemos abandonado á nuestro antiguo conocido Courtin, tendido en el suelo, atado de piés y manos, rodeado de una oscuridad profunda, y entre los bandoleros heridos.

La fatigosa respiración de maese Jaime y los gemidos de José le causaban tanto pavor como antes sus amenazas: temiendo que uno ú otro se acordara de que él estaba allí y quisiera matarle, no se atrevía á respirar, receloso de que le oyeran.

Sin embargo, prevaecía en él otro sentimiento más poderoso que el de la conservación personal: Courtin quería hasta el último instante ocultar á los que podían ser sus verdugos el precioso cinto que continuaba apretado contra su corazón, y para ello se atrevió á lo que tal vez no hubiera hecho para salvar su vida. Dejándolo resbalar poco á poco sobre el pecho, ahogando el rumor metálico que podía producir gracias á una presión hábil y á un instinto magnético, cual si sus nervios hubieran comunicado con el oro, hizolo llegar al suelo, y arrastrándose insensiblemente consiguió cubrirlo con su cuerpo.

En seguida oyó la puerta de la torre que rechinaba al girar en sus mohosos goznes, y volviendo los ojos á aquella

parte vió una especie de fantasma vestido de negro que avanzaba pálido, con una tea en la una mano y arrastrando con la otra por la bayoneta un pesado fusil, cuya culata resonaba en las baldosas.

Al través de las sombras de la muerte que ya se extendían ante sus ojos, vió José Picaut la aparición, pues exclamó con angustiada voz:

—¡La viuda! ¡la viuda!

La viuda Picaut, pues ella misma era, avanzó despacio, y sin mirar al alcalde de la Logerie ni á maese Jaime, quien, aplicada la mano izquierda á la herida que le traspasaba verticalmente el pecho, procuraba incorporarse sobre la derecha; detúvose delante de su cuñado y miróle con expresión amenazadora.

—¡Un sacerdote! ¡un sacerdote! exclamó el moribundo espantado por aquel sombrío fantasma y sintiendo á su vista un remordimiento. —¿Para qué te serviría un sacerdote, miserable? ¿Devolvería por ventura la vida al hermano que asesinaste?—Nó, no asesiné á Pascual, dijo Picaut, lo juro por la eternidad á donde voy á pasar.—No le asesinaste, pero dejaste obrar á los asesinos, si no les impeliste al crimen; y no contento con eso, hiciste fuego sobre mí, en términos que á no ser por la mano de un buen hombre que desvió el tiro, en una sola noche eras dos veces fratricida. Pero has de saber que no he vengado el mal que quisiste causarme, sinó que la mano de Dios te castiga por la mía, Caín.—¡Cómo! exclamaron á la vez José Picaut y maese Jaime, ¿ese tiro?..—Yo lo he disparado; yo que estaba cierta de sorprenderte otra vez en el crimen: sí, José, sí, tú tan valiente y seguro de tu fuerza, humillate ante el decreto de la Providencia; mueres por mano de una mujer.—¡Qué me importa la mano que me hiera! puesto que muero, de Dios viene el golpe. Suplicote pues, mujer, que me dejes aprovechar mi arrepentimiento; haz que pueda reconciliarme con el cielo que he ofendido; tráeme un sacerdote, mujer, te lo ruego.—¿Tuvo tu hermano un sacerdote en su última hora? ¿Distele tiempo para reconciliarse con Dios cuando cayó asesinado por tus cómplices en el vado del Boulogne? Nó: ojo por ojo, diente por diente. Muere de muerte violenta, muere sin auxilio espiritual ni temporal, como ha muerto tu cómplice; y todos los malhechores, añadió la viuda volviéndose á maese Jaime, todos los malhechores que en nombre de

cualquier bandera labran la ruina de su patria y llevan el luto al seno de las familias, bajen contigo á lo más profundo del infierno.—¡Mujer! exclamó maese Jaime incorporándose, cualquiera que sea su crimen y por más daño que os haya hecho, no es bien que le habléis de tal modo; antes perdonadle, á fin de que también os perdonen.—¿A mí? exclamó la viuda ¿quién puede acusarme?—El que habéis muerto sin quererlo, el que ha recibido la bala á él destinada, el que os habla, en fin yo, yo herido por vuestra mano.

Exhaló la viuda una exclamación de asombro y casi de espanto.

Como es de adivinar, habiendo sorprendido el proyecto de los dos cómplices, había acechado la llegada de Courtin, y viéndole entrar en la torre, fué por la galería exterior á la plataforma, de donde por la abertura del techo hizo fuego sobre su cuñado.

Ya hemos visto que á causa del movimiento hecho por maese Jaime para proteger á Courtin, aquel había recibido el tiro.

Por el pronto la viuda quedó aturrida al saber que había equivocado el blanco de su odio; mas pensando luego con qué hombres se las había, dijo:

—Aunque así fuese, aunque hubiese herido á uno por otro, ¿no os he herido cuando ibais á perpetrar un nuevo crimen? ¿No he salvado la vida á un inocente?

A esta última palabra una siniestra sonrisa crispó los descoloridos labios de maese Jaime, cuya mano buscó en el cinto la otra pistola.

—Tenéis razón, dijo, ahí hay un inocente en quien ya no pensaba. ¡Pues bien! puesto que me lo recordáis, voy á expedirle el diploma de mártir; no quiero morir sin acabar mi obra.—No mancharéis de sangre vuestra última hora, como habéis manchado toda vuestra vida, maese Jaime, exclamó la viuda Picaut poniéndose entre Courtin y el chuán; yo sabré impedirlo.

Y caló á maese Jaime la bayoneta.

—¡En buen hora! dijo el amo de los conejos como resignándose. Si Dios me concede tiempo y fuerzas, pronto os diré quiénes son los dos bribones que tomáis por inocentes. Por ahora dejo la vida á este; pero en cambio perdonad á vuestro pobre hermano y mereceréis el perdón que há un momento os he otorgado. ¿No oís su estertor? Dentro de diez

minutos tal vez sea tarde.—¡Nunca! ¡nunca! respondió sordamente la viuda. Nó á mí, sino á Dios hay que implorar perdón.—Nó, dijo el moribundo con débil voz y moviendo la cabeza; no me atrevo á rogar á Dios mientras sobre mí pese vuestra maldición.—Pues ruega á tu hermano y pídele perdón.—¡Mi hermano! murmuró José cerrando los ojos cual si entreviera la terrible sombra, ¡mi hermano! ¡voy á verle, voy á encontrarme cara á cara con él!

Y trataba de rechazar con la mano el sangriento fantasma que al parecer le atraía. En seguida, con voz apenas inteligible, dijo:

—¡Hermano! ¡hermano! ¿por qué apartas la cabeza cuando te imploro? En nombre de nuestra madre, Pascual, déjame abrazar tus rodillas; acuérdate de las lágrimas que juntos vertimos en la niñez, por los primeros azules combatida; perdóname por haber seguido la terrible senda á que nos arrastró nuestro padre. ¡Ay de mí! yo no sabía que un día nos encontraríamos en ella como enemigos. ¡Dios santo! no respondes, Pascual, y continúas desviando la cabeza! ¡Oh hijo mío! ¡oh Luisito! prosiguió el chuán, ruégale por mí, ruégale por tu padre. El te amaba como á hijo propio: súplcale en nombre de tu padre moribundo que permita llegar hasta el trono de Dios á un pecador arrepenido. ¡Oh hermano, hermano! murmuró con una expresión de gozo que rayaba en éxtasis; te enterneces, perdonas y tiendes la mano al niño. ¡Señor! ¡Señor! ahora suba á tí mi alma, que ya mi hermano me ha perdonado.

Y cayó inerte al suelo, del cual se había levantado con un supremo esfuerzo para tender los brazos á la visión.

En el ínterin habíanse calmado poco á poco el odio y la sed de venganza que respiraba la fisonomía de la viuda; cuando José habló del niño á quien el infeliz Pascual amaba como á un hijo, asomáronsele las lágrimas á los ojos; y cuando al resplandor de la tea vió que el rostro del moribundo se iluminaba con cierta auréola divina, cayó de rodillas, y asiendo la mano del herido, dijo:

—Te creo, te creo, José: Dios abre los ojos del moribundo y entrecabre ante ellos las celestes alturas. Como Pascual te ha perdonado, yo te perdono; y como él ha olvidado, yo olvido. Si, olvidolo todo, para sólo acordarme de que eras hermano suyo. Hermano de Pascual, muere en paz.—Gracias, gracias, balbució José, cuya voz se enronquecía más y más

y cuyos labios comenzaban á teñirse de rojiza espuma; gracias. Pero ¿y mi esposa? ¿y mis hijos?... —Tu esposa es mi hermana, y tus hijos son mis hijos, dijo solemnemente la viuda. Muere en paz, José.

Llevóse el chuán la mano á la frente como para santi- guarse: sus labios aun murmuraban algunas palabras que nadie comprendía, y abriendo desmesuradamente los ojos, exhaló un hondo suspiro.

Era el postrero.

—Amén, dijo maese Jaime.

La viuda permaneció un rato arrodillada y orando junto al cadáver, no sin extrañar que sus ojos tuviesen lágrimas para quien le había hecho derramar tantas.

Hubo una larga pausa, y mal hallado sin duda maese Jaime con aquel silencio, rompiólo exclamando:

—¡Vive Dios! Nadie diría que aquí hay todavía un cristiano vivo; y digo uno, porque no llamo cristianos á los Judas.

Estremecióse la viuda, pues al lado del muerto se había olvidado del moribundo.

—Me voy á casa y os enviaré socorro, le dijo. —¡Socorro! ¿para qué lo quiero! Me curarían para llevarme á la guillotina y... gracias, buena Picaut, prefiero la muerte del soldado: la tengo, y no-la suelto. —¿Quién os dice que yo piense entregaros? —¿No sois azul y mujer de azul? ¡Cáspital! La captura de maese Jaime vale la pena de constar en vuestra hoja de servicios, viuda! —Mi marido era patriota, y heredé sus opiniones, no lo niego; pero ante todo me repugnan los traidores y la traición, y por todo el oro del mundo no entregaría á nadie, ni á vos siquiera. —Os repugna la traición, ¿oyes tú, bellaco? ¡Pues bien! á mí me sucede lo mismo.

—Vamos, Jaime, dejad que llame. —No, respondió éste, tengo lo que me basta, lo siento y lo sé; he causado tantas heridas como esta, que lo entiendo: dentro de dos ó tres horas á lo más habré pasado al grande erial, al último, al bueno y magnífico, al erial de Dios. Pero escuchad: este que aquí veis, continuó empujándole con el pié, este infame por un puñado de oro ha vendido una cabeza que para todos debía ser sagrada, no sólo por ser una de las destinadas á ceñir corona, sino porque su corazón es noble y magnánimo. —Esa cabeza se refugió en mi casa, dijo la viuda conociendo á Petit-Pierre en el retrato que Jaime acababa de

trazar. —Sí, vos la salvasteis una vez, y eso os engrandece á mis ojos, buena Picaut, inspirándome la idea de rogaros una cosa. —¿Cuál? hablad. —Acercáos y prestad oído: vos sola debéis oír lo que á decir voy.

Pasó la viuda al lado opuesto á Courtin é inclinóse hacia el herido, quien la dijo en voz baja:

—Avisad al hombre que tenéis en vuestra casa. —¿A quién? preguntó la viuda atónita. —Al que ocultáis en vuestro establo, al que cada noche asistís y consoláis. —¿Cómo lo habéis sabido? —¡Toma! ¿por ventura creéis que se le oculta algo á maese Jaime? Digo la verdad, buena Picaut, y maese Jaime el chuán, maese Jaime el bandido os dice que á pesar del modo con que tratáis á vuestros parientes, se envanciera de serlo. —Ved que está convaleciente, y apenas puede tenerse en pié. —Es hombre, y no hay cuidado, ya tendrá fuerzas; es hombre, repito, y habrá pocos ó ninguno que se le parezcan, dijo el vendeano con fiero orgullo. Seguro estoy de que sabía el infame proyecto de esos dos pícaros, y creyendo vivir, proponíase hacer con ellos un escarmiento; mas el hombre propone y Dios dispone: los cuartos le tentaron. A propósito, Mariana, en alguna parte los hallaréis. —¿En qué los emplearemos? —Dad la mitad á los huérfanos de los blancos y los azules que han muerto en la guerra: esa es mi parte, la que me corresponde; la otra es de José, y podéis entregarla á sus hijos.

Exhaló Courtin un suspiro de angustia, pues oyó las anteriores palabras.

—No, dijo la viuda, nó, es el oro de Judas y les sería fatal; gracias, no quiero ese dinero para los niños, por más inocentes que sean. —Tenéis razón, dadlo todo á los pobres; las manos que reciben la limosna lo purifican todo, incluso el crimen. —¿Y él? preguntó la viuda señalando á Courtin con el dedo sin mirarle. —Él? está bien atado ¿no es cierto? —Así parece. —Pues el otro decidirá de su suerte. —Corriente. —A propósito, tomad, Mariana, regaladle este tabaco que ya no he menester. Créo que lo recibirá con mucho gusto. ¡Vaya! continuó el jefe de los conejos, no parece sino que voy á morir de mala gana... ¡Oh! diera mis veinte y cinco mil francos de ganga para asistir á su entrevista. ¡Será chusca! Pero lo mismo da un millón que cuatro cuartos cuando uno se muere. —No os quedaréis aquí, dijo la viuda; os trasladaremos á un cuarto del castillo, y allí á lo menos

podréis recibir á un sacerdote.—Como queráis, viuda; mas antes hacedme el favor de mirar si el perillán está bien atado, pues os aseguro que moriría muy descontento á la sola idea de que pudiera escaparse del zafarrancho que habrá luego.

Mariana inclinó la tea hacia Courtin: estaba éste tan estrechamente atado que tenía las carnes hinchadas y amoratadas, y en su rostro, más lívido que el de maese Jaime, se retrataba la angustia que sufría.

—No puede moverse, dijo la viuda, además le encerraré bajo llave.—¡Gracias! ¡Oh! las gracias que os doy no son tan expresivas como las que va á daros el otro, ya veréis.—Bueno: dejad que os traslade al castillo, donde recibiréis los auxilios que vuestro estado reclama. No hay cuidado: tanto el confesor como el médico no dirán una palabra.—Que me place. No dejará de ser chistoso que maese Jaime muera en una cama, siendo así que toda su vida ha dormido sobre la yerba ó entre la maleza.

Tomó la viuda en brazos al vendeano, y llevándolo al cuarto de que hemos hablado, acostóle en una cama.

A pesar de los dolores que debía experimentar y de la gravedad de su situación, maese Jaime permanecía alegre y burlón al aproximarse la muerte: muy diferente del carácter de sus compatriotas, el de aquel hombre no se desmentía un solo instante.

Sin embargo, en medio de los sarcasmos que dirigía tanto á lo que había defendido como á lo que había atacado, no cesó de suplicar á la viuda Picaut que cuanto antes llevara á Juan Oullier el recado.

Instada pues por él, así que Mariana hubo encerrado á Courtin en la antigua frutería, atravesó el huerto y entró en la posada, donde encontró á su anciana madre llena de susto por los tiros que había oído, y temerosa de que su hija hubiese sido víctima de alguna asechanza de su cuñado.

Nada la dijo la viuda de lo ocurrido, y rogándola que no dejara penetrar á nadie en las ruinas, disponíase á salir cuando llamaron suavemente á la puerta.

—Madre, dijo entonces, si algún forastero pide posada para esta noche, decid que no tenemos ningún aposento. Nadie debe entrar aquí esta noche: el brazo de Dios está sobre la casa.

Llamaron otra vez.

—¿Quién va? preguntó la viuda abriendo la puerta y cerrando el paso con su cuerpo.

Apareció Berta en el dintel y dijo:

—Señora, esta mañana me habéis dicho que tenéis que comunicarme un asunto importante.—Tenéis razón, dijo la viuda; lo había olvidado.—¡Cielos! exclamó la doncella al ver grandes manchas de sangre en el vestido de Mariana, ¿ha sucedido acaso alguna desgracia á Mary, á mi padre ó á Michel?

Y á pesar de la fortaleza de ánimo de la joven, trastornóla tanto esta última idea que hubo de apoyarse en la pared para no caer.

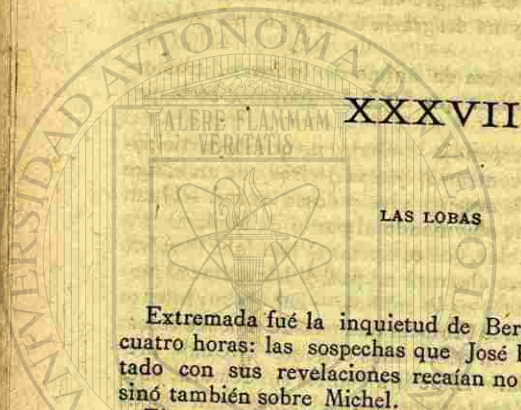
—Tranquilizáos, respondió la viuda, no quería participaros una desgracia; al contrario, quería deciros que un amigo vuestro á quien creáis muerto vive y desea veros.—¡Juan Oullier! exclamó Berta adivinando al punto de quién se trataba; de él queréis hablar, ¿no es cierto? ¡Vive! ¡oh! ¡bendito sea el cielo! ¡Cuánto se alegrará mi padre! Llevadme al momento á su lado, señora, os lo suplico.—Tal era mi intento esta mañana; pero desde entonces han pasado muchas cosas, y tenéis que cumplir un deber más urgente.—¿Cuál? preguntó Berta admirada.—El de ir á Nantes sin demora, pues dudo de que, hallándose tan postrado, el pobre Juan pueda hacer lo que esperaba maese Jaime.—¿Para qué he de ir á Nantes?—Para decir á la que llamáis Petit-Pierre que han vendido y comprado el secreto de su refugio. ¡Ojalá lleguéis á tiempo para prevenirla que busque otro asilo!—¿Quién ha sido el traidor? preguntó Berta.—El alcalde de la Logerie.—¡Courtin! ¿le habéis visto?—Sí, respondió lacónicamente la viuda.—¡Oh! exclamó Berta juntando las manos, ¿no podría verle!—¡Joven, joven! exclamó la viuda sin responder á la pregunta; los partidarios de aquella mujer me dejaron viuda, y os digo que os apresuréis: ¡vacilariais en partir, vos que os alabáis de servir su causa?—Tenéis razón: no vacilo, parto.

Y en efecto, la doncella hizo ademán de salir.

—No vayáis á pie, que no llegaríais á tiempo: id al establo y decid al mozo que os ensille el caballo que queráis.—Lo ensillaré yo misma. ¿Y qué podrá hacer por vos, pobre viuda, la que por segunda vez habéis salvado?—Decidle que se acuerde de lo que le dije en mi cabaña, junto al lecho donde yacían dos hombres que por ella murieron; decidle que es

un crimen traer el desorden y la guerra á un país donde sus mismos enemigos la defienden de los traidores. ¡Id, señorita, id con Dios!

Y así diciendo, salió la viuda de la casa, dirigióse á la del cura de San Filiberto, suplicándole que pasara al castillo, y en seguida encaminóse apresuradamente al cortijo.



## XXXVII

LAS LOBAS

Extremada fué la inquietud de Berta durante veinte y cuatro horas: las sospechas que José Picaut había despertado con sus revelaciones recaían no sólo sobre Courtin sino también sobre Michel.

El recuerdo de la velada anterior al día de la acción del Chene y de la aparición de un hombre en la ventana del cuarto de Mary, nunca se había borrado de su memoria, causándola de vez en cuando tormentos que la pasiva actitud de Michel ante ella mientras su convalecencia difícilmente lograba calmar; mas cuando Berta supo que Courtin, de quien estaba ajena de suponer que hubiese obrado sin orden de nadie, había hecho partir el buque; cuando al volver desalada y jadeante de amor á la Logerie no halló al que buscaba, aviváronse más y más sus celosas sospechas.

Todo empero cedió ante el deber que acababa de imponerle la viuda, todo, incluso las consideraciones de su amor; así es que al momento corrió al establo, eligió el caballo que le pareció más veloz, dióle doble pienso, ensillólo, y con la brida en la mano aguardó que el animal acabara de comer.

Entonces llegó á sus oídos un rumor muy conocido en aquellos tiempos de disturbios: era el acompasado paso de una partida de tropa.

Al momento llamaron fuertemente á la puerta del mesón, y por una puerta vidriera que comunicaba del establo á un horno, por el cual se entraba en la cocina, vió soldados, á cuyas primeras palabras comprendió que pedían un guía.

Como nada era indiferente para Berta, que temía á un tiempo por su padre, Michel y Petit-Pierre, no quiso marchar sin saber lo que aquellos hombres querían, y segura de no ser conocida bajo el traje de aldeana que llevaba, pasando del establo al horno, penetró en la cocina.

—¿No hay ningún hombre en la casa? preguntó á la anciana el teniente que mandaba la partida.—Nó, señor, respondió la vieja; mi hija es viuda, y el único mozo que tenemos se ha ido no sé dónde.—Precisamente hubiera querido encontrar á vuestra hija, dijo el oficial; si estuviese aquí nos serviría de guía como en la famosa noche de la cuesta de Baugé; y si ella misma no pudiera, nos elegiría uno del cual podríamos fiarnos, mientras que con esos tu-nantes campesinos, todos medio chuanes, es difícil viajar con seguridad.—Si la viuda Picaut está ausente, tal vez hay medio de remplazarla, dijo Berta avanzando con resolución. ¿Vais lejos, señores?—¡Pardiez! exclamó el teniente acercándose, ¡guapa moza por vida mía! Guiadme á donde queráis, salero, y os seguiré con mucho gusto.

Bajó Berta los ojos torciendo la punta de su delantal, como lo hubiera hecho una sencilla aldeana.

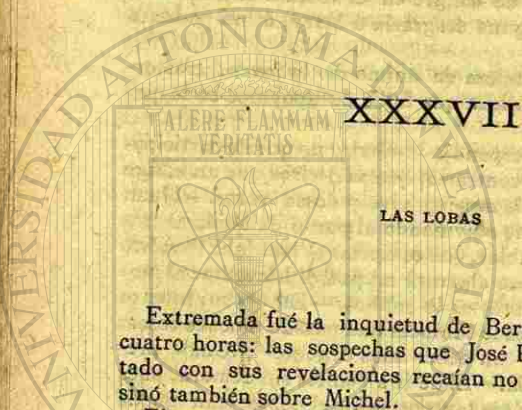
—Si no vais muy lejos, señor, y el ama lo permite, puedo acompañaros, pues conozco muy bien las cercanías.—Aceptado, dijo el teniente.—Pero con la condición de que no he de volver sola, prosiguió Berta, pues tendría miedo.—Vendré con vos, reina mía, dijo el oficial, aunque esa condescendencia haya de costarme la charretera. Vamos á ver: ¿sabéis dónde está la Boulevvre?

Al oír el nombre del cortijo perteneciente al barón, en el cual había ella permanecido algunos días con el marqués y Petit-Pierre, estremeciósese Berta de piés á cabeza, un sudor frío le bañó la frente, y su corazón palpitó con violencia.

—¿La Boulevvre, repitió dominando su emoción. ¿Es lugar ó quinta?—Nó, es una granja.—¿Y á quién pertenece?—A un caballero de vuestras cercanías.—¿Queréis alojaros en la Boulevvre?—Nó, vamos á una expedición.—

un crimen traer el desorden y la guerra á un país donde sus mismos enemigos la defienden de los traidores. ¡Id, señorita, id con Dios!

Y así diciendo, salió la viuda de la casa, dirigióse á la del cura de San Filiberto, suplicándole que pasara al castillo, y en seguida encaminóse apresuradamente al cortijo.



Extremada fué la inquietud de Berta durante veinte y cuatro horas: las sospechas que José Picaut había despertado con sus revelaciones recaían no sólo sobre Courtin sino también sobre Michel.

El recuerdo de la velada anterior al día de la acción del Chene y de la aparición de un hombre en la ventana del cuarto de Mary, nunca se había borrado de su memoria, causándola de vez en cuando tormentos que la pasiva actitud de Michel ante ella mientras su convalecencia difícilmente lograba calmar; mas cuando Berta supo que Courtin, de quien estaba ajena de suponer que hubiese obrado sin orden de nadie, había hecho partir el buque; cuando al volver desalada y jadeante de amor á la Logerie no halló al que buscaba, aviváronse más y más sus celosas sospechas.

Todo empero cedió ante el deber que acababa de imponerle la viuda, todo, incluso las consideraciones de su amor; así es que al momento corrió al establo, eligió el caballo que le pareció más veloz, dióle doble pienso, ensillólo, y con la brida en la mano aguardó que el animal acabara de comer.

Entonces llegó á sus oídos un rumor muy conocido en aquellos tiempos de disturbios: era el acompasado paso de una partida de tropa.

Al momento llamaron fuertemente á la puerta del mesón, y por una puerta vidriera que comunicaba del establo á un horno, por el cual se entraba en la cocina, vió soldados, á cuyas primeras palabras comprendió que pedían un guía.

Como nada era indiferente para Berta, que temía á un tiempo por su padre, Michel y Petit-Pierre, no quiso marchar sin saber lo que aquellos hombres querían, y segura de no ser conocida bajo el traje de aldeana que llevaba, pasando del establo al horno, penetró en la cocina.

—¿No hay ningún hombre en la casa? preguntó á la anciana el teniente que mandaba la partida.—Nó, señor, respondió la vieja; mi hija es viuda, y el único mozo que tenemos se ha ido no sé dónde.—Precisamente hubiera querido encontrar á vuestra hija, dijo el oficial; si estuviese aquí nos serviría de guía como en la famosa noche de la cuesta de Baugé; y si ella misma no pudiera, nos elegiría uno del cual podríamos fiarnos, mientras que con esos tuñantes campesinos, todos medio chuanes, es difícil viajar con seguridad.—Si la viuda Picaut está ausente, tal vez hay medio de remplazarla, dijo Berta avanzando con resolución. ¿Vais lejos, señores?—¡Pardiez! exclamó el teniente acercándose, ¡guapa moza por vida mía! Guiadme á donde queráis, salero, y os seguiré con mucho gusto.

Bajó Berta los ojos torciendo la punta de su delantal, como lo hubiera hecho una sencilla aldeana.

—Si no vais muy lejos, señor, y el ama lo permite, puedo acompañaros, pues conozco muy bien las cercanías.—Aceptado, dijo el teniente.—Pero con la condición de que no he de volver sola, prosiguió Berta, pues tendría miedo.—Vendré con vos, reina mía, dijo el oficial, aunque esa condescendencia haya de costarme la charretera. Vamos á ver: ¿sabéis dónde está la Boulevvre?

Al oír el nombre del cortijo perteneciente al barón, en el cual había ella permanecido algunos días con el marqués y Petit-Pierre, estremeciósese Berta de piés á cabeza, un sudor frío le bañó la frente, y su corazón palpitó con violencia.

—¿La Boulevvre, repitió dominando su emoción. ¿Es lugar ó quinta?—Nó, es una granja.—¿Y á quién pertenece?—A un caballero de vuestras cercanías.—¿Queréis alojaros en la Boulevvre?—Nó, vamos á una expedición.—



¿Qué significa expedición? preguntó la doncella.—¡Hola! muy bien, dijo el teniente; hé aquí una muchacha deseosa de instruirse.—Es muy natural: si os acompaño ú os hago acompañar á la Boulevure, á lo menos debo saber para que vais allá.—Vamos, dijo el subteniente terciando en la conversación para echarla de chistoso, vamos á pasar á un blanco por la legía de plomo, á fin de que se vuelva azul.—¡Ah! exclamó no pudiendo reprimir una exclamación de terror.—¡Diantre! ¿qué tenéis? preguntó el teniente. Si os hubiesen dicho el nombre del que vamos á prender, creería que estáis enamorada de él.—¡Yo! exclamó Berta apelando á toda la energía de su carácter para ahogar el espanto que la oprimía el corazón; ¡yo enamorada de un caballero!—Reyes ha habido que con pastoras se han casado, dijo el subteniente.—¡Calle! exclamó el teniente, pues no parece sino que la pastora va á desmayarse como una gran señora.—¡Yo! dijo Berta con forzada sonrisa, ¡para qué me desmayaría! Esas son cosas que se aprenden en la ciudad, y nó en el campo.—Lo cierto es que os habéis puesto muy pálida, hermosa niña.—No es extraño, puesto que habláis de fusilar á un hombre como de matar un conejo en el bosque.—Y nó es lo mismo, nó, dijo el subteniente: un conejo fusilado puede asarse, mientras que un chuán nó es bueno para nada.

Berta nó pudo disimular el disgusto que le causaba la broma del oficial.

—¿Acaso nó sois patriota como vuestra ama? preguntó el teniente.—Patriota soy; mas aunque aborrezco á mis enemigos, todavía nó he podido acostumbrarme á mirar su muerte con indiferencia.—Ya os acostumbraríais, dijo el oficial. Nosotros también nos acostumbramos á pasar las noches al raso; poco hace, cuando aquel maldito campesino ha llegado al puesto de San Martín y he tenido que ponerme en marcha, he dado al diablo la carrera; pero ahora veo que tiene sus compensaciones, de suerte que en este momento en vez de maldecirla la hallo muy buena.

Y sin duda para acrecentar las delicias de la situación, el oficial se inclinó y quiso besar el cuello de la doncella.

Nó esperaba Berta esa agresión, y al sentir en su rostro el hálito del mancebo, irguióse encarnada como una amapola, trémulos de ira los labios y centelleantes de indignación los ojos.

—¡Oh! ¡oh! prosiguió el teniente, ¿por un besito os enfadáis, hermosa?—¿Por qué nó? ¿creéis acaso que porque soy una pobre aldeana puede cualquiera insultarme impunemente?—*¡Insultar impunemente!* ¡Cómo habla la mocita! dijo el subteniente. ¡Y aun dirán que estamos en un país de salvajes!—Ganas me vienen, dijo el teniente, de prenderos por sospechosa y nó soltaros hasta que me paguéis el rescate que exigiré por vuestra libertad.—¿Y cuál será el rescate?—El beso que me negáis.—Nó quiero que me lo deis, pues nó sois mi padre, ni hermano, ni mi marido.—¿Es decir que nadie más que ellos tendrá nunca el derecho de besar esas lindas mejillas?—Sin duda.—¿Por qué razón?—Nó quiero faltar á mis deberes.—¿Vuestros deberes? ¡Vaya una gracia!—¿Acaso creéis que nó tenemos deberes como vosotros? Vamos á ver (Berta procuró sonreírse); si yo por ejemplo preguntara el nombre del que vais á prender y hubieseis de faltar á vuestro deber para decírmelo ¿por ventura me lo diríais?—¡A fe mía! dijo el oficial, tendríais poco mérito, pues nó creo que haya grande inconveniente en que lo sepáis.—¿Y si lo hubieseis?—¡Oh! entonces... Y aun nó lo sé lá fe mía! Es tanto lo que vuestros ojos me enloquecen, que nó me atrevo á decir lo que haría, de veras. Y mirad, la prueba es que si nó hay otro remedio, si sois tan curiosa como yo débil, os diré ese nombre y seré traidor á la patria; pero quiero el beso, lo quiero.

Eran tan vivos los temores de Berta, y estaba tan íntimamente persuadida de que era á Michel á quien amenazaba el peligro, que olvidó toda prudencia, y con la impetuosidad de su carácter, sin pararse en la suposición á que su insistencia podría dar margen, presentó la mejilla al teniente, quien estampó en ella dos sonoros besos.

—Toma y daca, dijo sin poder reprimir una sonrisa: el que vamos á prender se llama el señor de Veirée.

Retrocedió Berta y miró al oficial presintiendo que la había engañado.

—¡Ea! ¡en marcha! dijo el teniente; voy á pedir al alcalde lo que nó he podido encontrar aquí. Sea cual fuere el guía que me dé, prosiguió, nó me proporcionará ninguno que me guste tanto como vos, resalada.

Y exhaló un afectado suspiro.

—¡Ea! soldados, en marcha! añadió.

El subteniente y los cuatro ó cinco soldados que habían entrado con el oficial salieron á reunirse con los que se habían quedado fuera.

El teniente pidió candela para encender un cigarro, y viendo que Berta buscaba en vano una pajueta, sacó un papel y encendiólo en la lámpara. La doncella, que estaba observando todos sus movimientos, miró el papel que la llama empezaba ya á torcer y entre las amarillentas arrugas leyó distintamente el nombre de Michel.

—¡Ah! ya me lo temía, dijo para sí; ha mentido. ¡A Michel quieren prender!

Y como el oficial había tirado al suelo el papel á medio quemar, puso ella el pié encima con tanta turbación, que el teniente la aprovechó para darle otro beso.

En el momento mismo en que la joven se volvía á él, dióle poniéndose un dedo á la boca:

—¡Chito! que no sois aldeana: mirad por vos si tenéis que ocultaros, pues si con los que os buscan desempeñáis tan mal vuestro papel como conmigo, que no tengo orden de buscaros, estáis perdida.

Y dicho eso salióse prontamente, sin duda por no perderse á sí mismo.

Ni siquiera esperó Berta que se hubiese cerrado la puerta para recoger el pedazo de papel.

Era la denuncia que Courtin había enviado á Nantes por conducto de un aldeano y que éste para abreviar el viaje había entregado al jefe del primer destacamento que encontró en el camino.

Este era el de San Martín, próximo al de San Filiberto.

Lo que aun se veía escrito en el parte del alcalde de la Logerie bastó para indicar á Berta el destino de la gente armada que iba á la Bouleuvre.

La doncella pensó perder la cabeza. Si la sentencia pronunciada contra el barón era ejecutoria para los soldados, y la broma del alférez podía dárselo á creer, á las dos horas Michel habría muerto. Vióle ensangrentado, acribillado el pecho á balazos, y regando la tierra con su sangre; y fuera de sí preguntó á la vieja:

—¿Dónde está Juan Oullier?—¿Juan Oullier? dijo la anciana mirándola con estupor; no sé lo que queréis decir.—Os pregunto dónde está Juan Oullier.—Pues ¿no murió?—Y vuestra hija ¿á dónde ha ido?—No lo sé. Cuando sale

nunca me dice á donde va; á su edad ya puede ser dueña de sus acciones.

Berta pensó en la casa de Picaut; mas para ir allá necesitaba una hora, y entretanto podían matar á Michel.

—Luego volverá, exclamó; decidla que no he podido ir en seguida á donde sabe, pero que estaré allá antes de amanecer.

Y corriendo al establo, montó á caballo y partió al trote largo.

Al cruzar la plaza de San Filiberto oyó á la derecha los pasos de la partida que se alejaba, y saliendo del pueblo pasó con el caballo el Boulogne á nado y tomó el camino más allá de la selva de Machecul.

Felizmente para Berta su cabalgadura era mejor de lo que aparentaba: era un cuartago bretón que, cuando parado, tenía un aspecto triste y abatido como el de los hombres de su país, pero que como ellos también se enardecía en acción y de minuto en minuto cobraba bríos; abiertas las narices y sueltas al viento sus largas crines, pasó del trote al escape, y acelerando la carrera devoraba el camino: llanos, valles y setos pasaban y desaparecían tras él con fantástica velocidad, mientras Berta, inclinada sobre el pescuezo y aflojando toda la rienda, le aguijaba de continuo á latigazos.

Los aldeanos que al paso encontraba, al ver que el caballo y el jinete se desvanecían en la oscuridad tan rápidamente como aparccieran, tomádoles por fantasmas se santiguaban.

Mas por veloz que fuese aquella carrera, todavía no lo era tanto como habría deseado Berta, para quien cada segundo era un mes y cada minuto un año, por cuanto conocía la terrible responsabilidad que sobre sí pesaba, responsabilidad de sangre, de muerte y de ignominia á la vez. ¿Salvaría á Michel? Y habiéndole salvado, ¿llegaría á tiempo para conjurar el peligro que amagaba á Petit-Pierre?

Agolpábanse á su mente mil confusas ideas; sentía no haber dado suficientes instrucciones á la madre de la viuda Picaut, y acometíanla vértigos al pensar que después de la precipitadísima carrera del caballo este sucumbiría probablemente en el trecho de la Bouleuvre á Nantes. Reconveníase por emplear en provecho de su amor los recursos que

podían preservar una cabeza tan preciosa á la nobleza de Francia: comprendía que, sin las señas y contraseñas que ella sabía, nadie podría llegar hasta el ilustre proscrito, y combatida de mil sentimientos diversos, fuera de sí y presa de una especie de frenética embriaguez, sólo acertaba á precipitar la carrera del caballo, la cual á lo menos refrescaba su cabeza enardecida por los terribles pensamientos que la agitaban.

Al cabo de una hora llegaba á la selva de Touvain, donde la fué forzoso reanunciar á aquella rapidez, pues estaba el camino tan lleno de baches, que el pobre rocín cayó dos veces. Púsole al paso, calculando que llevaba una ventaja suficiente para que Michel pudiera huir á tiempo; cobró esperanzas y respiró satisfecha al pensar que Michel iba á deberla otra vez la vida.

Preciso es haber amado y experimentado las inefables fruiciones del sacrificio; preciso es saber lo deleitoso de la abnegación por los seres amados, para comprender el gozo que por algunos momentos tuvo Berta y lo ufana que se puso á la idea de que la existencia de Michel, por ella conservada, le costaría tal vez muy cara.

Estaba completamente entregada á sus pensamientos, cuando á la claridad de la luna vió las blancas paredes del cortijo por entre algunas ramas de avellanos.

La puerta del patio estaba abierta. Apeóse la doncella, ató el caballo á una de las argollas de la pared exterior, y entró sin hacer ruido, amortiguados sus pasos por la capa de estiércol que había en el patio.

Con gran sorpresa de Berta estaba á la puerta de la casa un caballo ensillado, que así podía ser de Michel como de otro cualquiera, y la joven quiso averiguarlo antes de traspasar sus umbrales. Viendo entreabierta una de las ventanas de la misma estancia en que Petit-Pierre había pedido en nombre de Michel su mano al marqués de Souday, acercóse despacito, y apenas miró adentro, cuando exhaló un ahogado grito, sintiendo que la abandonaban las fuerzas.

Acababa de ver á Michel á los pies de Mary. Uno de los brazos del mancebo rodeaba el talle de su hermana, cuya mano acariciaba los cabellos del barón: ambos se miraban sonriendo, con aquella expresión de felicidad inequívoca para el que una vez ha amado.

El desaliento de Berta duró un minuto, tras el cual se

precipitó á la puerta, y empujándola con violencia, presentóse en el dintel, suelta la cabellera, centelleantes los ojos, lívido el rostro y jadeante el pecho, cual la estatua de la Venganza.

Exhaló Mary un grito y cayó de rodillas tapándose la cara con las manos. Habíalo adivinado todo á primera vista: tal era el trastorno que Berta mostraba.

Aterrado Michel por las miradas de ésta, habíase levantado de pronto, y cual si se encontrara delante de un enemigo, había echado maquinalmente mano á sus armas.

—¡Herid! exclamó Berta al ver su ademán; herid, desgraciado, y así coronaréis dignamente vuestra bajeza é infidelidad.—Berta, balbució Michel, oid, dejad que os explique...—¡De rodillas, de rodillas, vos y vuestra cómplice! exclamó Berta. De rodillas debéis pronunciar las odiosas mentiras que vais á forjar para disculparos. ¡Oh! ¡infame! ¡yo que acudía para salvarle la vida! ¡yo que loca de terror y desesperación porque le amenazaba un gran peligro lo olvidaba todo, honor y deber! ¡yo que ponía mi vida á sus pies! ¡yo que sólo ansiaba decirle: ¡Mira, Michel, mira si te amo! ¡llego y le encuentro faltando á sus juramentos y promesas, infiel á los sagrados lazos del agradecimiento, cuando nó del amor; ¡y con quién y por quién? ¡Por la que yo amaba más en el mundo después de él, por la compañera de mi infancia, por mi hermana! ¿No podías seducir á otra mujer, dí, miserable? continuó Berta asiendo el brazo del joven y sacudiéndolo con violencia. ¿Acaso querías arrebatarme en mi desesperación los consuelos que se hallan en el corazón de una hermana?—¡Escuchadme, Berta, os lo suplico! dijo Michel. A Dios gracias no somos tan culpables como creéis. ¡Oh! ¡si supierais, Berta, si supierais!—Nada quiero oír; sólo oigo mi corazón, traspasado de dolor y lleno de desesperación; ¡sólo oigo la voz de mi conciencia que me dice que eres un infame! ¡Señor! ¡Señor! exclamó mesándose con las crispadas manos los cabellos; ¡Señor! ¡y este es el pago de mi ternura, de una ternura tan ciega que cerraba ojos y oídos cuando me decían que este niño, que este muñeco pusilánime é irresoluto no era digno de mi amor! ¡Insensata de mí! Yo creía que por gratitud profesaría cariño á la que se compadecía de su debilidad, á la que arrostraba las preocupaciones y la opinión pública para levantarle del vilipendio y lavar las manchas de su nombre!—¡Basta! exclamó

Michel irguiéndose, ibasta!—Sí, las manchas de tu nombre, repitió Berta. ¡Ahl te indignas ¡mejor! pues te lo repito: sí, las manchas más odiosas, más negras, más infames: las de la traición. ¡Oh familia de traidores! El hijo continúa la obra del padre: no podía menos de ser así.—¡Señorita! ¡Señorita! dijo Michel, abusáis del privilegio de vuestro sexo para insultarme.—¿Acaso tengo sexo ahora? ¡Ahl! no lo tenía cuando ahora mismo te burlabas de mí á los piés de esta pobre loca; no lo tenía cuando hacías de mi hermana la más miserable de las criaturas. Y porque no me lamentó, porque no me arrastro á tus piés mesándome los cabellos y golpeándome el pecho, hé aquí que de repente descubres que soy mujer, un sér á quien se debe respetar por su timidez, á quien no se debe hacer sufrir por su debilidad. No, no: para tí no tenía ni tengo sexo. Desde ahora tienes delante á una criatura que has ofendido mortalmente y te insulta. Barón de la Logerie, ya te he dicho que era infame y traidor quien seducía á la hermana de su novia. Barón de la Logerie, no sólo eres infame y traidor, sino que eres hijo de traidor é infame. Tu padre fué un malvado que vendió á Charrette, y á lo menos expió su crimen con la vida. Hante dicho que se suicidó en la caza ó que fué muerto casualmente: mentira benévola y que yo desmienta. Mató el que presenció su negra acción; mató....—¡Hermana! exclamó Mary levantándose y tapando la boca de Berta, vais á haceros culpable de una de esas faltas que reprocháis á los demás; vais á divulgar un secreto que no os pertenece.—¡Sea! pero que hable este hombre; que mi desprecio le haga alzar la cabeza, y halle en su vergüenza y su orgullo el valor de quitarme una vida que me es odiosa, que no será más que un largo delirio, un tormento eterno. Que acabe á lo menos lo que ha empezado. ¡Gran Dios! dijo Berta, de cuyos ojos comenzaban á brotar lágrimas; ¡y permites que los hombres desgarran de este modo los corazones de tus criaturas! ¡Señor! ¡Señor! ¿quién me consolará en adelante?—Yo, dijo Mary, yo, querida hermana, si quieres oirme y perdonarme.—¡Nunca! exclamó Berta rechazando á Mary; sois la compañera de este hombre, y no os conozco; pero mirad uno por otro, pues vuestra traición debe seros funesta.—¡Berta! ¡Berta! ¡no hables así, no nos maldigas, no nos insultes!—¿Y qué queréis? dijo Berta, ¿no han de tener razón los que nos han apellidado

*Lobas?* ¿Queréis que digan: Las señoritas de Souday han amado al señor Michel de la Logerie, y después de dar palabra de casamiento á entrambas (pues como á mí también os la habrá dado), el señor de la Logerie se ha casado con otra? Sabed que eso fuera monstruoso hasta para unas Lobas.—¡Berta! ¡Berta!—Si he desdeñado ese epíteto como también la vana consideración del decoro superficial, prosiguió la doncella cada vez más exaltada; si en mi tosca independencia me he mofado de las conveniencias de la sociedad, es porque ambas ¿lo oís? teníamos el derecho de levantar la frente en nuestra independencia virtuosa y llena de honradez; es porque nuestra conciencia nos colocaba á tal altura, que nuestro desprecio menospreciaba la miserable calumnia; mas hoy os declaro que lo que no me dignaba hacer por mí, lo haré por vos, Mary, matando á este hombre si con vos no se casa. Basta y sobra un baldón en el nombre de nuestro padre.—Este nombre no será deshonorado, te lo juro, Berta, exclamó Mary arrodillándose de nuevo á los piés de su hermana que, sucumbiendo por fin, habia caído en una silla.—¡Mejor! será un dolor menos para la que no veréis más. ¡Dios mío! prosiguió torciéndose las manos con desesperado ademán. ¡Haberles amado tanto, y tener que aborrecerles!—No, no me aborrecerás, Berta; tu dolor y tus lágrimas me duelen más que tu ira. ¡Perdóname! Mas ¿qué digo? Vas á creerme culpable porque te abrazo las rodillas y te pido perdón. No lo soy, ¡te lo juro! Yo te diré... mas no quiero que sufras, no quiero que llores. Señor de la Logerie, continuó Mary volviendo á Michel su rostro bañado en llanto, señor de la Logerie, olvidad lo pasado, que es un sueño; es de día, ¡idos, alejáos y olvidadme; partid, partid inmediatamente.—Cuidado con lo que haces, Mary, dijo Berta cuya mano besaba y cubría de lágrimas su hermana; mira que es imposible.—Sí, sí, es posible, Berta, respondió Mary mirando á su hermana con desgarradora sonrisa. Berta, ambas tomaremos un esposo cuyo nombre desafiará todas las calumnias del mundo.—¿Cuál, pobre niña?—¡Dios! dijo Mary alzando las manos al cielo.

No pudo Berta responder, pues el dolor la ahogaba; mas estrechó fuertemente á Mary contra su corazón, mientras Michel, anonadado, se dejaba caer en un escabel que habia en un rincón de la estancia.

—Perdónanos, murmuró Mary al oído de su hermana; no le acuses. ¡Ahl! tiene él la culpa de que su educación le haya hecho tan tímido que no tuvo valor para hablar cuando debía hacerlo? Há tiempo que quiso advertirte, y yo sola se lo impedí, con la esperanza de llegar á olvidarle. ¡Ayl! el corazón es más fuerte que la voluntad! Pero ya no nos separaremos, querida hermana. Muéstrame los ojos y deja que te los bese. Ya nadie se interpondrá entre nosotras, nadie que venga á turbar y desunir á dos hermanas. Los extraños sólo son buenos para eso. Nó, nó; estaremos solas, y solas nos amaremos, solas con Dios, á quien nos habremos consagrado. ¡Ohl! aun seremos felices en nuestro retiro, sí, y rogaremos por él, rogaremos por él.

Pronunció Mary estas últimas palabras con desgarrador acento. Michel se había arrodillado ante Berta, sin que esta le rechazara, ocupada como estaba con su hermana.

En esto se presentaron algunos soldados en el umbral de la puerta, y el oficial que hemos visto en el mesón de San Filiberto, acercándose al barón le puso la mano en el hombro.

—¿Sois el señor Michel de la Logerie? preguntó.—Sí, señor.—En nombre de la ley dáos á prisión.—¡Gran Dios! exclamó Berta abriendo los ojos á la realidad, ¡gran Dios! yo lo había olvidado.... ¡Ahl! iyo soy quien le mata! Y allá abajo, allá abajo, ¿qué sucede?—¡Michel, Michel! dijo Mary olvidándolo todo ante el peligro que el mancebo corría; Michel, si mueres, moriré contigo...—Nó, no morirá, te lo juro, hermana, y seréis felices. ¡Paso, caballero, paso! continuó Berta dirigiéndose al oficial.—Señorita, replicó éste con dolorosa cortesía, yo tampoco sé transigir con mis deberes. Como no soy comisario de policía, aunque en San Filiberto fueseis para mí una desconocida sospechosa, nada tenía que deciros; mas aquí os encuentro en flagrante rebelión con la ley, y os prendo.—¿Prenderme en este momento? Pues no me prenderéis viva, caballero.

Y antes de que el oficial hubiese vuelto de su sorpresa, saltó Berta por la ventana al patio y corrió á la puerta, guardada por soldados. Derramando en torno la vista, vió la doncella el caballo de Michel que, espantado por la aparición de la tropa y por el ruido, corría por el patio, y aprovechando la confianza del teniente en las medidas adoptadas para cercar la casa, saltó sobre el caballo, pasó

como un rayo por delante del asombrado oficial, llegó á un punto donde la tapia estaba algo desmoronada, y aguijó tan fuertemente con la brida y los talones al animal, excelente caballo inglés, que le hizo franquear el obstáculo, el cual tenía cerca de cinco piés, y lanzóle en la llanura.

—¡No tiréis á esa mujer! gritó el oficial no considerando tan importante la captura que se decidiera á cogerla muerta cuando no podía viva.

Empero los soldados que circuían la casa no oyeron ó no comprendieron la orden, y una granizada de balas silbó en torno de Berta, quien á uña de caballo huía con dirección á Nantes.

## XXXVIII

### LA PLANCHA DE CHIMENEA

Veamos ahora lo que ocurría en Nantes durante la noche que comenzó con la muerte de José Picaut y continuaba con la captura del señor Michel de la Logerie.

A eso de las nueve habíase presentado en casa del prefecto un hombre mojado y lleno de barro, y como el portero se negase á introducirle en el despacho de aquel funcionario, le había hecho entregar un papel al parecer muy poderoso, pues el prefecto dejó al momento sus ocupaciones para recibir al recién venido, quien no era otro que el señor Jacinto.

Dos minutos después de esta entrevista, una fuerte partida de gendarmes y agentes de policía se encaminaba á la casa que maese Pascal habitaba en la calle del Mercado, y presentábase á la puerta de la misma calle.

Ninguna precaución se había tomado para disimular el rumor de los pasos de aquella fuerza y encubrir sus intenciones, de modo que maese Pascal al verla llegar pudo cerciorarse de que la puerta de la callejuela no estaba guardada y salir por ella antes de que los agentes de la autoridad acabaran de derribar la de la calle del Mercado.

—Perdónanos, murmuró Mary al oído de su hermana; no le acuses. ¡Ahl! tiene él la culpa de que su educación le haya hecho tan tímido que no tuvo valor para hablar cuando debía hacerlo? Há tiempo que quiso advertirte, y yo sola se lo impedí, con la esperanza de llegar á olvidarle. ¡Ayl! el corazón es más fuerte que la voluntad! Pero ya no nos separaremos, querida hermana. Muéstrame los ojos y deja que te los bese. Ya nadie se interpondrá entre nosotras, nadie que venga á turbar y desunir á dos hermanas. Los extraños sólo son buenos para eso. Nó, nó; estaremos solas, y solas nos amaremos, solas con Dios, á quien nos habremos consagrado. ¡Oh! aun seremos felices en nuestro retiro, sí, y rogaremos por él, rogaremos por él.

Pronunció Mary estas últimas palabras con desgarrador acento. Michel se había arrodillado ante Berta, sin que esta le rechazara, ocupada como estaba con su hermana.

En esto se presentaron algunos soldados en el umbral de la puerta, y el oficial que hemos visto en el mesón de San Filiberto, acercándose al barón le puso la mano en el hombro.

—¿Sois el señor Michel de la Logerie? preguntó.—Sí, señor.—En nombre de la ley dáos á prisión.—¡Gran Dios! exclamó Berta abriendo los ojos á la realidad, ¡gran Dios! yo lo había olvidado.... ¡Ahl! iyo soy quien le mata! Y allá abajo, allá abajo, ¿qué sucede?—¡Michel, Michel! dijo Mary olvidándolo todo ante el peligro que el mancebo corría; Michel, si mueres, moriré contigo...—Nó, no morirá, te lo juro, hermana, y seréis felices. ¡Paso, caballero, paso! continuó Berta dirigiéndose al oficial.—Señorita, replicó éste con dolorosa cortesía, yo tampoco sé transigir con mis deberes. Como no soy comisario de policía, aunque en San Filiberto fueseis para mí una desconocida sospechosa, nada tenía que deciros; mas aquí os encuentro en flagrante rebelión con la ley, y os prendo.—¿Prenderme en este momento? Pues no me prenderéis viva, caballero.

Y antes de que el oficial hubiese vuelto de su sorpresa, saltó Berta por la ventana al patio y corrió á la puerta, guardada por soldados. Derramando en torno la vista, vió la doncella el caballo de Michel que, espantado por la aparición de la tropa y por el ruido, corría por el patio, y aprovechando la confianza del teniente en las medidas adoptadas para cercar la casa, saltó sobre el caballo, pasó

como un rayo por delante del asombrado oficial, llegó á un punto donde la tapia estaba algo desmoronada, y aguijó tan fuertemente con la brida y los talones al animal, excelente caballo inglés, que le hizo franquear el obstáculo, el cual tenía cerca de cinco piés, y lanzóle en la llanura.

—¡No tiréis á esa mujer! gritó el oficial no considerando tan importante la captura que se decidiera á cogerla muerta cuando no podía viva.

Empero los soldados que circuían la casa no oyeron ó no comprendieron la orden, y una granizada de balas silbó en torno de Berta, quien á uña de caballo huía con dirección á Nantes.

## XXXVIII

### LA PLANCHA DE CHIMENEA

Veamos ahora lo que ocurría en Nantes durante la noche que comenzó con la muerte de José Picaut y continuaba con la captura del señor Michel de la Logerie.

A eso de las nueve habíase presentado en casa del prefecto un hombre mojado y lleno de barro, y como el portero se negase á introducirle en el despacho de aquel funcionario, le había hecho entregar un papel al parecer muy poderoso, pues el prefecto dejó al momento sus ocupaciones para recibir al recién venido, quien no era otro que el señor Jacinto.

Dos minutos después de esta entrevista, una fuerte partida de gendarmes y agentes de policía se encaminaba á la casa que maese Pascal habitaba en la calle del Mercado, y presentábase á la puerta de la misma calle.

Ninguna precaución se había tomado para disimular el rumor de los pasos de aquella fuerza y encubrir sus intenciones, de modo que maese Pascal al verla llegar pudo cerciorarse de que la puerta de la callejuela no estaba guardada y salir por ella antes de que los agentes de la autoridad acabaran de derribar la de la calle del Mercado.

Dirigióse á la calle del Castillo y entró en la casa número 3. El señor Jacinto, á quien no había visto por hallarse oculto detrás de una esquina, siguióle con toda la cautela de un cazador que acecha la codiciada presa.

Durante esa operación preliminar, para cuyo éxito probablemente había tomado el señor Jacinto enérgicas disposiciones militares, y tan luego como hubo enterado al prefecto de lo que había visto, mil doscientos hombres se dirigieron á la casa en la cual el espía había visto penetrar á maese Pascal.

Divididos los mil doscientos hombres en tres columnas, la primera bajó el Curso dejando centinelas á lo largo de la tapia del jardín del obispado y de las casas contiguas, siguió la orilla de los fosos del castillo y hallóse en frente de la casa número 3, donde se desplegó; dirigiéndose la segunda por la calle del Obispado, cruzó la plaza de San Pedro, bajó por la calle Mayor, y fué á juntarse con la primera por la calle Baja del Castillo; y la tercera se incorporó con las otras dos por la calle Alta del Castillo, dejando como estas tras sí un largo cordón de bayonetas.

La circunvalación era completa: estaba cercada toda la manzana de casas en que se encontraba la de número 3.

Entraron los soldados en el piso bajo precedidos de comisarios de policía que iban pistola en mano, y desparáronse por dentro guardando todas las salidas. Procedieron los comisarios al registro, y arrestaron á cuatro señoras que vivían en la casa, pertenecientes á la alta aristocracia nantesa, y tan respetables por su honradez como por su posición social.

El pueblo formaba afuera una segunda muralla en derredor de los soldados: toda la ciudad había bajado á las calles y plazas, sin que se manifestara ningún síntoma realista. Era una curiosidad grave, y nada más.

El primer resultado de las pesquisas confirmó á la autoridad en la convicción de que la duquesa de Berri estaba en la casa. Sobre una mesa vieron abierta una carta dirigida á S. A. R., y la desaparición de maese Pascal, á quien habían visto entrar y no encontraban, probaba que había un escondrijo. Todo consistía en hallarlo.

Abriéronse los muebles en que estaban las llaves, y los que no las tenían fueron descerrajados; los gastadores y los albañiles sondeaban á martillazos el suelo y las paredes; los

arquitectos declaraban que, vista la conformación interior comparada con la exterior de los cuartos, era imposible que encerrasen un escondrijo, ó bien hallaban los que contentan. En uno de estos se encontraron varios objetos, y entre otros, impresos, joyas y vajilla del dueño de la casa, los cuales en en aquel momento dieron más peso á la creencia de que en ella se hospedaba la princesa.

Llegados á las guardillas, los arquitectos declararon que allí menos que en otra parte alguna podía haber un escondrijo.

Pasaron entonces á las casas inmediatas y continuaron las pesquisas, sondeándose con tal fuerza las gruesas paredes, que se desprendieron grandes trozos de fábrica, y hasta llegó á temerse que se desplomaran por completo aquellas paredes.

Las señoras arrestadas habían mostrado entretanto gran serenidad, y aunque con centinelas de vista habíanse sentado á la mesa.

Otras dos mujeres, cuyos nombres debe la historia levantar de la oscuridad para transmitirlos á los siglos venideros, eran todavía objeto de especial vigilancia por parte de la policía. Carlota Boreau y María Boni, que así se llamaban, eran criadas de la casa, y conducidas al castillo y de allí al cuartel de gendarmería, tratóse de sobornarlas al ver que resistían á toda clase de amenazas, ofreciéndoles cantidades muy crecidas; mas ellas respondieron constantes que ignoraban dónde estaba la duquesa de Berri.

Después de inútiles investigaciones el prefecto mandó suspenderlas, dejando por precaución los hombres suficientes para ocupar todas las piezas de la casa, y algunos comisarios de policía que se instalaron en los bajos. La circunvalación continuó, y la guardia nacional relevó parte de la tropa, que fué á tomar algún descanso.

Por la distribución de centinelas, en una de las dos guardillas registradas había dos gendarmes que, no pudiendo resistir el intenso frío que hacía, encendieron una buena lumbre en la chimenea. Al cabo de un cuarto de hora se caldeó la plancha del fondo, y casi al mismo tiempo, aunque no hubiese todavía amanecido, los gastadores y albañiles prosiguieron su investigadora tarea. A pesar del gran ruido que causaban con las herramientas, uno de los gendarmes se había dormido, y su compañero, que ya no tenía tanto

frío, había cesado de echar leña al fuego. En fin, los gastadores abandonaron aquella parte de la casa después de escudriñarla minuciosamente, y aprovechando el gendarme que velaba aquel momento de silencio, despertó á su camarada para dormir á su vez.

El otro abrió los ojos tiritando de frío y sólo pensó en calentarse: así es que reanimó la lumbre, y como la leña no ardiese bastante, arrojó unos paquetes de *Quotidiennes* que había en la habitación debajo de una mesa.

El fuego producido por los periódicos echó denso humo, y el gendarme sacudía el tedio leyendo algunas *Quotidiennes*, cuando de repente se derrumbó su edificio pirotécnico, rodando en medio de la guardilla la leña que había arrimado á la plancha. Al mismo tiempo oyó detrás de esta plancha un ruido que le sugirió una idea singular: figuróse que había ratas en la chimenea y que el calor iba á echarlas.

Despertó á su camarada, preparáronse ambos á perseguirlas con los sables, y mientras concentraban toda su atención en aquel acecho de nuevo género, uno de ellos reparó que la plancha se había movido:

—¿Quién va allá? gritó.

Y una voz femenina respondió:

—Nos rendimos. Apagad el fuego y abriremos.

Los dos gendarmes desparramaron el fuego á puntapiés, giró en sus goznes la plancha, descubrió una abertura, y una mujer de rostro desencajado, cabellos erizados en la frente como los de un hombre, y con un sencillo vestido de *napolitana*, de color oscuro, y lleno de quemaduras, salió de aquel escondrijo poniendo piés y manos en el abrasado hogar.

Era S. A. R. la señora duquesa de Berri.

Siguieronla sus compañeros: Hacía diez y seis horas que estaban allí sin haber tomado alimento.

El agujero que les dió asilo habíase practicado entre el cañón de la chimenea y la pared de la casa contigua, bajo el tejado.

En el momento en que las tropas se ponían en movimiento para cercar la casa, S. A. R. estaba escuchando á maese Pascal, quien la refería riendo la alarma que acababa de arrojarle de su casa. Por las ventanas del aposento donde se encontraba, la duquesa veía brillar la luna en el limpio y sereno firmamento, y en su plateada claridad destacarse

las pardas torres macizas, inmóviles y silenciosas del vetusto castillo.

Momentos hay en que la naturaleza nos parece tan placida y amiga, que no podemos creer que en medio de aquella calma nos amague un peligro. Acercándose de pronto maese Pascal á la ventana, vió relucir las bayonetas, y al instante retrocedió gritando:

—¡Huid, *Madama*, huid!

*Madama* corrió inmediatamente á la escalera, y llegada al escondrijo llamó á sus compañeros. Como se había averiguado que en él sólo cabían por orden de estatura, primero entraron los hombres que acompañaban á S. A. R., y después, viendo *Madama* que la señorita que había venido á encontrarla no quería pasar antes que ella, dijo riendo:

—En buena estrategia, cuando se efectúa una retirada el general debe ir detrás.

Abrían los soldados la puerta de la calle cuando se cerraba la del escondrijo. Ya hemos visto con qué cuidado y escrupulosidad se practicaron las pesquisas: cada golpe dado en las paredes retumbaba en el asilo donde se hallaban la duquesa de Berri y sus compañeros, y los ladrillos se desprendían, el yeso caía hecho polvo, y los prisioneros estaban en inminente peligro de quedar sepultados bajo los escombros.

Quando los gendarmes encendieron lumbre, calentándose la plancha de la chimenea, comunicaba al reducido asilo un calor que iba tomando incremento. El aire del escondrijo era por grados menos respirable, y los encerrados tenían que aplicar la boca á las pizarras del tejado para cambiar con el aire exterior su encendido aliento. La duquesa era la que más sufría, pues habiendo entrado la última, estaba inmediata á la plancha, y á pesar de que sus compañeros la ofrecieron repetidas veces mudar de sitio, no quiso dejar el que ocupaba.

Al peligro de asfixiarse se agregaba el de abrasarse vivos, pues la plancha se había caldeado, y el fuego amenazaba los trajes de las señoras, habiendo prendido ya dos veces en la ropa de *Madama*, quien lo había apagado con las manos á costa de dos quemaduras, cuyas señales conservó por largo tiempo. A cada minuto se rarificaba más y más el aire interior, pues el exterior penetraba en muy escasa cantidad por los resquicios del techo para ventilar el escondrijo. Los prisioneros respiraban ya con suma dificultad, y considerando



que si la duquesa permanecía diez minutos más en aquel horno perecería sin remedio, suplicáronla que saliera sola, á lo cual no accedió vertiendo gruesas lágrimas de cólera que el abrasado ambiente secaba en sus mejillas.

Habiéndose prendido otra vez fuego en su traje, apagólo, y con el movimiento que hizo al levantarse, alzó el pestillo de la plancha, la cual entrecabiéndose llamó la atención de los gendarmes.

Suponiendo que ese accidente bastaba para descubrir su retiro, dolida de los sufrimientos de sus amigos consintió entonces *Madama* en rendirse, y salió de la chimenea del modo que tenemos dicho.

Sus primeras palabras fueron para preguntar por el general, y uno de los gendarmes descendió á los bajos, de donde aquel no había querido moverse.

En cuanto le anunciaron su llegada, abalanzóse la duquesa diciendo vivamente:

—General, me rindo á vos, acogiéndome á vuestra lealtad.

—*Madama*, respondióle, V. A. R. está bajo la salvaguardia del honor francés.

Hízola entonces tomar asiento, y estrechándole fuertemente el brazo, díjole la princesa recalcando el acento:

—Nada tengo que reprocharme, general: he cumplido los deberes de una madre para recobrar la herencia de su hijo.

La duquesa parecía tener mucha sed, y aunque pálida, estaba animada como si hubiese tenido calentura. Mandó el general traerla un vaso de agua en el cual metió ella los dedos, calmándola un tanto su frialdad.

Entretanto, avisados de lo ocurrido el prefecto y el jefe de la columna, primero llegó aquel y pidió á la duquesa sus papeles.

Esta dijo que en el escondrijo encontrarían una cartera blanca, y cuando el prefecto la hubo traído, abrióla la duquesa, diciendo:

—Caballero, aunque poco importantes, yo misma quiero entregaros las cosas que contiene esta cartera y manifestaros su destino.

Y entregóselas una tras otra.

—Caballero, en el escondrijo debe haber unos treinta y seis mil francos, doce mil de los cuales pertenecen á las personas que designaré.

Acercóse entonces el general á la princesa, y díjola que si

se encontraba algo mejor, sería oportuno salir de la casa.

—¿Adónde vamos? preguntó mirándole fijamente.—Al castillo, *Madama*.—¡Ah! bien, y de allí á Blaye, ¿no es cierto?—General, dijo entonces uno de los compañeros de la duquesa, S. A. R. no puede ir á pié, pues no fuera decoroso.—Caballero, replicó el general, un carruaje nos estorbaría. *Madama* puede ir á pié, poniéndose una capa y un sombrero.

Entonces el secretario del general y el prefecto, que esta vez quiso blasonar de galante, bajaron al segundo piso y trajeron tres sombreros. Eligió la princesa uno negro, porque su color, dijo, era análogo á la circunstancia, y cogiéndose en seguida del brazo del general, miró por última vez la entreabierta chimenea.

—¡Ah general! dijo sonriéndose, si no me hubieseis hecho una guerra á lo San Lorenzo, lo cual, entre paréntesis, desdice de la generosidad militar, no me tuvierais á estas horas á vuestro brazo. ¡Vamos, amigos míos! añadió dirigiéndose á sus compañeros.

Bajó la duquesa, y al poner los piés en el umbral de la casa oyó los gritos del gentío apiñado detrás de los soldados. La duquesa pudo creer que el vocerío se dirigía á ella, y sin embargo no dió otra muestra de temor que apretar más el brazo del general.

Cuando la princesa avanzó entre las filas de soldados y milicianos que formaban calle desde la casa hasta el castillo, los murmullos y gritos de la muchedumbre fueron en aumento.

Tendió el general los ojos hacia donde sonaba el tumulto, y vió á una moza vestida de aldeana que intentaba abrirse paso entre las filas de los soldados, mientras estos, maravillados de su hermosura y de la aflicción retratada en su rostro, sin apelar á la violencia para rechazarla, la oponían la consigna.

El general conoció á Berta y con el dedo la señaló á la princesa, quien exhaló un grito diciendo con viveza:

—General, me habéis prometido que no me separaríais de ninguno de mis amigos: ordenad que venga aquella muchacha.

A una seña del general dejaron un claro los soldados, y Berta pudo llegar hasta la duquesa.

—¡Perdonad, *Madama*, perdonad á una infeliz que podía

salvaros y no lo ha hecho! Quiero morir maldiciendo este fatal amor que me ha hecho cómplice involuntaria de los traidores que han vendido á V. A. R.—No sé lo que queréis decir, Berta, dijo la princesa levantándola y dándole el brazo que la quedaba libre. Lo que hacéis ahora prueba que, haya sucedido lo que quiera, no debo acusar una lealtad de que me acordaré toda la vida. De otra cosa quería yo hablaros, hija mía: deseaba pedir os perdón por haber contribuido á un error que quizás ha causado vuestra desgracia. Quería deciros....—Lo sé todo, *Madama*, dijo Berta alzando á la princesa los ojos hinchados por el llanto.—¡Pobre niña! replicó la duquesa estrechando la mano de la doncella. Seguidme, pues; el tiempo y mi afecto calmarán vuestro dolor, que concibo y respeto.—Dispénsame V. A. R. si no puedo obedecerla, porque he hecho un voto y debo cumplirlo. Dios es el único que mi deber sobrepone á mis príncipes.—¡Dios pues, querida amiga, dijo la duquesa presintiendo el proyecto de la joven; id, y el Señor sea con vos. Cuando le invoquéis acordáos de Petit-Pierre, que Dios acoge los ruegos de los corazones lacerados.

Habían llegado al puente del castillo. Miró la princesa sus ennegrecidos muros, tendió en seguida la mano á Berta, quien se arrodilló besándosela y murmurando la palabra perdón; y después de un momento de duda traspuso la duquesa la puerta enviando una sonrisa de despedida á la señorita de Souday.

El general soltó el brazo de la princesa para dejarla pasar, y volviéndose á Berta la preguntó:

—¿Y vuestro padre?—Está en Nantes.—Decidle que vuelva á su castillo; estése allí quieto y nadie le incomodará. Antes rompiera mi espada que dejar prender á mi antiguo enemigo.—Gracias por él, general.—Bien; y si en algo puedo servir os, mandad, señorita.—Quisiera un pasaporte para París.—¿A dónde queréis que os lo envíe?—Al puente Rousseau, mesón del *Alba*.—Dentro de una hora lo tendréis, señorita.

Y haciendo un ademán de despedida á la doncella, el general se internó á su vez en la sombría bóveda.

Hendió Berta la apretada muchedumbre, detúvose á la primera iglesia que de camino encontró, y permaneció largo rato arrodillada sobre las frías losas del atrio. Cuando se levantó, las losas estaban regadas con su llanto; atravesó la

ciudad, y al acercarse al mesón del *Alba*, vió á su padre sentado en el dintel de la puerta.

En pocas horas el marqués de Souday había envejecido diez años: sus ojos habían perdido aquella expresión chocarrera que tanta viveza les prestaba, y veíasele cabizbajo como un hombre agobiado de un gran peso.

Avisado en su retiro por el cura que había oído las últimas revelaciones de maese Jaime, el anciano se había puesto en camino para Nantes, y á media legua del puente Rousseau había encontrado á Berta, cuyo caballo acababa de caer y de romperse un tendón en la impetuosa carrera á que ella lo había lanzado.

La doncella confesó á su padre lo que había ocurrido, y aunque el anciano no la reconvino poco ni mucho, desfogó su ira haciendo astillas contra las piedras del camino el bastón que en la mano llevaba.

A las siete de la mañana, al llegar al puente Rousseau oyó correr la voz de que iban á prender á la princesa, si ya no estaba presa. Entonces Berta, sin atreverse á mirar á su padre, corrió á Nantes, mientras él se sentaba en el guardaruedas donde todavía le encontramos al cabo de cuatro horas.

Aquel dolor era el único contra el cual era impotente su epicúrea y egoísta filosofía. Hubiera perdonado á su hija muchas faltas; mas no podía pensar sin desesperarse que Berta había mancillado su nombre con un crimen de lesa caballería, y que al fin los Souday habían contribuido á la perdición de la duquesa.

Cuando Berta se acercó á su padre, tendióle calladamente un papel doblado que un gendarme acababa de entregarla.

—¿No me perdonáis como ella, padre? díjole en un tono suave y humilde que contrastaba mucho con sus desembarazadas maneras de antes.

Movió el viejo hidalgo tristemente la cabeza y dijo:

—¿Dónde encontraré á mi pobre Juan Oullier? Ya que Dios me le ha conservado, quiero verle, y que me siga lejos de este país.—¿Abandonaréis á Souday, padre mio?—Sí.—¿Y dónde iréis?—Adonde pueda ocultar mi nombre.—¿Y la pobre é inocente Mary?—Se casará con el que también es causa de que se haya consumado esa infamia. No, no veré más á Mary.—¿Estaréis solo?—No, con Juan Oullier.

Bajó Berta la cabeza y entróse en la posada, donde se

puso un vestido de luto que acababa de comprar. Al salir vió que su anciano padre, cabizbajo y cruzadas las manos á la espalda, se encaminaba tristemente á San Filiberto.

Berta sollozó, y mirando por última vez la verde campiña del país de Retz que en lontananza se divisaba junto al azulado horizonte de la selva de Machecul:

—¡Adiós cuanto amo en la tierra!

Dijo; y entró en la ciudad de Nantes.

### XXXIX

#### CASTIGO

Durante las tres horas que Courtin pasó atado de piés á cabeza y tendido en el suelo en las ruínas de San Filiberto, al lado del cadáver de José Picaut, su corazón sufrió todas las angustias que pueden torcer y desgarrar un corazón humano.

Sentía debajo el precioso cinto sobre el cual tuvo la precaución de echarse; pues también aquel oro acrecentaba los dolores é inquietudes que le asaltaban.

En efecto, aquel oro, para él más querido que la vida, ¿no iba á perderlo? ¿Quién era el desconocido de quien maese Jaime había hablado á la viuda? ¿Cuál era la misteriosa venganza que debía temer? El alcalde de la Logerie iba haciendo memoria de las personas por él agraviadas en el decurso de su vida, y su lista era muy larga, y sus rostros amenazadores poblaban la oscuridad de la torre.

De vez en cuando empero brillaba un rayo de esperanza entre sus siniestros pensamientos, el cual, vago é indeciso al principio, tomaba poco á poco una forma. ¿Acaso podía morir un hombre que poseía tan hermosos luises? Si ante él se levantaba la venganza, ¿no podía aplacarla echándola un puñado de oro? Entonces contaba y recontaba en su imaginación la suma que le pertenecía, que era muy suya y le apretaba deliciosamente las carnes cual si el oro llegara á incorporarse con su persona; luego pensaba, si conseguía

escaparse, en los cincuenta mil francos que iba á reunir con los cincuenta mil que ya poseía, y atado como estaba, víctima condenada á la muerte, esperando tan sólo aquella espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, y que de un minuto á otro al caer podía quitarle la vida, su corazón se espaciaba en una fruición regaladísima que adquiriría las proporciones de la embriaguez. En seguida sus ideas tomaban otro sesgo: preguntábase si su cómplice, en quien no tenía sino confianza de cómplice, no aprovecharía su ausencia para arrebatárle la parte que le correspondía; veíale huír abrumado bajo el peso de la suma que se llevaba, sin querer compartirla con el único autor de la traición; y entonces preparó para esa circunstancia unas súplicas que le llegaron al corazón, unas amenazas que le espantasen y unos reproches que le enternecieran. Sin embargo, cuando reflexionaba que el señor Jacinto era probablemente tan aficionado como él al oro, á fuer de judío; cuando comparaba consigo á su asociado; cuando sondeaba en su alma lo inmenso del sacrificio que iba á pedir á su cómplice, considerando muy posible que fuesen inútiles los ruegos y las lágrimas, los reproches y las amenazas; entonces tenía accesos de rabia, arrojaba rugidos que hacían retemblar la bóveda del feudal edificio, retorciase en sus ligaduras, mordíalas y trataba de romperlas con los dientes; mas el delgado cordel parecía animarse bajo sus esfuerzos, y Courtin creía sentirlo luchar con él redoblando sus lazos: los deshechos nudos parecía que volvían á formarse por sí mismos, no ya sencillos como antes, sino dobles, cuádruples, y al mismo tiempo, como en castigo de sus vanas tentativas, penetraban en sus lastimadas carnes abriendo ardientes surcos. Entonces, cual nube al soplo del huracán, desvanecíanse todas las esperanzas, todos los sueños de riqueza y felicidad, reapareciendo las terribles sombras de los que había perseguido: piedras, vigas, rotos maderos, vacilantes cornisas, todo se animaba, y aquellas amenazadoras formas le miraban con ojos que lucían en la oscuridad cual millares de chispas que hubiesen corrido por un negro sudario. Entonces perdía la razón, y loco de terror, desesperado, se dirigía al cadáver de José Picaut, ofreciéndole hasta la mitad de su oro, si quería desatarle; mas sólo le respondía el lúgubre eco de aquellas bóvedas, y anonadado por la emoción, el colono recaía en una insensibilidad momentánea.

puso un vestido de luto que acababa de comprar. Al salir vió que su anciano padre, cabizbajo y cruzadas las manos á la espalda, se encaminaba tristemente á San Filiberto.

Berta sollozó, y mirando por última vez la verde campiña del país de Retz que en lontananza se divisaba junto al azulado horizonte de la selva de Macheucul:

—¡Adiós cuanto amo en la tierra!

Dijo; y entró en la ciudad de Nantes.

### XXXIX

#### CASTIGO

Durante las tres horas que Courtin pasó atado de piés á cabeza y tendido en el suelo en las ruínas de San Filiberto, al lado del cadáver de José Picaut, su corazón sufrió todas las angustias que pueden torcer y desgarrar un corazón humano.

Sentía debajo el precioso cinto sobre el cual tuvo la precaución de echarse; pues también aquel oro acrecentaba los dolores é inquietudes que le asaltaban.

En efecto, aquel oro, para él más querido que la vida, ¿no iba á perderlo? ¿Quién era el desconocido de quien maese Jaime había hablado á la viuda? ¿Cuál era la misteriosa venganza que debía temer? El alcalde de la Logerie iba haciendo memoria de las personas por él agraviadas en el decurso de su vida, y su lista era muy larga, y sus rostros amenazadores poblaban la oscuridad de la torre.

De vez en cuando empero brillaba un rayo de esperanza entre sus siniestros pensamientos, el cual, vago é indeciso al principio, tomaba poco á poco una forma. ¿Acaso podía morir un hombre que poseía tan hermosos luises? Si ante él se levantaba la venganza, ¿no podía aplacarla echándola un puñado de oro? Entonces contaba y recontaba en su imaginación la suma que le pertenecía, que era muy suya y le apretaba deliciosamente las carnes cual si el oro llegara á incorporarse con su persona; luego pensaba, si conseguía

escaparse, en los cincuenta mil francos que iba á reunir con los cincuenta mil que ya poseía, y atado como estaba, víctima condenada á la muerte, esperando tan sólo aquella espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, y que de un minuto á otro al caer podía quitarle la vida, su corazón se espaciaba en una fruición regaladísima que adquiriría las proporciones de la embriaguez. En seguida sus ideas tomaban otro sesgo: preguntábase si su cómplice, en quien no tenía sino confianza de cómplice, no aprovecharía su ausencia para arrebatárle la parte que le correspondía; veíale huír abrumado bajo el peso de la suma que se llevaba, sin querer compartirla con el único autor de la traición; y entonces preparó para esa circunstancia unas súplicas que le llegaron al corazón, unas amenazas que le espantasen y unos reproches que le enternecieran. Sin embargo, cuando reflexionaba que el señor Jacinto era probablemente tan aficionado como él al oro, á fuer de judío; cuando comparaba consigo á su asociado; cuando sondeaba en su alma lo inmenso del sacrificio que iba á pedir á su cómplice, considerando muy posible que fuesen inútiles los ruegos y las lágrimas, los reproches y las amenazas; entonces tenía accesos de rabia, arrojaba rugidos que hacían retemblar la bóveda del feudal edificio, retorciase en sus ligaduras, mordíalas y trataba de romperlas con los dientes; mas el delgado cordel parecía animarse bajo sus esfuerzos, y Courtin creía sentirlo luchar con él redoblando sus lazos: los deshechos nudos parecía que volvían á formarse por sí mismos, no ya sencillos como antes, sino dobles, cuádruples, y al mismo tiempo, como en castigo de sus vanas tentativas, penetraban en sus lastimadas carnes abriendo ardientes surcos. Entonces, cual nube al soplo del huracán, desvaneciáanse todas las esperanzas, todos los sueños de riqueza y felicidad, reapareciendo las terribles sombras de los que había perseguido: piedras, vigas, rotos maderos, vacilantes cornisas, todo se animaba, y aquellas amenazadoras formas le miraban con ojos que lucían en la oscuridad cual millares de chispas que hubiesen corrido por un negro sudario. Entonces perdía la razón, y loco de terror, desesperado, se dirigía al cadáver de José Picaut, ofreciéndole hasta la mitad de su oro, si quería desatarle; mas sólo le respondía el lúgubre eco de aquellas bóvedas, y anonadado por la emoción, el colono recaía en una insensibilidad momentánea.

Hallábase en uno de esos momentos de postración, cuando le hizo estremecer un súbito ruido: alguien andaba en el patio del castillo, y pronto oyó Courtin el chirrido de los cerrojos de la antigua frutería. Palpitó con violencia el corazón: el temor le tenía jadeante, y ahogábale la angustia, pues preveía que iba á entrar el vengador de quien hablaba maese Jaime.

Abrióse la puerta, y la rojiza llama de la tea alumbró la bóveda con sus reflejos. Courtin tuvo un momento de esperanza, creyendo que la viuda venía sola; mas cuando vió un hombre tras ella, erizóronsele los cabellos, y sin atreverse á mirarle cerró los ojos permaneciendo callado.

El hombre y la viuda avanzaron, y después de entregarle esta la tea señalándole con el dedo á maese Courtin, indiferente sin duda á lo que iba á suceder, se arrodilló á los pies del cadáver de José Picaut para rogar por su eterno descanso.

En cuanto al hombre, continuó acercándose al colono, y como para cerciorarse de que era el mismo, aproximó la tea á su rostro.

—¿Duerme quizás? se preguntó en voz baja. ¡Oh! nó, es muy cobarde para dormir; nó, está demasiado pálido; no duerme.

Entonces fijó la tea en una grieta de la pared, sentóse en una gran piedra desprendida de la bóveda, y dirigiéndose á Courtin, le dijo:

—¡Ea! abrid los ojos, señor alcalde; tenemos que hablar, y me gusta ver los ojos de los que conversan conmigo.— ¡Juan Oullier! exclamó Courtin poniéndose lívido y haciendo un desesperado esfuerzo para romper las ligaduras y huír, ¡Juan Oullier!—Aunque no fuese más que su sombra, pareceme, señor Courtin, que aun debería espantaros, pues tendríais que rendirle terribles cuentas.—¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Courtin dejándose caer en el suelo como un hombre que se resigna á su suerte.—Nuestro odio es de larga fecha, ¿no es cierto? dijo Oullier, y no nos engañaba en sus instintos: él os ha ensañado contra mí, y hoy, moribundo como me encuentro, me trae á vuestra presencia.—Yo nunca os he odiado, dijo Courtin, quien, al ver que Oullier no le mataba en el acto, abría su corazón á la esperanza y columbraba la posibilidad de salvar la vida en la discusión; nunca os he odiado, nunca, y si mi bala os hirió,

no la destinaba yo á vos, pues ignoraba que estuviéseis en el matorral.—¡Oh! mis quejas contra vos vienen de mucho más lejos, señor Courtin.—¿Qué decís? preguntó Courtin cobrando algún ánimo, os juro que antes de aquel percañe, el cual deploro, nunca os puse en peligro ni os causé daño alguno.—Flaco sois de memoria, y según parece, las ofensas pesan más en el corazón del ofendido, pues yo me acuerdo.—¿De qué? Veamos: ¿de qué os acordáis? Hablad, señor Juan Oullier. ¿Querriais condenar á un hombre sin oírle, matarle sin permitirle decir algo en su defensa?—¿Quién os dice que yo quiero mataros? exclamó Oullier con la misma calma glacial que no le había faltado un momento. ¿Vuestra conciencia acaso?—¡Oh! hablad, hablad, señor Juan; decid de qué me acusáis fuera de aquel malhadado tiro, y estoy cierto de justificarme completamente. ¡Oh! sí, os probaré que nadie ha amado más que yo á los habitantes del castillo de Souday; que nadie les ha respetado tanto como yo, ni tanto como yo se ha alegrado de ese casamiento que debía enlazar las familias de nuestros amos.—Señor Courtin, dijo Oullier, justo es que el acusado se defienda, y por consiguiente, defendéos si podéis. Escuchad bien, que comienzo.—¡Oh! decid cuanto queráis, que nada temo.—Vamos á verlo. ¿Quién me entregó á los gendarmes en la feria de Montaigu, para llegar más seguramente á los huéspedes de mi amo, á quienes suponíais con razón que yo defendería? ¿Quién se emboscó después villanamente en el vallado del último huerto de Montaigu, y habiendo pedido una escopeta al dueño de aquel cortijo mató de un balazo á mi perro, á mi pobre compañero? ¿Quién, sinó vos? Responded, señor Courtin.—¿Quién se atrevería á decir que me vió disparar? exclamó el colono.—Tres personas que así lo han declarado, y entre ellas el dueño de aquella escopeta.—¿Sabía yo por ventura que el perro era vuestro? Nó, señor Juan, ipor mi honor! lo ignoraba.

Hizo Oullier un desdenoso ademán y prosiguió con la misma voz firme y tranquila:

—¿Quién penetró en la casa de Pascual Picaut y luego reveló á los azules el secreto de la santa hospitalidad de aquel hogar, secreto que él había sorprendido?—Yo lo testifico, dijo con voz sorda la viuda Pascual.

Estremecióse el colono y no osó disculparse.

—De cuatro meses á esta parte, dijo Oullier, ¿quién me

ha salido siempre al paso, tramando á escondidas infames maquinaciones, y tendiendo sus redes escudado con el nombre de su amo, so capa de adhesión y fidelidad, virtudes que ha mancillado al contacto de sus criminales designios? Y en el erial de Bouaimé, ¿á quién oí discutir el precio de la sangre y pesar el oro que le ofrecían por la traición más negra y odiosa? ¿A quién sinó á vos?—Os lo juro por lo más sagrado, dijo Courtin figurándose todavía que el principal agravio de Oullier era la herida que le había causado; os lo juro, yo ignoraba que fuéis vos quien estaba en el matadero.—Si no es eso lo que os doy en rostro: ni os he hablado ni os hablaré de tal cosa; sin ella es bastante larga la lista de vuestros crímenes.—Habláis de mis crímenes, Juan, y os olvidáis de que el señor Michel me debe la vida; si yo hubiese sido un traidor como decís, hubiérale entregado á los soldados que cada día pasaban por delante de mi casa; os olvidáis de todo eso, mientras que por el contrario os prevaleís de las circunstancias más insignificantes para abrumarme.—Si salvaste á tu amo, replicó Oullier en el mismo tono irrevocable, es porque esa fingida generosidad favorecía tus planes, y más hubiera valido para él, así como para las dos pobres señoritas, dejarles perecer á todos con honra y gloria, que mezclarles en esas infames intrigas; de eso te acuso, Courtin, y esta idea acrecienta mi odio.—La prueba de que no quiero perjudicaros, Juan, respondió Courtin, es que si hubiese querido, hace mucho tiempo que no estaríais en este mundo.—¿Qué queréis decir?—Cuando el padre del señor Michel fué muerto, ó por mejor decir, asesinado, no muy lejos de él había un ojeador que se llamaba Courtin. Irguióse Juan Oullier con altivez.

—Sí, prosiguió el colono, y aquel ojeador vió que era de Juan Oullier la bala que mató al traidor.—Y si el ojeador lo refiere, dijo el viejo vendeano, dirá la verdad, pues aquello no era un crimen, sinó una expiación, y me glorío de haber sido el que la Providencia eligió para castigar al infame.—Sólo Dios puede castigar y maldecir, señor Oullier.—¡Oh! no me equivoco, él me inspiró aquel odio profundo á la maldad, aquel recuerdo indeleble de la traición; su dedo era el que tocaba mi corazón cuando este corazón se estreecía cada vez que yo oía pronunciar el nombre del Judas. Cuando le herí, sentí pasar por mi rostro el soplo de la divina justicia que lo refrescaba, y desde aquel momento ha-

llé la tranquilidad y el sosiego que me huían mientras á mis ojos prosperaba el crimen impune. Ya ves que Dios estaba conmigo.—Dios no puede estar con el matador.—Siempre está Dios con el verdugo que levanta la espada de su justicia. Los hombres tienen el suyo, Dios también, y aquel día yo era la espada de Dios como en el día de hoy.—¿Vais pues á asesinar me como al barón de la Logerie?—Voy á castigar al que ha vendido á Petit-Pierre, como castigué al que vendió á Charrette; y voy á castigarle, sin temor, sin cuidado, sin remordimientos.—Ved que los remordimientos podrán acosaros cuando vuestro amo os pida cuenta de la muerte de su padre.—El mozo es justo y leal, y si está llamado á juzgarme, le diré lo que ví en el bosque de la Chabotterie, y juzgará.—¿Quién atestiguará que decís la verdad? Un solo hombre, y este hombre soy yo. Dejadme vivir, Juan, y como ahora mismo lo ha hecho esta mujer, cuando sea menester me levantaré para decir: Testifico.—El miedo te hace disparatar, Courtin. El señor Michel no invocará ningún testimonio cuando Juan Oullier le diga: Esa es la verdad; cuando Juan Oullier descubriendo el pecho le diga: Si queréis vengar á vuestro padre, herid; cuando se arrodille á sus piés é implore á Dios que le envíe la expiación, si Dios juzga que deba expiarse aquel acto. Nó, nó; en el terror que te hiela has hecho mal en evocar este sangriento recuerdo. Tú, Courtin, todavía has obrado peor que Michel padre, pues la sangre que has vendido es aun más noble que la de Charrette; la cabeza que has entregado al verdugo es más sagrada. No perdoné á Michel, ¿y te perdonara á tí? ¡Nunca! ¡nunca!—Juanito Oullier, no me matéis, exclamó el miserable sollozando.—Implora á estas piedras, demandales compasión, y tal vez te comprendan; mas nada alterará mi resolución y mi voluntad. Courtin, morirás.—¡Dios misericordioso! exclamó el colono, ¿nadie vendrá en mi ayuda? ¡Socorro, viuda Picaut, socorro! ¿Permitiréis que me maten así? Defendedme, os lo suplico, y si queréis oro, os lo daré, que no me falta. Pero ¿qué digo?... ¡Nó, nó, yo deliro, no tengo oro, no tengo! dijo el malvado temiendo aguijonear el afán de herir que veía brillar en los ojos de su enemigo; nó, no tengo; pero poseo tierras, os las daré, y os enriqueceré á entrambos. ¡Gracia, Juan Oullier! ¡Viuda Picaut, defendedme!

La viuda no se levantó; sin el movimiento de sus labios,

al verla pálida como el mármol, inmóvil y callada delante del cadáver, y con su vestido de luto, cualquiera la habría tomado por una de las estatuas que vemos arrodilladas junto á los sepulcros antiguos.

—¡Cómo! continuó Courtin, ¡y me mataréis á mansalva sin que yo pueda levantarme para huír ó mover las manos para defenderme! ¡y me degollaréis atado como una res que llevan al matadero! ¡Ah! Juan Oullier, esas no son hazañas de soldado, sinó de carnicero. —¿Quién te dice que haré tal cosa? No, no, Courtin; mira la herida que me causaste en el pecho: aun no está cerrada, todavía estoy débil, y han pregonado mi cabeza; sin embargo, tan cierto estoy de la justicia de mi causa, que no vacilo en apelar al juicio de Dios. Te dejas libre, Courtin. —¡Qué oigo! —Si, te dejas libre; mas no me lo agradezcas, que no lo hago por tí, sinó por mí; no quiero que se diga que Juan Oullier ha herido á un hombre tendido inerte en el suelo. Pero cuenta, Courtin: si ahora no te quito la vida, es para matarte otro día, te lo aseguro. —¡Dios mío! —Courtin, voy á desatarte y saldrás de aquí sin el menor embarazo; mas te lo prevengo, anda con cuidado, pues luego que hayas traspuesto el umbral de estas ruínas, te perseguiré sin perderte de vista hasta que te haya muerto. ¡Guárdate, Courtin, guárdate!

Y Oullier cortó las cuerdas que sujetaban los piés y las manos del colono, quien reprimió un arranque de frenética alegría cuando al levantarse se acordó del cinto. Juan Oullier le devolvía la vida con la esperanza; mas ¿qué eran su esperanza y su vida sin el oro?

Volvió Courtin á tenderse con tanta viveza como se levantara, y Oullier que había entrevisto el repleto cinto y adivinado lo que pasaba en el corazón del colono, le dijo:

—¿No te vas? Ya entiendo: temes que al verte libre y más fuerte que yo se enardezca mi ira; temes que te eche otro cuchillo y que con este en la mano te diga: Defiéndete, Courtin. No; Juan Oullier sabe cumplir su palabra; date prisa, huye, que si Dios está contigo, te librará de mis golpes, y si te ha condenado, nada me importa la ventaja que te doy. Vete, vete con tu oro maldito.

Levantóse el alcalde sin responder, y vacilando como un hombre ébrio, quiso ceñirse el cinto y no pudo conseguirlo, pues las manos le temblaban como agitadas por la calentura; y antes de marcharse volvió con terror los ojos á Juan Ou-

llier: el traidor temía una traición, no pudiendo creer que la generosidad de su enemigo no encubriera alguna asechanza.

Indicóle Oullier la puerta con el dedo, y cuando Courtin trasponía precipitado la del patio, oyó la voz del vendeano que, sonora cual bélico clarín, le decía:

—¡Guárdate, Courtin, guárdate!

Estremecióse el colono, y tropezando turbado en una piedra, cayó de espaldas y exhaló un angustioso grito: parecía que el vendeano iba á echársele encima, y creía sentir que la fría hoja de un puñal se clavaba en su pecho.

Sólo era un mal presagio. Courtin se levantó y poco después corría por el campo, mientras la viuda Picaut tendía la mano á Oullier diciendo:

—Al oíros, Juan, pensaba cuánta razón tenía mi pobre Pascual en decirme que en todos los partidos hay hombres de bien.

Estrechó Oullier la mano de la que le había salvado la vida.

—¿Cómo os encontráis ahora? le preguntó ella. —Mejor; siempre se cobra fuerza en la lucha. —¿Y á dónde vais? —A Nantes, pues según lo que vuestra madre me ha dicho, Berta no ha ido, y temo que allá haya ocurrido alguna desgracia. —Bien; á lo menos tomad un bote, y así os ahorraréis el cansancio de la mitad del camino. —Corriente.

Y Juan Oullier siguió á la viuda hasta donde las barcas de los pescadores estaban atracadas á la orilla del lago.

## XL

DÓNDE SE VE CUÁN MAL COMPAÑERO ES EL ORO

Tan pronto como Courtin hubo traspuesto el puente levadizo del castillo de San Filiberto, echó á correr como un insensato sin saber á dónde iba, con las alas del temor en

los piés: huía por huir, y si sus fuerzas hubiesen correspondido á sus terrores, hubiera puesto el mundo entre sí y las amenazas del vendeano, las cuales resonaban en sus oídos como el fúnebre doblar de una campana; mas cuando hubo corrido media legua hacia Machecul, extenuado, jadeante y ahogado por la rapidez de su carrera, antes cayó que se detuvo, y poco á poco volvió en sí, reflexionando sobre lo que iba á hacer.

Su primer proyecto fué ir al momento á su casa; pero lo abandonó en seguida, pues en el campo, por más disposiciones que tomara la autoridad para proteger la vida del alcalde de la Logerie, Juan Oullier se entendía con los aldeanos, y como conocía á palmos todos los caminos, selvas y retamales, ayudado por la simpatía que le profesaban y por el odio que tenían á Courtin, el vendeano le llevaría sobrada ventaja.

En Nantes era donde debía ocultarse, en Nantes, donde una policía diestra y numerosa resguardaría su vida hasta que se prendiera á Juan Oullier, resultado que Courtin se lisonjaba de obtener muy pronto, merced á las noticias que suministraría sobre los asilos ordinarios de los rebeldes y sentenciados.

En esto llevó la mano al cinto para sostenerlo, pues el gran peso del oro le rendía y no había contribuido poco á su cansancio.

Aquel ademán decidió de su suerte.

¿No debía encontrar en Nantes al señor Jacinto? Si el complot había tenido buen éxito, de lo cual no dudaba, recibiría de él una suma igual á aquella cuya posesión le hacía olvidar las terribles pruebas que acababa de sufrir, y á esta idea se le henchía el corazón de un gozo que compensaba con creces sus recientes tribulaciones.

No vaciló un segundo más, y al punto retrocedió en dirección á Nantes. Al principio quiso ir en derechura, á campo travieso, pues en un camino se exponía á que le espantaran, y en la llanura había de ser una gran casualidad que Juan Oullier diera con su huella; pero su imaginación, exaltada por las pasadas peripecias, pudo más que su razón: á pesar de que corría á lo largo de los setos, á la sombra, amortiguando la yerba el rumor de sus pasos y no entrando en los terrenos cultivados hasta después de haberse cerciorado de que estaban desiertos, á cada momento era presa

de terrores pánicos; en los podados árboles que sobre los setos se alzaban creía ver asesinos que le acechaban, y en las nudosas ramas que sobre su cabeza se extendían, brazos amenazadores armados de puñales y prontos á herirle. Entonces se paraba helado de espanto, sus piernas se negaban á llevarle más lejos, cual si se hubieran clavado en el suelo: corríale por el cuerpo un sudor glacial, sus dientes castañeteaban convulsivamente, sus crispadas manos apretaban el oro, y necesitaba mucho tiempo para reponerse de su pavor.

Tomó el camino, en el cual le parecía que tendría menos miedo: allí encontraría transeuntes que, si bien podrían ser enemigos, tal vez le auxiliarían si alguien llegaba á atacarle; y bajo la impresión del espanto que le dominaba, creía que un sér viviente, cualquiera que fuese, le parecería menos temible que los espectros negros, amenazadores é implacables en su inmovilidad que en su terror encontraba á cada paso en los campos.

Además, por el camino podía hallar un carruaje que fuese á Nantes, y subir á él para llegar más pronto á la ciudad.

Cuando hubo andado medio cuarto de hora estuvo en la calzada que sirve de camino al par que de dique al lago de Grandlieu.

Courtin se detenía á cada minuto para escuchar, y creyendo percibir en aquel momento el paso de un caballo, agachóse en el cañaveral que hay entre el camino y el lago, experimentando otra vez todas las angustias que hemos descrito.

Entonces oyó á su izquierda un suave rumor de remos, y mirando al lago, columbró en la oscuridad una barca que se deslizaba lentamente á lo largo de la orilla.

Sin duda era un pescador que iba á recoger las redes que había tendido la víspera.

El caballo se acercaba, atemorizando á Courtin con sus ruidosos pasos, y el colono dió un ligero silbido para llamar la atención del pescador, quien cesó de remar prescindiendo oído.

—Aquí, aquí, dijo Courtin.

Acercóse el bote y este preguntó:

—¿Podéis conducirme hasta el puerto de San Martín? Ganaréis un franco.

El pescador, que llevaba una especie de blusa cuya capucha le ocultaba el rostro, respondió con una inclinación de



cabeza, hizo entrar la barquilla en el juncal, y en el momento en que el caballo que tanto inquietaba á Courtin llegaba en frente del lugar donde se hallaba, el labriego saltó al bote.

Como si el pescador hubiese participado de los temores del colono, alejóse presuroso de la orilla, y éste respiró.

A los diez minutos, la calzada y los árboles ya sólo aparecían como una línea negra en el horizonte.

Courtin no cabía en sí de gozo: aquella barca que se había encontrado allí tan á punto colmaba todos sus deseos y excedía sus esperanzas todas. Una vez en el puerto de San Martín, no le faltaba más que una legua para llegar á Nantes, una legua por un camino transitado á todas las horas de la noche; y una vez en Nantes estaba salvado.

Era tal el júbilo de Courtin, que á pesar suyo y por efecto de la reacción de los temores experimentados, lo manifestaba á las claras: sentado á la popa del bote miraba con fruición al pescador que bogando le alejaba de la peligrosa orilla, y en seguida oraba entre dientes palpando el cinto. Estaba ébrio de contento.

Sin embargo, comenzó á pensar que el pescador le había apartado bastante de la orilla, y que ya podía dirigirse al puerto de San Martín.

Por algunos momentos aguardó creyendo que aquella era una maniobra de pescador, y que éste buscaba alguna corriente que facilitara su tarea; pero aquel hombre continuaba remando lago á dentro.

—¡He! dijo en fin el colono, habréis comprendido mal; no quiero ir al puerto de San Pedro, sino al de San Martín. Dirigios pues allá, y habréis ganado más pronto el dinero.

El pescador no desplegó los labios.

—¿Me habéis oído? preguntó Courtin impaciente. Buen hombre, el puerto de San Martín está á la derecha. Que no boguemos demasiado cerca de la calzada, está bien; que estemos fuera del alcance de las balas que pudieran enviarnos desde la orilla, pase también; pero rememos por este lado, si os place.

El pescador dió otra vez la callada por respuesta.

—¡He! ¿sois sordo? exclamó el colono empezando á enfadarse.

Y viendo que el pescador continuaba remando en la misma dirección, Courtin corrió á él, echóle atrás la capu-

cha, miróle el rostro, y exhalando un grito ahogado cayó de rodillas en la barca.

Soltó el hombre los remos, y sin levantarse dijo:

—Está visto, Courtin, Dios ha fallado contra tí. Yo no te buscaba, y él te envía. Dios quiere que mueras, Courtin. —Nó, no me mataréis, Juan Oullier, exclamó el alcalde volviendo á sus primeros terrores. —Vaya si te mataré, tan cierto como ves lucir las estrellas. Con que si tienes alma, arrepíentete y ruega para que el juicio no sea harto severo. —¡Ah! ¡no haréis tal, Juan, no haréis tal! ¡Ved que vais á matar á una criatura de ese Dios bondadoso cuyo nombre pronunciáis! ¡Señor! ¡Señor! ¡no ver más la tierra tan hermosa cuando el sol la ilumina! ¡yacer en un sepulcro helado, lejos de las personas amadas! ¡Ah! nó, es imposible. —Si fueses padre, si tuvieses una esposa, una madre ó una hermana que esperase tu regreso, tus súplicas llegarían á ablandarme; pero nó: inútil á los hombres, sólo has vivido para servirte de ellos y volverles mal por bien; también blasfemas en tu mentira, pues tú á nadie has amado, nadie te ha amado en el mundo, y al clavarse en tu pecho mi puñal sólo herirá tu corazón. Courtin, vas á comparecer delante de tu juez; encomiéndale tu alma. —¿Bástanme para ello algunos minutos? Un culpable como yo necesita años enteros para que el arrepentimiento corresponda al pecado. Vos que sois tan piadoso, Juan Oullier, me dejaréis vivir para llorar mis culpas. —Nó, nó; la vida te serviría para cometer otros delitos, y la muerte será la expiación. ¿La temes? preséntate angustiado á los piés del Señor, y te recibirá en su misericordia. Courtin, el tiempo vuela, y tan cierto como Dios está sobre estos astros, dentro de diez minutos te encontrarás en presencia suya. —¡Diez minutos! ¡Cielo santo! ¡Ah! ¡piedad piedad! —El tiempo que empleas en ruegos inútiles es perdido para tu alma; piénsalo, Courtin, piénsalo.

No respondió el colono; había puesto una mano sobre un remo, y un rayo de esperanza acababa de cruzar por su mente.

Asió con disimulo el remo, y levantándose bruscamente, lo blandió con fuerza sobre el vendeano, quien hurtó el golpe ladeando la cabeza, de modo que el remo dió en la borda y saltó en astillas.

Arrojóse Oullier como un rayo sobre Courtin, que por se-

gunda vez cayó de rodillas, y paralizado por el miedo rodó al fondo de la barca, murmurando con apagado acento:

—¡Gracia! ¡Gracia!—¡Oh! el temor á la muerte te ha infundido algún valor, dijo Oullier; ¡has hallado una arma! Mejor, mejor; defiéndete, Courtin, y si no te gusta la que empuñas, toma la mía, exclamó el vendeano echando su navaja á los piés del colono.

Mas éste no podía hacer ningún movimiento y balbucaba palabras incoherentes; temblábale todo el cuerpo como agitado por la fiebre, zumbábanle los oídos, y después de perder el habla perdió también el sentido en los terrores de la muerte.

—¡Ah! exclamó Juan Oullier empujando con el pié aquella masa inerte; no quiero, no puedo dar una puñalada á este cadáver.

Entonces el vendeano miró en torno como buscando alguna cosa. Tranquila estaba la naturaleza y la noche era silenciosa; una ligera brisa rizaba apenas la superficie del lago, y tan sólo se oía el grito de la *salvajina* que volaba delante del bote, y cuyo cuerpo manchaba de negro la púrpura faja de la aurora que asomaba ya en el oriente.

Volvióse de pronto Oullier á Courtin y zamarreándole el brazo le dijo:

—Courtin, no te mataré á mansalva; Courtin, te obligaré á defenderte; sinó contra mí, á lo menos contra la muerte. Mira que se acerca, Courtin; defiéndete.

El colono respondió con un gemido, mirando en torno con ojos vagarosos; pero veíase fácilmente que no distinguía ninguno de los objetos que le rodeaban, pues todos se los borraba la muerte terrible, horrorosa, amenazadora.

Dió Oullier una fuerte patada en la borda, cedieron las tablas medio carcomidas, y el agua entró arremolinada en la barquilla.

Courtin salió de su estupor al sentir la frialdad del agua, y arrojó un grito horrible, un grito nada humano.

—¡Estoy perdido! dijo.—¡Es el juicio de Dios! exclamó Juan Oullier alzando el brazo al cielo; antes no te maté porque estabas atado, y ahora tampoco lo haré, Courtin; si tu ángel bueno quiere salvarte, en sus manos está tu vida, y yo no habré teñido las mías con tu sangre.

Mientras Juan Oullier pronunciaba estas palabras el colono se había levantado y andaba de acá para allá en la barca.

El vendeano, tranquilo é impassible, se arrodilló en la popa y se puso á orar.

El agua continuaba subiendo.

—¡Oh! ¡quién me salvará! ¡quién me salvará! gritaba Courtin poniéndose lívido al contemplar con espanto las seis pulgadas de madera que apenas quedaban á flor de agua.—Dios, si quiere. Nuestras vidas están en sus manos; tome una ú otra, la tuya ó la mía, sálvenos ó condénnenos á entrambos; en su diestra estamos. Courtin, acepta su juicio.

Al terminar el vendeano estas palabras, crujió el bote: el agua había llegado al extremo de la borda; el bote se arremolinó, flotando un segundo más, y hundióse en seguida en las profundidades del lago con siniestro rumor.

Courtin fué arrebatado en el remolino; mas luego subió á la superficie, y asióse del segundo remo que cerca de él flotaba. Aquel seco y ligero pedazo de madera le sostuvo bastante tiempo para que pudiese dirigir la postrera súplica á Juan Oullier.

Este no le respondió; habíase puesto á nadar y avanzaba poco á poco hacia el oriente.

—¡Socorro! ¡socorro! gritaba el desventurado Courtin; ayúdame á llegar á la orilla, Juan Oullier, y te doy todo el oro que llevo encima.—Arroja ese oro impuro al fondo del lago, dijo el vendeano que habia visto al colono asido al remo; es la única probabilidad de salvación que te queda, y este consejo la única cosa que quiero hacer por tí.

Llevóse Courtin la mano al cinto, y al punto la apartó como si se hubiera quemado al contacto del oro, como si el vendeano le hubiese mandado que se abriera las entrañas y sacrificara su sangre.

—Nó, nó, murmuró, lo salvaré y yo con él.

Y probó á nadar; pero además de no tener la fuerza y habilidad de Juan Oullier en este ejercicio, el oro pesaba demasiado, y á cada brazada se hundía en el agua, tragándola á pesar suyo.

Llamó todavía á Juan Oullier, cuando este se hallaba á cien brazas.

En una de aquellas inmersiones, más larga que las otras, sobrecogido de vértigo, descinóse el cinto por un movimiento vivo y súbito, y antes de soltarlo, quiso tocar otra vez el oro, lo apretó y palpó entre sus crispados dedos.

Esa última comunicación con el metal que para él era

más que la vida, decidió de su suerte; no pudo resolverse á soltarlo, estrechólo contra el pecho, é hizo todavía un esfuerzo para salir del agua; pero el peso de la parte inferior de su cuerpo arrastró las extremidades; sumergiósse, y después de pasar algunos segundos dentro del agua, Courtin, medio ahogado, reapareció lanzando una suprema imprecación al cielo que por última vez veía, y luego cayó á las profundidades del lago, arrastrado por su oro como por un demonio.

En este momento Juan Oullier volvía la cabeza, y divisó algunos círculos que rayaban la superficie del agua; era la última señal que el alcalde de la Logerie daba de su existencia; era el último movimiento que debía efectuarse en torno y sobre él en el mundo de los vivos.

Levantó el vendeano los ojos al cielo y adoró á Dios en la justicia de sus decretos.

Juan Oullier nadaba bien; pero su reciente herida, junto con las fatigas y emociones de aquella terrible noche, le habían extenuado; así es que á un tiro de piedra de la orilla sintió que á pesar de su valor le abandonaban las fuerzas, lo cual empero no obstó para que, tranquilo y resuelto en aquel momento supremo como lo había estado toda su vida, determinara luchar hasta el extremo.

Nadó, y pronto sintió una especie de desfallecimiento; se le entumecían los miembros y parecía que se le clavaban mil alfileres en el cuerpo; dolíanle los músculos; al paso que la sangre le refluía con violencia en la cabeza, y sonaba en sus oídos un confuso rumor, como el del mar que azota las rocas; delante de sus ojos vagaban nubes negras y llenas de chispas; conocía que iba á perecer, y sin embargo sus miembros, obedientes, en su impotencia, todavía procuraban moverse al impulso de su voluntad.

Y aun nadaba.

Se le cerraban los ojos mal de su grado, y envaráronsele del todo los miembros. Entonces pensó en las personas con quienes había vivido, en los niños, en la mujer, en los ancianos que habían embellecido su juventud, y en las dos señoritas que habían sustituido á los que había amado. Quería que su última oración fuese para ellos, como su último pensamiento.

Mas en este instante le asaltó una idea y cruzó una sombra por sus ojos: vió á Michel padre bañado en sangre,

tendido en el musgo de la selva, y alzando los brazos exclamó:

—¡Dios santo! ¡si me hubiese equivocado! ¡si fuese un crimen! Perdónamelo, nó en este mundo, sinó en el otro.

Y cual si esa suprema invocación hubiese agotado sus fuerzas, pareció que el alma abandonaba aquel cuerpo que flotaba inerte entre dos aguas, en el momento en que el sol, asomando por encima de las montañas del horizonte, doraba con sus primeros rayos la superficie del lago....

En el momento en que Courtin, hundido en el limo del lago, exhalaba el postrer suspiro....

En el momento en que prendían á Petit-Pierre....

Entretanto Michel era conducido á Nantes por los soldados.

Después de media hora de marcha, el teniente que mandaba la partida, se le acercó y díjole:

—Caballero, tenéis trazas de hidalgo, tengo el honor de serlo, y siento verós las esposas en las manos. ¿Queréis que las troquemos con una palabra?—Con mucho gusto, respondió el barón, y os doy las gracias, caballero, jurándoos que no me apartaré de vuestro lado sin vuestro permiso, vengame de dónde me viniere el auxilio.

Y continuaron el camino trabados del brazo, de modo que para quien les hubiese encontrado habría sido difícil acertar cuál de los dos era el preso.

La noche era hermosa, y la salida del sol fué magnífica: en todas las ramas, en todas las flores brillaban como diamantes las gotas de rocío; el aire se embalsamaba, y los pajarillos cantaban en las enramadas.

Llegado al extremo del lago de Grandlieu, el teniente detuvo al preso, con quien había tomado un buen cuarto de legua de delantera á la columna, y mostrándole un cuerpo negruzco que flotaba en la superficie del lago á corta distancia de la orilla:

—¿Qué es aquello? preguntó.—Parece un hombre, respondió Michel.—¿Sabéis nadar?—Un poco.—¡Ah! si yo supiera, ya habria ido, dijo suspirando el oficial y mirando con inquietud al camino para llamar á su gente.

Michel no escuchó más, y desnudándose en un abrir y cerrar de ojos, arrojóse al lago.

A poco arrastraba á la orilla un cuerpo al parecer exánime y en el cual acababa de conocer á Juan Oullier.

Entretanto los soldados habían llegado y se agrupaban en torno del ahogado. Abrió uno de ellos su cantimplora, y le introdujo en la boca algunas gotas de aguardiente.

Juan Oullier abrió los ojos.

Su primera mirada la fijó en Michel que le sostenía la cabeza, y hubo en ella tal expresión de angustia, que engañó al teniente.

—Aquí tenéis á vuestro salvador, buen hombre, dijo señalando á Michel.—¡Mi salvador! ¡su hijo! exclamó Juan Oullier. ¡Oh! ¡gracias, Dios mío! eres tan grande en tu misericordia como terrible en tu justicia.

## XLI

### EPÍLOGO

A eso de las siete de una tarde del año 1843 paróse un carruaje á la puerta del convento de carmelitas de Chartres.

Iban en el coche cinco personas: dos niños de ocho ó nueve años, un hombre y una mujer de treinta á treinta y cinco, y un campesino de edad, robusto á pesar de sus canas, quien no obstante lo humilde de su traje ocupaba al lado de la señora la testera del carruaje, teniendo en sus rodillas uno de los niños que jugaba con la cadena de acero de su reloj, mientras él pasaba la arrugada mano por la sedosa cabellera del niño.

Al detenerse el carruaje, la señora asomó la cabeza por la portezuela, y retiróla con dolorosa expresión cuando vio las oscuras paredes que circuían el convento y el pórtico sombrío que le servía de entrada.

El postillón se acercó á la portezuela y dijo:

—Es aquí.

La señora estrechó la mano de su marido sentado en frente de ella, y dos gruesas lágrimas le surcaron las mejillas.

—¡Valor, Mary! díjola el joven, en quien conoce el lector al barón Michel de la Logerie; siento que la regla del convento me impida compartir contigo ese triste deber: después de diez años esta será la primera vez que sufriremos apartados uno de otro, ¿no es cierto, Mary?—La hablaréis de mí, ¿no es verdad? dijo el viejo campesino.—Sí, Juan, respondió Mary.

Apeóse ésta y llamó á la puerta.

Al aldabonazo que resonó lúgubrementemente en la bóveda vino á abrir la hermana tornera.

—¿Sor Marta? dijo la señora.—¿Sois la persona á quien espera nuestra superiora? preguntó la carmelita.—Sí, hermana.—Pues vais á verla; mas acordáos de que la regla exige que la habléis en presencia de una hermana, prohibiendo especialmente que la recordéis el mundo.

Mary inclinó la cabeza, y la tornera la condujo por una oscura y húmeda crujía con diez ó doce puertas, empujando una de las cuales se apartó á un lado para dejar pasar á la baronesa de la Logerie.

Vaciló ésta conmovida un momento, y cobrando en seguida fuerzas traspuso el dintel y hallóse en una celda de ocho piés cuadrados á corta diferencia, cuyo mueblaje consistía en una cama, una silla y un reclinatorio, viéndose por únicos adornos algunas santas imágenes pegadas á las desnudas paredes, y un crucifijo de ébano y cobre encima del reclinatorio.

Nada de eso vió Mary.

En el lecho había una mujer cuyo rostro había tomado el color y la transparencia de la cera, y cuyos descoloridos labios parecían próximos á exhalar el último suspiro.

Aquella mujer era, ó más bien, había sido Berta.

Entonces sólo era sor Marta, superiora del convento de carmelitas, y en breve no sería más que un cadáver.

Al ver que entraba una extraña abrió la moribunda los brazos, á los que se arrojó Mary.

Tuviéronse gran rato estrechamente abrazadas, Mary bañando con sus lágrimas el rostro de su hermana, y Berta anhelante, pues en sus ojos hundidos por la austeridad del claustro parecía que las lágrimas se habían secado para siempre.

La tornera, que sentada en la silla leía el breviario, no estaba tan entregada á sus oraciones que no advirtiera lo

Entretanto los soldados habían llegado y se agrupaban en torno del ahogado. Abrió uno de ellos su cantimplora, y le introdujo en la boca algunas gotas de aguardiente.

Juan Oullier abrió los ojos.

Su primera mirada la fijó en Michel que le sostenía la cabeza, y hubo en ella tal expresión de angustia, que engañó al teniente.

—Aquí tenéis á vuestro salvador, buen hombre, dijo señalando á Michel.—¡Mi salvador! ¡su hijo! exclamó Juan Oullier. ¡Oh! ¡gracias, Dios mío! eres tan grande en tu misericordia como terrible en tu justicia.

## XLI

### EPÍLOGO

A eso de las siete de una tarde del año 1843 paróse un carruaje á la puerta del convento de carmelitas de Chartres.

Iban en el coche cinco personas: dos niños de ocho ó nueve años, un hombre y una mujer de treinta á treinta y cinco, y un campesino de edad, robusto á pesar de sus canas, quien no obstante lo humilde de su traje ocupaba al lado de la señora la testera del carruaje, teniendo en sus rodillas uno de los niños que jugaba con la cadena de acero de su reloj, mientras él pasaba la arrugada mano por la sedosa cabellera del niño.

Al detenerse el carruaje, la señora asomó la cabeza por la portezuela, y retiróla con dolorosa expresión cuando vió las oscuras paredes que circuían el convento y el pórtico sombrío que le servía de entrada.

El postillón se acercó á la portezuela y dijo:

—Es aquí.

La señora estrechó la mano de su marido sentado en frente de ella, y dos gruesas lágrimas le surcaron las mejillas.

—¡Valor, Mary! díjola el joven, en quien conoce el lector al barón Michel de la Logerie; siento que la regla del convento me impida compartir contigo ese triste deber: después de diez años esta será la primera vez que sufriremos apartados uno de otro, ¿no es cierto, Mary?—La hablaréis de mí, ¿no es verdad? dijo el viejo campesino.—Sí, Juan, respondió Mary.

Apeóse ésta y llamó á la puerta.

Al aldabonazo que resonó lúgubrememente en la bóveda vino á abrir la hermana tornera.

—¿Sor Marta? dijo la señora.—¿Sois la persona á quien espera nuestra superiora? preguntó la carmelita.—Sí, hermana.—Pues vais á verla; mas acordáos de que la regla exige que la habléis en presencia de una hermana, prohibiendo especialmente que la recordéis el mundo.

Mary inclinó la cabeza, y la tornera la condujo por una oscura y húmeda crujía con diez ó doce puertas, empujando una de las cuales se apartó á un lado para dejar pasar á la baronesa de la Logerie.

Vaciló ésta conmovida un momento, y cobrando en seguida fuerzas traspuso el dintel y hallóse en una celda de ocho piés cuadrados á corta diferencia, cuyo mueblaje consistía en una cama, una silla y un reclinatorio, viéndose por únicos adornos algunas santas imágenes pegadas á las desnudas paredes, y un crucifijo de ébano y cobre encima del reclinatorio.

Nada de eso vió Mary.

En el lecho había una mujer cuyo rostro había tomado el color y la transparencia de la cera, y cuyos descoloridos labios parecían próximos á exhalar el último suspiro.

Aquella mujer era, ó más bien, había sido Berta.

Entonces sólo era sor Marta, superiora del convento de carmelitas, y en breve no sería más que un cadáver.

Al ver que entraba una extraña abrió la moribunda los brazos, á los que se arrojó Mary.

Tuviéronse gran rato estrechamente abrazadas, Mary bañando con sus lágrimas el rostro de su hermana, y Berta anhelante, pues en sus ojos hundidos por la austeridad del claustro parecía que las lágrimas se habían secado para siempre.

La tornera, que sentada en la silla leía el breviario, no estaba tan entregada á sus oraciones que no advirtiera lo

que á su lado pasaba, y hallandó sin duda que aquel abrazo se prolongaba más de lo que permitía la regla, tosió para avisar á las dos hermanas.

Sor Marta rechazó suavemente á Mary sin dejar de estrecharla la mano.

—¡Hermana, querida hermana mía! exclamó Mary, ¿quién hubiera dicho jamás que nos veríamos de esta manera?— Conformémonos con la voluntad de Dios, respondió la carmelita.— ¡Ay! á veces es muy severa.— ¿Qué dices, hermana? Al contrario, para mí su voluntad es benigna y misericordiosa: Dios podía dejarme largos años en la tierra, y se digna llamarme á sí.— En el cielo verás á nuestro padre, dijo Mary.— ¿Y á quién dejaré en la tierra?— A nuestro buen amigo Juan Oullier, que vive y te ama, Berta.— Gracias, ¿y quién más?— Mi esposo y dos niños que se llaman Pedro y Berta, y de mí han aprendido á bendecirte.

Las mejillas de la moribunda se tiñeron de un ligero rubor.

—¡Niños queridos! murmuró, si Dios me concede un lugar á su lado, te prometo que rogaré por ellos allá arriba.

Y sor Marta comenzó en la tierra la oración que debía terminar en el cielo.

En medio de esa oración y en el silencio que guardaban los circunstantes oyóse la vibración de una campana, poco después el tañido de una campanilla, y por último en el corredor unos pasos que se acercaban á la celda.

Era el Viático.

Cayó Mary de rodillas á la cabecera de la cama, y entró el sacerdote con el sagrado copón en la mano izquierda y la hostia consagrada en la derecha.

En este momento, sintiendo Mary que la mano de Berta buscaba la suya, creyó que solamente se la quería estrechar; y se equivocaba, pues Berta le puso en la mano un objeto que ella conoció ser un medallón.

Mary quiso mirarlo.

—No, no, dijo Berta, hasta que yo haya muerto.

E indicando su hermana que se conformaba con la prescripción, inclinó la cabeza sobre sus manos juntas.

La celda y el corredor se habían llenado de religiosas que estaban orando arrodilladas.

La moribunda se animó un tanto para recibir á su Criador é incorporóse un poco murmurando:

—¡Héme aquí, Señor!

Púsole el sacerdote la hostia en los labios, y la moribunda recayó con los ojos cerrados y las manos cruzadas.

Quien no hubiese visto el movimiento de sus labios habría creído que era cadáver, tan pálida estaba y tan débil era su respiración.

El ministro de Dios acabó las otras ceremonias de la Extremaunción sin que la moribunda abriera los ojos, y luego salió seguido de los asistentes.

Acercóse entonces la tornera á Mary arrodillada, y tocándola ligeramente el hombro, dijo:

—Hermana, la regla de nuestra orden prohíbe que permanezcáis más tiempo en esta celda.— ¡Berta! ¡Berta! exclamó Mary sollozando, ¿oyes lo que me dicen? ¡Gran Dios! ¡haber vivido veinte años sin dejarnos un día, once años separadas, y no poder estar dos horas juntas en el momento de abandonarnos para siempre!— Pueden permanecer en la casa hasta el instante de mi muerte, hermana mía, y moriré contenta sabiendo que estás cerca y rogando por mí.

Quiso Mary inclinarse para abrazar por última vez á la moribunda; pero la religiosa presente á la entrevista la detuvo diciendo:

—Hermana, no desviéis con recuerdos mundanos á nuestra santa madre del celeste camino que está siguiendo.— ¡Oh! no quiero dejarla así, exclamó Mary arrojándose sobre el lecho y juntando sus labios con los de Berta, quien los movió ligeramente al sentir el beso de su hermana, y luego la apartó con la mano.

Pero esta mano ya no tuvo fuerzas para reunirse con la otra y cayó inerte sobre la cama.

La religiosa se acercó, y sin una lágrima, sin un suspiro, sin que su rostro revelara la menor emoción, cruzó los brazos de la moribunda sobre su pecho, empujando en seguida suavemente á Mary hacia la puerta.

—¡Oh Berta! ¡Berta! exclamó ésta prorrumpiendo en sollozos.

Parecióla que la moribunda respondía murmurando el nombre de Mary.

Estaba en el corredor, y cerróse la puerta.

—¡Ahl exclamó Mary, dejad que la vea otra vez, una sola vez más.

Pero la religiosa extendió los brazos, cerrándola el paso.

—Está bien, dijo Mary cegada por las lágrimas; guíadme, hermana.

La tornera condujo á la baronesa á una celda desocupada. La que la habitaba había fallecido la vispera.

Arrodillóse Mary en un reclinatorio que tenía encima un crucifijo, y estuvo orando una hora, pasada la cual volvió la religiosa diciendo con la misma voz fría é impasible:

—Sor Marta acaba de morir.—¿Puedo verla? preguntó Mary.—La regla de nuestra orden lo prohíbe.

Suspiró Mary y hundió otra vez la cabeza en las manos, en una de las cuales tenía el objeto que le había entregado Berta en el momento de comulgar.

Sor Marta había expirado, y la baronesa podía examinarlo.

Era en efecto un medallón que contenía cabellos y un papel.

Los cabellos eran del mismo color que los de Michel, y el papel decía:

«Cortados mientras dormía, en la noche del 5 de junio de 1832.»

—¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró Mary alzando los ojos al crucifijo. ¡Señor! ¡recíbela en tu misericordia!

En seguida, poniéndose el medallón sobre el pecho, la baronesa bajó la fría y húmeda escalera del convento.

El coche estaba todavía á la puerta.

—¿Y bien? preguntó Michel abriendo la portezuela.—

¡Ay! todo se acabó, dijo Mary arrojándose á sus brazos; ha muerto prometiendo rogar por nosotros en el cielo.—Dichosos niños, exclamó Juan Oullier poniendo la una mano sobre la cabeza de Pedro y la otra sobre la de Berta; dichosos niños, vivid sin cuidado que una mártir vela por vosotros desde las estrellas.

FIN.

## ÍNDICE DEL TOMO II

	PÁG.
I.—Peligros de una mala compañía . . . . .	5
II.—Dónde maese Jaime cumple el juramento hecho á Poca-Alegría . . . . .	12
III.—Dónde se ve que no todos los judíos son de Jerusalén, ni de Túnez todos los turcos . . . . .	15
IV.—Cómo se viajaba en el departamento del Loira inferior á mediados de Mayo de 1832. . . . .	24
V.—Continuación del anterior. . . . .	27
VI.—Un poquito de historia nunca está de más. . . . .	33
VII.—En donde Petit-Pierre hace de tripas corazón . . . . .	40
VIII.—A lo hecho pecho. . . . .	45
IX.—De cómo y por qué fué el barón Michel á Nantes. . . . .	51
X.—Donde la oveja cae en la trampa creyendo entrar en el redil. . . . .	57
XI.—Donde Polilla demuestra que á encontrarse en lugar de Hércules hubiera ejecutado veinte y cuatro trabajos en vez de doce . . . . .	63
XII.—Sueño próximo á convertirse en realidad . . . . .	72
XIII.—En donde los sucesos no pasan como imagina el lector . . . . .	83
XIV.—En donde creyendo el barón apoyarse en una caña encuentra una encina . . . . .	88
XV.—Los últimos campeones de la Monarquía . . . . .	93
XVI.—En donde Juan Oullier miente con buenos fines. . . . .	98
XVII.—De cómo se fugan juntos el preso y el carcelero . . . . .	102
XVIII.—El campo de batalla. . . . .	107

—Está bien, dijo Mary cegada por las lágrimas; guíadme, hermana.

La tornera condujo á la baronesa á una celda desocupada. La que la habitaba había fallecido la vispera.

Arrodillóse Mary en un reclinatorio que tenía encima un crucifijo, y estuvo orando una hora, pasada la cual volvió la religiosa diciendo con la misma voz fría é impasible:

—Sor Marta acaba de morir.—¿Puedo verla? preguntó Mary.—La regla de nuestra orden lo prohíbe.

Suspiró Mary y hundió otra vez la cabeza en las manos, en una de las cuales tenía el objeto que le había entregado Berta en el momento de comulgar.

Sor Marta había expirado, y la baronesa podía examinarlo.

Era en efecto un medallón que contenía cabellos y un papel.

Los cabellos eran del mismo color que los de Michel, y el papel decía:

«Cortados mientras dormía, en la noche del 5 de junio de 1832.»

—¡Dios mío! ¡Dios mío! murmuró Mary alzando los ojos al crucifijo. ¡Señor! ¡recíbela en tu misericordia!

En seguida, poniéndose el medallón sobre el pecho, la baronesa bajó la fría y húmeda escalera del convento.

El coche estaba todavía á la puerta.

—¿Y bien? preguntó Michel abriendo la portezuela.—

¡Ay! todo se acabó, dijo Mary arrojándose á sus brazos; ha muerto prometiendo rogar por nosotros en el cielo.—Dichosos niños, exclamó Juan Oullier poniendo la una mano sobre la cabeza de Pedro y la otra sobre la de Berta; dichosos niños, vivid sin cuidado que una mártir vela por vosotros desde las estrellas.

FIN.

## ÍNDICE DEL TOMO II

	PÁG.
I.—Peligros de una mala compañía . . . . .	5
II.—Dónde maese Jaime cumple el juramento hecho á Poca-Alegria . . . . .	12
III.—Dónde se ve que no todos los judíos son de Jerusalén, ni de Túnez todos los turcos . . . . .	15
IV.—Cómo se viajaba en el departamento del Loira inferior á mediados de Mayo de 1832. . . . .	24
V.—Continuación del anterior. . . . .	27
VI.—Un poquito de historia nunca está de más. . . . .	33
VII.—En donde Petit-Pierre hace de tripas corazón . . . . .	40
VIII.—A lo hecho pecho. . . . .	45
IX.—De cómo y por qué fué el barón Michel á Nantes. . . . .	51
X.—Donde la oveja cae en la trampa creyendo entrar en el redil. . . . .	57
XI.—Donde Polilla demuestra que á encontrarse en lugar de Hércules hubiera ejecutado veinte y cuatro trabajos en vez de doce . . . . .	63
XII.—Sueño próximo á convertirse en realidad . . . . .	72
XIII.—En donde los sucesos no pasan como imagina el lector . . . . .	83
XIV.—En donde creyendo el barón apoyarse en una caña encuentra una encina . . . . .	88
XV.—Los últimos campeones de la Monarquía . . . . .	93
XVI.—En donde Juan Oullier miente con buenos fines. . . . .	98
XVII.—De cómo se fugan juntos el preso y el carcelero . . . . .	102
XVIII.—El campo de batalla. . . . .	107



XIX.—Después del combate . . . . .	112
XX.—Lo que del castillo de la Pénissiere quedaba . . . . .	115
XXI.—El erial de Bouaimé . . . . .	122
XXII.—En donde la casa Poca-Alegría y compañía honra su razón social. . . . .	130
XXIII.—Los socorros vienen de donde menos se esperan. . . . .	137
XXIV.—En Nantes . . . . .	145
XXV.—En donde volvemos á encontrar á nuestro antiguo amigo Juan Oullier . . . . .	157
XXVI.—La baronesa de la Logerie propone y Dios dispone . . . . .	166
XXVII.—Marchas y contramarchas . . . . .	179
XXVIII.—Donde los amores de Michel toman mejor sesgo. . . . .	186
XXIX.—Donde Courtin queda chasqueado . . . . .	194
XXX.—Donde se ve que el general continúa siendo el mismo. . . . .	206
XXXI.—Nuevo chasco de Courtin. . . . .	212
XXXII.—Donde el marqués de Souday tiende la red y pesca á Picaut . . . . .	218
XXXIII.—Lo que pasaba en dos casas inhabitadas . . . . .	227
XXXIV.—Donde Courtin toca por fin con la punta de los dedos los cincuenta mil francos . . . . .	236
XXXV.—Los dos Judas. . . . .	242
XXXVI.—Ojo por ojo, y diente por diente. . . . .	254
XXXVII.—Las Lobas . . . . .	262
XXXVIII.—La plancha de chimenea . . . . .	273
XXXIX.—Castigo . . . . .	282
XL.—Donde se ve cuán mal compañero es el oro . . . . .	289
XLI.—Epilogo . . . . .	298

FIN DEL INDICE DEL TOMO II

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANL

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN

®



UA

DAD AUTÓNOMA DE  
CIÓN GENERAL DE B

